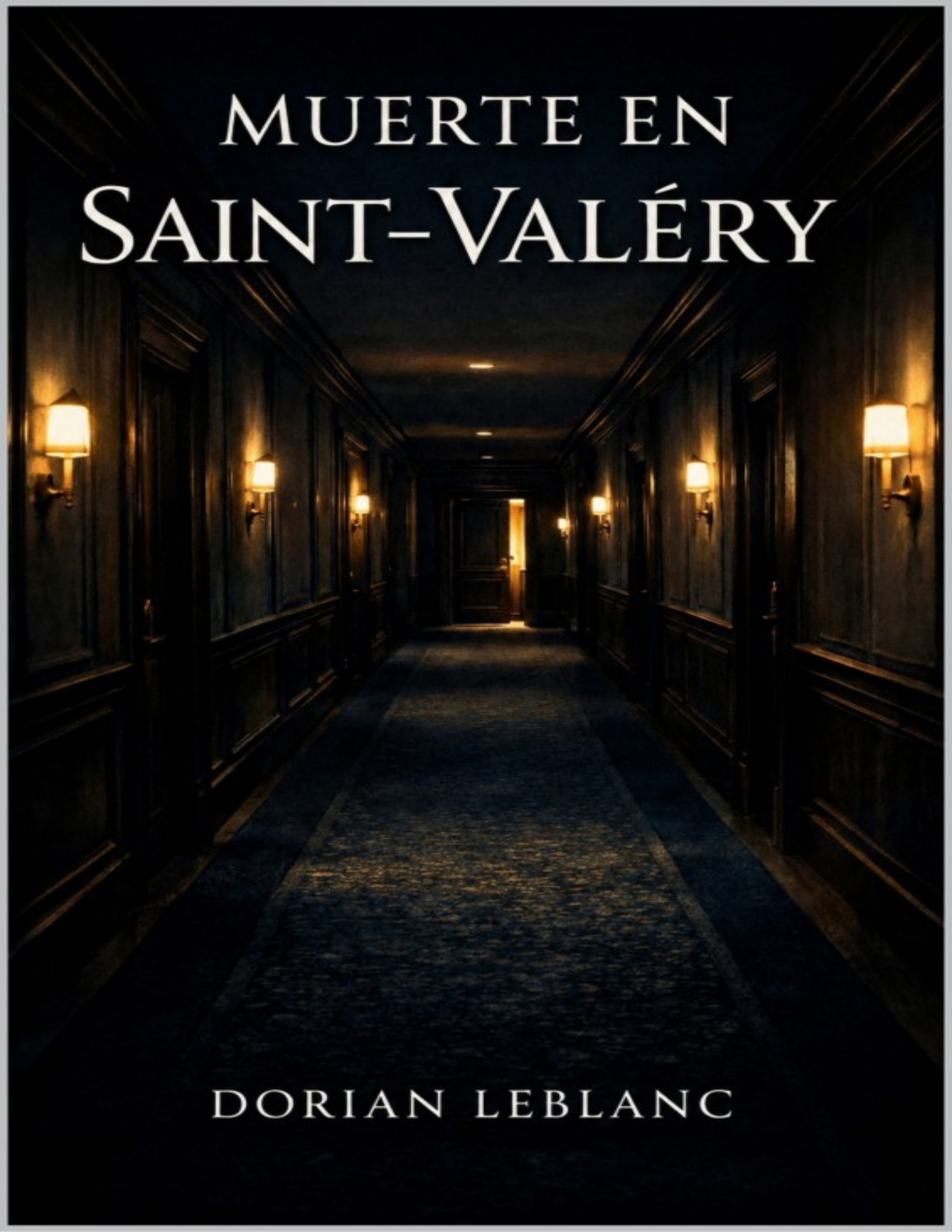

MUERTE EN
SAINT-VALÉRY
DORIAN LEBLANC

Muerte en Saint-Valéry

Una novela de Dorian Leblanc

Derechos de autor © 2026 Dorian Leblanc

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Tabla de contenido

Capítulo 1. La montaña y el cansancio

Capítulo 2. Huéspedes correctos, odios educados

Capítulo 3. La tormenta

Capítulo 4. La suite cerrada

Capítulo 5. La voz del muerto

Capítulo 6. La hora administrada

Capítulo 7. Las mentiras correctas

Capítulo 8. La mecánica del hotel

Capítulo 9. Lo que una actriz oye de verdad

Capítulo 10. Los hombres que se absuelven solos

Capítulo 11. La misericordia y el barro

Capítulo 12. La cortesía de los hombres útiles

Capítulo 13. El hotel respira

Capítulo 14. Ensuciar el dibujo

Capítulo 15. La noche reorganizada

Capítulo 16. El ruido de una puerta mal cerrada

Capítulo 17. La sala de espera de los culpables

Capítulo 18. La llave y la garganta

Capítulo 19. La verdad entre respiraciones

Capítulo 20. La reconstrucción de lo intolerable

Capítulo 21. Lo que queda cuando deja de llover

Epílogo. La carretera después del barro

Agradecimientos

Capítulo 1. La montaña y el cansancio

La lluvia empezó antes de que la carretera se estrechara, pero fue en la última hora de ascenso cuando adquirió esa cualidad persistente y antigua que no parecía caer del cielo, sino desprenderse directamente de la montaña. El coche avanzaba entre curvas húmedas, abetos oscuros y taludes de piedra que brillaban como lomos de animales sumergidos. A un lado, la pendiente ascendía con una severidad mineral; al otro, el terreno se abría en una negrura más honda donde, de vez en cuando, el reflejo breve de un curso de agua insinuaba un barranco.

Armand Delacroix viajaba en el asiento trasero con una pequeña maleta de cuero a sus pies, un abrigo gris marengo cuidadosamente doblado sobre las rodillas y esa expresión de cortesía fatigada que a veces se confunde con la indiferencia entre quienes no saben distinguir una cosa de la otra. Tenía la cabeza ligeramente girada hacia la ventanilla, aunque no miraba el paisaje con el entusiasmo de quien descubre un lugar nuevo, sino con la atención más sobria de quien verifica una amenaza. No le gustaban las carreteras de montaña. No por una razón romántica ni por ese miedo declarativo a los precipicios con que las personas vulgares adornan luego sus conversaciones, sino por un motivo más íntimo y menos presentable: las carreteras así tenían algo de argumento cerrado. Demasiada curva. Demasiada dependencia de una sola línea. Demasiado poco margen para corregir.

El conductor, un muchacho enviado por el hotel desde el pequeño apeadero del valle, había dejado de hablar hacía ya diez minutos, lo que Armand le agradecía en silencio. Los jóvenes charlatanes solían atribuirse el mérito de sus propios silencios como si fueran una deferencia artística, pero aquel tenía la decencia de callar sin teatralidad. Se limitaba a inclinarse un poco sobre el volante cada vez que la carretera viraba más de la cuenta y a mascullar una disculpa breve cuando una rodera de barro hacía vibrar la carrocería.

—No suele llover así en octubre durante tantos días seguidos —dijo al fin, con ese pudor tardío de quien habla porque teme resultar descortés si no lo hace—. Al menos no de este modo.

Armand no respondió enseguida. Había contado ya, sin querer, cuatro golpes regulares del limpiaparabrisas antes de advertir que volvía a hacerlo. Contar cosas que no merecían ser contadas era una mala costumbre. El problema de ciertas costumbres no es que uno las adquiera, sino que un día descubre que las necesita.

—La montaña siempre encuentra alguna manera de recordar que no le pertenecemos —dijo por fin.

El muchacho soltó una sonrisa educada que no exigía réplica. Bien. Armand aprobaba a quienes no exprimían las frases ajenas para sacarles más conversación de la necesaria.

La carretera volvió a girar, más cerrada esta vez, y el hotel apareció al fondo, recortado entre la niebla y la lluvia con una dignidad casi ofensiva. El Grand Hôtel Saint-Valéry se alzaba sobre una loma artificial o quizá sobre una vieja terraza natural reforzada con piedra, dominando el tramo final de la carretera como una viuda orgullosa que se niega a abandonar una casa demasiado grande para ella. Tenía tres plantas principales, tejado oscuro, galerías acristaladas, una escalinata de acceso protegida por una marquesina de hierro y cristal, y una fachada de un amarillo agotado que quizá en otro tiempo fue alegre y que ahora sobrevivía por pura disciplina estética. En los días secos, pensó Armand, debía de tener un aire algo ceremonioso. Bajo aquella lluvia parecía una promesa antigua que ya no recordara bien qué había prometido.

Había luces encendidas en varias ventanas. No muchas. Las suficientes para que el edificio no pareciera muerto, pero tampoco tantas como para negar la evidencia de cierta decadencia discreta. En la planta baja, detrás de los cristales del vestíbulo, se adivinaba el brillo cálido de una lámpara de brazo y la sombra de una palma ornamental demasiado grande para el espacio que ocupaba. Más arriba, en una de las esquinas, una cortina se movió apenas y volvió a quedar quieta.

Armand respiró hondo, no porque el paisaje le pareciera hermoso —aunque lo era de una manera severa—, sino porque el

cuerpo había aprendido últimamente a discutir con él ciertas decisiones. Viajar. Cambiar de cama. Dejar la ciudad. Aceptar el consejo del médico. Aceptar, más humillante aún, que quizá el médico tuviera razón.

No le gustaba recordar la palabra "reposo". Le sonaba siempre un poco a trámite para enfermos y un poco a insulto. El reposo era lo que se recomendaba a quien aún no sabía si estaba convaleciente o simplemente avergonzado.

El coche se detuvo frente a la escalinata principal. La lluvia seguía golpeando la marquesina con una insistencia menuda, casi administrativa. El muchacho bajó de un salto para abrirle la puerta y recuperar la maleta. Armand descendió con lentitud, no por debilidad sino por economía. Gastar energía de más al llegar a un sitio siempre le había parecido una forma de vulgaridad.

El aire de la montaña le golpeó la cara con un olor a pino mojado, tierra removida y piedra fría. Era un aire limpio, en teoría saludable, de esos que los médicos prescriben con entusiasmo a personas a las que no acompañarían jamás. Armand subió los pocos peldaños de la entrada y, antes de cruzar la puerta giratoria, se volvió un instante hacia la carretera. Bajo la lluvia, el camino por el que había llegado ya parecía más lejano de lo que de hecho estaba. La montaña tenía esa capacidad desagradable de hacer que la distancia no pareciera medirse en kilómetros, sino en intención.

Dentro, el calor estaba bien administrado. No excesivo. Tampoco mezquino. El vestíbulo olía a cera, madera antigua y flores discretas. Había un suelo ajedrezado en tonos gastados, dos sillones tapizados en terciopelo verde botella, una alfombra central demasiado buena para el presupuesto que el resto del hotel sugería y un reloj de pie junto a la pared del fondo cuya caja de nogal había sido pulida con un cariño casi personal. Detrás del mostrador, un hombre delgado, con entradas pronunciadas, bigote gris pulcramente recortado y un traje oscuro un poco antiguo, levantó la cabeza con una expresión de alivio profesional.

—Monsieur Delacroix —dijo, saliendo casi de inmediato de detrás del mostrador—. Bienvenido a Saint-Valéry. Soy Bernard Sorel,

director del hotel. Esperábamos su llegada antes, pero con esta lluvia…

Su mano era seca, firme y breve. Bien también. Armand desconfiaba de quienes utilizaban el apretón de manos como una declaración de programa.

—La montaña ha preferido recibirme sin gentileza —respondió.

Sorel sonrió con el cansancio educado de quien lleva años manteniendo modales para otros.

—La montaña es poco dada a las fórmulas sociales, me temo. Permítame decirle, sin embargo, que es un honor recibirle. Espero que encuentre aquí la tranquilidad que le han prometido.

Armand no comentó la palabra "tranquilidad". Las palabras optimistas, en boca de hoteleros, médicos y obispos, siempre merecían una prudencia especial.

Sorel llamó con una ligera inclinación de la cabeza a un botones adolescente, pálido como una página nueva, que apareció de una puerta lateral y recogió la maleta con una seriedad cómica. El chico llevaba una chaqueta granate algo grande de hombros y unos zapatos que habían sido cepillados con un fervor no correspondido por el resto del uniforme.

—La suite que le hemos reservado da al ala este —explicó Sorel mientras avanzaban hacia la escalera principal—. Es una de las más silenciosas. Menos vista que las del frente, pero bastante más recogida. Imagino que lo preferirá.

—Imagino que sí.

La escalera, de madera oscura y pasamanos brillante, ascendía en dos tramos con un rellano ancho donde una ventana vertical dejaba ver la lluvia descendiendo sobre los abetos del jardín inferior. Había cuadros antiguos en las paredes, paisajes alpinos de escuela correcta y sin genio, pero bien enmarcados. A Armand le gustó que no hubiera intentos de modernidad desesperada. Los hoteles decadentes solo se vuelven tristes cuando quieren parecer jóvenes.

Mientras subían, un sonido breve de porcelana llegó desde algún lugar de la planta baja, seguido por una voz femenina que dio una orden en tono bajo. Más lejos, detrás de una puerta entreabierta, alguien tosía con una obstinación casi mecánica. Saint-Valéry tenía

ya ese ruido propio de los establecimientos que llevan décadas acogiendo a desconocidos: un ruido hecho de pasos amortiguados, puertas discretas, agua en las tuberías, vajilla bien manejada y vidas privadas intentando no tocarse más de la cuenta.

En el rellano del primer piso se cruzaron con una mujer que descendía sola. Tendría unos cincuenta años, quizá alguno más, y conservaba esa clase de belleza que no pide permiso a la luz para seguir resultando visible. Llevaba un vestido de lana azul noche, un abrigo claro de corte impecable sobre los hombros y el pelo castaño, peinado hacia atrás con una precisión suave que dejaba al descubierto una frente alta y unas facciones hermosas aunque fatigadas en el borde de los ojos. En la mano derecha sostenía un cigarrillo sin encender, como si hubiera olvidado a mitad de gesto qué pensaba hacer con él.

Se detuvo un instante al verlos. No pareció sorprendida, solo evaluó la escena con una atención rápida y muy consciente.

—Madame Artois —dijo Sorel con una inclinación mínima.

—Monsieur Sorel.

La voz de la mujer era grave y todavía flexible, una voz hecha para dejar memoria en una habitación. Sus ojos se desviaron hacia Armand. Durante una fracción de segundo, su mirada tuvo algo de examen y algo de cansancio teatral, como si llevara años acostumbrada a clasificar a los hombres antes de decidir si merecían una frase amable o solo una cortesía funcional.

—No sabía que tendríamos más huéspedes esta noche —dijo.

—Monsieur Delacroix acaba de llegar.

—Entonces ha escogido una velada espantosa para enamorarse del paisaje.

La comisura de su boca apenas se movió al decirlo, pero había en el comentario una ironía lo bastante fina como para no resultar socialmente ofensiva. Armand inclinó la cabeza.

—Nunca he confiado demasiado en el amor a primera vista. Suele ignorar detalles importantes.

Ella lo miró un momento más, como si valorara si aquel desconocido merecía una segunda frase. Luego sonrió de una manera leve, cansada y casi honesta.

—En ese caso, quizá se entienda bien con este sitio.

Siguió bajando sin apresurarse, con una forma de posar el pie en cada escalón que conservaba una memoria exacta de escenario. Armand esperó a que desapareciera antes de seguir subiendo.

—Madeleine Artois —dijo Sorel en voz baja, como quien añade una nota marginal a una partitura ya empezada—. Actriz. Retirada, aunque nunca del todo, según sospecho.

Armand no respondió. No le interesaban los resúmenes sociales formulados demasiado pronto. Cada persona, si se la dejaba respirar lo suficiente, terminaba ofreciendo su propia síntesis sin ayuda.

En el segundo piso, el pasillo se abría a derecha e izquierda bajo una hilera de apliques de pared que arrojaban una luz ámbar, favorecedora con la moqueta y misericordiosa con las arrugas. El botones avanzó hasta el ala este. A medida que se alejaban de la escalera, el hotel parecía volverse más íntimo y también más verídico. El olor a cera cedía terreno a otro más complejo, mezcla de lino planchado, agua caliente en las cañerías, lavanda de armario y ese tenue fondo de madera vieja que tienen los lugares habitados con paciencia.

Del otro extremo del pasillo llegaba una voz masculina, grave y modulada, que pronunciaba algo en tono demasiado bajo para entenderse. Luego una respuesta femenina, muy contenida. Después silencio.

Sorel se volvió apenas.

—Esta noche cenan la mayoría de nuestros huéspedes a las ocho y media. Si prefiere que le sirvamos algo en la habitación, bastará con que lo indique.

—Bajaré —dijo Armand.

Era mejor ver de inmediato a quienes uno iba a compartir techo. Los rostros observados antes de un acontecimiento suelen revelar después con mucha más claridad qué aspecto tenía la inocencia, o su simulacro.

La suite estaba al final del pasillo, en una esquina donde dos ventanas enfrentadas dejaban ver, por un lado, la ladera que descendía hacia el bosque y, por el otro, una parte de la carretera

por la que habían llegado. Sorel abrió la puerta con una llave larga y le cedió el paso.

La habitación principal era más amplia de lo que Armand esperaba. Tenía una cama de hierro pintado, un escritorio bajo la ventana, una pequeña sala de estar comunicada por un arco sin puerta, un armario antiguo bien restaurado y una chimenea que seguramente solo se encendía en pleno invierno. Las cortinas, de color burdeos apagado, estaban recogidas con cordones trenzados. Sobre una mesa lateral descansaba una lámpara de pantalla crema, un jarrón con dos dalias tardías y una bandeja con una botella pequeña de coñac y un vaso bajo. Todo estaba en orden. No en un orden espectacular, sino en ese orden hospitalario que resulta más difícil de lograr porque depende de docenas de pequeñas correcciones invisibles.

Armand recorrió la estancia con una lentitud casi ritual. Miró la cama, tocó con dos dedos el respaldo de una silla, abrió el armario, comprobó el cuarto de baño, observó la cerradura interior, la forma en que encajaba la ventana y el estado de la moqueta junto al escritorio. Sorel fingió no notar la inspección, lo que hablaba bien de él.

—Espero que encuentre todo a su gusto.

—Encuentro todo en su sitio —respondió Armand.

La frase pareció gustarle al director más de lo razonable.

—A veces es lo máximo a lo que podemos aspirar en un hotel, monsieur.

No era una mala respuesta. Armand se volvió entonces hacia él con un interés apenas mayor.

—¿Está muy concurrido Saint-Valéry esta temporada?

—Menos de lo que estuvo en otros años, más de lo que estuvo hace dos inviernos. Sobrevivimos a base de huéspedes fieles y de cierta reputación antigua que algunos aún consideran un valor. Hay quien viene por el aire de la montaña. Hay quien viene por la cocina. Hay quien viene porque en otras partes le mirarían demasiado.

Sorel dijo esto último con la neutralidad admirable de quien no cree haber dicho nada revelador. Armand lo registró.

—Un criterio hotelero muy útil —dijo.

Sorel permitió que la ironía resbalara sin romperse.

—La discreción, monsieur Delacroix, sigue siendo el único lujo que no ha pasado de moda del todo.

Cuando por fin el director y el botones se retiraron, el silencio no cayó de golpe, sino que fue recomponiéndose por capas. La lluvia seguía allí, golpeando las ventanas con una suavidad persistente. Más abajo, en algún punto invisible del hotel, una puerta se cerró. Después, el reloj de pie del vestíbulo dejó subir hasta el segundo piso una campanada amortiguada.

Armand permaneció de pie en mitad de la habitación, sin quitarse aún el abrigo, y se dio cuenta de que estaba cansado de una manera menos noble que la fatiga. No era un cansancio de trayecto ni de trabajo, sino algo más cercano al desgaste del mecanismo. Como si algunas piezas del interior siguieran siendo buenas, incluso extraordinarias, pero ya no se movieran con la continuidad sencilla de antes.

Se obligó a colgar el abrigo. Después alineó con cuidado la maleta junto a la butaca, dejó los guantes sobre la mesa lateral, desabrochó los puños de la camisa y abrió solo lo imprescindible. Cepillo de dientes. Neceser. Una libreta negra. Un estuche con pluma. Dos libros que ya sabía que no leería esa noche. Un frasco pequeño con las pastillas que su médico había insistido en prescribirle "solo por si acaso". Armand lo dejó dentro del cajón de la mesilla sin mirarlo demasiado.

Sentarse habría sido prudente. Tumbarse, quizá razonable. En vez de eso se acercó a la ventana. Desde allí podía ver la carretera recortada en la oscuridad y, más abajo, el jardín trasero del hotel, donde una balaustrada de piedra delimitaba una terraza cuya geometría apenas sobrevivía bajo la lluvia. Más allá no había nada salvo la masa negra de los árboles y, detrás de ellos, la intuición de la pendiente.

Un relámpago muy lejano blanqueó por un instante los perfiles de la montaña. No hubo trueno inmediato. Solo luz. Eso era peor.

Armand apoyó dos dedos en el cristal frío.

Había aceptado ir a Saint-Valéry porque se había quedado sin argumentos convincentes para negarse. El médico habló de

agotamiento nervioso, de la necesidad de apartarse del ruido, de la conveniencia de no aceptar de momento ningún nuevo trabajo. Una mujer con la que ya no se veía, pero cuya opinión le seguía resultando incómodamente certera, le había dicho algo aún más insultante: "No estás cansado, Armand. Estás desordenado". Aquello lo ofendió durante varios días porque, como casi todas las frases verdaderamente ofensivas, tenía algo de exactitud.

El caso anterior —no quería darle nombre en aquel momento— había dejado un poso más desagradable que el sufrimiento ajeno, y eso ya era decir bastante. Había dejado la sensación de que algunas verdades, lejos de restablecer nada, solo modifican la forma visible del derrumbe. Desde entonces, ciertos ruidos, ciertas aglomeraciones, ciertos errores mínimos de colocación o secuencia se le habían vuelto físicamente insoportables. Había días en que el sonido de una cuchara mal puesta podía provocarle un cansancio instantáneo. Días en que una interrupción trivial de la rutina bastaba para que el cuerpo se comportara como si estuviera a punto de recibir una mala noticia antigua.

Se apartó de la ventana con disgusto. Pensar demasiado en uno mismo es una forma menor de obscenidad.

En el cuarto de baño se afeitó con lentitud, cambió la camisa de viaje por otra blanca de cuello más firme y eligió para la cena un traje oscuro que toleraba bien la humedad. Mientras se anudaba la corbata, el espejo le devolvió el rostro habitual con ese suplemento casi imperceptible de fatiga que solo detectan los enemigos atentos y los médicos satisfechos de sí mismos. Los ojos seguían siendo agudos. La boca, demasiado sobria para parecer afable a quien no le conociera. Las manos, estables. Bien. De momento bastaba.

Al salir de la habitación, el pasillo estaba vacío. Bajó las escaleras sin prisa, notando bajo la suela la elasticidad resignada de la moqueta. En el rellano del primer piso había una ventana apenas abierta. El olor de la lluvia se mezclaba allí con un perfume tenue, caro y contenido, que podía pertenecer a una mujer acostumbrada a no dejar nunca demasiada huella visible.

En la planta baja, la puerta del comedor estaba ya entreabierta. Dentro, varias mesas redondas, bien separadas, se desplegaban bajo

lámparas de tulipa opalina que favorecían a la vajilla y a los rostros con la misma diplomacia. Había un piano cerrado junto a la pared del fondo, un aparador con plata antigua y un gran espejo donde las luces multiplicaban la estancia sin volverla alegre.

Sorel estaba junto a la entrada, supervisando con la dignidad de quien sabe que su oficio consiste en impedir que el caos se note antes que en evitarlo. Al ver a Armand, avanzó un paso.

—Le he reservado una mesa cerca de la ventana, monsieur Delacroix. Confío en que no le moleste la compañía moderada de los demás. Esta noche no somos demasiados.

—La multitud moderada es una de las pocas multitudes aceptables.

Sorel permitió que una sonrisa breve, casi íntima, le alterase por fin la seriedad.

—Entonces quizá aún podamos complacerle.

Armand cruzó el comedor con esa atención periférica que ya no sabía desactivar del todo. A la derecha, en una mesa para dos, cenaba sola una mujer de cabello rubio oscuro recogido en un moño firme, hombros rectos y cuello largo, vestida con un traje de seda gris perla y un collar mínimo. No levantó la vista al pasar él, pero la tensión exacta de su espalda bastaba para anunciar que no ignoraba nada de cuanto ocurría alrededor. Claire de Montfort, pensó sin saber aún por qué estaba seguro del nombre.

Más al fondo, cerca del aparador, un hombre de rostro estrecho, barba perfectamente afeitada y gafas metálicas leía el menú con una concentración que habría resultado ridícula de no haber estado tan bien disimulada. Vestía un traje marrón oscuro impecable, aunque algo gastado en los puños, y tenía las manos bonitas de los hombres acostumbrados a tocar cuerpos ajenos con autoridad. Lucien Morel, sin duda. O alguien que deseaba parecerlo.

En otra mesa, de espaldas al espejo, un joven de cabello negro peinado hacia atrás y mandíbula tensa manipulaba una servilleta con una serenidad demasiado consciente. La belleza de algunos hombres se vuelve sospechosa cuando está atravesada por una rigidez que no sabe relajarse. Julien Lemaire o un resentimiento con cubiertos.

Junto a la ventana opuesta, un sacerdote alto, de rostro demacrado y ojos extrañamente vivos, hablaba con un anciano de porte severo, pelo blanco recortado y manos grandes, cuadradas, que descansaban a ambos lados del plato como si incluso la digestión debiera respetar una norma. El anciano escuchaba con esa inmovilidad de quienes han pasado media vida dictando desde la silla. Henri Valette, pensó Armand. El sacerdote, probablemente Benoît Ravel.

Y algo más allá, ligeramente apartada, Madeleine Artois había conseguido ya que el comedor pareciera estar dispuesto a su alrededor con una discreción escénica que ni ella misma debía de poder evitar. Se había cambiado el vestido por otro negro, de cuello alto, y llevaba el pelo más suelto que en la escalera. La lámpara sobre su mesa le favorecía con una obediencia casi profesional.

Armand tomó asiento en la mesa que le habían asignado. Un camarero le acercó la carta y le ofreció vino con un murmullo competente. Él la rechazó con una leve inclinación. Era demasiado pronto para adormecer la percepción, y además había aprendido que en los hoteles distinguidos el vino suele ser una forma de conversación obligatoria.

Cuando levantó la vista del menú, vio entrar en el comedor a un hombre corpulento y elegante cuya presencia alteró la temperatura de la sala sin que él hiciera nada evidente para provocarlo. Tendría más de sesenta años, el cabello plateado cuidadosamente peinado hacia atrás, una piel todavía firme y un tipo de sonrisa amable tan bien ensayada que resultaba casi insolente. Llevaba un esmoquin negro de corte impecable, una corbata perfectamente anudada y en la solapa un clavel blanco que convertía su buen gusto en una forma de insistencia.

No habló alto. No necesitó hacerlo. Sin embargo, varias miradas lo registraron de inmediato, algunas con cortesía, otras con una atención más seca. El hombre saludó con pequeños movimientos de cabeza, como si otorgara a cada presente la cantidad exacta de reconocimiento social que le correspondía.

Étienne Lemaire.

Armand no sabía aún nada de él, y sin embargo sintió de forma inmediata algo que su experiencia le había enseñado a respetar: el temblor mínimo que un auténtico distribuidor de vergüenzas provoca en los demás incluso cuando sonríe.

Lemaire se acercó primero a la mesa de Claire. Dijo algo que Armand no alcanzó a oír. Claire alzó el rostro con una lentitud glacial. Respondió sin sonreír. Lemaire inclinó la cabeza, como si apreciara una pieza de porcelana antigua, y siguió andando.

Después se detuvo junto a Julien. Le apoyó dos dedos en el hombro. El joven no se apartó, pero la servilleta dejó de moverse entre sus manos.

En la mesa del sacerdote y el juez, el saludo fue distinto: más antiguo, más medido, con algo de memoria compartida y poco limpia.

Cuando por fin Lemaire ocupó su sitio —una mesa céntrica, desde donde podía ver casi a todos—, el comedor recuperó su murmullo. Pero no del todo. Algo había quedado desplazado, como cuando alguien mueve apenas un cuadro y la pared tarda un rato en aceptar la nueva simetría.

Armand tomó la cuchara de sopa. Estaba ligeramente desviada respecto al borde del plato. La corrigió con un gesto minúsculo y casi involuntario.

Luego, sin mirar directamente a nadie, comprendió dos cosas con la nitidez irritante de las primeras intuiciones acertadas: que Saint-Valéry no era un hotel donde la gente hubiera ido a descansar, y que el hombre del clavel blanco llevaba demasiado tiempo viviendo de saber cosas que no debía.

La lluvia siguió golpeando los cristales.

Y, por primera vez desde que había llegado, Armand Delacroix tuvo la desagradable impresión de que la montaña no lo había aislado del mundo, sino acercado con una precisión indecente a una forma muy concreta de desorden.

Capítulo 2. Huéspedes correctos, odios educados

El primer servicio se desarrolló con una eficacia que no admitía estridencias. Los camareros aparecían y desaparecían con la discreción casi litúrgica de quienes han comprendido que la verdadera elegancia consiste en no interrumpir nunca del todo las miserias ajenas. En el Grand Hôtel Saint-Valéry, incluso la sopa parecía servirse con una idea previa de la dignidad.

Armand dejó la cuchara a un lado y permitió que el silencio entre plato y plato hiciera su trabajo. Había aprendido hacía años que los comedores refinados revelan más verdad en los intervalos que en las conversaciones. Nadie se comporta exactamente igual cuando mastica, espera, dobla una servilleta o decide si merece la pena mirar a otra mesa. Los modales, como los vendajes, no están para ocultar la herida, sino para volverla socialmente soportable.

Desde su sitio junto a la ventana podía ver casi toda la sala sin necesidad de girar mucho la cabeza. Era una posición buena. Los espejos del fondo devolvían además ciertos ángulos que, bien administrados, ahorraban esfuerzos poco elegantes. No le gustaba mirar de manera demasiado frontal. La observación, cuando se ejerce con destreza, debería parecer siempre una forma superior de la distracción.

La primera en terminar la sopa fue Claire de Montfort.

Lo hizo con una precisión casi ofensiva. No dejó caer la cuchara una sola vez contra la porcelana, no levantó la vista mientras el camarero le retiraba el plato y, cuando acercó la copa de agua a los labios, lo hizo con esa mesura exacta de las mujeres que no se permiten ni siquiera beber como si tuvieran sed. El vestido gris perla que llevaba —de líneas limpias, sin concesiones a ningún adorno superfluo— parecía continuar el orden severo de su cuerpo. Tenía las manos finas, nervudas, muy blancas, con los nudillos ligeramente marcados y una sola sortija oscura que absorbía la luz en vez de devolverla. Armand pensó que debía de haber sido una mujer de

belleza devastadora a los veinte años, insoportable a los treinta y mucho más interesante ahora, cuando el tiempo había empezado a introducir una leve dureza en el borde de los labios y una sombra de vigilancia permanente en los ojos.

No miraba a Étienne Lemaire, pero tampoco lo ignoraba. Entre no mirar a una persona e ignorarla existe una diferencia de clase y otra de odio. Claire pertenecía a la primera.

En la mesa de Lucien Morel, el orden era distinto. El doctor —si es que lo era del todo, pensó Armand sin saber aún por qué esa precisión verbal se le antojaba importante— cenaba como alguien habituado a administrar tiempos ajenos. Más que comer, dosificaba. Cortaba el pan en piezas exactas. Probaba el vino con economía. Tenía una manera de sostener la copa entre el pulgar y el índice que recordaba menos a un sibarita que a un hombre acostumbrado a manejar instrumentos delicados. Su rostro, alargado y pálido, no resultaba especialmente atractivo ni desagradable; lo que llamaba la atención era una limpieza casi quirúrgica en sus gestos, como si se hubiese pasado la vida eliminando de sí todo aquello que pudiera interpretarse como exceso. Sus gafas de montura fina descansaban muy arriba en la nariz, lo que le daba una expresión de atención permanente y algo severa. Pero había algo en su cuello, en el modo en que el músculo se tensaba cada vez que Lemaire se movía en su silla, que traicionaba una incomodidad menos razonable que la simple antipatía.

Julien Lemaire, por su parte, tenía el aspecto ingrato de los hombres nacidos para parecer culpables aunque digan la verdad. El parecido con su tío no era inmediato, pero existía en ciertos detalles desagradablemente reveladores: la forma de los pómulos, la línea de la nariz, la manera en que la boca parecía hecha tanto para el encanto como para la soberbia. Solo que en Julien esas mismas piezas hubiesen sido ensambladas por un artesano menos seguro de sí mismo. El cabello negro, demasiado brillante bajo la lámpara, estaba peinado con disciplina hacia atrás; la mandíbula, firme hasta casi la obstinación, se endurecía cada vez que alguien mencionaba algo que sonara a dinero, pasado o familia. Vestía un traje azul muy oscuro que probablemente había costado más de lo que él podía

permitirse sin ayuda. Las personas dependientes suelen invertir con desesperación en las superficies que puedan fingirles autonomía.

Más allá, Henri Valette cenaba con una lentitud de viejo animal poderoso. Llevaba un chaleco gris oscuro perfectamente abotonado, una camisa almidonada y una corbata negra sin brillo. El pelo blanco, recortado con severidad, se pegaba a la cabeza con la terquedad digna de ciertas cosas ya vencidas pero no derrotadas. Tenía unas manos grandes, cuadradas, de dedos anchos, muy distintas a las manos finas de Claire o las manos precisas de Morel. No eran manos de campesino ni de militar. Eran manos de escritorio, pero de un escritorio desde el que se han tomado decisiones sobre cuerpos ajenos con absoluta tranquilidad. En la mesa lo acompañaba el padre Benoît Ravel, cuya sotana oscura parecía absorber una parte de la luz de la estancia. Era un hombre alto, de rostro largo y ascético, con el cabello ya muy ralo en la parte superior y unos ojos grises de fatiga atenta. No tenía la blandura apacible que suele tranquilizar a quienes necesitan de los sacerdotes solo una decoración moral. Más bien transmitía la impresión contraria: la de alguien que ha oído demasiadas confesiones verdaderas como para asustarse todavía por los buenos modales.

Y luego estaba Madeleine Artois.

Hecha, pensó Armand, de una materia distinta y más costosa que el resto. No por superioridad moral —de eso no parecía haber demasiada reserva en ninguna mesa—, sino por presencia. Su vestido negro no era luctuoso, aunque sugería una intimidad antigua con la pérdida. Llevaba los hombros descubiertos apenas lo justo para que no pareciera un cálculo, y las clavículas, muy marcadas bajo la piel clara, recogían la luz como dos pequeñas líneas de argumento. El pelo, castaño oscuro con reflejos más cálidos cerca de las sienes, le caía en una onda contenida que no parecía recién peinada, sino dispuesta para recordar que en otro tiempo la cámara había sabido quererla. Fumaba entre plato y plato con una gracia seca, sin voluptuosidad, como quien utiliza el humo no para adornarse, sino para concederse una pausa privada. Tenía una boca espléndida y un cansancio de calidad.

Armand ya había terminado de clasificar las superficies visibles cuando advirtió que Lemaire estaba mirándolo.

No de frente. Nadie con su experiencia social hacía las cosas de forma tan primaria. Lo observaba de lado, mientras sostenía una copa de borgoña a la altura del pecho y fingía escuchar con amable distracción algo que le decía el camarero sobre la salsa del plato principal. Incluso en reposo, su cara parecía construida para ofrecer seguridad: frente amplia, mejillas todavía firmes, ojos de un color difícil de fijar bajo la luz ámbar —entre miel y humo— y una boca que solo en los bordes delataba el vicio de sonreír sin conceder nada.

Cuando sus miradas terminaron por coincidir, Lemaire alzó apenas la copa.

Era un saludo minúsculo, pero tenía la naturaleza desagradable de los hombres acostumbrados a inaugurar vínculos en posición de ventaja.

Armand respondió con una inclinación de cabeza tan breve que rozó la incorrección. Luego tomó un trozo de pan y lo dejó de nuevo en el plato sin probarlo. Había algo en el modo en que aquel hombre saludaba que convertía cualquier respuesta en una forma secundaria de consentimiento.

La cena avanzó. El pescado fue retirado. Llegó la carne, acompañada de un puré oscuro y brillante que olía a vino reducido y a tiempo bien empleado. A través de los cristales, la lluvia seguía borrando el jardín y la carretera con una obstinación que empezaba a tener algo de voluntad.

Fue Madeleine Artois quien rompió primero el equilibrio aparente.

No con una escena, sino con una frase cuidadosamente colocada.

—Monsieur Sorel —dijo, alzando apenas la voz lo justo para que el director, que supervisaba desde el fondo, pudiera oírla sin que pareciera que ella reclamaba atención—. Confío en que la tormenta no tenga intención de arruinar también el postre. Sería una vulgaridad innecesaria.

Varias sonrisas leves recorrieron las mesas con gratitud social. Sorel avanzó unos pasos, componiendo en el trayecto una expresión entre devota y digna.

—Madame Artois, si el cielo pretendiera entrometerse en nuestra cocina, me vería obligado a considerarlo un agravio personal.

—Me tranquiliza comprobar que Saint-Valéry sigue siendo un bastión contra el deterioro general —replicó ella.

—Solo mientras no se examine demasiado de cerca, me temo.

Madeleine lo estudió un instante por encima del borde de la copa.

—Querido Bernard, las cosas verdaderamente elegantes nunca deberían examinarse de cerca. Ahí empiezan las humillaciones.

Hubo una risa breve, esta vez más franca, incluso en la mesa del juez. Claire no sonrió. Julien miró su copa como si le hubiese atribuido intenciones. Lemaire, en cambio, sí rio. No con estrépito, sino con una nota de sincero placer. Aquello interesó a Armand.

Los hombres como Lemaire suelen tolerar pocas ironías, salvo aquellas que creen haber domesticado.

—Madeleine tiene razón —dijo él, inclinándose hacia delante lo suficiente para ser oído por la mitad del comedor—. Hay distancias que la educación inventó por pura misericordia.

La actriz volvió el rostro hacia él con una lentitud deliciosa.

—Y sin embargo aquí estamos, Étienne. Demasiado cerca unos de otros para seguir fingiendo que la educación basta.

La frase cayó en la sala con la suavidad de una servilleta bien doblada y el efecto de una bofetada privada. Nadie dijo nada durante dos o tres segundos. El sacerdote apartó los ojos de su plato. Claire tomó agua sin levantar la vista. Morel se llevó el cuchillo a la boca como si quisiera comprobar si seguía sabiendo a metal y no a nervios.

Fue Lemaire quien rompió el pequeño vacío.

—La ventaja de los hoteles antiguos —dijo— es que incluso sus tensiones tienen un eco más noble.

La respuesta era buena. Demasiado buena quizá. Uno de los defectos más irritantes de ciertos perversos es que suelen tener ingenio.

Armand observó cómo Madeleine exhalaba una mínima hebra de humo antes de responder.

—Eso depende del tipo de tensión, querido.

No añadieron nada más. No era necesario. Una parte de la conversación había terminado; otra, más interesante, acababa de empezar en todos los rostros.

El camarero trajo el vino a la mesa de Armand con una consulta muda. Esta vez aceptó una pequeña cantidad. A su izquierda, la lluvia golpeó con más fuerza un tramo del cristal y, por un momento, el comedor pareció un escenario observado desde el fondo de un acuario.

Sorel retomó su posición cerca del aparador. El servicio continuó. Se sirvió un sorbete discreto entre platos, y fue durante ese intervalo cuando Gabriel Vasseur apareció por primera vez.

No entró como un invitado del hotel, sino por una puerta lateral que comunicaba el comedor con un pequeño pasillo de servicio. Había humedad en el bajo de su abrigo y en el cabello castaño, que le caía sobre la frente con una falta de disciplina que en otro hombre habría resultado juvenil y en él parecía más bien producto de la prisa. Tendría cerca de treinta años. Su rostro no era particularmente bello, pero sí limpio y firme: nariz recta, mandíbula franca, boca demasiado seria para su edad. Llevaba un traje oscuro sin brillo, probablemente de buena tela pero cortado con una modestia práctica, y sostenía una carpeta de cuero bajo el brazo con la tensión innecesaria de quien teme parecer menos seguro de lo que le exigen.

Sorel se adelantó de inmediato para interceptarlo antes de que la visión de un hombre mojado en mitad del comedor alterara demasiado el carácter digestivo de la velada.

—Teniente Vasseur —dijo en voz baja, aunque no tanto como para que el nombre pasara desapercibido del todo—. No le esperaba tan pronto.

Así que policía, pensó Armand, mientras se llevaba la copa a los labios.

Gabriel respondió algo que el murmullo del comedor y la distancia deformaron. Lo único nítido fue la última parte de la frase:

—…si la carretera sigue así, convendrá revisar el acceso inferior antes del amanecer.

Sorel inclinó la cabeza con gravedad hotelera. No quería que cundiera la idea de que la carretera era un asunto demasiado serio. En los establecimientos elegantes, incluso el riesgo debe administrarse por categorías.

El teniente reparó entonces en las miradas que se habían vuelto hacia él. Su expresión cambió apenas, lo justo para enfundarse de nuevo en formalidad.

—Mis disculpas, monsieur Sorel.

—Ninguna, por favor.

Lemaire fue el primero en dirigirse a él desde su mesa.

—Teniente —dijo con cordialidad impecable—. Confío en que no haya novedades desagradables.

Gabriel se volvió. Su cortesía era la de un hombre bien educado, pero no habituado a los salones.

—Solo precauciones, monsieur. La lluvia está complicando el descenso hacia el valle. Sería prudente evitar desplazamientos nocturnos innecesarios.

—En ese caso nos veremos obligados a sobrevivir con el placer de nuestra propia compañía —replicó Lemaire.

Julien hizo un ruido mínimo con el cubierto. Claire siguió sin mirar.

Gabriel asintió con la sobriedad de quien no está dispuesto a regalar una sonrisa a un hombre que le resulta instintivamente antipático sin saber aún por qué. Aquello le gustó a Armand.

—Tomaremos las medidas oportunas —dijo el teniente.

Al girar para marcharse, su mirada recorrió el comedor y se detuvo un segundo más de la cuenta en Armand. No con reconocimiento, sino con la curiosidad rápida de los hombres de oficio que notan una presencia ajena al paisaje habitual. Armand sostuvo el cruce el tiempo justo para no ser descortés. Gabriel apartó primero los ojos y salió por donde había entrado.

—La policía en la sopa —murmuró Madeleine, lo bastante alto para que la frase no pudiera considerarse privada—. Saint-Valéry se moderniza.

—No tanto —dijo Valette desde su mesa, sin apresurarse—. La montaña siempre ha exigido un cierto respeto por la autoridad.

Era la primera vez que hablaba con claridad suficiente para que Armand oyera de cerca su voz. Sonaba como un mueble caro: seca, pesada y construida para durar más que las personas que la escuchan.

—La autoridad rara vez me ha parecido lo más respetable de la montaña —repuso el padre Benoît, con una suavidad que no restaba filo.

Valette lo miró con esa paciencia antigua que algunos hombres reservan para los religiosos cuando no están seguros de si despreciarlos o concederles una forma secundaria de poder.

—Eso depende del lado desde el que se caiga, padre.

—Y del número de testigos —añadió Madeleine.

Hubo otra vez esas sonrisas breves que no llegan a estallar porque todos en la sala saben que las frases están empezando a acumular intención.

Lemaire apoyó la copa sobre el mantel y miró al sacerdote.

—¿Aún sigue convencido, Benoît, de que todo puede resumirse en una cuestión moral?

El padre dejó el cubierto. Tenía unas manos huesudas, muy quietas, de uñas cortas y cuidadas con una sobriedad casi militar. Cuando alzó los ojos, el gris de sus pupilas pareció enfriarse un grado.

—No, Étienne. Hace tiempo que dejé de concederle al mundo una organización tan generosa.

—Entonces mejoramos con la edad —respondió Lemaire.

—No he dicho eso.

El silencio que siguió fue más limpio que el anterior. Más duro también. Un camarero pasó entre las mesas con una fuente de porcelana sostenida a la altura del pecho, y durante ese breve instante nadie pareció dispuesto a añadir nada. Armand notó que Morel había dejado de comer por completo. Los dedos de la mano izquierda, apoyados junto al cuchillo, hacían una presión imperceptible sobre el mantel. Claire seguía erguida, pero ahora su copa estaba un milímetro desplazada respecto a la marca circular de

humedad que había dejado en el mantel. Solo quien hubiera estado observándola desde el principio habría advertido que, en una mujer así, un desajuste tan pequeño equivalía casi a una declaración.

Lemaire se volvió entonces hacia Armand con la misma amabilidad calculada con que un gran propietario saluda a un nuevo vecino cuya extensión de terreno aún no ha evaluado.

—Perdóneme, monsieur Delacroix —dijo—. Hemos monopolizado la velada con nuestras pequeñas repeticiones. Qué descortesía con un recién llegado.

Todas las miradas, o casi todas, convergieron en la mesa junto a la ventana. Armand dejó el tenedor a un lado y secó apenas sus labios con la servilleta. No le molestaba ser interpelado. Le molestaba ser invitado a participar en un clima que otros habían envenenado y luego presentado como conversación.

—No se preocupe —dijo—. Las repeticiones suelen ser muy instructivas. Cuando una escena vuelve a producirse es porque la primera vez no quedó resuelta.

Madeleine bajó la vista hacia el mantel para esconder una sonrisa. Gabriel Vasseur no estaba ya en la sala, pero de haber estado quizá le habría gustado aquella respuesta. Lemaire, en cambio, recibió la frase con un placer mucho más complejo. No parecía ofendido. Parecía, peor aún, interesado.

—Entonces quizá nos convenga actuar mejor la próxima vez —dijo.

—O decir por fin el texto correcto —repuso Armand.

La actriz soltó una pequeña exhalación por la nariz, apenas una sombra de risa. Julien miró a su tío con el desconcierto de quien no entiende si está presenciando un duelo o una invitación. Claire levantó los ojos por primera vez en dirección a Armand. Fue solo un segundo, pero lo bastante para que él viera de cerca el color exacto de sus iris: gris azulado, helado en apariencia, y sin embargo más cansado que frío.

Sorel apareció entonces con una velocidad admirablemente inoportuna para anunciar el postre. Un milhojas de manzana tibia con crema especiada. En otro contexto, la noticia habría merecido gratitud. En aquel, solo sirvió para recordar que incluso los grandes

hoteles tienen la costumbre irritante de seguir funcionando cuando el aire ya huele a otra cosa.

Durante los minutos siguientes la conversación se dividió en hilos más pequeños. Madeleine habló con Benoît sobre una soprano muerta cuya voz, según ella, había sido mejor que su reputación. Valette comentó con Bernard el estado de la carretera como si se tratara de un asunto menor que sin embargo exigía exactitud. Julien hizo una pregunta breve a Morel sobre el vino y recibió una respuesta tan sobria que parecía una corrección. Claire permaneció en silencio.

Lemaire, en cambio, parecía haberse vuelto más ligero cuanto más densa se ponía la sala. A veces sucede: hay hombres que solo respiran bien en entornos contaminados por ellos mismos.

Armand probó el postre. Estaba excelente. Lo detestó por eso. Nada le parecía más ofensivo que la competencia culinaria en medio de una atmósfera moralmente defectuosa. Las personas suelen celebrar la buena cocina como si fuese una prueba de civilización, cuando en realidad no hace más que demostrar cuánto puede perfeccionarse la comodidad alrededor de ciertos abismos.

Fue casi al final de la cena cuando vio entrar a Élise Fournier.

No venía a servir. Cruzó el umbral del comedor con una bandeja vacía apoyada en la cadera izquierda, como si acabara de retirar algo de otra estancia del hotel. Tendría no más de treinta años. Era morena, de piel clara tirando a mate, con el cabello recogido en un moño práctico del que escapaban dos mechones húmedos junto a la nuca. No era llamativa en un sentido inmediato, y sin embargo había en ella una forma de moverse sin desperdiciar ni un solo gesto que resultaba más interesante que la belleza de otras mujeres. Llevaba el uniforme negro del servicio, muy sencillo, con un delantal blanco pulcrísimo y mangas remangadas apenas por encima de las muñecas. Sus manos eran pequeñas, rápidas, con una viveza contenida que delataba más inteligencia de la que conviene exhibir ante ciertos huéspedes.

Se detuvo al ver que Sorel le hacía una seña desde el fondo. Bernard se acercó a ella. Hablaron muy bajo, pero Armand captó la

dirección de la mirada del director cuando, sin querer o queriendo demasiado poco, se desvió hacia la mesa de Lemaire.

Élise asintió. Su rostro no cambió casi nada, pero se produjo en él una contracción mínima, un endurecimiento en torno a la boca que habría pasado inadvertido para cualquier observador menos ocioso.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lemaire con esa cortesía insaciable de quien jamás ignora una conversación cuando podría apropiársela.

Sorel se volvió de inmediato.

—Nada que deba inquietarnos, monsieur. Una cuestión de servicio.

—El servicio nunca es poca cosa, Bernard —dijo él—. Es lo que separa un hotel de una posada y una vida de una sucesión de desgracias.

Madeleine dejó la cucharilla en el plato.

—Qué definición tan fatigada de la existencia.

—Y sin embargo bastante exacta —respondió Lemaire.

Élise seguía de pie, inmóvil, con la bandeja pegada al costado. Sus ojos fueron de Sorel a Lemaire y luego, de forma casi involuntaria, a Claire. Duró menos de un segundo, pero bastó. Bernard debió de notarlo también, porque se apresuró a despedirla con un murmullo.

Cuando se marchó, Armand registró la dirección por la que desaparecía: no hacia la cocina, sino hacia el corredor lateral que conducía a la escalera de servicio. Lo anotó sin saber aún por qué.

El postre terminó. El café llegó a las mesas. Algunos huéspedes pidieron licores. La lluvia redobló de nuevo contra las cristaleras con una violencia menuda pero obstinada.

Fue entonces cuando Lemaire se levantó.

Lo hizo con la serenidad ceremoniosa de los hombres que no necesitan anunciar que van a retirarse porque dan por supuesto que la estancia, al notarlo, ya ha sido informada. Se colocó la servilleta sobre la silla, se abrochó un botón del esmoquin y miró en torno suyo con una cortesía que parecía incluir a todos y pertenecer en realidad solo a quien la emitía.

—Les deseo una noche tan apacible como las circunstancias permitan.

—Eso dependerá mucho de las circunstancias —dijo Madeleine.

—Y de quién las administre —añadió Valette.

Lemaire sonrió. Después se volvió hacia Claire.

—Madame de Montfort, ¿tendría usted la amabilidad de concederme unos minutos más tarde? Hay un asunto antiguo que quizá merezca, por fin, una conclusión razonable.

Claire levantó la vista despacio. Por un momento, el comedor entero pareció quedar suspendido sobre ese intercambio.

—Los asuntos antiguos rara vez concluyen de forma razonable, monsieur Lemaire —dijo ella.

—No obstante, deberíamos intentarlo.

No era una invitación. Tampoco una amenaza abierta. Era algo peor: una de esas frases construidas para que la persona aludida entienda perfectamente el grado exacto de violencia que contienen sin que nadie más pueda declararse escandalizado.

Claire sostuvo la mirada unos segundos. Luego respondió:

—Más tarde, entonces.

Julien apretó la mandíbula con tanta fuerza que el músculo saltó bajo la piel. Morel no movió un solo rasgo, pero llevó la mano al pie de la copa y la hizo girar un cuarto de vuelta, como si necesitara un objeto donde descargar una decisión microscópica. El padre Benoît cerró los ojos una fracción de segundo. Madeleine encendió otro cigarrillo con un gesto tan preciso que parecía querer introducir una llama controlada en el único lugar del comedor donde aún no había fuego visible.

Lemaire inclinó la cabeza, satisfecho, y salió.

No caminó deprisa. Tampoco lento. Solo con esa cadencia de hombre habituado a que le dejen paso incluso cuando no lo pide. Su figura desapareció por la puerta principal del comedor y el murmullo no regresó enseguida.

Armand dejó la taza de café sobre el platillo.

Ahora sí, pensó, sin ninguna alegría.

Ahora la sala había dejado de fingir.

Sorel dio dos palmadas apenas audibles a un camarero, que recogió con eficacia las copas vacías. Valette pidió coñac. El sacerdote lo rechazó con una leve inclinación de cabeza. Julien se levantó con brusquedad controlada.

—¿Me disculpan? —dijo a nadie en particular.

—Siempre —contestó Madeleine, sin mirarlo.

El joven salió también, aunque por la puerta lateral, no por la principal. Su prisa estaba tan mal disimulada que rozaba la candidez. Claire permaneció sentada unos segundos más, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el mantel. Desde la mesa de Armand podía verse que una de sus uñas presionaba con demasiada fuerza la piel del dedo opuesto. Luego se puso en pie.

No pidió disculpas. No necesitaba hacerlo. Se limitó a colocar la servilleta en el borde exacto del plato, a tomar su pequeño bolso de mano y a abandonar la sala con una rectitud tan perfecta que solo alguien muy atento habría percibido el esfuerzo físico que le costaba.

Armand la siguió con la mirada hasta la puerta.

Fue entonces cuando notó que Lucien Morel no estaba mirando a Claire. Estaba mirando el lugar donde Claire había estado sentada.

Como si allí, sobre la madera, entre una taza vacía y un trozo de pan intacto, hubiese quedado la forma exacta de un problema.

Eso duró apenas un instante. Luego el doctor se levantó también.

—Espero que nadie tenga intención de morirse esta noche —dijo Madeleine, exhalando humo sin mirar a nadie en particular—. La montaña vuelve a todo mucho más aparatoso.

—Hay personas para las que incluso una muerte ajena sería una cuestión de estilo —dijo Valette, llevando el coñac a la boca.

—Y otras para las que sería, por fin, una liberación —repuso el sacerdote.

Nadie respondió.

Sorel se acercó entonces a la mesa de Armand con la prudencia administrativa de quien desea verificar si su huésped aún considera habitable el establecimiento.

—¿Desea tomar algo en el salón, monsieur Delacroix? Tenemos una pequeña selección de armagnac excelente. Y si prefiere retirarse, puedo hacer que le suban una botella de agua caliente. Las noches húmedas aquí…

—El salón estará bien —dijo Armand.

No tenía sueño. Tenía, en cambio, esa forma específica de lucidez desagradable que precede a los accidentes humanos.

El salón estaba comunicado con el comedor por un arco ancho cubierto por cortinajes recogidos. Era una estancia más baja de techo, más íntima, con butacas profundas, una alfombra persa demasiado valiosa para el desgaste que sufría y una chimenea encendida con un fuego modesto pero honrado. Sobre una mesa baja descansaban varios periódicos atrasados, una caja de ajedrez de marfil incompleto y un jarrón con ramas secas. El piano que había visto antes desde el comedor quedaba allí mejor ubicado, junto a la pared, cerrado como una confidencia antigua.

Madeleine fue la primera en instalarse junto al fuego, cruzando las piernas con una facilidad que demostraba que la edad nunca había conseguido expulsarla del todo de sí misma. Valette permaneció de pie ante la chimenea un momento, calentándose una mano mientras sostenía el vaso en la otra. Benoît eligió un sillón apartado y apoyó los dedos sobre el reposabrazos con una fatiga que parecía haber viajado mucho con él.

Armand tomó asiento cerca de una lámpara baja, desde donde podía ver la puerta principal, el arco del comedor y el reflejo parcial de la escalera en un espejo lateral.

La conversación en el salón tardó un poco en recomponerse. Como si todos comprendieran que, una vez abandonado el comedor, ya no se trataba de hablar por educación, sino de decidir cuánto de sí estaban dispuestos a poner en circulación.

Fue Valette quien habló primero.

—No imaginaba encontrarme aquí con un hombre de su reputación, monsieur Delacroix.

Ahí estaba. La frase que tarde o temprano llegaba siempre. Armand se acomodó apenas en la butaca.

—Las reputaciones viajan mejor que las personas —dijo.

—Y a veces sobreviven más tiempo del conveniente.

—Eso depende de quién las administre.

Valette estudió la respuesta con la misma expresión que habría dedicado a una cláusula contractual ambigua. Luego bebió un sorbo más.

—¿Está usted aquí por descanso o por exilio?

Madeleine soltó una risa baja.

—Henri, qué pregunta tan deliciosamente indiscreta.

—Las únicas preguntas que merecen la pena suelen serlo.

Armand dejó que el silencio se asentara un instante.

—Estoy aquí por recomendación médica —dijo al fin.

—Qué humillante —murmuró Madeleine.

—Muchísimo —respondió él.

Ella lo miró con un respeto nuevo, casi divertido.

—Empieza usted a caerme mejor de lo razonable.

—Eso me obliga a desconfiar de ambos.

La actriz sostuvo el cigarrillo entre dos dedos y sonrió con una honestidad inesperada.

—Muy bien. Entonces quizá aún sea usted un hombre sano.

El padre Benoît, desde el sillón del rincón, intervino por primera vez desde que entraron.

—La salud es una palabra muy sobornada, madame.

—Y la fe un concepto excesivamente optimista, padre —repuso ella.

—No siempre.

—No. A veces solo es una excelente coartada.

Valette resopló por la nariz, no exactamente divertido. Había en el grupo una familiaridad antigua, gastada y poco limpia. Armand lo notaba ya con claridad. No eran huéspedes casuales de un hotel de montaña. Eran personas arrastradas una y otra vez al mismo espacio moral, como si una deuda común, jamás saldada, hubiese aprendido a vestirse de vacaciones, de retiro espiritual o de discreción estacional.

El salón permaneció así, sostenido por frases medidas, fuego contenido y lluvia tras los cristales. Morel tardó varios minutos en aparecer. Cuando lo hizo, venía sin copa y con el nudo de la corbata

levemente desplazado, lo bastante para que ese pequeño desorden resultara en él más revelador que una confesión. Se detuvo al ver el grupo reunido.

—Creí que la velada había terminado para todos —dijo.

—No para los insomnes ni para los culpables —respondió Madeleine.

—Entonces estamos condenados a una gran concurrencia —dijo él con una frialdad correcta.

Sorel entró poco después para preguntar si deseaban más leña. Valette dijo que sí. Benoît pidió agua. Madeleine pidió coñac. Morel nada. Armand, café. Y en medio de aquella distribución de pequeñas necesidades, pensó de pronto en la mirada de Élise Fournier al salir del comedor, en la forma en que había mirado a Claire y luego a Lemaire, y en el hecho de que los empleados solo adquieren ese tipo de dureza rápida cuando han visto algo que no querrían haber visto.

No era aún una idea. Ni siquiera una intuición. Solo una rugosidad en la superficie de la noche.

A las once menos cuarto, el salón empezó a vaciarse.

Valette fue el primero en retirarse, deseando buenas noches con esa sequedad que parecía una concesión mínima a la convivencia. El sacerdote se levantó después, no sin antes apagar con dos dedos una chispa que había saltado de la chimenea a la rejilla. Madeleine se quedó un rato más, contemplando el fuego como si en algún momento fuera a devolverle una escena mejor escrita que las de su propia vida. Morel desapareció sin que ninguno recordara exactamente en qué momento había salido. Aquello ya era, por sí mismo, una nota.

Cuando por fin Armand se incorporó, sintió en la espalda el peso tenue del viaje y de la cena. No cansancio. Todavía no. Más bien esa advertencia corporal que le recordaba que el reposo no se negocia del todo con la voluntad. Agradeció el café, se despidió de Sorel y se dirigió a la escalera.

En el primer rellano se detuvo.

No porque hubiera oído nada extraordinario, sino precisamente porque el hotel parecía demasiado callado. La lluvia seguía. El reloj del vestíbulo marcó tres cuartos de hora con un chasquido interior

antes de dar la campanada. Alguna tubería murmuró detrás de la pared. Desde el ala este, muy lejos, llegó un roce de tela o quizá de pasos amortiguados por la moqueta.

Armand continuó subiendo.

Al llegar al segundo piso, una puerta se cerró al fondo del corredor. No alcanzó a ver quién lo hacía. Solo la línea de luz bajo el batiente, que desapareció un instante después. En otra dirección, una sombra cruzó muy deprisa el tramo de pared entre dos apliques y se desvaneció hacia la escalera de servicio.

Demasiado pronto para asignarle importancia.

Demasiado tarde para olvidarlo.

Entró en su suite, cerró con llave, dejó los gemelos sobre la cómoda y permaneció unos segundos de pie junto a la cama, escuchando. No le gustaba el silencio absoluto. Tenía algo de salón de autopsias. Prefería, incluso para dormir, una pequeña prueba de que el mundo seguía gastándose en tareas ordinarias: lluvia, madera, agua, una voz remota, el ascensor de un hotel viejo si lo hubiera. Pero Saint-Valéry no tenía ascensor. Solo la montaña, la lluvia y un conjunto de habitaciones donde varias personas correctas parecían dedicar una parte considerable de su existencia a odiarse con educación.

Se desanudó la corbata y la dejó doblada sobre el respaldo de la silla. Después apagó la lámpara principal y conservó solo la luz menor de la mesilla.

No tardó en comprender que no dormiría enseguida.

Había algo en la noche —no en el hotel en general, ni siquiera en la cena, sino en una suma concreta de microdesajustes— que se había quedado enganchado en su pensamiento como una hebra en un botón.

La mirada de Claire al aceptar la petición de Lemaire.

La incomodidad casi física de Morel.

El comentario del sacerdote.

La presencia del teniente Vasseur con el agua aún en el abrigo.

La frase de Madeleine sobre la muerte y el estilo.

La bandeja vacía de Élise.

Y, por encima de todo, la forma en que Lemaire había circulado entre ellos con la insolencia blanda de quien sabe que ninguna de sus víctimas se atreverá todavía a pronunciar la palabra justa.

Armand se sentó en el borde de la cama.

Apoyó los codos en las rodillas.

Entrelazó las manos.

Luego, con una lucidez tan tranquila que por eso mismo resultaba desagradable, pensó que en el Grand Hôtel Saint-Valéry no había una sola persona verdaderamente a salvo mientras Étienne Lemaire siguiera con vida.

Y justo por eso, quizá, alguien llevaba ya demasiado tiempo deseando corregir ese detalle.

Capítulo 3. La tormenta

Armand durmió mal, aunque no de la manera vulgar y reconocible en que duermen mal los hombres tranquilos. No hubo pesadillas, ni sobresaltos escénicos, ni esa respiración rota de quien despierta perseguido por una imagen. Lo suyo fue peor: un sueño interrumpido por una vigilancia sin objeto preciso, como si alguna parte del cuerpo hubiese decidido que, en aquel hotel, la inconsciencia completa sería una imprudencia.

A las tres y veinte abrió los ojos con la sensación nítida de que alguien había pronunciado su nombre. No era cierto. La habitación estaba a oscuras, salvo por una claridad lechosa que se filtraba entre las cortinas y convertía la lluvia en una presencia blanquecina sobre el cristal. Permaneció quieto, tendido boca arriba, escuchando.

Nada.

Después, poco a poco, el hotel volvió a organizarse en sonidos menores. Una cañería que cedía calor por la pared. El goteo persistente en el alero exterior. La madera acomodando el peso de la noche con chasquidos pequeños, disciplinados. Más lejos, acaso desde otra planta, un paso aislado. O quizá un recuerdo de paso.

Se incorporó. No consultó el reloj enseguida. Había desarrollado, con los años, una superstición discreta respecto a ciertas horas. Verlas demasiado pronto en mitad de la noche les concedía una forma innecesaria de autoridad.

Fue hasta la ventana y apartó apenas un borde de la cortina.

La montaña había desaparecido.

No por completo, desde luego; la piedra y los árboles seguían ahí, tercos en su lugar. Pero la lluvia y la niebla los habían convertido en una única masa de sombra móvil, una especie de respiración húmeda pegada al cristal. La carretera de llegada era ya solo una cinta más pálida entre la oscuridad, a ratos visible, a ratos borrada por la cortina oblicua del agua. Un relámpago muy lejano, sin trueno inmediato, dibujó durante una fracción de segundo la línea del talud y el contorno torcido de una barandilla.

Armand dejó caer la tela.

No volvería a dormirse enseguida. Lo aceptó con la misma resignación sobria con que un hombre educado acepta una mala silla en una casa ajena. Encendió la lámpara pequeña, sirvió un dedo de coñac en el vaso de cortesía que no había tocado la noche anterior y se sentó junto al escritorio sin beberlo. La libreta negra seguía allí, cerrada. Durante unos instantes pensó en abrirla. No para escribir nada importante —detestaba a quienes confundían la escritura temprana con la lucidez—, sino para anotar dos o tres detalles antes de que el cansancio y la mañana los aplanaran.

No lo hizo.

Nombrar demasiado pronto una inquietud suele volverla más torpe.

Se limitó a mirar la mesa. El hotel había dispuesto sobre ella una pequeña carpeta con el membrete de Saint-Valéry, una pluma fuente, un tintero, una hoja de papel crema y una tarjeta donde se informaba de los horarios del desayuno, la comida y la cena con una precisión que pretendía parecer tranquilizadora. Armand giró la tarjeta entre los dedos. Le molestaban los lugares donde la organización se exhibe como una virtud moral. Casi siempre significa que el desorden ha tenido allí demasiadas oportunidades.

A las cuatro menos cuarto, una ráfaga más fuerte golpeó el lado este del edificio con una violencia seca. Luego llegó por fin el trueno, no inmediato, sino rodando desde alguna parte de la montaña como si una losa gigantesca hubiese decidido recordar su peso.

Armand bebió el coñac de un solo trago.

Volvió a acostarse una hora más tarde. Durmió algo entre las cinco y las seis y media, lo justo para soñar con una escalera de mármol que descendía a ninguna parte y con una puerta cerrada cuyo pomo estaba tibio sin razón visible. Despertó antes de que el sueño encontrara un sentido, lo cual agradeció.

A las ocho bajó al comedor.

La mañana tenía ese color gris homogéneo de los días en que el cielo ha renunciado a cualquier jerarquía. No llovía con la furia de la noche, pero seguía lloviendo de una manera más grave y constante, como si el agua hubiese dejado de ser un episodio meteorológico

para convertirse en el estado natural del mundo. En el vestíbulo, el reloj de pie marcaba la hora con una obediencia algo hosca. Sorel hablaba en voz baja con un joven empleado junto al perchero. Al ver a Armand, interrumpió la conversación con una eficacia admirable.

—Espero que haya descansado, monsieur Delacroix.

La pregunta, formulada por un director de hotel, siempre tiene algo de chantaje cortés. Armand le permitió una respuesta tan razonable como inútil.

—He descansado lo suficiente como para no ser una carga en el desayuno.

Sorel sonrió, aunque esta vez con menos soltura que la víspera.

—Es cuanto puede pedirse a una noche de tormenta, me temo.

Había ojeras bajo sus ojos, apenas visibles, y el nudo de la corbata le quedaba una fracción de milímetro más bajo que la noche anterior. En un hombre tan atento a las superficies, aquello equivalía casi a una declaración de dificultades.

—Parece usted más preocupado que ayer, monsieur Sorel.

El director vaciló un instante, lo bastante para decidir si la cortesía exigía restar importancia al asunto o si la situación ya no permitía ciertas ficciones.

—La carretera principal ha sufrido un pequeño desprendimiento durante la noche —dijo al fin—. Nada irreparable, espero. Pero el paso hacia el valle está bastante comprometido por el barro, y el acceso inferior… —Se interrumpió con una leve contracción en la comisura de la boca—. En fin. El teniente Vasseur ha pedido que, de momento, nadie intente bajar.

Armand miró hacia la vidriera de la entrada. A través del cristal podían verse la escalinata mojada, el jardín borrado por la lluvia y, más allá, una claridad sucia donde debería haber estado la carretera.

—¿"De momento" es una expresión tranquilizadora o decorativa?

Esta vez Sorel sí soltó una breve risa cansada.

—En los hoteles, monsieur Delacroix, la mitad del lenguaje es decorativo. Pero en este caso me temo que la otra mitad también resulta sincera.

Entraron entonces dos camareros cargando una caja de velas largas y un par de quinqués de emergencia. El director giró apenas

la cabeza hacia ellos, irritado de que aquella procesión doméstica coincidiera con la conversación.

—No hemos perdido la electricidad —se apresuró a decir—, pero preferimos tomar precauciones. En la montaña nunca se sabe.

"No se sabe" era una de esas expresiones que la gente utiliza cuando sí sabe, al menos en parte, y no le gusta la forma de lo que sabe. Armand asintió y pasó al comedor.

La disposición de las mesas era la misma, pero el desayuno alteraba por completo el carácter de la sala. La luz diurna, sin ser abundante, rebajaba la benevolencia que las lámparas habían concedido a los rostros la noche anterior. Había café, pan caliente, mantequilla, confituras en pequeños recipientes de cristal, huevos y una selección de frutas cuya sola presencia en aquella montaña húmeda implicaba una logística más compleja de la que merecían. Los hoteles persistentes suelen combatir las desgracias con desayunos excesivamente correctos.

Claire de Montfort ya estaba sentada a su mesa, vestida ahora con un conjunto de lana color marfil y una chaqueta azul oscuro de líneas masculinas que subrayaba aún más la rectitud de sus hombros. El pelo, recogido con sobriedad, dejaba ver la palidez severa de la nuca. Sostenía la taza con ambas manos, no por necesidad de calor, sino con esa concentración de quien ha decidido que, si el día va a ser un enemigo, no le concederá el espectáculo de verla temblar.

Julien apareció poco después, notablemente peor que la noche anterior. El traje oscuro había sido sustituido por una chaqueta de tweed mal abrochada, y el cabello, todavía húmedo, parecía haber sido peinado con los dedos más que con un peine. Sus ojos, bellos de una manera maligna incluso cuando estaban cansados, tenían esa sombra azulada que delata una noche atravesada por el alcohol, el insomnio o la culpa. Tomó asiento sin mirar a Claire y pidió café con una brusquedad que solo quien se siente observado cree compatible con la indiferencia.

Lucien Morel entró a las ocho y diez exactas. La puntualidad, en ciertos hombres, resulta menos tranquilizadora que un retraso. Vestía un traje gris oscuro, camisa de cuello firme y una corbata

color vino que, en otras circunstancias, habría parecido demasiado cuidada para un desayuno de montaña. En él no. La compostura era su única patria visible. Llevaba el cabello peinado con un orden casi agresivo y el rostro rasurado con tal limpieza que la piel parecía tensarse sobre los huesos. Solo en los ojos, algo más hundidos que la víspera, se percibía el tributo pagado a la noche.

Poco después llegó Madeleine Artois, y con ella el comedor recuperó de pronto la conciencia de estar siendo observado. Llevaba un pantalón ancho de lana negra, una blusa de seda color marfil y un jersey fino del mismo negro del pantalón, dejado caer sobre los hombros con una informalidad deliberada que habría resultado ridícula en otra mujer y en ella parecía el único modo posible de estar vestida. El pelo, más suelto, enmarcaba un rostro casi demasiado despierto para la mañana. Había mujeres que amanecen como si hubieran dormido. Madeleine amanecía como si hubiese negociado con la noche y salido ganando por margen estrecho.

—Esto ya no es lluvia —dijo, antes incluso de sentarse—. Es la versión alpina del resentimiento.

Nadie replicó de inmediato, lo cual le permitió sonreír para sí y acomodarse cerca de la ventana, donde pudiera contemplar la destrucción del paisaje con una mezcla de fastidio y delectación.

El último en entrar fue Henri Valette, acompañado del padre Benoît. El juez caminaba con un bastón que la noche anterior no había usado, no porque lo necesitara de forma constante, sino porque en los desayunos húmedos las articulaciones de los hombres orgullosos suelen pedir una discreción suplementaria. Benoît, en cambio, parecía haber dormido vestido por una idea fija. La sotana negra había sido sustituida por una chaqueta de paño oscuro sobre camisa clerical gris, y el cuello blanco bajo la garganta le daba al rostro ascético una nitidez aún más dura.

Lo primero que notó Armand fue una ausencia.

Étienne Lemaire no había bajado aún.

Lo segundo fue que esa ausencia no inquietó a nadie de la forma correcta.

Julien miró una vez hacia la puerta y retiró enseguida los ojos. Claire no miró en absoluto. Morel continuó untando mantequilla en

la tostada con una precisión ofensiva. Madeleine lo notó todo y sonrió hacia su taza. Valette parecía demasiado experto en administrar silencios como para desperdiciar uno tan útil.

Sorel entró varias veces y salió otras tantas. En cada una de esas apariciones, su compostura era correcta, pero no igual. Había empezado la mañana con la autoridad fatigada del director de hotel que intenta conservar una rutina. A medida que pasaban los minutos, esa autoridad iba adquiriendo algo más inseguro, como si el edificio empezara a exigirle respuestas de un orden para el que el oficio no prepara.

A las ocho y media, cuando ya todos habían recibido el desayuno, Gabriel Vasseur apareció de nuevo en la puerta lateral. Esta vez venía sin abrigo y sin humedad visible en la ropa, pero el barro en los bajos de los pantalones y el gesto comprimido de la boca bastaban para informar del estado exterior mejor que cualquier boletín. Se acercó directamente a Sorel. Hablaron aparte, aunque el comedor entero se volvió un órgano único para escucharlos.

—…el talud ha cedido también junto a la curva del puente —oyó Armand con nitidez—. El acceso inferior está intransitable. Y el cableado del poste no me gusta nada.

Sorel bajó la voz aún más, pero ya era tarde para la discreción. La sola forma de sus hombros denunciaba que el problema no era de poca monta.

Gabriel se volvió entonces hacia las mesas, consciente por fin de que los huéspedes ya se sabían asunto de una conversación ajena. Su gesto al dirigirse a ellos no fue el del policía que disfruta administrando alarmas, sino el de quien detesta tener que introducir realidad en una estancia bien servida.

—Lamento interrumpirles —dijo—. Preferiría hacerlo en mejores circunstancias. La lluvia ha empeorado durante la noche y se han producido varios desprendimientos en la carretera del valle. De momento no es posible circular con seguridad en ninguna dirección. Lo prudente será permanecer aquí hasta que podamos despejar el acceso o hasta que amaine lo suficiente como para evaluar daños.

—Qué palabra tan generosa, "prudente" —murmuró Madeleine, sin levantar demasiado la voz.

Gabriel la oyó y, contra todo pronóstico, le respondió con la seriedad intacta.

—Es la única palabra útil que tengo esta mañana, madame.

Aquello le dio a Armand una impresión mejor del teniente. Los hombres jóvenes que conservan una sobriedad razonable frente a las ironías ajenas suelen servir para algo más que para obedecer.

—¿Está usted diciendo que estamos atrapados? —preguntó Julien, demasiado pronto y con un tono que hacía de la pregunta una confesión indirecta de su propia ansiedad.

—Estoy diciendo —respondió Gabriel— que el hotel es ahora el lugar más seguro para todos.

—No es exactamente lo mismo —replicó Madeleine.

—No —dijo él—. Pero se le parece bastante en una montaña.

Valette dejó la taza con suma delicadeza.

—¿Han informado al puesto del valle?

—Sí, monsieur. Mis hombres están trabajando abajo con el ayuntamiento y con dos vecinos de la zona. En cuanto tengamos una previsión fiable, se la comunicaré a monsieur Sorel.

El juez asintió sin discutir. En otros hombres, la aceptación rápida de una orden revela docilidad. En él significaba algo más incómodo: una costumbre antigua de reconocer cuándo el control pertenece a otro solo durante un rato.

El padre Benoît intervino entonces.

—¿Existe riesgo para el hotel?

Gabriel dudó solo un instante.

—No inmediato. El edificio está en una buena cota. El problema es el camino y el agua acumulada en el tramo bajo. Si la tormenta continúa, nos preocupará más el acceso que la estructura.

—Magnífico —dijo Madeleine—. Nos ahogaremos con elegancia, pero sin movilidad.

—Madame —dijo Sorel con un esfuerzo visible por mantener el tipo de sonrisa que exige el cargo—, Saint-Valéry ha soportado tormentas peores.

—Eso no tranquiliza, Bernard. Solo sugiere que el hotel tiene más experiencia en desgracias que nosotros.

Hubo una sonrisa escasa, más por agotamiento que por humor. Armand observó a Claire. No había reaccionado a la noticia del encierro con espanto ni con alivio. Y, sin embargo, al fin levantó la vista hacia la puerta. Solo un segundo. Lo bastante para que el gesto pareciera menos una preocupación por la carretera que una comprobación íntima de otra clase de ausencia.

Lemaire seguía sin bajar.

El desayuno prosiguió, aunque ya sin la ficción del reposo. Las conversaciones, antes mínimas, se volvieron más fragmentarias aún. El sonido de la lluvia, bajo la nueva conciencia de encierro, parecía haber ganado volumen sin necesidad de hacerlo. Gabriel permaneció junto a la puerta unos minutos más, intercambió un par de palabras con Sorel y se dispuso a retirarse.

Entonces Madeleine dijo, con el tono de quien lanza una piedra al agua solo para ver la forma de las ondas:

—Monsieur Lemaire no suele perderse un desayuno, ¿verdad?

Todo el comedor se inmovilizó durante una fracción de segundo.

Había frases que funcionaban como cerillas. No por incendiar nada en el acto, sino por revelar cuánta sustancia inflamable llevaba ya tiempo acumulada en una sala.

Sorel fue quien respondió primero.

—Monsieur Lemaire es un huésped muy puntual, sí —admitió—. Aunque imagino que esta noche la tormenta habrá podido alterar el descanso de muchos.

—A algunos el descanso los abandona incluso cuando no hay tormenta —dijo Benoît, en voz baja.

Claire dejó la taza sobre el plato. El leve tintineo de la porcelana sonó, por alguna razón, mucho más alto de lo debido.

—No veo por qué la ausencia de monsieur Lemaire debería convertirse en asunto común —dijo, sin mirar a Madeleine.

La actriz se encogió de hombros con una gracia casi ofensiva.

—Porque todo en los hoteles termina convirtiéndose en asunto común, querida. Esa es la única diferencia entre una intimidad de ciudad y una de montaña.

Julien, que llevaba varios minutos desgarrando un trozo de pan sin comérselo, soltó por fin:

—Tal vez esté dormido. O quizá simplemente no tenga hambre. No veo el interés.

—Eso es porque los hombres jóvenes —dijo Valette, secándose los labios con la servilleta— creen siempre que la falta de interés equivale a la falta de consecuencias.

Julien lo miró con una hostilidad tan súbita que se diría que llevaba tiempo reservándola.

—No necesito lecciones a estas horas, monsieur Valette.

—No te las he dado. Solo he cometido la torpeza de observar.

—Como siempre —murmuró Madeleine.

El sacerdote giró muy despacio la cabeza hacia la actriz. Ella le sostuvo la mirada con una expresión casi infantil de inocencia fingida.

Sorel dio un paso al frente, decidido por fin a restituir alguna forma de orden.

—Si me disculpan, me ocuparé personalmente de saber si monsieur Lemaire necesita algo. Estoy seguro de que no hay motivo de inquietud.

—En su oficio —dijo Armand, antes de pensarlo demasiado—, la seguridad suele llegar siempre un poco antes que los hechos.

Sorel se volvió hacia él con una mezcla de cansancio y cortesía.

—Uno hace lo que puede con el orden disponible, monsieur Delacroix.

—Por supuesto.

Gabriel, que todavía no se había marchado, observó de reojo el intercambio. Armand lo notó y le devolvió una mirada breve, no de complicidad todavía, sino de registro mutuo. El teniente parecía el único hombre en la sala que no estaba ya implicado en una vieja conversación. Por eso mismo, precisamente, resultaba útil.

Sorel salió del comedor.

Nadie habló durante casi un minuto.

Fue un silencio de calidad inferior al de la noche anterior. Ya no el silencio elegante de quienes dosifican lo que saben, sino el más denso de quienes empiezan a sospechar que sus reservas privadas quizá vayan a perder valor de golpe.

Madeleine encendió un cigarrillo, aunque aún quedaban tazas sobre la mesa. Lo hizo con un pequeño mechero de plata y oro que habría sido indecente en otra mano.

—Siempre he pensado —dijo, soltando el humo hacia un costado — que la verdadera vulgaridad no es el escándalo, sino la espera. El escándalo al menos tiene la decencia de manifestarse.

—Hay esperas peores que los escándalos —dijo Claire.

Su voz había salido un punto más baja de lo habitual. No quebrada. Eso habría sido casi tranquilizador. Salió tensa. Como una cuerda bien afinada y demasiado expuesta al frío.

—No lo dudo —contestó Madeleine.

Armand dejó la taza de café y se levantó. Había terminado de desayunar, pero no se marchó enseguida. Fue hasta la ventana del comedor y apartó apenas un poco la cortina lateral.

Desde allí pudo ver mejor el acceso. La escalinata frontal seguía limpia, aunque brillante de agua. Más allá, el jardín descendía en una serie de terrazas de piedra hasta una balaustrada parcial. A partir de allí, el terreno caía hacia una masa de árboles que la lluvia convertía en una sola sombra espesa. La carretera principal quedaba oculta desde ese ángulo, pero en el extremo derecho sí se distinguía parte de una vía secundaria de servicio, ahora convertida en una lengua marrón y brillante de barro removido. Más abajo, donde la pendiente giraba, algo había cedido en el terreno. No era visible del todo, pero bastaba para comprender por qué Vasseur hablaba de desprendimientos.

—Está peor de lo que parece —dijo Gabriel, acercándose a la ventana.

No lo había oído llegar. El teniente se había colocado a su derecha, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión atenta que se volvía aún más joven cuando no estaba hablándole a un grupo.

—Las cosas casi siempre lo están —dijo Armand.

Gabriel lanzó una mirada rápida hacia las mesas, como midiendo si podía permitirse una frase menos oficial.

—No suelo tener huéspedes refinados atrapados en hoteles cuando ocurre. Supongo que es una novedad para todos.

—Solo para algunos.

El policía lo miró entonces con más interés. Tenía ojos claros, entre grises y verdosos, de esos que parecen honestos incluso cuando preferirían no comprometerse con nada.

—¿Nos conocemos, monsieur Delacroix?

—No personalmente.

—Pero usted sabe quién soy.

—Ayer oí su nombre. Esta mañana ha traído usted suficiente barro para completar la presentación.

Gabriel casi sonrió.

—Y usted habla como alguien acostumbrado a mirar más de la cuenta.

—Es una forma pomposa de decir que me distraigo con facilidad.

—No lo parece.

Armand se volvió apenas hacia él.

—¿Qué edad tiene, teniente?

La pregunta pareció desconcertarlo, pero respondió de inmediato.

—Treinta.

—Entonces aún puede permitirse la honestidad facial. Aproveche. Con los años se vuelve más cara.

Gabriel abrió la boca como si fuera a replicar, lo pensó mejor y terminó por inclinar levemente la cabeza.

—Lo tendré en cuenta.

Sorel reapareció en ese momento por la puerta principal del comedor.

Bastó verlo para que el aire de la sala cambiara.

No venía alterado en el sentido escénico. Nadie en su puesto se permite jamás el lujo de entrar descompuesto en una estancia llena de huéspedes. Pero la rigidez suplementaria de sus hombros, la forma en que la mano derecha había olvidado por un instante dónde apoyarse y, sobre todo, el color exacto de la piel alrededor de la nariz bastaban para anunciar que algo ya no podía seguir siendo administrado como inconveniente hotelero.

—Monsieur Lemaire no responde —dijo.

No era una frase dramática. Precisamente por eso resultó peor.

Julien se puso en pie tan deprisa que la silla retrocedió con un chirrido seco sobre el suelo.

—¿Qué quiere decir con que no responde?

Sorel se volvió hacia él.

—Quiero decir que he llamado varias veces a su puerta y no he obtenido contestación. Su desayuno tampoco ha sido recogido de la bandeja exterior.

—Entonces abra la puerta —dijo Claire.

La frase salió como sale el frío de una habitación sellada: sin elevarse, pero ocupándolo todo.

—He enviado ya a buscar la llave de servicio —dijo Sorel—. El teniente Vasseur me acompañará por pura precaución. Estoy seguro de que…

—No diga que está seguro —dijo Madeleine, aplastando el cigarrillo en el platillo vacío—. Ya ha agotado esa palabra esta mañana.

Nadie la contradijo.

Gabriel dejó de mirar la ventana. Su cuerpo entero cambió de eje. La juventud no desapareció de él, pero se reordenó de inmediato bajo una forma más útil: la del hombre que sabe qué hacer con su propia prisa. Se acercó a Sorel.

—Voy con usted.

Valette también se levantó, apoyándose en el bastón.

—No creo que convenga convertir esto en una procesión —dijo Gabriel.

—No pensaba acompañarles por curiosidad, teniente. Pensaba hacerlo porque, si uno de nosotros ha enfermado o ha sufrido un accidente, el resto tiene derecho a saberlo.

—El resto tendrá noticia en cuanto la haya.

—Y entretanto hará exactamente lo que se espera de los buenos huéspedes: esperar sentado y mal informado —dijo Madeleine.

Gabriel mantuvo la serenidad con un esfuerzo visible.

—Madame, ahora mismo necesito espacio, no comentarios.

Madeleine alzó ambas manos en gesto de inocencia.

—Entonces vaya. Ningún gran descubrimiento mejora con testigos superfluos.

Julien ya estaba a medio camino de la puerta.

—Voy con ustedes —dijo.

—No —respondió Gabriel con una firmeza más limpia que alta.

El joven se volvió.

—Es mi tío.

—Precisamente. Espere aquí.

Julien se quedó inmóvil. No obedeció de buena gana; obedeció porque no tenía una forma decorosa de desobedecer sin confesarse a sí mismo demasiado alterado. Las mejillas se le habían vaciado un poco de color.

Claire seguía sentada, pero ya no parecía sentada de verdad. Parecía sostenida por una decisión.

Armand observó a Lucien Morel.

Aquello le interesó más que cualquier otra cosa.

El doctor no se había levantado. Seguía junto a su mesa, una mano apoyada en el respaldo de la silla, la otra cerca de la taza ya vacía. El rostro permanecía sobrio, correcto, casi clínico, pero había en la inmovilidad de su cuello y en la concentración excesiva de la mirada algo que no se parecía a la sorpresa. Se parecía, pensó Armand con una nitidez desagradable, a la atención del hombre que ya ha empezado a escuchar si su montaje interior resiste el primer golpe de realidad.

La impresión fue tan rápida que resultaba casi injusta. La archivó sin nombrarla.

Gabriel, Sorel y un camarero joven salieron del comedor. Nadie tuvo el mal gusto de seguirlos. Ni siquiera Madeleine. Eso era significativo. El refinamiento no evita ciertas curiosidades; solo las obliga a quedarse quietas cuando el decoro aún conserva valor.

El sonido de sus pasos se perdió en el vestíbulo, luego en la escalera principal.

El padre Benoît entrelazó las manos sobre el borde de la mesa.

—Tal vez no sea nada —dijo.

Era una frase compasiva. También, en boca suya, una confesión de impotencia.

—Las personas siempre dicen eso antes de que sea algo —murmuró Madeleine.

Claire se levantó entonces. No con brusquedad, sino con una lentitud tan severa que todos la miraron por miedo a no hacerlo.

—Voy a esperar en el salón —dijo.

Nadie intentó impedírselo. Salió por el arco lateral, recta como un reproche.

Julien tardó unos segundos más. Luego la siguió, aunque no de inmediato, como si no quisiera que el gesto pareciera una búsqueda de apoyo. Valette pidió otro café que no deseaba realmente. Benoît se quedó donde estaba, con la misma expresión de quien ha visto muchas mañanas volverse peores y ya no concede a ninguna el beneficio de la sorpresa.

Armand tomó su taza vacía y la dejó en el platillo con cuidado.

—¿Siempre es así? —preguntó, sin dirigirse del todo a nadie.

Madeleine, que había encendido ya otro cigarrillo, volvió la cabeza.

—¿Así cómo?

—Como si todos compartieran una historia que detestan más que la lluvia.

Ella lo miró con esa sonrisa suya que empezaba en la inteligencia y terminaba en el cansancio.

—Monsieur Delacroix, en los hoteles de montaña pasan dos clases de cosas: o la gente viene a olvidar, o viene a recordar sin testigos. Saint-Valéry vive de ambas modalidades.

—Y monsieur Lemaire, ¿a cuál pertenecía?

Madeleine exhaló humo hacia el espejo.

—A una tercera. Venía a comprobar que nadie hubiera olvidado lo suficiente.

Valette alzó los ojos.

—Madeleine.

No la estaba corrigiendo. Le estaba pidiendo una tregua. Eso, en un hombre como él, significaba bastante.

—Oh, no se altere, Henri. A estas alturas nadie va a confundirnos con personas discretas.

—La discreción —dijo el juez— no es una cuestión de naturaleza, sino de disciplina.

—Qué frase más propia de usted.

Benoît se puso en pie.

—Basta.

No elevó la voz. Tampoco hizo falta. La palabra cayó con una autoridad antigua, menos clerical que humana.

Madeleine giró el cigarrillo entre los dedos y no añadió nada más.

Armand se apartó de la mesa. No tenía sentido seguir allí, escuchando cómo aquellas personas se distribuían, otra vez, las armas de una intimidad venenosamente vieja. Caminó hacia el salón y encontró a Claire de pie junto a la chimenea apagada, aunque el fuego no estaba encendido esa mañana. Miraba las brasas muertas como si esperara de ellas alguna explicación estética de la violencia. Julien se hallaba a varios pasos de distancia, cerca del ventanal, de espaldas a ella. La relación entre ambos no parecía hecha ni de complicidad ni de consuelo. Más bien de esa proximidad inevitable que imponen ciertas desgracias incluso antes de haberse confirmado.

Morel entró un minuto después. Esta vez sí se acercó a Claire.

—Madame de Montfort —dijo con una cortesía que en otro contexto habría resultado perfecta—. No conviene anticipar escenarios.

Claire no se volvió hacia él.

—Los escenarios ya se anticiparon solos hace muchos años, doctor.

La frase fue tan precisa que el silencio siguiente adquirió un espesor nuevo. Julien se giró bruscamente. Madeleine, desde la puerta, dejó escapar una leve arqueación de cejas. Benoît cerró los ojos un instante, no en resignación, sino como si la memoria le hubiese devuelto de golpe una frase antigua que no deseaba volver a oír.

Morel sostuvo la postura solo un segundo más y luego dio un paso atrás. No parecía herido. Parecía otra cosa: un hombre que hubiera recibido un golpe en un lugar muy antiguo y ya casi cicatrizado.

Armand registró también eso.

Fue entonces cuando, desde el piso superior, llegó un ruido.

No un grito. No el escándalo que la imaginación vulgar asigna a los descubrimientos. Fue algo más sobrio y, por eso, más alarmante: un golpe seco, quizá una puerta contra la pared, seguido de la voz de Gabriel Vasseur llamando a alguien con una urgencia controlada.

El salón se quedó inmóvil.

Julien fue el primero en moverse.

—¡Dios mío! —dijo, y salió hacia la escalera.

Esta vez nadie intentó detenerlo.

Claire se quedó donde estaba un segundo más, solo uno, y luego avanzó con una rigidez que ya no era de dignidad, sino de puro esfuerzo físico. Madeleine apagó el cigarrillo a medio consumir, cosa que Armand sospechó que no hacía nunca sin una buena razón. Valette tomó el bastón. Benoît hizo la señal de la cruz con una rapidez tan automática que parecía más bien un reflejo muscular.

Armand no se apresuró. Subió detrás de ellos, a cierta distancia, no por cobardía ni por elegancia, sino porque había aprendido hace mucho que las escaleras hacia una mala noticia se suben mejor con los ojos disponibles que con las piernas rápidas.

En el rellano del primer piso ya se notaba el cambio de atmósfera. No es fácil explicar en qué consiste. Los lugares donde algo todavía no tiene nombre, pero está a punto de adquirirlo, modifican el aire. Lo espesan. Lo vuelven más consciente de sí mismo.

En el segundo piso, el corredor del ala central estaba tomado por una quietud incorrecta. Un camarero joven permanecía junto a la pared con el rostro descompuesto y las manos pegadas al pantalón. Sorel estaba un poco más allá, frente a una puerta abierta. Más pálido que antes. Mucho más pequeño también. Los hombres dedicados a mantener el orden hotelero envejecen de golpe cuando una tragedia privada exige pasar a categoría pública.

Gabriel se volvió al oír los pasos. Su mirada pasó por Julien, por Claire, por el resto, y terminó fijándose un segundo en Armand con una expresión ya distinta a la del desayuno. Menos joven. Más sola.

—Nadie más —dijo.

No era una petición. Era la orden limpia de un hombre que ha encontrado por fin un hecho más sólido que la lluvia.

Julien se quedó inmóvil en mitad del pasillo.

—¿Qué ha pasado?

Gabriel no respondió enseguida. Miró de reojo hacia la habitación abierta. Luego, quizá por piedad o por simple eficacia, dijo:

—Monsieur Lemaire está muerto.

La frase cayó sin estruendo.

Claire no hizo ningún gesto visible. Ni uno. Eso fue lo peor. Julien dejó escapar el aire de golpe, como si alguien hubiera golpeado su estómago desde dentro. Madeleine apoyó una mano en la pared. Benoît cerró otra vez los ojos, más tiempo esta vez. Valette apretó la empuñadura del bastón hasta que los nudillos adquirieron el mismo color que el cabello.

Y Armand, desde su sitio unos pasos detrás, comprendió antes de ver el cuerpo que nada en aquella muerte iba a parecer sencillo.

No por un relámpago de genio. Ni por intuición mística. Sino por una razón mucho más amarga: las muertes verdaderamente simples rara vez llegan precedidas por una cena así.

Gabriel volvió la cabeza hacia la puerta.

—Doctor Morel —dijo, con una autoridad seca que no admitía discusión—. Le voy a necesitar aquí.

Lucien avanzó entonces por el pasillo.

Y durante una fracción de segundo, justo antes de entrar en la habitación de Étienne Lemaire, Armand Delacroix vio en el rostro del hombre algo tan pequeño que casi podría no haber existido: no miedo, no sorpresa, no repulsión.

Reconocimiento.

Luego Lucien Morel cruzó el umbral.

Y la puerta de la suite, abierta de par en par sobre la muerte, empezó por fin a convertir en hechos todo lo que la noche anterior solo había sido amenaza.

Gabriel le hizo una seña al camarero para que se apartara más de la entrada. El muchacho obedeció con la docilidad temblorosa de quien teme que hasta respirar pueda considerarse una falta. Bernard Sorel, en cambio, no se movió. Permanecía a un lado del marco,

rígido, con una mano apoyada sobre la jamba como si la madera fuese lo único que le quedara entre la compostura y el derrumbe.

—Solo el doctor —repitió Gabriel, sin elevar la voz.

Julien dio un paso.

—Es mi tío.

—Y está muerto —dijo Gabriel, esta vez con una firmeza tan nítida que ya no admitía réplica—. Déjeme hacer mi trabajo.

El joven se quedó inmóvil. Los ojos, muy abiertos ahora, se le habían vaciado de esa petulancia defensiva que le endurecía el rostro y mostraban por primera vez algo más crudo: no solo el miedo, sino la posibilidad de una pérdida real. O la de un desastre más complejo que la simple pérdida.

Claire seguía de pie unos metros más atrás. Tenía el bolso aún sujeto en una mano, y el cuero pequeño se le hundía un poco en los dedos. Armand lo notó porque, a falta de gestos grandes, los cuerpos entregan su verdad por sitios mínimos: la presión de una mano, el ángulo de una nuca, la forma en que alguien distribuye el peso sobre los pies. La cara de Claire, en cambio, parecía hecha de un material más duro que la emoción inmediata. No había palidez teatral en ella. Solo una concentración feroz, como la de quien sabe que a partir de ese instante toda su vida se dividirá en dos partes y que, sin embargo, todavía no puede permitirse caer en ninguna.

Armand no avanzó hasta la puerta. Se quedó donde estaba, a una distancia que le permitía ver el interior sin invadir el terreno de Gabriel.

La suite de Lemaire era mayor que la suya y más ostentosa sin llegar a ser vulgar. Tenía una sala de estar separada del dormitorio por un arco amplio, una chimenea de mármol claro, dos sillones bajos enfrentados junto a una mesa redonda y un escritorio de nogal bajo la ventana lateral. Las cortinas estaban corridas solo a medias, dejando entrar esa luz gris e indecisa que la lluvia extiende sobre los objetos como una concesión mediocre del día. En la mesa baja había una copa a medio vaciar, un cenicero limpio y un pequeño reloj de viaje abierto junto a un estuche de piel. Todo tenía un orden casi excesivo. Y en mitad de ese orden, como una blasfemia corregida demasiado tarde, estaba el cuerpo de Étienne Lemaire.

No yacía en el suelo, como habría cabido esperar de una violencia súbita. Estaba sentado en uno de los sillones, ligeramente reclinado hacia un costado, con la cabeza vencida en un ángulo que el cuello humano no adopta sin protesta. Llevaba aún la ropa de la cena: el esmoquin negro, la pechera blanca, el clavel en la solapa, ahora algo torcido y de una blancura ofensiva junto a la herida. La garganta mostraba un corte estrecho y feroz, no desmesurado, pero sí lo bastante profundo para haber destruido cualquier pretensión de una muerte limpia. Había sangre, desde luego. La había en la camisa, en el borde de la pechera y en la línea oscura que había resbalado hacia el cuello de la chaqueta. También, menos de la que el ojo esperaba, en la alfombra junto al sillón.

Eso fue lo primero que irritó a Armand.

No la sangre en sí. La relación entre la sangre y la postura.

Aquella clase de herida, en aquella zona, con un hombre sentado de ese modo… algo no terminaba de obedecer a la escena que se ofrecía. No supo todavía precisar qué. Solo sintió esa pequeña resistencia interior con que la inteligencia reconoce una mentira antes de saber formularla.

Lucien se acercó al cadáver con un paso medido. Se inclinó, observó la garganta, tocó apenas la muñeca, luego la piel bajo la mandíbula. La profesionalidad del gesto habría sido tranquilizadora de no estar tan minuciosamente administrada.

Gabriel permanecía junto a él, sin tocar nada.

—¿Qué me dice? —preguntó.

Lucien tardó un segundo más de la cuenta en responder. No por duda real, pensó Armand, sino por ese cálculo previo mediante el cual ciertos hombres deciden cuánto conocimiento conviene exhibir antes de que se les pida.

—Que lleva muerto varias horas —dijo al fin—. Aunque con esta humedad y esta temperatura del edificio no me apresuraría a fijar una hora exacta.

Varias horas.

La frase se expandió por el pasillo como un gas más frío que el aire.

Julien se llevó una mano a la boca. No llegó a tocarse del todo. La dejó suspendida, como si de pronto no supiera qué hacer con su propio cuerpo. Madeleine, que se había mantenido algo más atrás, entornó los ojos con una atención distinta, casi profesional, al oír el diagnóstico. Benoît inclinó la cabeza. Valette no dijo nada.

—¿La puerta estaba cerrada? —preguntó Armand.

No lo dijo alto, pero el tono bastó para que Gabriel volviera la cabeza hacia él.

Sorel respondió primero, agradecido quizá por una pregunta práctica que lo librara un segundo del cadáver.

—Sí, monsieur. Cerrada con llave. Llamé varias veces. Como no respondía, fui a buscar la llave de servicio.

—¿Y esta? —preguntó Armand, señalando apenas con la mirada el interior.

Gabriel entró un paso más y examinó la zona del escritorio. Allí, junto al tintero y una cartera de cuero, descansaba una llave.

—La de la habitación está aquí —dijo.

Madeleine soltó el aire por la nariz.

—Qué consideración tan impecable por parte del muerto.

Gabriel la ignoró, lo cual empezaba a hablar bien de él.

Lucien se inclinó de nuevo sobre la herida.

—No veo el arma —dijo.

—Ni yo —repuso Gabriel.

—Tal vez cayó en otra parte —sugirió Sorel con una ansiedad inútil.

Armand dejó que la vista recorriera la habitación. El suelo. La alfombra. El borde de la chimenea. La mesa baja. El espacio entre el escritorio y la pared. Nada.

—No —dijo, casi para sí.

Gabriel volvió a mirarlo.

—¿No qué?

—No parece una habitación donde algo haya caído sin ser visto.

El teniente no respondió de inmediato. Tenía todavía demasiado presente el peso inmediato del cadáver como para conceder autoridad a una observación lateral. Pero la registró. Armand lo vio hacerlo.

Lucien se incorporó.

—Habrá que revisar la estancia completa.

—Lo haremos —dijo Gabriel—. Sin tocar más de lo necesario.

Madeleine dio un paso, lo justo para ver mejor el interior sin cruzar el umbral.

—¿Fue aquí donde lo encontraron, exactamente así?

La pregunta no era inocente. Nunca lo son cuando las formula alguien acostumbrado a pensar en escenas.

Sorel se volvió hacia ella.

—No he tocado nada, madame. Ni el teniente tampoco.

—No he preguntado eso. He preguntado si estaba exactamente así.

Bernard dudó. Fue una duda mínima, pero fatal. Armand la recogió como quien recoge una hebra de hilo en una alfombra cara.

—Yo… —balbuceó el director—. La impresión fue tan fuerte que…

—Estaba así —intervino Gabriel con tono seco, cortando la vacilación antes de que se volviera pantano—. Al menos desde que yo lo vi.

Eso no era lo mismo, y Armand lo supo en el acto. También Madeleine. También Lucien, que no hizo el menor comentario.

Julien rompió por fin la rigidez de su estupor.

—¿Quién demonios ha hecho esto?

Fue una buena pregunta. Demasiado buena para aquella primera fase. Una pregunta así presupone ya un tipo de crimen y un tipo de asesino. Armand observó cómo Gabriel, en lugar de responder, se volvió hacia el corredor.

—Nadie sale del hotel —dijo—. Y nadie entra en esta habitación sin que yo lo autorice. Monsieur Sorel, necesito que alguien avise al personal y que todo el mundo permanezca localizable. Doctor Morel, quédese cerca. Puede que tenga que volver a examinar el cuerpo conmigo. Padre, si quiere acompañar a los señores al salón…

—Yo me quedo —dijo Valette.

—Yo también —añadió Julien.

—No —repuso Gabriel.

No fue autoritario por gusto. Fue práctico. El tono de un hombre que ya ha entendido que, si no delimita enseguida el campo, el pánico y la susceptibilidad harán el resto.

Julien dio otro paso.

—No puede apartarme de esto.

—Puedo apartarle exactamente de una habitación con un cadáver en mitad de una investigación —contestó Gabriel—. Y lo haré.

La hostilidad que pasó entonces por el rostro del joven fue demasiado rápida para llamarla abierta, pero demasiado intensa para ignorarla. Claire lo vio. Su voz, cuando habló, sonó por primera vez con una autoridad casi maternal, aunque no hubiera ternura alguna en ella.

—Julien.

Él se volvió.

—No ayudes a empeorar esto.

La frase era ambigua. Y precisamente por eso resultaba excelente. No decía "compórtate", ni "haz caso", ni "cálmate". Decía algo peor: no añadas torpeza al desastre. La de alguien que ya sabe que el desastre existe en más de un nivel.

Julien la sostuvo un segundo con la mirada, luego apartó el rostro y dio un paso atrás.

Gabriel asintió a Benoît para que condujera a los demás al salón. El sacerdote avanzó primero. No tocó a nadie, pero su mera presencia abrió un pequeño corredor moral por el que el grupo fue desplazándose. Valette salió con una dignidad hosca. Madeleine retrocedió la última entre los huéspedes, no sin antes lanzar una última mirada a la habitación, una de esas miradas largas y silenciosas que equivalen a un acto completo de memoria. Claire pasó sin mirar dentro. Eso también lo registró Armand.

Cuando el pasillo quedó más despejado, Gabriel volvió a la puerta y advirtió que Armand seguía allí.

—Monsieur Delacroix —dijo—, le agradecería que…

—Por supuesto —respondió Armand, antes de que terminara la frase.

Iba a retirarse ya cuando vio, en el ángulo inferior del escritorio, una pequeña mancha oscura en la alfombra. No de sangre exactamente. O no solo de sangre. Quizá agua sucia, quizá barro muy leve, quizá un arrastre mínimo que la distancia deformaba. No insistió con la vista. Ya habría tiempo para los detalles. A veces mirar demasiado pronto un objeto lo vuelve menos preciso en la memoria.

Bajó con los demás al salón.

Allí el aire era aún peor que en el corredor. El salón ya no era una estancia acogedora con sillones y fuego apagado. Era una sala de espera a la que el crimen no había llegado del todo todavía, pero cuya tapicería y cuyas mesas bajas empezaban a comprender para qué iban a servir. Sorel tardó algunos minutos en unirse a ellos. Cuando lo hizo, la noticia ya había dejado de ser noticia y se había convertido en estado. El camarero joven llevaba ahora una bandeja con coñac, brandy y agua. Nadie la había pedido. Era el tipo de gesto que los hoteles ejecutan cuando quieren recordar a la tragedia que sigue bajo jurisdicción de la casa.

Madeleine aceptó una copa.

—Siempre supe que terminaríamos desayunando con un cadáver —dijo, no porque quisiera escandalizar, sino porque el silencio se le antojaba una superstición mediocre.

—Cállese —murmuró Julien.

Ella volvió el rostro hacia él.

—No me dé órdenes con esa cara, muchacho. Todavía no sabe usted si está de duelo o en peligro.

El golpe fue preciso. Julien se habría abalanzado verbalmente sobre ella de no ser porque Valette habló antes.

—Basta ya.

Esta vez sí sonó a orden.

Madeleine bebió. No insistió. Lo cual, en ella, equivalía casi a una concesión moral.

Claire había tomado asiento en una butaca apartada. Seguía con el bolso en el regazo y las manos cruzadas sobre él. Ahora la palidez sí había avanzado un grado por la cara, pero sin arruinarle la expresión. Tenía los ojos fijos en un punto del suelo, no perdidos, sino clavados. Armand empezó a sospechar que el mayor rasgo de

aquella mujer no era la frialdad, sino el esfuerzo colosal con que administraba su derrumbe.

Benoît permanecía de pie junto a la chimenea.

—No debería quedarse sola —le dijo a Claire.

Ella alzó la mirada.

—No lo estoy, padre. Eso es precisamente parte del problema.

Valette se sirvió brandy.

—¿Tiene idea de quién puede haber hecho esto? —preguntó, volviéndose hacia nadie y hacia todos.

Julien soltó una risa sin alegría.

—Qué pregunta tan extraordinaria, viniendo de usted.

El juez lo miró despacio.

—Modere el tono.

—¿O qué? ¿Me dará una sentencia póstuma?

—Julien —dijo Claire.

—No, déjale —murmuró Madeleine—. Empieza a parecerse por fin a alguien vivo.

Benoît intervino otra vez.

—Todos estamos alterados.

—No —dijo Valette, mirando el líquido ámbar de su copa—. Todos estamos, como siempre, demasiado tarde.

La frase dejó una vibración sucia en el cuarto.

Armand se mantuvo al margen. No era todavía el momento de preguntar. Pero tampoco de engañarse. La manera en que se hablaban aquellas personas no era la de un grupo unido por la mera coincidencia hotelera. Se conocían demasiado. Se herían en zonas antiguas y sin presentación previa. Había frases que solo pueden pronunciarse entre quienes llevan años participando en la misma red de daños.

Sorel regresó poco después, seguido por Élise Fournier.

La joven camarera traía una libreta pequeña y un manojo de llaves. Tenía el rostro algo más blanco que en la cena anterior, pero se movía con una concentración muy exacta. No estaba allí como víctima del susto, sino como parte del mecanismo doméstico que se activa cuando la tragedia obliga al servicio a transformarse en infraestructura.

—Monsieur Sorel —dijo Gabriel desde la puerta del salón, apareciendo por fin—, necesito los nombres de todos los empleados que estuvieron de servicio anoche, las llaves de planta y un plano sencillo del hotel. También quiero saber quién llevó la cena o cualquier bandeja a la suite de monsieur Lemaire y si alguien lo vio después de retirarse.

La libreta de Élise tembló apenas en su mano. Solo apenas.

—Yo llevé el servicio de noche a la planta alta —dijo.

La sala entera se volvió hacia ella.

Élise tragó saliva, pero no retrocedió.

—No a su habitación directamente, monsieur. A varias. Y luego recogí dos bandejas más tarde.

—¿Vio a monsieur Lemaire después de la cena? —preguntó Gabriel.

—No, monsieur.

La respuesta salió demasiado deprisa. No falsa en sí. Pero demasiado rápida para ser buena.

Armand no dijo nada.

—¿Oyó algo? ¿Notó algo fuera de lo común?

Élise vaciló esta vez.

—La tormenta, monsieur. Y… —Se interrumpió.

—¿Y qué?

Ella miró una fracción de segundo a Sorel antes de responder.

—Nada preciso.

Gabriel la sostuvo con la mirada, no brutalmente, sino con esa firmeza limpia que a veces sirve más que el amedrentamiento.

—Ahora mismo necesito lo impreciso. Ya habrá tiempo de pedir precisión.

Élise bajó los ojos a la libreta.

—Vi movimiento en el ala este algo antes de las once. Pero con la lluvia, con la gente subiendo y bajando… no sabría decir.

Claire levantó por fin la cabeza. Fue solo un instante. Luego volvió a quedarse inmóvil.

Armand sintió otra vez esa pequeña rugosidad en el pensamiento. Movimiento en el ala este. Algo antes de las once. Una criada prudente que no quiere decir más de lo que comprende. Una

habitación cerrada con llave. Una herida demasiado sangrienta para tan poca sangre visible. Y, detrás de todo ello, la certeza apenas formada de que la muerte de Étienne Lemaire no sería en absoluto el final de aquella noche, sino apenas su forma pública.

Gabriel pidió a Sorel una sala privada para hablar por turnos con los huéspedes y el personal. Después miró en torno suyo, valorando en un instante la composición del grupo: la viuda de hielo contenido, el sobrino a punto de romperse, el juez mineral, el sacerdote exhausto, la actriz que fumaba como si la tragedia mejorara su cutis, el doctor demasiado correcto, la camarera con memoria retenida, el hotel entero transformado en un recipiente de lluvia, barro y nervios.

Fue entonces cuando sus ojos se detuvieron otra vez en Armand Delacroix.

No había en esa mirada una petición abierta todavía. Tampoco una rendición. Solo el reconocimiento incómodo de que ciertas escenas, nada más empezar, ya exigen una clase de pensamiento que la formación reglamentaria no proporciona.

Armand se limitó a sostenerle la vista.

No se ofreció. No todavía.

Las inteligencias demasiado disponibles suelen ser las primeras en contaminar una investigación. Y además, pensó con un cansancio súbito, todavía no estaba seguro de querer tocar aquello.

La lluvia siguió golpeando las ventanas del salón.

En algún lugar del piso superior, alguien cerró una puerta con más fuerza de la debida.

Y mientras Gabriel empezaba a organizar los interrogatorios, Armand comprendió dos cosas con una nitidez desagradable: que Saint-Valéry había dejado de ser un refugio en el mismo instante en que él había cruzado sus puertas, y que el cadáver de Étienne Lemaire, lejos de ordenar el caos de aquella gente, acababa de darle un centro.

Capítulo 4. La suite cerrada

El despacho improvisado que Gabriel Vasseur obtuvo de Bernard Sorel no era, en rigor, un despacho. Era una pequeña sala de lectura situada junto al salón principal, con una mesa redonda, dos estanterías empotradas, un escritorio de tapa abatible y una ventana estrecha desde la que apenas se veía otra cosa que la lluvia deslizándose por un canalón de cobre. A esas horas de la mañana olía a papel viejo, cera y café rehecho. En otras circunstancias, el cuarto habría parecido acogedor. Después de un asesinato, todo lugar destinado a la conversación adquiere una apariencia transitoria de confesionario civil.

Gabriel pidió que nadie abandonara la planta baja sin avisar y organizó que el personal fuera localizable en cocina, recepción o lavandería. Lo hizo con una eficacia contenida, casi seca, que empezaba a distinguir en él una cualidad útil: no confundía la juventud con la necesidad de dar explicaciones de más. Se movía rápido, pero no atropelladamente. Había en su forma de ordenar a los camareros, de preguntar a Sorel por el registro de huéspedes y de reclamar papel, tinta, las llaves de planta y los horarios del servicio una honestidad profesional que Armand, pese a sí mismo, encontraba tranquilizadora.

Fue después de disponer todo aquello cuando el teniente, por fin, se volvió hacia él.

No estaban solos. Sorel seguía allí, repasando una lista de nombres con los dedos un poco rígidos. Al fondo del pasillo, Morel hablaba en voz baja con Benoît. Madeleine fumaba junto a la ventana del salón, convertida ya en esa clase de figura que los hoteles no saben si proteger o vigilar. Claire permanecía sentada en la butaca apartada; no inmóvil, porque ahora sí respiraba con un trabajo casi visible, pero todavía dueña de una compostura feroz. Julien, incapaz de estarse quieto, había empezado a desplazarse por el salón con esa energía errática de los hombres que temen pensar lo que ya saben.

Gabriel se acercó a Armand con una carpeta en la mano.

—Monsieur Delacroix.

—Teniente.

—No sé hasta qué punto monsieur Sorel le habrá informado de mi condición exacta aquí. Soy el oficial más próximo al puesto del valle. En una situación normal esto ya sería incómodo. Con la carretera cortada y el temporal, directamente es absurdo.

—La realidad rara vez escoge la escenografía más decorosa.

Gabriel miró un segundo hacia el pasillo que llevaba a la escalera.

—He leído su nombre en algún sitio. No recordaba dónde hasta hace unos minutos.

Armand no mostró interés.

—Eso también suele pasar.

—No me vendría mal su opinión sobre la habitación —dijo Gabriel al fin—. No de manera oficial, todavía. Pero sí su opinión.

Sorel levantó la cabeza. En otro hombre habría habido alivio. En él solo se vio una forma más honda de cansancio.

Armand guardó un instante de silencio. No por coquetería ni por cálculo social. Se conocía demasiado bien. Sabía que una vez entrara en aquella habitación dejaría de ser un huésped fatigado y pasaría a convertirse en otra cosa, aunque no firmara ningún papel y aunque nadie en el valle supiera de su presencia. Y no estaba seguro de querer pagar todavía el precio de esa transición.

Luego pensó en la postura del cadáver. En la llave. En la sangre.

—De acuerdo —dijo—. Pero con una condición.

Gabriel entornó apenas los ojos.

—¿Cuál?

—No me haga preguntas que ya ha respondido para usted mismo. Si quiere mi ayuda, no la utilice como un espejo tranquilizador.

La frase, en un momento menos sucio, habría sonado insolente. Allí sonó solo precisa.

Gabriel asintió.

—Acepto.

—Entonces subamos.

No informó a los demás. Tampoco hizo falta. El simple hecho de que ambos avanzaran hacia la escalera bastó para que varias miradas los siguieran. Madeleine fue la única que expresó en voz alta lo que los demás pensaban.

—Ah. Ahora sí empieza el entretenimiento serio.

—Madame —dijo Benoît, sin mirarla.

—No se preocupe, padre. Ya sé que la palabra correcta sería "infierno".

Armand no volvió la cabeza.

Subieron en silencio. La lluvia, al fondo del edificio, sonaba con una obstinación más íntima desde la escalera. No la gran lluvia espectacular de la noche, sino ese trabajo continuo del agua que parece ir comiéndose las cosas por acuerdo administrativo. En el segundo piso, el pasillo seguía acordonado por una quietud impropia. Un camarero joven estaba apostado en el rellano con la dignidad aterrada de un centinela al que nadie ha explicado por qué vigila. Gabriel le pidió que se apartara y abrió paso.

La puerta de la suite de Lemaire seguía abierta. El aire dentro estaba más frío que en el resto de la planta, quizá porque una de las ventanas laterales no encajaba del todo bien o porque, en presencia de un cadáver, hasta la temperatura parece reconsiderarse.

Gabriel se quedó junto al marco.

—No he dejado entrar a nadie más desde que el doctor lo vio. He revisado la ventana, la chimenea, el baño y el armario sin tocar casi nada. No he encontrado arma. Ni señales claras de forcejeo.

Armand no respondió enseguida. Entró un paso, luego otro. Se detuvo en mitad de la sala pequeña de estar, sin acercarse aún demasiado al cuerpo. Era importante mirar primero la composición general. Las habitaciones, como los rostros, confiesan antes de ser interrogadas.

La suite no parecía escenario de lucha. Esa fue la primera impresión de conjunto. Los sillones seguían en su sitio. La mesa baja mostraba una copa de vino a medio consumir y un cenicero donde no había colillas, detalle curioso en un hombre que, según la ceniza mínima observada la noche anterior en el comedor, quizá fumaba solo ocasionalmente o no allí. El escritorio estaba relativamente

ordenado: un tintero, papel crema, una cartera de cuero cerrada, un reloj de viaje abierto, una estilográfica. Una silla algo desplazada respecto a la posición natural, aunque no lo bastante como para resultar concluyente de inmediato. Las cortinas, medio corridas. La cama, al otro lado del arco, intacta. Ni arrugas de uso, ni manta abierta, ni almohada vencida. Había una bandeja pequeña de servicio sin retirar, apoyada sobre una consola lateral del dormitorio, con una jarra de agua, un vaso limpio y una taza vacía con posos de algo oscuro. No café del desayuno. Quizá una infusión, quizá un licor rebajado, quizá nada importante todavía.

El cuerpo estaba mal.

No en el sentido evidente —la herida, la muerte, la rigidez creciente del gesto—, sino compositivamente mal. Armand avanzó hasta quedar a dos pasos del sillón y se inclinó apenas, sin tocar. Étienne Lemaire tenía la cabeza caída hacia la derecha, el torso algo vencido, el brazo izquierdo apoyado en el reposabrazos y la mano derecha muy cerca del vientre, demasiado recogida para la espontaneidad. La camisa mostraba el derrame de sangre en la pechera y en el cuello. La alfombra, debajo y algo hacia delante, tenía una mancha oscura de tamaño insuficiente para la clase de herida que había abierto la garganta.

Insuficiente.

Aquello era lo que le irritaba. No se trataba de que hubiera poca sangre en términos absolutos. Había la bastante como para impresionar a un profano. Pero no la bastante como para convencer a una mirada que tuviera alguna memoria del cuerpo y sus mecanismos.

Gabriel aguardaba.

—Diga algo —dijo al fin.

—Está demasiado bien colocado.

—¿El cuerpo?

—La escena.

Gabriel entró entonces también, con más cautela de la que la frase hacía esperar.

—Explíquese.

Armand señaló con la mirada.

—Observe el sillón. La espalda del muerto no ha resbalado casi nada. La cabeza, sí, pero el cuerpo conserva una dignidad póstuma que solo tienen los hombres en los cuadros o los cuerpos recolocados. Con una herida así, si la recibió estando sentado y murió aquí mismo, esperaría una pérdida más torpe del eje. El brazo derecho está demasiado contenido. La caída de la sangre en la pechera no conversa del todo con la del suelo. Y, sobre todo, la habitación no ha absorbido la violencia.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que una muerte violenta mancha el espacio a su alrededor, no solo a la víctima. No hablo necesariamente de salpicaduras teatrales. Hablo de desorden. De torpeza. De pequeños desplazamientos que nadie corrige porque todavía no sabe qué corregir. Aquí, en cambio, todo tiene el aire de haber sido ya aceptado por la habitación.

Gabriel giró muy despacio sobre sí mismo. Volvió a mirar el escritorio, la mesa, el borde de la alfombra, la caída del cuerpo.

—¿Recolocado?

—Tal vez. O al menos corregido.

—Eso implicaría…

—Que la escena visible no coincide del todo con la muerte real.

Gabriel exhaló por la nariz.

—De acuerdo. Ya tenemos una buena manera de empeorar la mañana.

Armand no sonrió. Se acercó entonces a la mesa baja. La copa de vino estaba servida hasta una altura razonable. Ni demasiado llena ni demasiado bebida. El líquido tenía ya una quietud uniforme, sin el menor temblor de uso reciente. En el borde no se advertía a simple vista ninguna marca llamativa. El cenicero seguía limpio.

—¿Monsieur Lemaire fumaba? —preguntó.

—No lo sé.

—Averígüelo. Si la respuesta es sí, esta ausencia quizá no signifique nada. Si es no, el cenicero limpio solo sirve para confirmar que nadie estaba improvisando aquí una larga velada.

Gabriel anotó algo rápido en una hoja. Su letra era angulosa, disciplinada, de hombre que no escribe por gusto.

Armand se volvió luego hacia la puerta.

—Dígame cómo la encontró Sorel.

—Llamó varias veces. No obtuvo respuesta. Bajó a buscar la llave de servicio. Volvió conmigo y con un camarero. Abrimos. El cuerpo estaba visible desde la entrada.

—¿La llave de la habitación?

—En el escritorio. Ya la vio.

—¿Está seguro de que Sorel no tocó nada antes de que usted llegara?

Gabriel vaciló lo justo para no resultar ingenuo.

—No estoy seguro de nada. Pero me dijo que no. Y cuando yo entré, él estaba aún junto a la puerta.

—Eso no excluye pequeños movimientos previos.

—No.

A Armand le gustó que no defendiera la pureza de la escena por orgullo profesional. El orgullo rápido suele ser enemigo de los hechos.

Se dirigió a la ventana lateral. Estaba cerrada. Probó sin fuerza el pestillo. Encajaba, aunque con una pequeña resistencia final que sugería madera humedecida. Miró el marco inferior: no había a primera vista barro, raspaduras ni señales claras de manipulación reciente. Afuera, la lluvia borraba media montaña. La terraza lateral del hotel quedaba muy abajo desde ese ángulo. Demasiado abajo para un acceso razonable sin dejar huellas. La chimenea, por su parte, era estrecha, limpia, de uso más ornamental que intensivo.

—No habrá salido por aquí —dijo Gabriel.

—No si tenía interés en seguir pareciendo humano.

El teniente anotó algo más. Luego alzó la vista.

—Entonces la puerta.

—O el tiempo.

Gabriel se quedó quieto.

—Desarróllelo.

Armand volvió hacia el cuerpo.

—Todo crimen de habitación cerrada se alimenta de dos cosas: del cierre físico y de la cronología aceptada. Si una de las dos está mal, la otra suele parecer más misteriosa de lo que es. Antes de enamorarse de la puerta, conviene preguntarse si el muerto estaba realmente vivo cuando todos creen.

Gabriel no dijo nada durante dos o tres segundos. La idea había entrado. Se notó. Después miró el reloj de viaje abierto sobre el escritorio.

—Morel ha dicho "varias horas".

—Morel ha dicho algo lo bastante amplio como para no comprometerse.

—¿Desconfía de él?

—Desconfío de cualquiera que conserva demasiada compostura junto a un cadáver. Incluido usted, teniente.

La respuesta, inesperada, hizo que Gabriel casi sonriera por primera vez desde la mañana.

—Me tranquiliza saber que nadie queda a salvo.

—La tranquilidad es una emoción sobrevalorada.

Avanzó entonces hacia el dormitorio. La cama seguía impecable. En la consola lateral, la bandeja con la jarra y la taza vacía presentaba un orden demasiado pulcro. Armand se inclinó sobre la taza. El poso era oscuro, sí, pero apenas quedaba residuo en el borde. El agua de la jarra parecía intacta. El vaso no mostraba uso visible.

—¿Quién ha traído esto?

—Aún no lo sé con detalle. Élise llevó el servicio de noche a la planta. El resto lo precisaré abajo.

—Precíselo bien. Horas. Quién dejó qué. Quién retiró qué. En los hoteles, la rutina del servicio suele resultar más honesta que la memoria de los huéspedes.

Regresó a la sala de estar y se detuvo ante la silla desplazada del escritorio.

—¿Ve esto?

—Sí.

—No está donde debería si alguien simplemente se sentó a escribir y luego se levantó. Está algo girada, pero no lo suficiente

como para sugerir una salida brusca. Como si hubiese sido movida sin intención principal. Corregida a medias. Todo aquí está corregido a medias.

Gabriel recorrió con los ojos la línea entre escritorio, silla y cuerpo.

—¿Y el arma?

—Desaparecida.

—Eso sí parece bastante principal.

—Sí.

Armand dejó que la mirada bajara al suelo, al borde de la alfombra, a la pequeña mancha más oscura que había percibido al entrar. Ahora, desde un ángulo distinto, se confirmaba más bien como una leve suciedad, no exactamente barro, quizá rozadura húmeda en una trama que no la absorbía bien.

—¿Alguien ha entrado con las suelas mojadas después del crimen o antes del hallazgo? —preguntó.

—Nosotros. Sorel. El camarero.

—Sí. Pero no aquí —dijo Armand, señalando el ángulo concreto —. Esto está demasiado metido hacia dentro. Y es poco. Como la huella tímida de alguien que tuvo cuidado.

Gabriel se agachó sin tocar. Maldijo apenas entre dientes.

—No lo había visto.

—Eso ocurre con los detalles que aún no han decidido a qué historia pertenecen.

Se incorporó y observó el perfil de Lemaire. La cabeza caída mostraba un rictus escaso, más de sorpresa final que de agonía prolongada. El clavel blanco seguía en la solapa. Aquello le resultó obsceno. No la flor en sí, sino su permanencia. Como si alguien hubiese decidido que incluso la muerte de aquel hombre debía conservar una forma de buena educación.

Gabriel cerró la carpeta.

—Necesito establecer a quién vio por última vez.

—Sí. Y en qué momento.

—La cena terminó cerca de las once menos cuarto.

—No. La cena terminó para cada uno en un momento distinto. No use la hora del comedor como si fuera una moral común.

Gabriel aceptó el golpe sin molestarse.

—Bien. Necesito establecer quién lo vio por última vez con vida y cuándo.

—Y también quién dice haberlo oído.

—¿Cree que alguien miente?

—Creo que todos van a mentir —dijo Armand con serenidad—. La cuestión interesante será averiguar sobre qué.

Gabriel lo estudió unos segundos con una intensidad nueva. Ya no solo la curiosidad hacia un huésped de nombre conocido. Era la mirada del hombre que empieza a sospechar que la mejor ayuda posible puede resultar, a la vez, profundamente irritante.

—Bajaré a tomar declaraciones —dijo—. Quiero empezar por Sorel, luego el personal, luego los huéspedes.

—Empiece por el personal. Los empleados olvidan peor, porque trabajan. Los huéspedes, en cambio, tienen demasiado tiempo para editarse.

—¿Y usted?

—Yo miraré esta habitación una vez más.

—A solas no.

Armand alzó apenas una ceja.

—Muy bien. A solas no.

Gabriel llamó al camarero del rellano y le indicó que nadie tocara nada. Después salieron ambos al pasillo. Antes de bajar, Armand se volvió una última vez hacia la suite.

La puerta abierta, el sillón, la herida, el escritorio, la llave. Toda la escena se presentaba con una cortesía casi insolente. Como si el crimen, lejos de querer ocultarse, hubiera decidido posar.

Eso nunca era buena señal.

La primera declaración útil no la dio un huésped, sino Bernard Sorel.

Gabriel lo instaló en la sala de lectura con una libreta, dos tazas de café ya tibio y la lluvia sonando detrás del vidrio estrecho. Armand permaneció a un lado, no exactamente sentado a la mesa, sino en una silla cercana, lo bastante dentro para ser visto y lo bastante fuera para no volver la conversación una representación dirigida a él.

Sorel se había recompuesto cuanto había podido. Seguía impecable en los bordes —la corbata, el cuello, el peinado—, pero había perdido esa continuidad entre la superficie y la función que hace a ciertos hoteleros tan eficaces. Ahora parecía un hombre sosteniendo todavía un uniforme invisible.

—Quiero que me cuente la noche desde el final de la cena —dijo Gabriel.

Sorel asintió.

—La cena concluyó, para la mayoría, hacia las once menos cuarto. Algunos huéspedes pasaron al salón. Otros se retiraron antes. Yo permanecí entre comedor, recepción y office. Hacia las once y media di por terminado el servicio principal.

—¿Vio a monsieur Lemaire salir del comedor?

—Sí.

—¿Solo?

La vacilación fue mínima.

—Sí… aunque había hablado antes con varios huéspedes.

—No le he preguntado eso. Le he preguntado si salió solo.

Sorel tragó saliva.

—Sí. Salió solo.

Armand intervino entonces por primera vez.

—¿Y madame de Montfort?

Sorel giró la cabeza hacia él.

—Ella salió pocos minutos después.

—¿Pocos cuántos?

El director cerró los ojos un instante, como quien intenta volver a una escena y no a una respuesta.

—No sabría decir si tres minutos, cinco…

—Pero después de Lemaire.

—Sí.

Gabriel anotó.

—¿Y monsieur Julien Lemaire?

—Salió antes que madame de Montfort. Por la puerta lateral del comedor.

—¿Nervioso?

—Yo no… no suelo calificar el ánimo de los huéspedes, teniente.

—Haga una excepción. Tiene un cadáver arriba.

Sorel aceptó el reproche con una inclinación.

—Sí. Parecía alterado.

—¿El doctor Morel?

—Permaneció en el salón un rato. Luego no sabría decir. Se retiró sin avisar, al menos a mí.

Armand notó un leve cambio en la respiración del director al mencionar a Morel. No miedo. Incomodidad de otra clase. Quizá la de quien siente que un hombre demasiado competente ha empezado a adquirir, retrospectivamente, demasiada presencia.

—¿Vio usted a monsieur Lemaire después de la cena? —preguntó Gabriel.

—No.

—¿Oyó su voz? ¿Lo vio en el pasillo? ¿Le enviaron algo a la habitación?

—Nada de eso por mi parte.

Armand habló de nuevo.

—Esta mañana, antes de ir a buscarlo, ¿por qué le llamó la atención su ausencia en el desayuno?

—Porque siempre baja. Siempre. Y a la hora. Además… —Sorel se interrumpió.

—Además qué.

—Había una bandeja de desayuno preparada para otra habitación y… bueno, pregunté por la de monsieur Lemaire. Élise dijo que no la habían entregado aún porque no había dado señal, y me resultó extraño.

—¿Monsieur Lemaire solía pedir que se le subiera el desayuno? —preguntó Gabriel.

—No. Solía bajar. Precisamente por eso me inquietó.

—¿Y la bandeja exterior de la noche? —dijo Armand.

Sorel parpadeó.

—¿Cómo dice?

—La bandeja o el servicio nocturno que había en su habitación. ¿La vio fuera? ¿Dentro? ¿Quién se ocupó?

—Creo que… dentro. Sí. Dentro.

"Creo". Mala palabra.

Gabriel cambió de página.

—Cuando fue a su puerta esta mañana, ¿qué hizo exactamente?

Sorel relató la secuencia: llamó, esperó, llamó de nuevo, probó el picaporte, fue a recepción por la llave de servicio, localizó a Gabriel, subieron juntos con un camarero, abrieron. Al describir el hallazgo, su voz se hizo un poco más hueca.

—Lo vi desde la puerta —dijo—. No entré del todo. Solo… —Se llevó una mano a la frente un segundo—. Dios mío.

—¿Está seguro? —preguntó Armand con suavidad.

Sorel lo miró.

—¿De qué?

—De no haber entrado del todo.

El director tardó dos segundos. No mintió enseguida. Eso lo volvió más interesante.

—Di un paso —admitió al fin—. O medio. No sabría decir. Vi la sangre. Después entró el teniente.

Gabriel escribió sin levantar la cabeza.

—¿Tocó algo?

—No.

—¿Está completamente seguro?

Sorel volvió a demorarse. Esta vez, el silencio fue peor.

—No lo creo.

Armand lo observó.

"Lo creo."

Peor aún que un no.

—¿Se acercó al escritorio? —preguntó.

—No.

—¿A la mesa baja?

—No.

—¿Al cadáver?

Sorel negó con un movimiento brusco, casi ofendido por la idea.

—No. Eso no.

—¿Entonces qué tocó? —dijo Gabriel, ya cansado de rodeos.

Bernard cerró la mano sobre la taza. Luego la soltó.

—La puerta.

—Explíquese.

—Al abrir, quedó algo más cerrada al rebotar. Yo la empujé. Quise… ver mejor.

—Solo la puerta.

—Sí.

Armand no insistió. No por creerle del todo, sino porque la incomodidad de Sorel no tenía el espesor de una gran mentira. Era la incomodidad del hombre que teme, ante todo, haber hecho algo impropio en un escenario que le exige pureza.

Cuando lo despidieron, Gabriel suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—No es mucho.

—Es algo.

—Dígame qué.

—Que Claire salió después de Lemaire. Que Julien salió alterado. Que Morel se disolvió en la noche sin dejar recuerdo claro. Que el servicio de habitaciones será importante. Y que Sorel no es un gran mentiroso, lo cual aquí lo vuelve casi sospechoso por contraste.

Gabriel apoyó la espalda en la silla.

—Su forma de resumir las cosas debería ser ilegal.

—Lo es en ciertos países decentes.

El teniente no sonrió esta vez. Estaba ya demasiado dentro.

—¿Quién sigue?

—El personal —dijo Armand—. Empiece por la más asustada o por la más silenciosa. Si son la misma persona, mejor.

Gabriel pensó un instante.

—Élise Fournier.

—Sí.

Y, mientras Sorel salía y la joven camarera esperaba ya al otro lado de la puerta con las manos enlazadas sobre el delantal, Armand sintió esa punzada fría que precede a las piezas importantes. No porque Élise supiera ya la verdad, ni porque fuera a regalarles nada limpio. Sino porque, en lugares así, las personas invisibles suelen ser las primeras en tropezar con lo que los demás se esfuerzan en no ver.

Cuando entró, lo hizo sin ruido.

Llevaba el mismo uniforme negro de la noche anterior, ahora con un delantal nuevo y el cabello más tirante, como si se hubiera recogido de nuevo con excesiva severidad para compensar algo interno. Tenía las mejillas un poco más pálidas, pero los ojos seguían muy despiertos. No era una mujer quebradiza. Eso, pensó Armand, podía volver más lenta su declaración, pero también más útil.

Gabriel le señaló la silla frente a la mesa.

—Siéntese, mademoiselle Fournier.

Élise se sentó.

Apenas apoyó las manos sobre el regazo, Armand vio que la uña del pulgar derecho presentaba una pequeña media luna rojiza en el borde: no esmalte, sino piel lastimada por presión o roce repetido. Miedo contenido. Control esforzado.

Gabriel abrió una hoja nueva.

—Quiero que me cuente su turno de anoche. Desde el final de la cena. Sin intentar decidir usted qué es importante y qué no.

Élise asintió.

Luego comenzó a hablar.

Su voz no temblaba. Al menos no de manera visible. Era una voz baja, limpia, de esas que no buscan imponerse y que precisamente por eso obligan a inclinarse un poco para no perder una palabra. Había en ella un cansancio prematuro, pero no vulgaridad. Armand pensó que, de no llevar delantal y moño tirante, quizá muchos huéspedes la habrían tomado por una institutriz pobre o por una hija venida a menos de alguna casa de provincia. Las diferencias sociales, al fin y al cabo, suelen depender menos de los huesos que de la tela.

—Después de la cena principal —dijo Élise—, ayudé a retirar el servicio del comedor con Adèle Brunet y con Marcel. Luego subí a la segunda planta con una bandeja para la habitación veintidós y otra para la veintisiete. La de la veintidós era agua caliente y coñac. La de la veintisiete, infusión.

Gabriel anotó.

—¿La suite de monsieur Lemaire es la…?

—La treinta y uno, monsieur.

—¿Le llevó usted algo a la treinta y uno?

—No directamente.

La palabra cayó demasiado deprisa. Gabriel también lo notó.

—Explíquese.

Élise bajó un instante la vista a sus manos.

—Dejé en el office de planta una jarra de agua, una taza y un pequeño servicio por indicación de monsieur Sorel. Para monsieur Lemaire. Pero no fui yo quien llamó a su puerta.

—¿Quién fue?

—Adèle.

Armand habló por primera vez.

—¿A qué hora?

Élise volvió la cabeza hacia él. No con insolencia ni con temor, sino con esa atención involuntaria que provocan los hombres cuya cortesía parece esconder una forma más precisa de violencia.

—No sabría decir la hora exacta, monsieur.

—Inténtelo.

Ella respiró una vez antes de responder.

—Pasadas las diez y media. Quizá cerca de las once menos cuarto. El comedor aún no se había vaciado del todo.

Gabriel alzó la vista.

—¿Eso no coincide con que Adèle estuviera todavía ayudando abajo?

—Bajó y subió varias veces.

—¿Está segura de que fue ella y no usted quien dejó ese servicio?

—Sí.

—¿La vio entrar en la treinta y uno?

Élise vaciló.

—La vi con la bandeja en el pasillo.

—No es lo mismo —dijo Gabriel.

—No, monsieur.

Armand se inclinó apenas en la silla.

—¿Oyó que llamaran a la puerta?

Élise apretó un poco más las manos.

—Sí.

—¿Y?

—Y una voz desde dentro.

Gabriel dejó de escribir.

—¿La voz de monsieur Lemaire?

La joven tardó un segundo más esta vez. No demasiado. Lo bastante.

—Supuse que sí.

Supuse.

Armand mantuvo la mirada fija en ella.

—No le he preguntado qué supuso. Le he preguntado qué oyó.

Élise tragó saliva.

—Oí una voz de hombre. Baja. Dijo algo como "déjela ahí" o "déjelo". No sabría repetirlo mejor.

—¿Reconoció a monsieur Lemaire? —dijo Gabriel.

—No con certeza, monsieur. Solo… bueno, era su habitación.

Buena respuesta, pensó Armand. Demasiado buena quizá, porque no era la de una muchacha simple intentando agradar. Era la de alguien que mide ya el valor de cada matiz.

—¿Adèle dejó la bandeja dentro? —preguntó Gabriel.

—Creo que sí.

—¿"Cree"?

—Volvió sin ella.

—Eso solo prueba que regresó sin la bandeja.

Élise alzó los ojos. La frase no la ofendió. La tensó un grado.

—Sí, monsieur.

Gabriel cambió ligeramente el tono.

—Quiero exactitud, mademoiselle Fournier. No la voy a culpar por no haber prestado atención anoche a lo que esta mañana se ha vuelto importante. Pero necesito distinguir qué vio, qué oyó y qué está completando ahora.

La joven asintió despacio.

—Vi a Adèle con la bandeja frente a la treinta y uno. Oí una voz de hombre desde dentro. Después Adèle regresó sin la bandeja.

—Mejor.

Gabriel siguió.

—¿Volvió a pasar por ese pasillo más tarde?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No mucho después.

—Eso no es una hora.

Élise frunció apenas el ceño, no por insolencia, sino por esfuerzo.

—Antes de recoger del todo el salón. Tal vez cerca de las once.

Armand intervino de nuevo.

—Antes ha dicho en el salón que vio movimiento en el ala este algo antes de las once.

Ella volvió a mirar hacia él.

—Sí, monsieur.

—Descríbalo.

Élise humedeció los labios.

—Fue al fondo del corredor. Yo salía del office de planta. Vi a alguien cruzar hacia la escalera de servicio.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Hombre o mujer?

—No podría jurarlo.

Armand dejó pasar un segundo.

—Entonces no lo habría mencionado si no hubiese llamado su atención por algo.

Élise bajó la vista otra vez.

—Llevaba oscuro. Y se movía deprisa.

—Todo el mundo llevaba oscuro anoche —dijo Gabriel.

—Sí, monsieur.

—¿Altura?

—Media. Quizá.

—¿Podría haber sido Adèle?

—No.

La respuesta salió esta vez demasiado rápido, demasiado nítida. Gabriel y Armand cruzaron una mirada fugaz.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó Gabriel.

Élise vaciló.

—Porque Adèle venía del otro lado… o eso creo.

Mal. Ahora sí se estaba embarrando.

Armand se levantó de la silla y fue hasta la ventana estrecha. No porque necesitara mirar la lluvia, sino porque a veces las personas asustadas hablan mejor cuando no sienten dos pares de ojos clavados en la frente. Permaneció de espaldas a la mesa.

—¿Qué más? —preguntó, con voz neutra.

Durante unos segundos no oyó respuesta.

Luego, muy bajo:

—Vi también a madame de Montfort.

Gabriel se quedó quieto.

—¿Dónde?

—En el corredor del segundo piso.

—¿A qué hora?

—Antes… antes de ese movimiento.

—¿Cuánto antes?

—No lo sé bien. Unos minutos.

Armand no se volvió aún.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Cómo estaba?

Élise tardó más en contestar eso que todo lo anterior.

—No sabría decir…

—Mademoiselle Fournier —dijo Gabriel, y ahora sí había hierro bajo la voz—.

Élise soltó el aire por la nariz.

—Parecía alterada.

La frase quedó en el cuarto con un peso mayor del que habría merecido en otra boca. Porque no provenía de una invitada aficionada al drama, ni de un enemigo social, ni de un sobrino resentido, sino de alguien acostumbrado a ver pasar rostros sin permitirse nunca comentar lo que expresan.

Gabriel anotó despacio.

—¿La vio entrar en la habitación de monsieur Lemaire?

—No.

—¿Salir?

—No.

—¿Solo en el corredor?

—Sí.

—¿La vio hablar con alguien?

—No.

Armand se volvió entonces.

—¿Le vio las manos?

Élise pareció desconcertada.

—¿Cómo dice?

—Las manos. ¿Llevaba algo? ¿Bolso? ¿Guantes? ¿Las manos vacías?

La joven pensó.

—Llevaba un bolso pequeño. El mismo de la cena, creo.

Interesante, pensó Armand.

Gabriel dejó la pluma.

—¿Ha dicho esto ya a alguien?

—No, monsieur.

—¿Por qué no?

Esta vez Élise levantó la cara de golpe. No desafiante. Simplemente cansada de que la lógica de la gente con poder no entienda ciertas lógicas menores y más reales.

—Porque en este hotel todo lo que uno ve acaba perteneciendo a alguien —dijo.

La frase sorprendió incluso a Gabriel.

Armand la observó con un interés más frío.

—¿Qué quiere decir con eso?

Élise apretó los labios, como si lamentara haberse permitido la frase.

—Quiero decir que, si una empleada empieza a contar lo que ve cuando los huéspedes creen que no se les ve, la empleada dura poco.

—¿Le ha ocurrido alguna vez? —preguntó Gabriel.

—A mí no.

—¿A Adèle?

Silencio.

Aquel silencio era mejor que una respuesta.

Gabriel se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Adèle tenía miedo de algo?

—Adèle tenía miedo de muchas cosas, monsieur.

—No sea literaria. No le favorece a nadie esta mañana.

Élise aceptó el golpe sin resentirse.

—Adèle decía que algunas personas no vienen a Saint-Valéry a descansar, sino a comprobar que los demás siguen sabiendo callar.

Armand dejó que la frase quedara suspendida un momento.

Luego:

—¿A quién se refería?

—No lo decía.

Mentía, o al menos callaba una parte. No del modo grueso de Julien, ni con la elegancia helada que cabría esperar de Claire. Era una mentira defensiva, de pasillo y nómina. La clase de mentira que aprende una empleada inteligente cuando la casa para la que trabaja le ha enseñado que la verdad no paga entierros.

Gabriel pasó a otro ángulo.

—Esta mañana, antes de que subieran a la habitación, ¿había ya una bandeja de desayuno preparada para monsieur Lemaire?

—No servida. Preparada, sí.

—¿Y la de la noche? ¿Seguía dentro, según usted?

—No lo sé. Yo no entré.

—¿Quién recoge normalmente el servicio de noche?

—Depende. Si el huésped lo deja fuera, se recoge al pasar. Si no, por la mañana.

—¿La treinta y uno dejó algo fuera?

—No, monsieur.

Armand habló con suavidad.

—Entonces, si la bandeja de la noche seguía dentro, alguien tuvo que entrar por la mañana para verla dentro. ¿Quién fue el primero?

Élise parpadeó.

—Nadie, monsieur. Solo se supo… bueno… porque no estaba fuera.

—Eso no es lo mismo que saber que seguía dentro.

Ella comprendió el matiz y bajó otra vez los ojos.

—No, monsieur.

Gabriel se reclinó un poco en la silla. Ya tenía bastante como para reordenar media mañana.

—Muy bien. De momento basta. Pero no abandone la planta baja y no hable de esto con nadie más del personal. Y si recuerda cualquier detalle, por pequeño que sea…

—Lo diré.

No se movió.

Armand la miró.

—No, mademoiselle Fournier. No lo dirá. Lo decidirá. Y por eso le conviene entender ya que, si alguien mató a monsieur Lemaire, habrá interés en saber qué vio usted y qué no ha dicho todavía.

La joven levantó el rostro lentamente. En sus ojos apareció por primera vez algo más honesto que el miedo: una inteligencia rápida calculando peligro.

—¿Cree usted que estoy en peligro, monsieur?

Armand no respondió enseguida.

—Creo que en este hotel —dijo al fin— la gente ha pasado demasiado tiempo acostumbrándose a que ciertas cosas desaparezcan sin escándalo.

Élise se quedó muy quieta.

Luego asintió.

Y salió.

Cuando la puerta se cerró, Gabriel dejó la pluma sobre la mesa.

—Bien.

—Sí.

—Claire en el corredor. Una voz que no reconoce con certeza. Una figura apresurada en la escalera de servicio. Adèle en medio. Y una empleada que sabe más de lo que dice.

—Como todos —dijo Armand.

Gabriel se pasó la mano por la mandíbula.

—Podría levantar ahora mismo tres líneas distintas de sospecha y las tres tendrían sentido.

—Eso no significa que las tres sean útiles.

—¿Cuál le interesa a usted?

Armand miró la lluvia tras el vidrio estrecho.

—El tiempo.

—Ya estamos con eso.

—Sí. Ya estamos con eso. Porque todo el mundo parece demasiado dispuesto a conceder que Lemaire seguía vivo tarde. Y, sin embargo, nadie le vio con claridad. Una voz tras una puerta no es una presencia. Una bandeja en un pasillo no es una cronología. Una escena bien compuesta no es una muerte simple.

Gabriel guardó silencio.

Luego dijo:

—Voy a llamar a Adèle Brunet.

Armand volvió la cabeza muy despacio.

—Sí.

—¿Por qué lo dice así?

—Porque si Adèle vio realmente a Claire en el pasillo, si dejó el servicio en la habitación y si además estaba prestando atención a quién subía y bajaba, puede que tenga en sus manos la forma real de la noche.

Gabriel comprendió la implicación al instante.

Y por primera vez desde la mañana, el caso pareció dejar de ser solo difícil para convertirse en algo peor: urgente.

—La traeré enseguida —dijo.

Pero al abrir la puerta y asomarse al corredor, no encontró a nadie esperándola.

Solo a Sorel, pálido otra vez, más que antes.

—Teniente —dijo el director, con la respiración ligeramente rota —. Hay un problema.

Gabriel se quedó inmóvil.

—No me diga eso como si aún pudiéramos permitirnos la expresión en singular.

Sorel tragó saliva.

—No encontramos a Adèle Brunet.

Y en el pequeño cuarto de lectura, mientras la lluvia seguía cayendo sobre Saint-Valéry con esa obstinación de mecanismo viejo, Armand Delacroix sintió la primera certeza verdadera de la investigación:

el asesinato de Étienne Lemaire no iba a quedarse quieto.

Gabriel ya estaba de pie antes de que la frase terminara de asentarse en el cuarto. La silla retrocedió apenas sobre el suelo encerado. No perdió la compostura, pero la compostura dejó de parecerle suficiente.

—¿Cómo que no la encuentran? —preguntó.

Bernard Sorel seguía en el umbral, con una mano apoyada en la jamba y la otra cerrándose y abriéndose sobre sí misma en un gesto mínimo, compulsivo, impropio de él.

—He pedido que la llamaran a cocina, lavandería y office. Nadie la ha visto desde hace varios minutos. Marcel cree que bajó a la planta de servicio. Colette dice que no ha pasado por la cocina. Y en la escalera trasera no está.

Gabriel cogió la carpeta.

—¿Quién fue a buscarla?

—Marcel primero. Luego yo.

—¿Y ahora mismo?

—He dejado a un chico revisando la lavandería.

—No deje a chicos revisando nada solos —dijo Gabriel, y ya iba hacia la puerta.

Armand lo siguió sin pedir permiso. Nadie intentó detenerlo esta vez. El tono de la mañana había cambiado por completo. La muerte de Lemaire había inaugurado una fase; la desaparición de Adèle, o su ausencia inexplicable, la estaba volviendo operativa.

Bajaron juntos al corredor de servicio de la planta baja, dejando atrás el salón, donde Madeleine había dejado por fin de fumar y Claire seguía inmóvil con una dureza que empezaba a parecer postiza incluso para ella misma. Julien, al verlos cruzar, dio medio paso como si quisiera preguntar algo, pero se contuvo. Valette levantó la cabeza. Benoît entrelazó los dedos con mayor fuerza.

La zona de servicio tenía otra luz. Menos decorosa. Más útil. El suelo dejaba de ser una promesa de hotel para convertirse en un territorio de baldosas oscuras, puertas abatibles, cubos de latón, carros de mantelería, vapor remoto y voces ahogadas por el miedo. La lluvia sonaba más cerca allí, como si el edificio, despojado de terciopelo y espejos, confesara por fin cuánto dependía realmente del mal tiempo.

—¿Adèle solía apartarse así? —preguntó Gabriel mientras avanzaban.

—No —respondió Sorel—. Era puntual hasta la insolencia.

—¿Edad?

—Cincuenta y ocho. Quizá cincuenta y nueve.

—¿Muchos años aquí?

—Doce.

Armand registró el dato. Doce años en un hotel como Saint-Valéry significaban algo más que empleo. Significaban conocimiento acumulado. Rutinas memorizadas. Hábito de rostros. Capacidad de distinguir cuándo una puerta se cierra como siempre y cuándo no.

Atravesaron la cocina. Madame Colette, la jefa, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el gesto de quien querría seguir discutiendo la cocción de una salsa y se encuentra, sin embargo, administrando el terror de sus ayudantes. Era una mujer grande, poderosa, de cabello gris recogido sin ternura y antebrazos dignos de un matadero fino.

—No ha pasado por aquí —dijo antes de que Gabriel preguntara —. Y si ha pasado, no lo ha hecho andando como suele.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que Adèle no sabe desaparecer. Hace ruido con las llaves, con los zapatos, con la forma de respirar. Llevo doce años oyéndola antes de verla.

Interesante también, pensó Armand. Las casas hablan a través de sus criados con una precisión que los huéspedes jamás sospechan.

Gabriel no perdió tiempo.

—¿Última vez que la vio?

—Antes del desayuno. Luego bajó a la lavandería a por un juego de servilletas.

—¿Sola?

—Claro.

—¿Nerviosa?

Colette arqueó una ceja.

—Todo el mundo está nervioso, teniente.

—No le he preguntado eso.

La cocinera valoró si el joven merecía una respuesta menos genérica.

—Sí. Pero no por el cadáver. Ya venía rara desde antes.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche.

—¿Por qué?

Colette se encogió de hombros con una dureza casi masculina.

—Eso ya se lo pregunta usted a los muertos o a las mujeres que no aparecen.

Salieron por una puerta secundaria hacia la escalera de servicio. Allí el aire olía a almidón húmedo, jabón y madera vieja. Los escalones eran más estrechos, las paredes más desnudas. Un joven camarero aguardaba en el rellano inferior con la cara todavía más pálida que antes.

—Nada abajo, monsieur —dijo a Sorel—. Ni en carbonera, ni en cuarto de plancha.

—¿Y la lavandería? —preguntó Gabriel.

—La estamos mirando.

No "la hemos mirado". "La estamos mirando". Mala diferencia.

Bajaron.

La lavandería ocupaba una sala alargada, con mesas de doblado, estantes, cestos de ropa limpia, vapor condensado en los cristales y un calor húmedo que convertía la piel en algo inmediato y desagradable. Una mujer menuda, de unos cuarenta años, separaba sábanas en un extremo con manos temblorosas. Cuando vio entrar a Gabriel dejó caer un paño.

—No está aquí —dijo, demasiado pronto.

—¿Quién?

La mujer abrió los ojos, arrepentida de su propia rapidez.

—Adèle, monsieur.

—¿La ha visto esta mañana?

—Antes. Hace… no sé. Antes.

Armand se acercó a una de las mesas de doblado. No para examinar sábanas —el crimen no estaba allí, no todavía—, sino para permitir que los otros hablaran sin sentir su atención directamente

sobre la boca. A veces el testigo menor regala más cuando cree que el verdadero peligro escucha otra cosa.

—¿Antes cuándo? —preguntó Gabriel.

—Subió y bajó. Luego volvió a bajar. Traía servilletas, creo.

—¿La vio salir?

—No.

—¿La vio con alguien?

—No.

Otra mentira defensiva, quizás. O simplemente una negativa automática de quien trabaja desde hace años entre órdenes cruzadas y sabe que ver a "alguien" es una categoría demasiado amplia para ser segura.

Gabriel cambió de táctica.

—Bien. Todo el personal se queda localizado. Nadie se mueve solo por las zonas de servicio. Y si alguien recuerda haber visto a Adèle en los últimos quince minutos, me lo dice ahora, no dentro de una hora.

Silencio.

Armand dejó que la mirada recorriera la lavandería. Cestos. Estantes. Vapor. Dos puertas menores: una a la despensa de lencería, otra a un corredor que desembocaba, según intuición y arquitectura, cerca de la salida lateral hacia la pendiente trasera. La lluvia golpeaba el cristal alto de un ventanuco con una intensidad apagada.

—¿Esa puerta? —preguntó.

Sorel siguió la mirada.

—Da al corredor de carbonera y a la salida de proveedores. Normalmente cerrada.

Gabriel ya se dirigía hacia allí.

La puerta estaba entornada.

No mucho. Apenas unos centímetros. Lo justo para que la corriente del exterior, húmeda y fría, encontrara paso y enfriara una línea concreta del aire.

El joven camarero juró en voz baja.

Sorel palideció hasta una blancura de documento.

Gabriel abrió del todo.

El corredor estrecho conducía hacia el exterior a través de un pequeño tramo cubierto. El suelo mostraba huellas mezcladas de barro viejo y reciente, imposibles de leer a simple vista por el tránsito habitual de una zona así. Más allá, la puerta de proveedores daba a una rampa lateral protegida a medias por un alero. El mundo exterior era una sola masa gris y mojada. La lluvia caía sobre la piedra, sobre los barriles vacíos, sobre un carro inutilizado y sobre el borde de la pendiente que descendía hacia una terraza de servicio inferior.

—Nadie sale —dijo Gabriel, y su voz cambió de densidad—. Nadie toca nada.

Avanzó primero hasta el umbral exterior y miró a ambos lados. Armand lo siguió un paso más atrás, deteniéndose justo donde el suelo de piedra empezaba a brillar bajo el agua.

Había huellas, sí, pero no legibles como en una novela barata. Había barro removido, agua, marcas superpuestas de botas de trabajo y suelas finas. Sin embargo, unos metros más abajo, en el tramo de rampa que giraba hacia la terraza inferior, algo sí destacaba: una pequeña caída de lino blanco atrapada bajo la lluvia, como si una servilleta o un paño hubiera resbalado de un cesto.

Gabriel lo vio al mismo tiempo.

—No se mueva —dijo, innecesariamente.

Descendió con cuidado, midiendo dónde pisaba. Armand permaneció arriba. No por falta de interés, sino porque dos hombres inteligentes destrozando a la vez una superficie mojada es una manera muy mediocre de colaborar.

Gabriel recogió el lino. No era una servilleta.

Era una cofia de trabajo.

La sostuvo un segundo bajo la lluvia, empapándose entre sus dedos.

Sorel se cubrió la boca.

—Es de Adèle.

—¿Está seguro?

—Sí. Sí, Dios mío, sí.

Gabriel siguió bajando hasta la terraza inferior. Era apenas un espacio utilitario delimitado por un murete bajo, con un depósito de

carbón cubierto y una escalinata estrecha que descendía todavía un nivel más, hacia una zona de almacén exterior hoy medio anegada por el agua. La lluvia resbalaba por el borde de las piedras y se acumulaba en pequeños cauces oscuros.

—Aquí —dijo Gabriel.

No alzó la voz. No hizo falta.

Armand bajó entonces.

Adèle Brunet estaba tendida al pie de los tres últimos escalones que llevaban al almacén exterior, en una postura que habría podido parecer la de una caída si no fuera porque el cuerpo humano, cuando cae de verdad y sin preparación, conserva una sinceridad más desagradable. Lo de Adèle, en cambio, tenía algo incorrectamente distribuido. El tronco estaba vencido de lado, una pierna doblada bajo la otra, un brazo demasiado pegado al costado. La cabeza, golpeada en la sien contra el canto de piedra, mostraba una herida abierta donde la lluvia había lavado ya una parte indecente de la sangre. El delantal estaba torcido. Uno de los zapatos, apenas suelto, había quedado a medio salir del talón.

Parecía un accidente.

Demasiado.

Gabriel se agachó junto al cuerpo, no para tocar enseguida, sino para mirar. Bien. Aprendía rápido.

—¿Está…? —empezó Sorel desde arriba.

—Sí —dijo Gabriel sin volverse—. Está muerta.

La palabra "también" no llegó a pronunciarse. No hizo falta. Estaba ya en el agua, en la piedra, en la cofia empapada, en el gesto desencajado del joven camarero y en el modo en que el hotel acababa de dejar de ser escenario de un cadáver aislado para convertirse en otra cosa mucho peor.

Armand se detuvo a dos pasos de Gabriel y observó el conjunto. La escalera era corta. El golpe en la sien podía ser de caída. Pero no explicaba del todo la posición del brazo, ni la distancia exacta entre el cuerpo y el murete, ni ese pequeño arrastre oscuro que la lluvia no había logrado borrar por completo sobre el borde superior de uno de los escalones.

—No ha resbalado simplemente —dijo.

Gabriel levantó la vista.

—¿Otra vez la composición?

—Otra vez el cuerpo. Las caídas tienen una torpeza específica. Y esta mujer no está del todo donde la gravedad la habría dejado sin ayuda.

Gabriel apretó la mandíbula.

—¿La han empujado?

—Quizá. O quizá ha muerto arriba y la han corregido abajo. Pero sí: esto no me gusta nada como accidente.

Gabriel miró el escalón, luego la sien herida, luego el pasamanos mojado.

—Si alguien quería callarla…

—Llegó antes que nosotros a esa conclusión —dijo Armand.

La lluvia arreció durante unos segundos, golpeando el alero con una violencia tan densa que obligaba a hablar un poco más alto. Sorel se había quedado inmóvil arriba, una mano cerrada sobre la barandilla. Parecía un hombre contemplando el naufragio administrativo de su vida.

—Suba a todo el mundo al salón —dijo Gabriel sin volver la cabeza—. Ahora sí, todos. Nadie se mueve solo por el hotel. Y quiero un recuento completo del personal y de los huéspedes. Marcel, ve a recepción. Que nadie use la salida lateral.

El joven camarero salió corriendo con un sonido de suelas mojadas y miedo mal tragado.

Gabriel se incorporó por fin. La lluvia le había marcado el traje en hombros y mangas. Parecía más alto bajo esa agua áspera.

—Tenía algo —dijo—. Sabía algo y alguien no quería que hablara.

—Sí.

—Y eso significa que el primer asesinato no ha terminado. Ni siquiera ha empezado a terminar.

Armand observó a Adèle una última vez. La mujer llevaba doce años en Saint-Valéry, había visto demasiadas cenas, demasiadas entradas tardías, demasiados sobresaltos de huésped rico disfrazados de indisposición. Ahora yacía sobre la piedra mojada con el uniforme deformado por la violencia y la lluvia corrigiéndole el

rostro a golpes de agua. Aquello le produjo un desagrado más puro que la muerte de Lemaire.

Los grandes depredadores sociales generan odio. A veces hasta alivio cuando mueren.

Los daños colaterales, en cambio, son la parte menos elegante y más sincera del crimen.

Subieron de nuevo.

En el corredor de servicio, el personal se había ido agrupando con esa geometría miserable que adopta el miedo colectivo: nadie demasiado cerca de nadie, pero tampoco lo bastante lejos como para sentirse solo. Colette se persignó al verles la cara. Élise Fournier no dijo nada. Solo bajó la vista un segundo hacia la cofia empapada que Gabriel llevaba aún en la mano y comprendió.

Armand lo vio suceder.

No la sorpresa.

El reconocimiento.

Eso le bastó.

Cuando regresaron al salón, el aire estaba ya preparado para una noticia peor. A veces las habitaciones aprenden a esperarla. Claire seguía en su butaca. Julien caminaba. Madeleine había dejado el cigarrillo apagado a medias en el cenicero, cosa insólita en una mujer que parecía terminar siempre lo que encendía. Valette estaba de pie junto a la chimenea, apoyado en el bastón con un cansancio menos físico que moral. Benoît se volvió hacia ellos incluso antes de que hablaran.

Gabriel se detuvo en mitad de la estancia.

No buscó adornos.

—Han encontrado a Adèle Brunet. Está muerta.

Esta vez sí hubo sonido. No grito. No histeria. Algo peor: la inhalación colectiva, descompensada, del grupo al comprender que el primer cadáver no había bastado.

Julien dejó de andar. Claire cerró los ojos una sola vez. Madeleine apoyó la punta de los dedos en la mesa como si necesitara una prueba material del mundo. Valette bajó la cabeza. Benoît murmuró algo que no llegó a ser una oración completa.

Y en medio de esa reacción plural, Armand no miró a Claire.

Miró a Lucien Morel.

El doctor había dado un paso al oír la noticia, exactamente uno, y luego se había detenido. En su cara apareció la expresión correcta: gravedad, sobresalto contenido, cálculo profesional. La máscara apropiada. Sin embargo, durante una fracción demasiado breve para ser casual y demasiado precisa para ser inocente, hubo algo debajo.

No culpa.

No aún.

Satisfacción negativa.

La de un hombre que ve confirmarse una lógica.

Desapareció enseguida. Pero Armand la había visto.

Gabriel dejó la cofia sobre la mesa baja.

—A partir de este momento —dijo— esto deja de ser una muerte aislada. Nadie se mueve sin decirme adónde va. Nadie sube solo a las habitaciones. Y voy a necesitar volver a hablar con todos.

Madeleine fue la primera en encontrar voz.

—No parece que la montaña quisiera aburrirnos, después de todo.

—Cállese de una vez —dijo Julien.

—Oblígueme.

—Basta —dijo Valette.

Benoît dio un paso hacia Gabriel.

—Teniente, ¿cree usted que quien mató a Lemaire ha matado también a esa mujer?

Gabriel tardó una fracción de segundo.

—Creo que la señora Brunet no está muerta por casualidad.

Era lo bastante honesto.

Armand, sin dejar de mirar la mesa donde la lluvia seguía goteando desde la cofia de Adèle, comprendió entonces cuál sería el verdadero trabajo de aquella investigación.

No encontrar al hombre o a la mujer que había matado a Étienne Lemaire.

Eso sería apenas el principio.

El verdadero trabajo consistiría en descubrir qué clase de muerte había sido aquella primera, para entender por qué la segunda había resultado necesaria.

Y al alzar por fin la vista, encontró a Gabriel mirándolo de nuevo.
Esta vez no como a un huésped incómodo.
Sino como a un hombre al que ya no pensaba dejar al margen.

Capítulo 5. La voz del muerto

El salón dejó de parecer un salón.

Seguía teniendo las mismas butacas, el mismo piano cerrado, la misma alfombra que absorbía con dignidad la pisada y el mismo cristal sobre el que la lluvia había empezado ya a escribir una rutina. Pero algo en la distribución humana del espacio había cambiado de naturaleza. Las personas dejaron de sentarse como huéspedes y empezaron a hacerlo como posibles víctimas, posibles testigos o posibles mentirosos. Es extraordinario lo poco que necesita un cuarto bien amueblado para convertirse en un escenario de sospecha. Basta con dos cadáveres y una tercera posibilidad aún sin nombre.

Gabriel Vasseur no tardó en asumir del todo esa nueva geometría. Pidió a Bernard Sorel que utilizara el salón únicamente como estancia de espera y mantuvo la pequeña sala de lectura para las declaraciones. Ordenó que Colette y dos empleados organizaran café, agua caliente y algo de comida ligera, no por bondad, sino porque la gente habla peor cuando tiembla de hambre. Después pidió, con una voz ya completamente instalada en la función, que nadie se moviera sin comunicarlo y que el personal permaneciera reunido por sectores.

Armand observó todo eso desde una posición apartada, junto a la ventana lateral, con las manos en los bolsillos del pantalón y la cabeza apenas ladeada. No intervenía, pero tampoco se ocultaba. Era mejor así. Su presencia, a medio camino entre el huésped y otra cosa más difícil de nombrar, empezaba a producir en los demás ese desajuste útil que obliga a las máscaras a reajustarse.

Claire de Montfort no había pedido nada de beber. Julien sí; un coñac demasiado temprano y demasiado necesario. Madeleine volvió a encender un cigarrillo, y esta vez nadie intentó corregirla. Valette seguía de pie, como si sentarse en presencia de la segunda muerte implicara una concesión moral que no estaba dispuesto a hacer. Benoît había tomado por fin una taza de café que no probaba.

Lucien Morel se había situado no muy lejos de la chimenea apagada, con el cuerpo en una quietud perfecta y el rostro dueño de un luto profesional que habría resultado admirable en otro contexto.

Gabriel salió un momento de la sala de lectura y se dirigió a Armand en voz baja.

—Voy a empezar otra vez por arriba. No las declaraciones largas todavía. Primero, reconstrucción de tiempos. Necesito fijar quién estuvo dónde entre el final de la cena y el hallazgo.

—Sí.

—Y necesito su cabeza, aunque me irrite que la tenga.

—La irritación es una buena herramienta si no se enamora demasiado de ella.

Gabriel resopló apenas.

—Quiero empezar por la cuestión de la voz.

Armand asintió.

—Haga eso.

—No la de Adèle primero.

—No. Adèle ya no va a moverse. El recuerdo, en cambio, sí. Y cuanto más tiempo lo deje, más limpio se volverá en boca de gente sucia.

Gabriel aceptó el consejo sin agradecerlo. Agradecer demasiado pronto una ayuda es un modo de perder autoridad sobre ella. Tenía buen instinto para eso.

La primera en entrar fue Madeleine Artois.

Lo hizo sin dramatismo y con una compostura que habría resultado insoportable de no ser tan genuina. Llevaba la colilla consumida hasta el filtro entre dos dedos, como si hubiese olvidado dejarla en el cenicero o hubiese decidido convertir ese olvido en accesorio. Se sentó sin esperar a que se lo indicaran, cruzó las piernas con una elegancia cansada y observó el cuarto con una familiaridad casi insultante.

—Por favor, dígame que piensa empezar por algo inteligente —dijo.

Gabriel tomó asiento frente a ella. Armand se quedó de pie, a un lado, sin libreta.

—Pienso empezar por la noche de ayer.

—Entonces será una decepción. La mayoría de las noches lo son.

—¿Oyó usted la voz de monsieur Lemaire después de que abandonara el comedor?

Madeleine alzó una ceja.

—Qué eficacia. Ni una sola frase de cortesía.

—No tengo demasiadas disponibles.

—Yo sí, pero procuro reservarlas.

No dejó de mirarlo mientras hablaba. Gabriel mantuvo el tono.

—¿Oyó o no oyó a Lemaire después de la cena?

La actriz dejó por fin la colilla en un platillo vacío que Sorel había olvidado allí.

—Lo vi salir del comedor. Bastante satisfecho de sí mismo, como de costumbre. Más tarde, cuando pasé por el corredor del segundo piso camino de mi habitación, oí una voz en la zona de su suite.

—¿A qué hora?

—No llevo reloj en la conciencia, teniente.

—Aproximadamente.

Madeleine entrecerró los ojos con una paciencia burlona.

—Después del salón. Antes de acostarme. No muy tarde.

Armand intervino.

—¿La oyó dentro de la suite o en el corredor?

Ella volvió la cabeza hacia él, más interesada.

—Eso es mejor.

—Responda.

—La impresión fue que venía de dentro.

—La impresión.

—Sí. ¿Le ofende la imprecisión?

—Solo cuando la gente la disfraza de memoria.

Madeleine lo estudió un segundo más y luego respondió con una seriedad nueva, casi desnuda.

—No puedo jurar que viniera de dentro. Puedo jurar que, al pasar frente a esa zona del pasillo, oí una voz masculina y di por hecho que era él.

Gabriel escribió.

—¿Qué decía?

—Nada completo. Una frase baja. O una mitad de frase. Algo que podría haber sido irritación o conversación.

—¿Reconoció a Lemaire?

—No de forma limpia.

—Explíquese.

Ella se acomodó en la silla.

—Las voces reconocibles en los hoteles son un engaño, teniente. Una puerta las aplasta, una moqueta las bebe, la lluvia les pone otra edad. Creí que era él porque su habitación estaba allí y porque era razonable pensar que aún seguía despierto. Pero si quiere una confesión exacta: no lo sé.

Gabriel dejó la pluma un momento.

—Entonces ¿por qué abajo, en el salón, pareció sugerir otra cosa?

Madeleine sonrió sin alegría.

—Porque ustedes, los hombres de oficio, tienen una fe conmovedora en las primeras versiones. Yo no sugerí certeza. Solo sugerí que había una escena mal ensayada en la memoria de todos.

Armand habló.

—¿Qué quiere decir con eso?

Esta vez, la actriz se tomó tiempo antes de contestar.

—Quiero decir que, después de una muerte, la gente recuerda con una precisión sospechosa cosas que antes apenas le rozaron. Y anoche, incluso antes de que usted me preguntara, ya empezaba a notar en el aire esa forma particular de entusiasmo retrospectivo.

—Sea menos brillante y más concreta —dijo Gabriel.

—Muy bien. El médico habló esta mañana de que llevaba muerto varias horas. La criada dijo que oyó una voz de hombre en la habitación. Bernard estaba dispuesto a creer que todo tenía una secuencia razonable. Y de pronto ya nadie parecía recordar una noche, sino una explicación.

El silencio posterior fue útil.

Gabriel retomó.

—¿Vio a alguien en el pasillo?

—Sí.

—¿A quién?

—A Claire.

No hubo teatralidad al decirlo. Solo exactitud.

—¿Dónde? —preguntó Gabriel.

—Cerca del cruce entre el ala central y el este.

—¿Sola?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Más o menos en la misma franja en que oí la voz. Antes o después por muy poco, no sabría decir.

Armand no apartó los ojos de ella.

—¿Cómo estaba?

Madeleine respondió sin suavizar.

—Como una mujer que preferiría estar sangrando por dentro a concederle a nadie el placer de verlo.

Buena frase. Mejor observación.

—¿La vio salir de la suite de Lemaire? —preguntó Gabriel.

—No.

—¿Entrar?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces nada. La vi en el corredor. Y a esas alturas de la noche, en ese hotel, una mujer como Claire no pasea sin una razón.

—¿Y el doctor Morel?

Madeleine alzó apenas la barbilla.

—No le vi en ese pasillo. Lo vi después, o quizá antes, en el salón. Y eso debería bastarle para complicarse la vida.

—No me basta nada todavía.

—Ya aprenderá —dijo ella.

Cuando salió, dejó tras de sí un perfume tenue y la sensación irritante de haber dicho más verdad de la que convenía y menos de la que poseía.

Gabriel exhaló.

—No sé si ayuda.

—Sí ayuda.

—¿En qué?

—En que no se casa con la cronología fácil. Y en que acaba de decirle algo importante: el grupo ya está empezando a recordar hacia atrás, no hacia dentro.

Gabriel apoyó la pluma sobre la mesa.

—¿Cree que la voz es falsa?

—Creo que la voz puede no valer lo que vale la seguridad con que la están empaquetando.

—Eso es una respuesta preciosa y detestable.

—Tómelo como elogio involuntario.

La siguiente fue Julien Lemaire.

Entró con una rigidez agresiva, como si hubiese decidido que el mejor modo de no parecer destruido fuese parecer hostil. Se había cambiado de sitio en el salón varias veces; ahora traía el coñac aún en la sangre, o al menos en la confianza de las palabras. La chaqueta seguía mal abrochada. El pelo, algo más seco ya, se le rebelaba sobre la frente. Tomó asiento sin esperar permiso y cruzó los brazos.

—No maté a mi tío —dijo antes de que Gabriel hablara.

Gabriel ni parpadeó.

—Eso ya lo veremos. De momento quiero saber dónde estuvo usted anoche.

Julien soltó una risa seca.

—Qué alivio. Pensé que empezaríamos con algo delicado.

—Empiece.

Julien relató: cena, tensión, salida por la puerta lateral, un paseo corto por la galería del primer piso, vuelta al salón, bebida, quizá otro vaso más, después su cuarto. Todo dicho con esa mezcla de verdad parcial y defensa anticipada que vuelve a ciertos hombres transparentes en lo accesorio y opacos en lo importante.

Armand dejó que Gabriel lo llevase un rato por su propio método. Luego preguntó:

—¿Discutió usted con su tío?

Julien lo miró de inmediato. Era interesante cómo el odio, cuando reconoce su propio lugar, vuelve más rápido la cabeza que el amor.

—No.

—Miente.

Gabriel lanzó a Armand una mirada breve, mitad irritación, mitad interés. Julien se inclinó hacia delante.

—¿Perdón?

—Miente —repitió Armand—. Lo cual no significa necesariamente que lo haya matado. Solo significa que su vanidad aún prefiere la versión infantil de la mentira a la versión útil.

Julien se puso muy quieto. La piel de los pómulos, ya tensa de base, se le estiró un grado.

—Discutimos —dijo al fin—. Como casi siempre.

—¿Sobre qué?

—Sobre dinero.

—Eso no es un tema. Es un mantel.

Julien lo fulminó con la mirada.

—Sobre mi vida. ¿Le sirve más?

Gabriel intervino antes de que la tensión adquiriera otro tipo de respiración.

—Concretemos.

Y Julien concretó, a regañadientes. Étienne Lemaire controlaba todavía una parte importante de su situación económica. No por generosidad, sino por costumbre de dominio. Le administraba asignaciones, deudas, promesas de independencia siempre aplazadas. Anoche habían discutido porque Julien quería marcharse del hotel esa misma semana, romper con esa tutela y negarse a una propuesta de su tío ligada a negocios o firmas futuras.

—¿Le amenazó? —preguntó Gabriel.

—Él siempre amenaza. A veces sin usar palabras.

—¿Le vio después de salir del comedor?

—No.

—¿Lo oyó?

Julien vaciló. Aquello era lo interesante. La vacilación no era de culpable sorprendido, sino de hombre que percibe demasiado tarde el valor contaminante de una respuesta.

—No sé.

Armand habló con calma.

—Eso no ha sido una vacilación de ignorancia. Ha sido una vacilación de estrategia. Así que reformule.

Julien volvió a mirarlo con esa mezcla de desprecio y necesidad que algunos hombres reservan a la inteligencia ajena cuando empieza a hacerles daño.

—Pasé por la escalera del segundo piso —dijo—. Más tarde. No sé qué hora era. Oí una voz de hombre en el corredor de arriba, sí. Y pensé que sería él.

—¿Pensó? —preguntó Gabriel.

—¿Qué quieren que diga? No me puse a identificarla como en una opereta.

—¿Una sola voz? —dijo Armand.

Julien frunció el ceño.

—Creo que sí.

—"Cree".

—No empiece otra vez.

—Eso depende de usted. ¿Una o dos voces?

Julien hizo un esfuerzo real por volver a la escena.

—Una. O la sensación de una. No lo sé. Iba bajando.

—¿Y no se detuvo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tenía ninguna razón para detenerme frente a la habitación de mi tío a escuchar si seguía vivo.

La frase, lanzada con fastidio, se le volvió mala al instante. Lo supo. Gabriel también.

—Esa formulación es curiosa —dijo el teniente.

—No lo es. Usted quiere hacerme decir cosas que no he pensado así.

Armand no insistió en eso. Fue por otro lado.

—¿Vio a Claire de Montfort anoche en el corredor?

Julien tardó demasiado poco en negar.

—No.

Otra mentira. Esta vez más limpia, más reflexiva. Gabriel la vio pasar igual que Armand.

—Bien —dijo, sin marcarla aún—. ¿Vio al doctor Morel?

—En el salón. Luego no.

—¿Subió a la planta alta después de la cena?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—Debería empezar a preocuparse de no saber demasiadas horas, monsieur Lemaire.

Julien sonrió con una amargura casi bonita.

—Y usted debería empezar a preocuparse de estar encerrado con todos nosotros.

Cuando salió, el cuarto pareció airearse un poco.

Gabriel cerró la carpeta a medias.

—Miente con demasiada violencia para ser el arquitecto.

—Sí.

—Pero odia bastante para haberlo matado.

—Sí.

—Qué útil.

—Muchísimo.

Gabriel se frotó el puente de la nariz.

—Tenemos dos muertos. Una criada que quizá oyó o vio algo importante. Una mujer con motivo. Un sobrino con motivo. Un médico demasiado cómodo junto al cadáver. Y una voz que nadie reconoce del todo, pero todos usan.

—No todos.

—¿Cómo que no todos?

—Madeleine no la usa. La desarma. Élise la sitúa en una puerta, no en una identidad. Julien la toma prestada porque le conviene que exista sin comprometerse con ella. Y aún no ha hablado Claire.

Gabriel se quedó quieto.

—Sí. Claire.

La llamó.

Claire de Montfort entró con una sobriedad que rozaba la insolencia. Había pasado del salón al cuarto de lectura como si cruzara de una misa desagradable a una visita médica inevitable. Se sentó sin ruido, colocó el bolso sobre el regazo y esperó. No tenía el rostro de una mujer deshecha. Tenía el de una mujer que ha

decidido que, si la van a destruir, tendrán que hacerlo pieza por pieza y con herramientas finas.

Gabriel fue más cuidadoso con ella. No por galantería, sino porque entendía que la brutalidad mal dosificada hace perder tiempo.

—Madame de Montfort, necesito saber qué hizo usted después de la cena.

Claire no apartó los ojos de él.

—Fui al salón unos minutos. Luego subí a mi habitación.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Pasó por el ala de la suite de monsieur Lemaire?

La menor pausa. Apenas una exhalación.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque mi habitación está en esa planta y en ese tramo del hotel.

—No lo suficiente como para que el encuentro en el pasillo fuera inevitable.

Claire entrelazó las manos sobre el bolso.

—Entonces diré que paseé un momento antes de retirarme.

—¿Sola?

—Sí.

Armand la observó. No mentía bien en el tono. Mentía con demasiado control. Las grandes mentiras se oxigenan mejor.

—¿Él le pidió hablar? —preguntó Gabriel.

Claire no se volvió hacia Armand. Eso ya era respuesta parcial.

—Sí.

—¿Hablaron?

—No.

—¿No? —dijo Gabriel.

—No a solas.

Armand intervino entonces, con voz muy tranquila.

—Madame, no le conviene convertirnos ya en enemigos de la sintaxis. Su respuesta acaba de abrir una puerta más interesante que la del cuarto de Lemaire. Cierre una o abra la otra.

Claire lo miró por fin de lleno. Los ojos grises parecían más claros bajo la luz pobre de la mañana.

—Hablamos brevemente en el corredor —dijo—. No en la habitación.

Gabriel anotó.

—¿De qué?

—De un asunto antiguo.

—Eso no me sirve.

—A mí tampoco me servía, teniente.

—¿Se alteró usted?

La boca de Claire se tensó apenas.

—¿Según quién?

—Según una empleada.

—Las empleadas suelen tener una imaginación muy eficaz cuando el aburrimiento aprieta.

Armand habló sin apartarle la mirada.

—No era aburrimiento.

Claire sostuvo el cruce un segundo más de lo socialmente necesario y luego desvió la vista hacia la ventana estrecha.

—Sí, estaba alterada.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel.

—Porque monsieur Lemaire era un hombre capaz de provocar ese estado en muchas personas.

—¿La amenazó?

—No me gusta esa palabra. Tiene una tosquedad que él detestaba.

—Entonces dígalo usted con mejor gusto.

Fue una buena respuesta de Gabriel. Claire la reconoció, aunque no sonrió.

—Digamos que insistió en recordarme cierta dependencia antigua. Nada más.

"Dependencia antigua". Anotación mental para después.

—¿Le vio entrar en su suite? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—¿Y luego?

—Yo seguí andando.

—¿Lo oyó más tarde?

Claire se quedó muy quieta. La quietud de ciertas mujeres refinadas no es ausencia de reacción, sino su forma más peligrosa.

—No.

Armand habló enseguida.

—Eso ha sido demasiado rápido para ser cómodo.

Claire giró la cara hacia él.

—No le he pedido que me encuentre cómoda, monsieur Delacroix.

—No. Pero ya la he encontrado falsa dos veces esta mañana, y ninguna me ha gustado.

Gabriel dejó la pluma sobre la mesa. Sabía que no convenía interrumpir aquello. La verdadera declaración estaba empezando ahora.

Claire habló con una frialdad nueva.

—Pasé por el pasillo más tarde. Sí. Y oí una voz.

—¿La de Lemaire? —dijo Gabriel.

—No lo sé.

—¿Qué oyó exactamente?

—Una frase corta. Baja. Dada por supuesta, más que pronunciada. Como cuando alguien habla a través de una puerta sabiendo que no necesita explicarse.

Armand la dejó terminar.

—Y usted dio por hecho que era él.

Claire tardó apenas un segundo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque era su habitación.

—¿Solo por eso?

El silencio se alargó.

—Y porque habría resultado lógico.

Ahí estaba la frase correcta. La más peligrosa. No “porque era él”, sino “porque era lógico”.

Gabriel la atrapó también.

—Lógico no es lo mismo que cierto, madame.

Claire apoyó las manos sobre el bolso con más fuerza.

—No, teniente. Pero a veces es lo único que tiene uno a las once de la noche en un pasillo de hotel.

Armand se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿A qué hora exacta fue ese segundo paso por el corredor?

—No lo sé.

—Aproximadamente.

—Más tarde que la primera conversación. Antes de acostarme.

—¿Antes o después de ver a alguien más?

Claire mantuvo el rostro firme, pero algo en los dedos cambió.

—No vi a nadie.

Mentira.

Armand no la desnudó todavía. Aún no. Era mejor dejar que la mentira se instalara con confianza.

Gabriel volvió a su método.

—¿Vio al doctor Morel en la planta alta?

—No.

—¿A Julien?

—No.

—¿A Adèle Brunet?

—No.

—Entonces, según usted, pasó dos veces por el corredor de la suite de Lemaire y en ninguna vio a nadie, aunque sabemos que había servicio, movimiento y al menos otra persona en la zona.

Claire levantó la barbilla.

—Según yo, teniente, vi lo que acabo de contarle. No pienso embellecerlo para que su investigación le resulte más cómoda.

No era una mala defensa. Incluso elegante. Pero ya estaba demasiado pulida.

Cuando salió, Gabriel se quedó unos segundos sin escribir. Luego se reclinó en la silla.

—Ella miente mejor que el sobrino.

—Sí.

—Y peor que se cree.

—También.

—¿Entró en la habitación?

Armand no respondió enseguida.

—Todavía no lo sé.

—Pero lo sospecha.

—Sospecho que la primera mentira siempre protege algo más íntimo que la segunda. La de Julien protege su humillación. La de Claire protege otra cosa. Y no es reputación solamente.

Gabriel tomó aire.

—Falta Morel.

Armand asintió.

—Sí. Falta la ciencia.

Lucien Morel entró con el mismo rostro con que algunos hombres entrarían a una capilla ardiente si supieran que todo el mundo espera de ellos una explicación médica del alma. Correcto, medido, impecable hasta resultar ofensivo. Se sentó sin exhibir ni una onza de fatiga, aunque la tenía. Eso era precisamente lo peor de él: no que ocultara el cansancio, sino que lo integrara en una versión superior de sí mismo.

Gabriel abrió una hoja nueva.

—Doctor Morel, necesito que repasemos la mañana y también la noche anterior.

—Naturalmente.

—Después de la cena, ¿dónde estuvo?

—En el salón, con los demás, parte del tiempo. Después subí a mi habitación.

—¿Directamente?

—Con alguna escala irrelevante, imagino. No memoricé el trayecto.

—Hágalo ahora.

Morel entrelazó las manos sobre la mesa. Tenía uñas muy limpias. Dedos largos, secos, de presión mínima. Un hombre que sabía controlar la fuerza exacta con que toca.

—Salí del salón, subí al segundo piso, pasé por mi habitación, volví a bajar unos minutos más tarde por una cuestión que ya no recuerdo con precisión y me retiré.

Armand habló.

—Esa parte imprecisa sí la recuerda. Solo ha decidido no regalársela todavía.

Morel volvió la cabeza hacia él, casi con curiosidad clínica.

—¿Es usted siempre así de encantador, monsieur Delacroix?

—Solo con las personas demasiado ordenadas.

Morel sonrió apenas, sin dientes.

—Entonces me siento observado.

—Lo está.

Gabriel no permitió que la fricción se volviera elegante.

—¿Volvió a subir después?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No sabría decirlo con exactitud.

—Esta casa está llena de gente alérgica a las horas —murmuró Gabriel.

Morel prosiguió como si no lo hubiera oído.

—Cuando me retiré ya llovía con fuerza. Me acosté tarde. Dormí mal. Esta mañana Sorel vino a buscarme.

—¿Oyó usted la voz de Lemaire anoche? —preguntó Gabriel.

Lucien tardó una fracción de segundo. La mínima. Pero Armand la vio.

—No.

—¿No pasó por su corredor?

—No con ánimo de escuchar tras las puertas.

—No le he preguntado eso —dijo Gabriel.

—Entonces responderé con más simpleza: no, no lo oí.

Armand permanecía quieto, casi indolente, pero registró dos cosas a la vez: la rapidez limpia de la negación y el hecho de que Morel no había pedido en ningún momento que se repitiera la pregunta, como hace la gente realmente sorprendida por lo que no esperaba tener que negar.

—Esta mañana —dijo Gabriel— usted habló de varias horas de muerte. ¿En qué se basó?

Buena pregunta. Muy buena.

Morel no cambió de postura.

—En la temperatura de la piel, la rigidez inicial y el aspecto general de la herida y la pérdida hemática. Pero ya le he dicho que no me comprometería con una hora cerrada en un entorno así.

—¿Podría haber muerto antes de lo que pensamos?

Morel entornó apenas los ojos.

—"Pensamos" es una palabra demasiado comunitaria para una mañana como esta.

—Antes de lo que usted sugirió.

—Sí. Podría. También después. No soy forense, teniente. Soy un médico con experiencia clínica.

Armand intervino con voz suave.

—¿Y la sangre?

Morel giró la cabeza.

—¿Qué ocurre con la sangre?

—Que no parece suficiente para el sillón.

Un segundo. Solo un segundo. Pero estuvo. La mínima congelación de un hombre que no esperaba que el primer golpe fuera ya ahí.

Luego se recompuso.

—Eso dependería de la postura inicial, de la velocidad del colapso, de si hubo compresión parcial…

—¿Compresión por qué? —preguntó Armand.

Morel no bajó la mirada.

—Por ropa, por movimiento, por… circunstancias.

Mala respuesta.

Gabriel lo entendió también.

—¿Quiere decir que pudo ser recolocado?

Morel apoyó los dedos sobre la mesa.

—Quiero decir que no me gustan las conclusiones prematuras.

—Ni las horas exactas, ni las voces, ni las conclusiones —dijo Gabriel—. Comprendo.

El sarcasmo, por leve que fuese, no le sentó bien a Morel. Fue apenas un endurecimiento en la línea de la boca.

—Comprenda también, teniente, que si espera de mí precisión judicial en estas condiciones le decepcionaré.

Armand habló otra vez.

—No. Lo que esperamos de usted es saber si la escena médica le resultó limpia o no.

Morel lo miró.

—¿Limpia?

—Coherente. Natural. O compuesta.

Por primera vez desde que había entrado, el doctor tardó algo más de un segundo. El tiempo suficiente para elegir entre dos errores.

—No tuve esa impresión inmediata —dijo al fin—. La impresión inmediata era la de una muerte violenta. Todo lo demás vino después.

No era una mentira completa. Era mejor: una verdad colocada para cubrir otra.

Gabriel tomó nota y luego lo despidió.

Cuando la puerta se cerró, la lluvia pareció volver a la habitación de golpe.

Gabriel se quedó un rato inmóvil.

—Él también.

—Sí.

—¿También qué?

—También protege algo más que su posición de médico improvisado en el hotel.

Gabriel lo miró.

—¿Improvisado?

Armand alzó apenas una ceja.

—No me diga que no ha visto aún en él la clase de exactitud insegura que solo tienen los hombres a los que su autoridad les cuesta un poco más de lo debido.

Gabriel no respondió. Había visto algo. No todavía lo suficiente.

—Bien —dijo al fin—. Tenemos tres personas que dicen haber oído algo que atribuyeron a Lemaire. Ninguna lo reconoce con limpieza. Una criada que dejó el servicio. Otra que ahora está muerta. Claire en el corredor. Julien en la escalera. Y Morel tratando la hora como una sopa.

—Muy bien resumido.

—¿Y entonces?

Armand se acercó a la ventana estrecha. La lluvia desdibujaba el canalón en líneas grises.

—Entonces dejamos de pensar en una puerta cerrada y empezamos a pensar en una hora equivocada.

Gabriel se quedó quieto.

—Dígalo mejor.

Armand se volvió hacia él.

—Si Lemaire murió cuando todos creen, tenemos un problema físico: quién entra, quién sale, cómo se cierra la habitación, dónde está el arma. Pero si Lemaire murió antes, la mitad del misterio cambia de especie. La voz deja de confirmar vida y pasa a confirmar memoria. La puerta deja de ser un milagro y pasa a ser una consecuencia. Y todas esas personas que anoche "oyeron" algo empiezan a convertirse en otra cosa: no en testigos de la muerte, sino en testigos de una cronología que alguien necesitaba.

Gabriel tardó unos segundos en responder. La idea había entrado con toda su mala luz.

—¿Cree que ya estaba muerto cuando algunos dicen haberlo oído?

—No lo sé aún. Pero por primera vez me interesa de verdad que sea posible.

—Y si lo fuera…

—Entonces la habitación cerrada no sería el crimen.

Gabriel lo miró fijo.

—Sería la coartada.

Armand inclinó apenas la cabeza.

—Exactamente.

El teniente apoyó ambas manos en la mesa. Había en su cara cansancio, sí, pero también esa excitación sobria de la inteligencia honesta cuando por fin vislumbra un modelo mejor que el primero. No tranquilidad. Lo contrario. Un orden de complejidad superior.

—Necesito volver a la suite —dijo.

—Sí.

—Y necesito reconstruir cada servicio de planta, cada paso, cada subida y cada bajada.

—Sí.

—Y necesito saber qué demonios sabía Adèle.

Armand dejó pasar un segundo.

—No. Eso no va a saberlo por lo que ella dijo.

—¿Entonces?

—Lo sabrá por la persona que necesitó matarla.

El silencio posterior fue breve y limpio.

Luego Gabriel cerró la carpeta, se puso en pie y por primera vez no sonó joven cuando habló.

—Bien, monsieur Delacroix. Vamos a ver a qué hora empezó realmente esta muerte.

Y en el pequeño cuarto de lectura, con la lluvia persistiendo contra el vidrio y el hotel entero respirando ya como un organismo tomado por la sospecha, Armand comprendió que habían dado por fin con la primera pieza sólida del caso:

no la puerta.

No el cuchillo ausente.

Ni siquiera el segundo cadáver.

La pieza sólida era una duda.

La posibilidad de que Étienne Lemaire hubiese dejado de estar vivo mucho antes de que todos empezaran a oírlo.

Gabriel no se movió enseguida. Permaneció de pie junto a la mesa, con la carpeta cerrada bajo una mano y la otra apoyada en el borde de la silla vacía donde habían ido dejando, uno tras otro, sus medias verdades los habitantes de Saint-Valéry. Armand conocía bien esa clase de pausa. No era indecisión. Era el instante exacto en que una investigación deja de obedecer al orden que traía consigo y acepta el orden que le impone el crimen.

—Voy a necesitar más ayuda de la que debería —dijo Gabriel al fin.

—Sí.

—No me lo haga más difícil con esa facilidad.

—No lo confunda con facilidad. Solo llevo más tiempo decepcionado.

Gabriel soltó una exhalación que no llegó a risa y recogió la carpeta.

—Subimos otra vez.

La suite de Lemaire había ganado aún más frialdad en su ausencia. No siempre ocurre, pero a veces un cadáver recién retirado deja en el espacio algo peor que su presencia: una pedagogía. La habitación empieza a enseñar cómo fue ocupada la muerte. El sillón vacío, ahora sin el peso del cuerpo, resultaba todavía más sospechoso. Había una leve depresión en el tapizado, sí, pero menos de la que cabría esperar. La sangre en la pechera del muerto ya no estaba allí para distraer el ojo. Quedaba la escena desnuda en su gramática torcida: el escritorio, la llave, la copa, la silla mal corregida, la insuficiencia general de la violencia.

Gabriel dejó la carpeta sobre una consola y se situó en el centro.

—Supongamos que tiene razón —dijo—. Supongamos que murió antes. ¿Qué cambia?

Armand rodeó la mesa baja.

—Casi todo lo importante.

—Dígalo en orden.

—Muy bien. Si Lemaire muere antes de la hora que se está consolidando en boca de todos, entonces esa voz posterior deja de ser una prueba de supervivencia y pasa a ser una prueba de contaminación. Si eso ocurre, el interés del asesino o del manipulador ya no está solo en matar, sino en fijar una hora falsa. Y si alguien necesitó una hora falsa, la habitación cerrada deja de ser un problema técnico puro y se convierte en una prolongación escénica.

Gabriel escuchaba ya con otra calidad.

—¿Escénica?

—Sí. Lo que tenemos aquí es una habitación que quiere ser leída. No solo un lugar donde murió un hombre.

Se acercó al escritorio.

—Mire la llave.

Gabriel se puso a su lado.

La llave de la suite seguía allí, junto al tintero y la cartera de cuero. Resultaba demasiado presentable. Demasiado disponible. No era imposible que un hombre la dejara así antes de morir, desde luego. La realidad tiene la mala costumbre de parecer inverosímil cuando coincide con la puesta en escena. Pero aquello pedía una

pregunta que nadie parecía haberse hecho aún con suficiente mala fe.

—¿Qué me está sugiriendo? —preguntó Gabriel.

—Que la llave, más que resolver el cierre, lo embellece.

—Eso sigue siendo literatura.

—No. Literatura sería decirle que la llave "sonríe". Yo le digo que está donde conviene para que no pensemos demasiado en cómo llegó ahí.

Gabriel tomó nota. Ya no discutía cada frase. Empezaba a trabajar con ellas, que es distinto.

—Necesito reconstruir el cierre de la puerta.

—Sí. Pero no antes del tiempo.

—Otra vez.

—Otra vez.

Armand se agachó junto a la alfombra, en el borde donde la mancha de sangre se había secado ya en una oscuridad mate. No tocó, solo midió con la vista la relación entre el sillón, la caída esperable del cuerpo, la orientación del cuello y la cantidad visible de derrame.

—Supongamos que Lemaire recibe aquí la herida y muere sentado. Bien. Entonces esperaría más conversación entre el sillón y el suelo. Más desorden en el punto de colapso. Más negociación física. En cambio, lo que tenemos es un hombre correctamente instalado en su muerte.

Gabriel se agachó también, un poco más lejos.

—Podría haber quedado así.

—Sí. También podría llover hacia arriba. La cuestión es cuánto le pide una hipótesis a la cortesía del azar.

El teniente guardó silencio.

Armand señaló el ángulo entre la mesa y el sillón.

—Mírelo. Si la herida fue aquí, y si el cuerpo cae aquí, esa alfombra ha visto muy poca historia.

—¿Entonces murió en otra posición?

—O en otro punto de la habitación. O fue compuesto después de caer. Todavía no lo sé. Pero sé que esta escena no habla con el cuerpo en el idioma natural de una violencia súbita.

Gabriel se incorporó despacio.

—Y Morel tenía que verlo.

—Sí.

—¿Por qué no lo dijo?

Armand se volvió hacia la ventana.

—Porque quizá no le convenía decirlo todavía. O porque ya había aceptado una lectura más útil.

La lluvia golpeó el cristal con mayor fuerza en ese momento, como si la montaña quisiera subrayar la frase.

Gabriel fue hacia la bandeja del dormitorio.

—Esto lo dejó Adèle.

—Sí.

—Una voz de hombre al otro lado de la puerta. Una bandeja que entra. Luego nadie vuelve a ver al muerto. Después todos creen que siguió vivo.

—Casi todos.

—¿Quién no?

—Madeleine no. O, al menos, no con limpieza. Claire tampoco, aunque mienta mejor de lo que aparenta. Élise sitúa un sonido. No una identidad. Morel es el único que no necesita la voz porque tiene otra forma de fijar el tiempo.

Gabriel giró sobre sí mismo.

—Eso es importante.

—Sí. Muy.

—Explíquelo.

Armand apoyó dos dedos en el respaldo de la silla desplazada.

—Para Julien, para Élise, para Madeleine o para Claire, la voz puede funcionar como recuerdo o como coartada emocional. Para Morel no. Morel tiene un cadáver. Tiene piel, rigidez, temperatura, sangre. Si la hora es falsa, él es el hombre mejor situado para administrarla.

Gabriel se quedó inmóvil.

—Entonces usted no cree solo que la voz pueda ser falsa. Cree que alguien necesitaba que lo fuera.

—Sí.

—Y que el médico podía sostener esa mentira sin necesidad de oír nada.

—Exactamente.

Gabriel miró la habitación en silencio. Cuando habló de nuevo, la frase le salió ya desde una inteligencia más afilada.

—Y Adèle Brunet.

—Sí.

—Adèle deja el servicio. Oye una voz. O cree oírla. Vuelve a pasar por el pasillo. Ve algo que no le gusta. Y luego aparece muerta.

—Sí.

—Si su muerte sirve para tapar lo que vio, entonces lo que vio amenaza la cronología.

Armand lo miró con una leve aprobación.

—Ahora sí.

Gabriel bajó la vista hacia la alfombra.

—No estamos buscando solo quién tenía motivos para matar a Lemaire. Estamos buscando quién necesitaba que pareciera haber muerto más tarde.

—Eso es.

Se quedaron unos segundos así, cada uno en un punto distinto de la habitación, con la misma escena delante y una forma nueva de leerla naciendo entre ellos.

Fue Gabriel quien la rompió.

—Quiero el plano completo de la planta. Quién estaba en qué habitación. Qué puertas comunican con qué. Qué acceso tiene el servicio. Y quiero saber exactamente dónde está la habitación de Claire respecto a esta, y la de Julien, y la de Morel.

—Sí.

—Y quiero volver a hablar con Élise.

—Sí.

—Y con Bernard. No me gusta lo de las llaves.

—No debería gustarle.

Gabriel recogió la carpeta.

—Bajamos.

Pero antes de salir, Armand volvió la cabeza una última vez hacia el escritorio.

—Espere.

Se acercó al reloj de viaje abierto. No lo tocó. Solo observó su posición. Demasiado bien alineado con el borde del tablero. Como si alguien, al dejarlo, hubiera querido una mesa que no contara nada por sí misma.

—¿Qué ve ahora? —preguntó Gabriel.

—Una habitación donde todo el mundo ha sido demasiado considerado con los objetos.

—¿Eso es malo?

—En un crimen, la consideración suele llegar después.

Bajaron.

La planta baja había adquirido ya la fisonomía de una espera organizada. Sorel había hecho cerrar discretamente el comedor, aunque seguía funcionando una mesa auxiliar con café, agua y pan. El salón se había convertido en territorio de miradas interrumpidas, y la sala de lectura, en pulmón de una investigación todavía demasiado joven para llamarse así sin rubor.

Gabriel pidió otra vez a Élise.

No tardó en aparecer. Esta vez venía sin la libreta, con las manos vacías y el gesto de quien ya ha comprendido que la utilidad no la protege. Aun así, conservaba una especie de dignidad nerviosa que a Armand le inspiraba más confianza que la aplastada docilidad del personal secundario.

Se sentó.

Gabriel fue directo.

—Mademoiselle Fournier, necesito que volvamos a la voz.

Ella apretó apenas la mandíbula.

—Sí, monsieur.

—Ha dicho que oyó una voz de hombre cuando Adèle estaba frente a la habitación de monsieur Lemaire.

—Sí.

—Quiero que intente recordar no la frase, sino la textura. ¿Sonaba cerca? ¿Detrás de la puerta? ¿En el pasillo? ¿Irritada? ¿Calma?

Élise cerró los ojos un segundo. No mucho. Lo justo.

—Baja —dijo—. Y… no sé si hablaría a alguien o si solo respondió.

—¿Respondió? —repitió Gabriel.

—Sí. Como cuando uno no abre porque no quiere compañía, pero quiere que sepan que está dentro.

Armand intervino.

—¿Y por qué la relacionó con monsieur Lemaire?

Élise abrió los ojos.

—Porque era su habitación.

—Solo por eso.

—Y porque su voz… bueno, porque monsieur Lemaire hablaba como si todo le perteneciera.

Buena observación. Interesante incluso por su vaguedad. No recordaba un timbre. Recordaba un modo.

—Eso no significa que fuese él —dijo Gabriel.

—No, monsieur.

—¿Podría haber sido otro hombre dentro de su habitación?

La joven no respondió enseguida.

—Sí —dijo al final, muy bajo.

La frase cambió el peso del cuarto.

Gabriel lo notó al instante.

—¿Por qué no dijo eso antes?

Élise levantó un poco el mentón.

—Porque antes seguía pareciendo una noche de hotel, monsieur. Ahora ya no.

Armand la observó con atención fría. No era solo miedo. Era comprensión tardía del valor de lo visto.

—Bien —dijo Gabriel—. Entonces vuelva al pasillo. Despacio. Adèle lleva la bandeja. Usted está en el office. Oye una voz. Luego vuelve a pasar. Ve movimiento en la escalera de servicio. Y antes ha dicho que vio a madame de Montfort alterada en el corredor.

—Sí.

—¿Dónde exactamente?

Élise hizo un esfuerzo evidente por situarlo.

—Cerca del tramo donde se cruzan el ala este y el pasillo de las suites grandes. Ella venía de… —Se interrumpió.

—Siga.

—No sé de dónde venía.

Mentira parcial, pensó Armand.

—¿Y por qué estaba alterada? —preguntó Gabriel.

—Porque caminaba como si quisiera no correr.

Buena frase también. Muy buena. Las mejores declaraciones suelen llegar cuando el testigo deja de imitar a la policía y empieza a hablar desde su propia inteligencia.

—¿La vio después? —dijo Armand.

—No.

—¿Y a Morel?

Silencio.

Ahí estaba.

Gabriel lo escuchó igual que él.

—¿Vio al doctor Morel en esa planta anoche? —preguntó.

Élise no se movió.

—Creo que sí.

—No me interesa lo que cree.

—Le vi más tarde —dijo al fin—. Cerca de la escalera.

—¿Subiendo o bajando?

—No sabría decirlo.

—Sí lo sabría si quisiera.

Élise apretó los labios.

—Bajando, quizá.

—¿Quizá?

—Fue rápido, monsieur.

—¿Le vio salir de la zona de la habitación de Lemaire?

La joven vaciló más. Mucho más.

—No exactamente.

—Eso significa "sí", pero le da miedo que signifique demasiado —dijo Armand.

Élise volvió la cabeza hacia él.

—Eso significa que no quiero decir más de lo que vi.

—Loable —dijo él—. Pero tarde.

Gabriel bajó el tono. Hizo bien.

—Mademoiselle Fournier, Adèle Brunet ha muerto. Si alguien necesitó callarla, lo que vio importaba. Y si usted está ahora midiendo sus frases del mismo modo, alguien acabará pensando que también conviene medir su respiración.

Élise se quedó muy quieta.

Luego habló.

—Le vi salir de ese tramo del pasillo. No de la puerta misma. Del tramo.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Le vio la cara?

—Sí.

—¿Le habló?

—No.

—¿Parecía haberle visto a usted?

—No.

Gabriel anotó despacio.

—¿Y no lo dijo antes por qué?

Esta vez la respuesta fue inmediata.

—Porque es el médico.

Aquello, por desnudo, resultó casi brutal.

No "porque me da miedo".

No "porque no estaba segura".

Porque es el médico.

Armand entendió enseguida la lógica. En las casas así, el médico no es solo un hombre con conocimientos; es una forma de autoridad flotante. El que toca los cuerpos. El que certifica indisposiciones. El que entra en habitaciones ajenas con justificación limpia. El que sabe cosas que los criados preferirían no tener que discutir.

Gabriel también lo entendió.

—Muy bien —dijo—. Muy bien. De momento no hable de esto con nadie.

—No pensaba hacerlo.

—No lo piense tampoco.

Cuando salió, el cuarto quedó un poco más oscuro, aunque la luz no hubiera cambiado.

Gabriel se pasó la mano por la mandíbula.

—Ahora sí.

—Sí.

—Morel en el pasillo. Claire alterada. Una voz no identificada. Adèle en medio. Y el médico fijando una hora elástica esta mañana.

—Sí.

—No me gusta nada.

—Eso es porque empieza a gustarle la forma del caso.

Gabriel levantó la mirada.

—No bromee.

—No bromeo. Las inteligencias honradas detestan primero lo que luego acaban persiguiendo.

Gabriel se puso en pie.

—Quiero a Morel otra vez.

—No todavía.

—¿No?

—No. Ahora quiere usted ver si se sostiene la planta. Quiero el plano. Quiero saber si desde la escalera de servicio podía salir sin ser visto. Quiero las distancias. Y quiero una pregunta para Bernard Sorel: cuántas llaves existen, quién puede moverlas y qué habitaciones puede abrir el servicio sin dejar rastro social.

Gabriel se quedó parado un momento.

—Usted ya no está ayudando. Está mandando.

—No. Estoy ahorrándole orgullo.

La réplica habría sido insolente en otra boca. En la de Armand sonó como un diagnóstico desagradable.

Gabriel no discutió. Eso hablaba aún mejor de él.

—De acuerdo. Plano y llaves.

—Y después, sí. Morel.

—¿Qué cree que hará?

—Lo que hacen siempre los hombres como él cuando descubren que la habitación ha dejado de pertenecerles: se volverá más preciso o más prudente. Cualquiera de las dos cosas nos sirve.

Gabriel salió a buscar a Sorel.

Armand se quedó solo unos segundos en la sala de lectura. La lluvia había bajado un poco de intensidad, pero no de presencia. El hotel respiraba ahora de otra manera. Ya no como un refugio viejo tomado por la tormenta, sino como una caja cerrada donde la violencia empezaba a distinguir entre sus propias formas.

Claire.

Morel.

La voz.

La criada muerta.

La hora falsa.

Era suficiente para una intuición, no para una verdad. Aún no.

Miró la silla donde se había sentado Claire. Luego la de Morel. Después la ventana estrecha. Y comprendió que había llegado el momento que más detestaba de toda investigación: aquel en que la inteligencia empieza a encariñarse con una hipótesis antes de poder justificarla.

No le gustó.

Era una señal casi siempre útil.

Cuando Gabriel regresó, traía un plano sencillo de la planta, un manojo de copias de llaves y el rostro de quien ya ha dejado de preguntarse si la historia es grave y ha pasado a preguntarse cuánta gravedad puede soportar antes de romperse.

Desplegó el plano sobre la mesa.

—Aquí. Suite treinta y uno. Habitación de Claire, la veintiocho. Julien, la veintiséis. Madeleine, veinticuatro. Morel, treinta y tres. Justo al otro lado del pequeño tramo final.

Armand se inclinó.

Eso lo cambió todo un poco.

—¿Morel duerme aquí? —preguntó.

—Sí.

—Demasiado cerca.

—¿De Lemaire?

—De la oportunidad.

Gabriel apoyó un dedo sobre la escalera de servicio.

—Desde aquí se baja sin pasar por la principal. Y hay una puerta que da a la rampa lateral. No comunica con la calle, pero sí con la

zona de proveedores y con la terraza donde encontraron a Adèle.

—Perfecto.

—No usaría esa palabra.

—Yo sí. Para un mentiroso metódico, la geografía es excelente.

Gabriel dejó el manojo de llaves junto al plano.

—Hay llave principal de habitación, copia en recepción y llave maestra de planta. Adèle y Élise podían acceder a ciertas puertas. Bernard también. No todas las cerraduras responden igual, pero sí muchas.

Armand se irguió despacio.

—Entonces la puerta ya no me interesa tanto.

—¿No?

—No como antes. Si la hora es falsa, el cierre puede ser casi un detalle administrativo.

Gabriel respiró hondo.

—Y ahora sí, Morel.

—Sí. Ahora sí.

Y cuando volvió a abrir la puerta para pedir al doctor que entrara de nuevo, Armand supo que el caso acababa de dejar atrás su primera versión.

Lo que iban a interrogar ya no era a un médico junto a un cadáver.

Era a un hombre que quizá había tenido, desde el principio, demasiadas razones para que el muerto siguiera hablando después de morir.

Capítulo 6. La hora administrada

Lucien Morel tardó menos de un minuto en entrar.

No porque estuviera esperando junto a la puerta —eso habría sido una forma de ansiedad demasiado visible—, sino porque, en realidad, los hombres como él nunca se alejan mucho del centro exacto donde creen poder seguir resultando necesarios. Cuando cruzó el umbral de la sala de lectura, traía ya la expresión apropiada: ni ofendido por la nueva convocatoria, ni excesivamente disponible. Correcto. Un punto más serio que antes. Un punto más vigilante también.

Llevaba aún el traje gris oscuro del desayuno, impecable pese al avance de la mañana. Se había lavado las manos después de examinar a Adèle; se notaba en el olor limpio y en la ligera tensión brillante de la piel de los dedos. La corbata color vino seguía perfectamente anudada. El cabello, peinado hacia atrás con una disciplina casi violenta, no había cedido ni a la lluvia ni al segundo cadáver. Había hombres cuya compostura tranquiliza. La de Lucien Morel, pensó Armand, empezaba ya a parecer una forma clínica de ocultación.

Gabriel no lo invitó a sentarse enseguida. Dejó que viera primero el plano de la planta extendido sobre la mesa, las llaves a un lado y la libreta abierta. Era una forma simple de desplazar el centro del interrogatorio. Ya no se trataba solo del cuerpo de Lemaire ni del diagnóstico general, sino de movimientos, posiciones, accesos. Morel lo notó. Su mirada descendió una fracción de segundo al plano y luego volvió a Gabriel.

—Teniente.

—Doctor.

Armand permanecía de pie junto a la ventana estrecha, sin apartarse del todo de la mesa. Había aprendido que ciertas preguntas funcionan mejor cuando el sospechoso no sabe con exactitud de cuál de los dos hombres debe defenderse primero.

Gabriel le señaló por fin la silla.

—Siéntese, por favor.

Morel lo hizo.

No apoyó de inmediato la espalda en el respaldo. Se sentó con el torso ligeramente adelantado, como hacen quienes desean proyectar cooperación sin comprometer aún su comodidad. Armand registró también eso.

Gabriel fue directo.

—Voy a volver sobre la hora de la muerte de monsieur Lemaire.

—Naturalmente.

—Esta mañana ha hablado usted de "varias horas".

—Sí.

—Ahora necesito algo menos atmosférico.

No era una mala frase. Morel la recibió sin molestia visible.

—Ya le advertí que no podía ofrecer precisión forense. No sería honesto.

—No le estoy pidiendo precisión forense. Le estoy pidiendo el alcance real de su duda.

Lucien juntó las manos sobre la mesa. Las uñas seguían impecables.

—Mi impresión inicial fue que no acababa de morir, desde luego. No era una muerte de minutos.

—¿Una hora?

—Podría ser.

—¿Dos?

Morel vaciló solo lo suficiente para que la vacilación pareciera hija del método y no del cálculo.

—También podría.

—¿Tres?

Esta vez la pausa fue algo mayor.

—Con más reservas.

Gabriel no apartó la vista de él.

—¿Por qué más reservas?

—Porque la temperatura ambiente, la humedad, el estado de la habitación y la constitución del individuo alteran las lecturas rápidas. No se puede hablar de un reloj interior tan dócil.

Armand habló entonces por primera vez.

—Pero sí puede hablarse de imposibilidades.

Morel giró la cabeza.

—A veces.

—Hable de ellas.

—¿Cómo dice?

—Diga qué no le habría parecido compatible. Ya que no quiere comprometerse con lo que sí.

Morel sostuvo la mirada de Armand un segundo más de lo confortable.

—No me habría parecido compatible una muerte ocurrida poco antes del hallazgo. Desde luego no cosa de media hora.

Buena respuesta. Demasiado buena. Lo bastante firme para orientar. Lo bastante elástica para retroceder si más tarde convenía.

Gabriel recogió la frase de inmediato.

—Entonces, cuando algunos afirman haber oído a monsieur Lemaire hacia las once o después, eso no le genera conflicto con su impresión médica.

Lucien apoyó un dedo en la mesa.

—No necesariamente.

—¿No necesariamente o no en absoluto?

—Teniente, la medicina clínica no trabaja con absolutos tan amables.

Armand habló con suavidad.

—No. Pero los criminales sí suelen apreciarlos.

Silencio.

Morel no reaccionó de manera espectacular. No se ofendió. No contraatacó de inmediato. Hizo algo más interesante: tardó un segundo en decidir qué clase de sonrisa le convenía. Eligió una breve, incrédula, casi cortés.

—¿Estoy aquí como médico o como sospechoso?

Gabriel respondió antes de que Armand pudiera disfrutar demasiado la pregunta.

—Está aquí como alguien cuya lectura del cadáver ha empezado a adquirir peso estructural en una investigación. Y quiero saber si ese peso resiste mejor cuando se le presiona un poco.

Morel volvió a fijarse en el plano de la planta, luego en las llaves, luego otra vez en Gabriel.

—Adelante.

Gabriel apoyó ambas manos en la carpeta.

—Explíqueme la escena tal como usted la leyó esta mañana.

El doctor se recostó apenas, esta vez sí, en la silla.

—Un hombre adulto, en buen estado general, muerto por una herida profunda en el cuello. Sangrado importante, aunque no masivo en toda la estancia. Cuerpo encontrado sentado o semisentado en el sillón, sin arma visible. Aparente rigidez inicial. Temperatura ya descendida, aunque no aún extrema. Eso, combinado, me hizo pensar en una muerte no reciente. Violenta, pero no reciente.

—¿Le pareció natural la posición del cuerpo? —preguntó Gabriel.

Otra vez esa fracción. Esa maldita fracción.

—No inverosímil —dijo al fin.

Armand dejó pasar un segundo.

—No le he preguntado si era inverosímil. Le he preguntado si le pareció natural.

Morel volvió la cara hacia él. Había ya, bajo la compostura, una irritación muy limpia. Mejor. La irritación desordena.

—No, monsieur Delacroix —dijo—. No me pareció una escena "natural", si esa es la palabra que le complace. Pero ningún asesinato lo es.

—Eso es elegante y cobarde —respondió Armand.

Gabriel no los interrumpió. Empezaba a entender que parte del trabajo consistía precisamente en dejar que ciertos hombres se midieran hasta sangrar un poco por donde no querían.

—¿Cobarde? —repitió Morel.

—Sí. Porque utiliza una verdad general para evitar una pregunta concreta. No le pregunto si la muerte era natural. Le pregunto si la disposición del muerto le pareció consecuencia limpia de la herida o consecuencia corregida de algo anterior.

El doctor se quedó callado.

La lluvia repiqueteó en el canalón como una escritura demasiado rápida.

Gabriel habló con voz baja.

—Conteste eso.

Lucien descruzó y volvió a cruzar las manos, casi sin darse cuenta. Primer gesto inútil de la mañana.

—Me pareció posible —dijo— que el cuerpo hubiese sido alterado tras la lesión.

Ahí estaba.

No una confesión, ni siquiera una rendición. Pero sí el abandono de una frontera.

Gabriel lo atrapó.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque no tenía aún razones suficientes para convertir una impresión en una línea de investigación.

—Y ahora sí las tiene.

—Ahora tengo dos muertos.

Armand se apartó un poco de la ventana.

—¿Dos muertos le hacen más valiente, doctor?

Morel no lo miró.

—Dos muertos hacen menos decorativo el error.

Buena frase. Muy buena. Y quizá demasiado sincera para su propio bien.

Gabriel retomó.

—De acuerdo. Entonces dígame algo más. Si el cuerpo pudo haber sido corregido, ¿qué ocurre con la sangre?

Por primera vez desde que había entrado, Lucien pareció elegir con verdadero cuidado su respuesta.

—La sangre visible no terminaba de cerrar con la imagen inmediata del sillón.

—¿En qué sentido?

—En que esa clase de herida, dependiendo de la postura inicial y del tiempo hasta el colapso, podría haber dejado una expresión más expansiva en torno al cuerpo. O una contaminación mayor del sillón. O… —Se interrumpió.

—O qué.

—O la posibilidad de que no muriera exactamente así.

Armand lo observó con una atención casi física.

No era la frase de un hombre descubriendo el problema. Era la frase de un hombre que había convivido con él desde bastante antes.

Gabriel lo vio también. Se notó en el modo en que dejó de escribir durante un instante.

—¿Qué quiere decir con "no muriera exactamente así"?

—Que la herida pudo producirse en otra posición. O que la agonía inicial no se desarrolló donde el cuerpo fue hallado.

—¿Y aun así no le pareció importante decírnoslo?

Lucien levantó por fin la vista hacia Gabriel con algo que rozaba el cansancio.

—Teniente, esta mañana ustedes tenían un cadáver en un hotel aislado, una puerta cerrada y una escena incompleta. Yo no iba a construirle una teoría antes de que usted pudiera ni siquiera fijar quién tenía acceso al cuarto.

—No le he pedido una teoría. Le he pedido que me diga qué le resultó incorrecto.

—Y se lo estoy diciendo.

Armand habló con voz neutra.

—Lo está diciendo tarde.

El médico volvió entonces la cabeza hacia él del todo.

—Usted parece tener una relación casi sentimental con la prontitud, monsieur Delacroix.

—No. Solo con la verdad antes de que se perfume demasiado.

Gabriel intervino antes de que la electricidad se volviera improductiva.

—Doctor, ¿la voz posterior le parecía compatible con su impresión médica?

Lucien cruzó una pierna sobre la otra. Primer gesto casi social de todo el interrogatorio.

—Compatible, sí. Con reservas.

—Explíquelas.

—Que una voz tras una puerta no es un electrocardiograma. Ya lo sabe usted.

—No desvíe.

—No desvío. Le digo que, si varias personas oyeron algo que atribuyeron a monsieur Lemaire después de cierta hora, eso puede servir o no, según la calidad del testimonio. Mi impresión médica no anulaba de por sí esa posibilidad. Solo la obligaba a examinarse mejor.

Armand dejó caer la frase sin elevarla.

—Y, sin embargo, usted no la examinó mejor. La dejó vivir.

Morel entrecerró apenas los ojos.

—Porque no soy policía.

—No. Pero sabe perfectamente lo que hace una frase médica en una sala llena de miedo. Se convierte en ley doméstica. Y usted ha dejado circular una hora blanda con la cortesía suficiente para que nadie se atreva a morderla.

La irritación se hizo visible al fin. No mucho. Lo bastante.

—Si cree que estoy dirigiendo esta investigación de una manera clandestina, dígalo claramente.

—No. Creo que está usted administrando mejor que nadie lo que no dice. Es distinto.

Gabriel dejó la pluma.

—Bien. Vamos a hablar de sus movimientos anoche.

Morel no contestó enseguida.

—Ya lo hemos hecho.

—No con el plano de la planta delante.

Gabriel giró el papel hacia él.

—Su habitación. La treinta y tres. Justo aquí. Dos puertas más allá de la suite de Lemaire. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Subió a su cuarto después de la cena?

—Sí.

—¿Antes o después del paso por el salón?

—Después del salón.

—¿Y luego volvió a bajar?

—Sí.

—¿Por qué?

Silencio.

El doctor respiró una sola vez, despacio.

—No dormía bien. Bajé a buscar un sedante.

Gabriel no apartó la vista.

—¿A recepción?

—No. A mi maletín. Lo había dejado en otra estancia.

—¿Cuál?

—En el pequeño gabinete del primer piso. Bernard me había pedido la noche anterior que revisara a una huésped indispuesta.

Armand observó a Gabriel. El teniente anotó, pero su cara mostraba ya la incomodidad de quien entiende que acaba de recibir una verdad parcial.

—¿Qué huésped?

—Madame Artois.

Interesante.

—¿Madeleine estaba indispuesta? —preguntó Gabriel.

—Una migraña ligera. Nada dramático.

—¿Y su maletín se quedó allí desde entonces?

—Sí.

Armand habló.

—¿Y no lo recordó hasta anoche?

Morel volvió a mirarlo.

—Hay noches peores que otras, monsieur Delacroix.

—Sí. Pero la suya parece muy cuidadosamente peor.

Gabriel pasó al siguiente punto.

—Entonces baja a por el maletín. ¿Sube después?

—Sí.

—¿Por la escalera principal?

—No lo recuerdo.

—¿Por la de servicio?

—Podría ser.

—Élise Fournier le vio cerca de la escalera de servicio, doctor.

Ahora sí.

No fue una reacción grande. Solo un endurecimiento instantáneo del cuello. La cara no se movió. Pero el cuello sí. Y en ciertos hombres el cuello traiciona antes que la boca porque todavía no ha aprendido modales.

—¿A qué hora dice haberme visto? —preguntó.

—No es la pregunta correcta —dijo Gabriel.

—Es la pregunta que me interesa.

Armand intervino con una calma casi perezosa.

—No. La pregunta que le interesa de verdad es si ella puede situarlo demasiado cerca de la habitación.

Morel dejó de mirar a Gabriel. Ahora lo miró a él.

—¿Y puede?

—Esa es precisamente una conversación que sería mejor para usted no tener conmigo si prefiere seguir midiendo el aire.

La sala quedó quieta.

Gabriel, que empezaba a comprender cuánto podía conseguir dejando que los dos hombres se arañaran con suavidad, no interrumpió.

—No recuerdo haber pasado frente a la habitación de monsieur Lemaire —dijo al fin Morel.

Buena frase. Mala negación. No "no pasé", sino "no recuerdo".

Gabriel no se la dejó.

—Eso no significa que no pasara.

—Significa que no lo afirmaría bajo presión.

—No estamos bajo presión todavía, doctor. Estamos en un hotel aislado con dos muertos.

Morel apretó la mandíbula una sola vez.

—Entonces digámoslo así: sí, es posible que pasara por ese tramo del corredor. Mi habitación está allí.

Armand no apartó la mirada de él.

—Y sin embargo no oyó la voz.

—No.

—Curioso.

—No especialmente.

—Sí especialmente —dijo Armand—. Porque casi todos parecen haberla oído en el momento exacto en que les conviene recordar a Lemaire vivo. Y usted, que vive dos puertas más allá, no oyó nada. Eso le deja a salvo del error común o muy cerca del centro. Las dos cosas son interesantes.

Gabriel retomó el hilo antes de que la precisión se volviera espectáculo.

—¿Conocía bien a monsieur Lemaire?

Lucien parpadeó una vez.

—Lo suficiente.

—Explíquese mejor.

—Era un huésped antiguo. Yo también. Hemos coincidido varias temporadas.

—¿Y fuera del hotel?

—No.

Mentira. Armand la vio pasar como una sombra limpia. Gabriel también la sospechó, pero aún no podía morderla con provecho.

—¿Le debía usted algo? —preguntó.

Morel sonrió, sin alegría.

—¿Dinero?

—En un sentido amplio.

—No.

Otra mentira. Mejor todavía.

Armand habló.

—Doctor, la gente solo miente tan rápido sobre dos cosas: el deseo y la dependencia. No parece usted un hombre dominado por el primero.

La irritación ya no era casi controlable.

—No sé en qué clase de investigaciones trabajaba usted, monsieur Delacroix, pero le agradecería que no intentara psicoanalizarme como si eso sustituyera una prueba.

—No sustituye nada. Solo ahorra tiempo.

Gabriel apoyó ambas manos en la mesa.

—Basta. Doctor, de momento eso es todo. Pero no se aleje.

Morel se puso en pie. Esta vez sí había una rigidez distinta en él. No derrota. No miedo. Una especie de concentración más cortante, como si acabara de aceptar que el cuarto ya no era enteramente suyo y, por tanto, empezara a reorganizarse por dentro.

—Por supuesto, teniente.

Iba ya hacia la puerta cuando Armand habló una vez más.

—Doctor.

Lucien se volvió apenas.

—Sí.

—Cuando vio el cadáver de Lemaire por primera vez, ¿qué fue exactamente lo primero que pensó?

Esa sí.

Esa pregunta entró como entra una aguja buena: pequeña, limpia, en el sitio exacto.

Morel no respondió enseguida.

—Pensé —dijo al fin— que alguien había sido muy torpe o muy valiente.

—¿Cuál de las dos cosas creyó primero?

El doctor sostuvo la mirada de Armand un segundo demasiado largo.

—No tuve tiempo de decidirlo.

Y salió.

Cuando la puerta se cerró, Gabriel dejó escapar el aire de golpe.

—Miente.

—Sí.

—Y sabe de cuerpos. Mucho.

—Sí.

—Y ha administrado la hora como quien administra la fiebre de otros: sin comprometerse del todo, pero imponiendo un rango.

—Sí.

Gabriel caminó una vez de la mesa a la ventana y de vuelta.

—Ahora mismo podría ser tres cosas: un médico prudente y desagradable, un hombre atrapado en su propia irregularidad profesional o alguien muchísimo más implicado.

—Sí.

—Deje de contestarme así.

—Entonces formule preguntas mejores.

Gabriel se detuvo. Lo miró. Y, pese a todo, había en su cara una luz nueva. No tranquilidad. No satisfacción. Una especie de hambre seca.

—Creo que ya la tengo —dijo.

Armand no respondió.

—La pregunta buena —continuó Gabriel— es esta: si la hora oficial se ha administrado, ¿quién gana con ello?

—Ahora sí.

—Claire podría ganar tiempo. Julien también. Cualquiera que hubiese discutido con él y quisiera apartarse de la franja inmediata.

—Sí.

—Pero Morel gana algo más peligroso.

—Sí.

—Gana autoridad. Gana margen. Gana la posibilidad de que el hecho físico quede cubierto por la lectura médica antes de que nadie piense bien la escena.

Armand inclinó apenas la cabeza.

—Exactamente.

Gabriel apoyó una mano en el plano.

—Y Adèle.

—Sí.

—Si Adèle muere después, puede ser porque lo que vio estropeaba esa administración de la hora. No solo porque viera a alguien, sino porque su rutina la ponía en posición de desmentir una secuencia.

—Ahora entiende usted por qué la voz me interesa menos que la bandeja.

Gabriel siguió el hilo.

—La bandeja dice si alguien estaba realmente vivo para recibirla. O si otra persona respondió. O si entró después alguien que no debía estar allí. O si la noche no se desarrolló en el orden en que ahora todos la narran.

—Sí.

—Y además está la proximidad de Morel. Su habitación. La escalera de servicio. El gabinete del primer piso. La salida lateral. Adèle muerta justo en la zona que comunica con ese recorrido.

La lluvia volvió a reforzarse contra el vidrio estrecho.

Armand lo dejó pensar unos segundos más. Era importante. No por pedagogía, sino porque una intuición prestada sirve menos que una intuición atravesada por la propia inteligencia.

—Entonces —dijo Gabriel al fin— no estamos ante un único gesto.

Armand lo miró.

—Dígalo mejor.

—Estamos ante un asesinato… y luego una administración.

Casi.

—Más preciso.

Gabriel volvió a mirar el plano, las llaves, la carpeta.

—Estamos ante una muerte… y después una puesta en orden de esa muerte.

Ahora sí.

—Sí —dijo Armand—. Y si eso es cierto, entonces el primer asesino y el primer manipulador no tienen por qué ser la misma persona.

El silencio que siguió fue el más importante de toda la mañana.

Gabriel se quedó inmóvil. No porque la idea le resultara incomprensible, sino porque acababa de abrirle debajo del caso un segundo piso entero de complejidad.

—Dios mío —dijo muy bajo.

No era una exclamación religiosa. Era una constatación profesional.

—Sí —respondió Armand con la misma calma—. Exactamente eso.

Gabriel volvió a sentarse despacio.

—Entonces Claire puede haber sido verdad y Morel, después, utilidad. O Julien, verdad, y Morel, después, utilidad. O cualquier otro.

—Sí.

—Y la habitación cerrada no sería tanto el crimen como la reescritura del crimen.

—Sí.

—Y Adèle habría muerto por haber visto la costura entre una cosa y la otra.

—Sí.

Gabriel se frotó la cara con ambas manos.

—Necesito un café.

—No. Necesita hablar con Claire otra vez. Y luego con Bernard sobre el gabinete del primer piso, las llaves y el recorrido exacto de Morel. Después con Madeleine, para cerrar si realmente estaba

indispuesta o si eso es otra pieza acomodada. Y, sobre todo, necesita decidir una cosa.

—¿Cuál?

—Si va a tratar a Morel todavía como a un testigo útil o ya como a un hombre que quizá estaba esperando una oportunidad.

La frase quedó ahí.

No porque Armand quisiera dramatizarla. Quedó porque ambos sabían que era, por fin, la pregunta verdadera.

Gabriel no respondió de inmediato.

Tomó la carpeta. La abrió. Ordenó las hojas por primera vez no según quién había hablado, sino según la utilidad de lo que habían dicho. Eso le gustó a Armand más de lo que pensaba admitir. El teniente aprendía deprisa.

—Voy a por Claire —dijo al fin.

—Sí.

—Y después, Bernard. Luego Madeleine. Después veremos si aún merece la cortesía médica.

—Perfecto.

Gabriel ya estaba en la puerta cuando se detuvo y giró la cabeza.

—Monsieur Delacroix.

—Teniente.

—Cuando esto termine, si termina, me gustaría saber cuál fue el primer momento en que pensó que el tiempo era peor enemigo que la puerta.

Armand lo miró.

—Cuando vi la sangre y no me creyó del todo el sillón.

Gabriel asintió una sola vez.

Y salió.

Armand se quedó solo en la sala de lectura unos segundos más. Escuchó la lluvia, el reloj amortiguado del vestíbulo, una puerta que se abría en el pasillo y la respiración cansada del hotel entero tratando de seguir pareciendo una casa y no una maquinaria de cortesía podrida.

Claire.

Morel.

Adèle.

La voz.

La bandeja.

La hora.

La novela del crimen empezaba a hablar en su idioma verdadero.

No el del puñal, ni el del odio, ni siquiera el del cuarto cerrado.

El idioma verdadero era otro:

el de la muerte corregida.

Y mientras Gabriel iba a buscar a Claire de Montfort para volver a abrirle la noche con preguntas más finas, Armand comprendió que habían cruzado ya la última frontera del caso sencillo.

La siguiente verdad, la incómoda de verdad, no sería descubrir quién mató primero.

Sería descubrir quién encontró en esa muerte una oportunidad.

Capítulo 7. Las mentiras correctas

Cuando Gabriel fue a buscar a Claire de Montfort por segunda vez, el salón parecía ya una estancia ocupada por versiones de sí mismo. Nadie estaba exactamente donde había estado una hora antes. Las personas cambian de silla en los lugares donde ocurre una desgracia con la superstición absurda de quien cree que el cuerpo puede eludir una mala noticia con solo modificar un ángulo. Madeleine había abandonado el sillón junto a la ventana y se había trasladado a una chaise longue baja desde la que podía vigilar la puerta de la sala de lectura sin que pareciera que la vigilaba. Valette estaba sentado ahora, al fin, con el bastón horizontal sobre las rodillas, como si se hubiera resignado a que la dignidad en pie no le servía ya para contener el día. Benoît seguía junto a la chimenea apagada, pero no quieto: tenía en la mano un rosario que apenas movía entre los dedos sin llegar a rezarlo del todo. Julien, en cambio, parecía más joven cuanto más empeoraban las cosas, y no en el buen sentido, sino en el de los hombres que retroceden hacia una edad peor cuando el mundo les retira de golpe las estructuras prestadas.

Claire seguía apartada.

No se había entregado al centro del grupo, pero tampoco se había escondido. Había elegido una butaca de respaldo recto cerca del gran espejo lateral, desde donde podía ver a todos y, al mismo tiempo, no ofrecerse entera a ninguna mirada. La luz gris de la mañana, más pálida ahora por la insistencia de la lluvia, se le posaba sobre el perfil con una crueldad sobria, subrayando la finura del tabique nasal, la línea firme de la mandíbula y el cansancio cada vez menos negociable que empezaba a marcar la piel bajo los ojos. Había cambiado la posición de las manos: ya no descansaban sobre el bolso como si lo custodiaran, sino una sobre otra, desnudas, en el brazo de la butaca. Los nudillos seguían blancos.

Gabriel se detuvo frente a ella.

—Madame de Montfort.

Claire alzó la vista con esa lentitud que en otro contexto habría sido desprecio y en ella era sobre todo disciplina.

—Teniente.

—Necesito volver a hablar con usted.

Los demás no fingieron no escuchar. El hotel entero estaba ya muy por encima de esa clase de hipocresía pequeña. Madeleine volvió apenas la cabeza. Julien dejó de caminar. Valette no se movió, pero la presión de sus dedos sobre el bastón cambió un grado. Benoît guardó el rosario en el bolsillo de la chaqueta como quien reconoce que la tarde exigirá otras herramientas.

Claire se puso en pie sin un comentario.

Eso le gustó a Armand menos de lo que habría querido admitir. Las personas que aceptan demasiado bien un segundo interrogatorio no lo hacen por inocencia, sino porque ya han decidido la forma de su defensa y están más preocupadas por su música que por la verdad.

Entró en la sala de lectura delante de Gabriel. Armand ya estaba allí, de nuevo junto a la ventana estrecha. Había pedido una taza de café que no había probado. En la mesa seguían extendidos el plano de la planta, el manojo de llaves y las notas del teniente. Aquello alteró casi imperceptiblemente la expresión de Claire. No porque las llaves o el plano la asustaran en sí, sino porque acababan de transformar el cuarto en algo más técnico, menos literario, más difícil de seducir con inteligencia pura.

Tomó asiento.

Esta vez no llevó el bolso al regazo. Lo dejó en el suelo, junto a la silla.

Pequeño detalle. Gran significación.

Gabriel permaneció de pie un segundo, quizá para hacerle sentir que el centro ya no estaba en la elegancia de la conversación, sino en la reconstrucción. Luego se sentó frente a ella y abrió la carpeta por una página limpia.

—Voy a rehacer con usted el final de la noche.

Claire no respondió.

—La última vez me dijo que monsieur Lemaire le pidió hablar. Después dijo que no llegaron a hablar a solas. Luego admitió que sí

hablaron, brevemente, en el corredor. Quiero ahora una versión que no necesite ser corregida cada tres minutos.

Claire sostuvo la mirada.

—Haré lo posible.

—No. Hará lo exacto.

Silencio.

Armand, sin apartarse de la ventana, habló por primera vez.

—Eso es lo único que aún puede salvarla de parecer peor de lo que quizá es.

Claire giró la cara hacia él. No había sorpresa en el gesto. Tampoco irritación abierta. Había reconocimiento. El de un tipo de inteligencia que sabe cuándo otra ha decidido dejar de fingir delicadeza.

—¿Salvarme? —dijo.

—Sí.

—No sabía que mi aspecto fuese su preocupación.

—No lo es. Su relación con los hechos, sí.

Gabriel retomó antes de que aquello derivara en otra forma de duelo.

—Empiece por el comedor. Étienne Lemaire le pidió hablar.

Claire mantuvo la espalda recta.

—Sí.

—¿Y usted aceptó?

—No exactamente. No quise montar una escena en el comedor.

—Eso no responde.

—Entonces sí. Acepté que habláramos.

—¿Por qué?

La pregunta era buena porque sonaba simple y no lo era. Claire tardó lo justo.

—Porque algunas personas convierten en espectáculo cualquier negativa pública. Y Lemaire era uno de ellos.

—¿Qué esperaba usted de esa conversación?

—Nada bueno.

—Eso tampoco es una respuesta.

Claire exhaló por la nariz, una respiración mínima, controlada.

—Esperaba una nueva exigencia, una insinuación o alguna forma de humillación. ¿Le sirve más así?

Servía, desde luego. Pero no bastaba.

Gabriel dejó pasar un segundo.

—Sube usted. ¿Va directamente al corredor de la suite de monsieur Lemaire?

—No.

—¿Entonces?

—Paseé unos minutos.

—¿Por dónde?

—Por la galería del primer piso primero. Luego subí.

—¿La vio alguien allí?

—No lo sé.

Armand observó el modo en que la palabra "paseé" se había deslizado de su boca. Las personas refinadas usan ciertos verbos como pantalla moral. Pasear. Conversar. Considerar. En los buenos salones, casi nunca se pasea de verdad; se posterga.

Gabriel siguió.

—¿Cuánto tiempo pasó entre su salida del comedor y el encuentro con Lemaire?

—No sabría decirlo.

—Inténtelo.

—Diez minutos. Quizá quince.

Demasiado limpio, pensó Armand. Las estimaciones falsas suelen regalar bloques redondos cuando el miedo todavía no ha hecho su trabajo más fino.

—¿Dónde se encontraron exactamente? —preguntó Gabriel.

Claire volvió la vista al plano, no a propósito quizá, pero sí lo bastante como para que el gesto contara. Su dedo no se movió hacia él. No lo tocó. Simplemente lo miró.

—En el tramo del corredor que queda antes de las suites grandes. Cerca de la ventana lateral.

Gabriel apoyó la pluma.

—Eso significa que no fue un encuentro casual. Significa que uno de los dos esperaba al otro.

—Él.

—¿Allí?

—Sí.

—¿No en su puerta?

—No.

Armand habló.

—Eso es interesante.

Claire no respondió a él, sino a Gabriel.

—¿Por qué?

—Porque un hombre como Lemaire no espera en mitad de un corredor si puede citar a una mujer dentro de su habitación. Si no lo hizo, o quería que la conversación pareciera menos privada o temía algo de un cuarto cerrado.

Claire guardó silencio.

Gabriel no dejó caer la idea.

—¿Temía algo?

—No lo sé.

—¿O lo temía usted?

La frase quedó suspendida.

Claire la sostuvo con la barbilla apenas más alta.

—Temer a Étienne Lemaire no era una actividad particularmente original, teniente.

—¿Le temía usted?

—Le detestaba.

Buena respuesta. Insuficiente.

—No es lo mismo —dijo Gabriel.

—No, pero a veces sirve mejor.

Armand se apartó por fin de la ventana y avanzó un paso.

—¿De qué hablaron?

Claire lo miró.

—De un asunto antiguo.

—No.

—¿No?

—No vamos a volver a esa expresión. Es blanda. No hay asuntos antiguos: hay deudas, vergüenzas, ruinas, adulterios, fraudes, muertos, hijos ilegítimos, dinero, dependencia y miedo. Escoja una familia léxica y trabaje dentro de ella.

La frase fue demasiado dura para el gusto de cualquiera que la oyera de fuera. Pero no la dijeron para alguien de fuera. Se la dijeron a Claire, y Claire era precisamente el tipo de mujer a la que la cortesía excesiva habría parecido una forma baja de desprecio.

La piel de su garganta se tensó un grado.

—Hablamos de mi marido —dijo al fin.

Aquello cambió la habitación.

No porque la palabra "marido" tuviera en sí nada extraordinario, sino porque había sido pronunciada como se pronuncian ciertas tumbas. Sin adornos. Sin aire.

Gabriel retomó enseguida.

—¿Qué tiene que ver su marido con Lemaire?

Claire bajó la vista un instante al borde de la mesa.

—Mi marido tenía negocios con él. O algo bastante peor que negocios. Hace años.

—¿Peor en qué sentido?

—En el sentido en que una persona puede perder más que dinero sin que llegue a pasar por un banco.

La frase tenía demasiada elaboración. Pero debajo de ella había una verdad. Armand decidió no romperla todavía.

—¿Murió su marido? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—¿Cómo?

Claire levantó otra vez los ojos. En ellos apareció, por fin, algo más humano que el control: una irritación helada por verse obligada a compartir la forma del daño con quienes no lo habían pagado.

—No de manera súbita, si eso es lo que espera. Murió después de haber sido destruido. ¿Necesita una categoría más cómoda?

Gabriel no retrocedió.

—Necesito el vínculo con Lemaire.

—Lemaire sabía cosas. Participó en ciertas decisiones. Conservó documentos. Y durante años tuvo la amabilidad de recordar que podía usarlos.

—¿Chantaje?

Otra vez el pequeño temblor de desprecio.

—Esa palabra sigue siendo demasiado tosca. Pero sí. Si necesita simplificarlo para escribirlo, use esa.

Ya estaba.

Gabriel no escribió aún. Dejó el dato suspendido.

—Entonces anoche él volvió a recordarle ese poder.

—Sí.

—¿Qué quería?

Claire guardó un silencio más largo. No defensivo, sino medido. Como si aún quisiera salvar algo no de sí misma, sino de una idea de mundo donde ciertas humillaciones no deben formularse enteras delante de hombres más jóvenes.

—Quería que firmara algo —dijo al fin.

Ahora sí, Gabriel escribió.

—¿Qué?

—Una autorización. O una declaración. O una renuncia. Llámelo como quiera. Un papel que reabría parte de lo ocurrido con mi marido de una forma que me resultaba intolerable.

—¿Llevaba el documento consigo?

—No lo vi.

Armand habló.

—Pero sabía que existía.

Claire tardó apenas un segundo.

—Sí.

—¿Y por eso estaba alterada en el corredor?

—Entre otras cosas.

Gabriel fue un poco más adentro.

—¿Subió luego a la habitación de Lemaire?

No hubo vacilación inmediata. Eso no era bueno ni malo por sí mismo. Solo significativo.

—No.

Mentira.

Armand la dejó instalada un instante. Era mejor así.

Gabriel continuó.

—Después de esa conversación, ¿qué hizo?

—Seguí andando.

—¿Hacia dónde?

—Hacia mi habitación.

—¿Sin cruzarse con nadie?

—No recuerdo a nadie.

Armand apoyó dos dedos en el respaldo de la silla vacía junto a la mesa.

—Claire.

No "madame". No "madame de Montfort". Solo Claire.

Ese cambio fue deliberado. Y la alcanzó de una manera más limpia que cualquier dureza anterior.

Ella levantó la cara.

—No desperdicie nuestra paciencia con negaciones de salón. La criada la vio alterada. Madeleine la vio en el pasillo. Usted misma ha admitido un chantaje de años. Si insiste en no haber cruzado a nadie, no parecerá inocente. Parecerá simplemente elegante en su autodestrucción.

Silencio.

La lluvia sonó en el canalón como una respiración más fuerte.

Claire mantuvo la vista en Armand unos segundos que parecieron más largos que los anteriores. Luego dijo:

—Vi a Julien.

Gabriel lo anotó enseguida.

—¿Dónde?

—Cerca de la escalera.

—¿Le habló?

—No.

—¿Le vio él?

—No lo sé.

—¿Y al doctor Morel?

Otra pequeña pausa.

—No.

Armand la observó.

No insistió aún. No porque la creyera. Sino porque estaba ya claro que la primera mentira importante de Claire protegía el acceso a la habitación. La segunda, en cambio, protegía otra cosa más fina: el circuito humano alrededor del crimen. Quién la vio. A quién vio. Cuándo dejó de estar sola.

Gabriel cambió de frente.

—La voz posterior. Ha dicho que volvió a pasar más tarde y que oyó una voz.

—Sí.

—¿Por qué volvió?

Buena pregunta. Excelente, de hecho. Porque atacaba no el sonido, sino el trayecto.

Claire lo comprendió. Se notó en el modo en que bajó apenas la mano derecha al borde de la falda para dejarla quieta ahí.

—No podía dormir.

—¿Por la conversación?

—Entre otras cosas.

—¿Y entonces volvió a pasear por ese mismo corredor?

—Sí.

—¿Por qué exactamente ese?

Ella lo miró con frialdad.

—Porque el hotel tiene varios pasillos y a menudo uno repite el que ya conoce sin que medie una filosofía detrás.

Armand habló.

—No cuando en ese pasillo acaba de ser humillada por un muerto futuro.

La frase la golpeó. Fue visible.

No se quebró, claro. Pero el golpe estuvo. Los ojos cambiaron una fracción, como si una puerta interior hubiese recibido un empujón seco desde dentro.

Gabriel lo aprovechó.

—¿Volvió porque quería saber si seguía despierto?

Claire no respondió enseguida.

—No.

—¿Volvió porque pensó en aceptar?

—No.

—¿Volvió porque quería evitar algo?

—No.

Tres negaciones. Ninguna útil.

Armand se apartó del respaldo y fue hasta la mesa. No se sentó. Quedó de pie frente al plano.

—Claire, hay una diferencia entre el orgullo y la estupidez, pero hoy parece decidida a representarlos juntos.

Gabriel alzó la vista hacia él, pero no lo frenó.

—No necesita decirnos aún lo que hizo dentro del cuarto si eso ocurrió —continuó Armand—. Pero sí necesita entender una cosa: la habitación de Lemaire ya no es el escenario de una muerte única, sino el centro de una manipulación posterior. Si usted estuvo allí antes de que esa manipulación existiera, su silencio la está metiendo en la misma pieza que el segundo asesino.

Claire dejó de mirarlo a él y miró la mesa. Luego el plano. Luego nada.

Eso era importante.

Había entendido.

—Yo no maté a Adèle Brunet —dijo al fin.

No era una respuesta a la pregunta formulada. Precisamente por eso era mucho mejor.

Gabriel no se apresuró. Bien. La dejó caer y asentarse.

—No le he preguntado eso —dijo.

Claire cerró los ojos una sola vez y volvió a abrirlos.

—Lo sé.

Armand habló con voz baja.

—Entonces ya no estamos hablando del mismo crimen.

Silencio.

La forma del cuarto había cambiado. La silla. La mesa. El plano. La lluvia. Todo parecía orientarse ahora hacia un eje nuevo.

Gabriel apoyó la pluma sin escribir.

—Claire —dijo por primera vez, y también él dejó caer el tratamiento formal—. Míreme.

Ella lo hizo.

—¿Entró en la habitación de Lemaire?

La menor respiración.

—Sí.

Aquello fue más fuerte que una confesión teatral. Precisamente porque salió bajo, casi sin cuerpo. Como si la palabra hubiese estado toda la mañana apoyada en la garganta, esperando simplemente quedarse sin espacio.

Gabriel no escribió. Ni siquiera se movió.

—¿Cuándo?

—Poco después de hablar con él en el corredor.

—¿Entró por voluntad propia?

—Sí.

Armand no apartó los ojos de ella. La cara de Claire seguía casi inmóvil, pero algo se había rendido ya en la línea de la boca. No vulnerabilidad. Más bien agotamiento de la arquitectura.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel.

—Porque quería terminar con aquello.

La frase era verdadera y falsa a la vez. Verdad emocional, mentira estructural. Todavía servía.

—¿Qué había en la habitación cuando entró? —dijo.

Claire tragó saliva. No visiblemente. Solo con ese pequeño desplazamiento vertical en la piel del cuello que delata lo que la educación no puede corregir.

—Él. El escritorio. Una copa. Papeles.

—¿Le mostró alguno?

—Sí.

—¿Lo leyó?

—Lo suficiente.

—¿Y?

La respiración volvió a cambiar.

—Y me dijo que aún estaba a tiempo de evitar ciertas consecuencias si colaboraba.

—¿Qué consecuencias?

—Reabrir lo ocurrido con mi marido. Exponerlo otra vez. Hacerlo peor. Dejarlo definitivamente sucio.

—¿Y usted?

—Me negué.

—¿Entonces?

Claire bajó por primera vez la mirada. No hacia el bolso ni hacia las manos. Hacia un punto del mantel inexistente, como si de pronto el cuarto entero le hubiese retirado superficies donde sostenerse.

—Discutimos.

Gabriel dejó que la palabra quedara sola.

—¿Discutieron cómo?

—Como discuten dos personas cuando una de ellas lleva años decidiendo cuánto puede respirar la otra.

Buena frase. Demasiado literaria para ser espontánea, pero aún impregnada de experiencia real.

Armand preguntó:

—¿Le tocó?

Claire volvió a alzar los ojos. Esta vez con algo casi ofensivo.

—No.

—¿Se acercó?

—Sí.

—¿La insultó?

—No con palabras toscas.

—¿Se burló de su marido?

Aquello sí.

Aquello sí fue un golpe.

No necesitó decir nada. El simple modo en que el color se retiró un grado más de su cara, dejando visibles dos pequeñas venas azuladas en la sien, bastó para responder.

Gabriel lo vio.

—¿Lo hizo? —preguntó en voz baja.

Claire tardó un segundo.

—Sí.

—¿Qué dijo?

No contestó.

—Claire.

Nada.

Armand habló con una suavidad inesperada.

—No necesito la frase exacta. Solo si fue ahí donde dejó de ser una conversación.

Ella lo miró. Durante un instante, por fin, dejó de parecer una viuda helada y pareció lo que probablemente llevaba años sin permitirse parecer delante de nadie: una mujer cansada de que un muerto viejo y otro aún más reciente siguieran administrando su dignidad.

—Sí —dijo.

La palabra quedó en el aire.

Gabriel no la golpeó aún con la conclusión. Había aprendido deprisa.

—¿Y después?

Claire cerró otra vez las manos, ahora sobre sí mismas.

—Después no lo sé bien.

Mentira parcial.

Armand la atravesó.

—Eso no se lo creo.

—Me da igual.

—No. Le importa muchísimo. Todo en usted esta mañana es la prueba de que le importa más de lo saludable qué parte de su derrumbe observamos.

Gabriel intervino, pero ya en otro tono. Más preciso. Menos interrogador. Casi quirúrgico.

—Claire. ¿Él seguía vivo cuando salió usted de la habitación?

Ella no respondió.

La lluvia golpeó con una racha más dura el cristal del ventanuco.

Gabriel no apartó la vista.

—Respóndame eso.

Claire siguió callada.

Armand fue hasta la ventana y apartó apenas la cortina lateral. No porque necesitara ver el agua, sino para no dejarle a ella la sensación de estar siendo cazada entre dos miradas frontales. La compasión, cuando existe, conviene administrarla con discreción para no humillar a la presa. Y Claire, incluso ahora, seguiría prefiriendo ser llamada presa antes que objeto de piedad.

—No estoy preguntándole si lo mató —dijo Gabriel—. Le estoy preguntando si seguía vivo cuando usted salió.

Ella soltó el aire muy despacio.

—No lo sé.

Mala respuesta.

No por falsa del todo. Porque aún podía contener un resto de verdad emocional. Las personas que han actuado en un arrebato real a veces conservan ese hueco interno de la percepción. El

problema era que Claire la usaba como protección, no como límite real.

Gabriel insistió.

—¿Lo dejó herido?

No contestó.

—¿Lo dejó en pie?

Nada.

—¿Lo dejó sentado?

Por fin la mirada subió, rápida, como si esa imagen concreta le hubiese atravesado el cuerpo.

Interesante.

Muy interesante.

Armand se volvió desde la ventana.

—No fue así —dijo en voz baja.

Gabriel lo miró.

Claire también.

—¿Qué no fue así? —preguntó el teniente.

—No lo dejó sentado.

Silencio.

La cara de Claire no se rompió, pero perdió por primera vez una parte de su arquitectura. Muy poco. Lo justo. Y eso bastó.

Gabriel entendió de inmediato.

—Entonces estaba en otra posición cuando usted salió.

Claire bajó la vista.

No respondió.

Armand volvió a hablar, ahora con una claridad casi cruel.

—Y eso significa que alguien corrigió la escena después.

Aquello la alcanzó como un segundo impacto, distinto del primero. No el de su propia culpa, sino el de una comprensión nueva. Una comprensión que la colocaba, quizá, por primera vez del lado de la víctima secundaria de una manipulación mayor.

—¿Quién? —preguntó Claire, y por fin la voz salió con algo más que control.

Gabriel no respondió a esa pregunta. Era demasiado pronto.

—Quiero que me cuente con exactitud qué ocurrió dentro —dijo —. Desde que cruzó la puerta hasta que salió.

Claire se quedó quieta tanto tiempo que la espera empezó a volverse física. Afuera la lluvia caía con la insistencia de una mano decidida a borrar un camino que nadie debía recuperar limpio. En algún lugar del pasillo sonó el reloj del vestíbulo, ahogado por los pisos y las alfombras, como una amabilidad sin sentido del hotel hacia la tragedia.

Cuando por fin habló, ya no sonó como antes. No frágil, pero sí más cerca de la verdad material, que es siempre menos brillante que la verdad moral.

—Entré. Él cerró la puerta. Se quedó cerca del escritorio, no del sillón. Yo no avancé mucho. Tenía ya un papel fuera de la cartera. Me lo ofreció. Le dije que no iba a firmar nada. Sonrió. Dijo algo sobre mi marido… sobre su caída… sobre lo poco que había costado empujarlo de donde estaba. No lo dijo con esas palabras. Lo dijo mejor. Ya sabe cómo era.

Ninguno de los dos la interrumpió.

—Me acerqué. Le dije que era un miserable. Él dijo que la miseria, en determinadas cantidades, resulta muy rentable. Luego se acercó demasiado. No para tocarme. Solo para… para disfrutar del momento. Había un abrecartas sobre el escritorio. Lo vi. Él también debió de verlo, pero demasiado tarde.

La frase siguiente no la dijo enseguida.

No porque le faltara valor, sino porque acababa de llegar al sitio de la memoria donde los actos dejan de ser narrables con elegancia.

—Lo cogí —dijo al fin—. Y se lo clavé.

El cuarto quedó completamente quieto.

Ni Gabriel escribió. Ni Armand se movió.

La violencia, cuando por fin se formula sin metáforas, tiene siempre un aire mucho más pobre de lo que la imaginación promete. No había épica. No había música. Solo una mujer bien vestida diciendo que había cogido un abrecartas y se lo había clavado a un hombre.

—¿Dónde? —preguntó Gabriel, muy bajo.

Claire se tocó apenas la base del cuello, en el lado derecho.

—Aquí. O aquí. No sabría decirlo con exactitud.

—¿Qué hizo él?

—Retrocedió. Se llevó la mano al cuello. Creo que intentó hablar. Cayó. No al sillón. Al suelo. Cerca del escritorio.

Armand cerró los ojos una fracción de segundo.

Ahí estaba la costura.

—¿Y la sangre? —preguntó.

Claire lo miró con agotamiento.

—Sí. Había más.

Gabriel tomó aire por la nariz. No escribía aún, porque ahora ya no se trataba de recoger frases, sino de no perder la forma.

—¿Murió delante de usted?

—No sé cuánto duró. Poco. Mucho menos de lo que parece cuando una persona se cae y uno entiende que no la ha herido: la ha matado.

Buena frase. Verdadera, esta sí. Terriblemente verdadera.

—¿Y después? —dijo.

Claire miró la mesa, el plano, las llaves, todo menos a ellos.

—Después me quedé quieta. Luego cogí el bolso. Vi el abrecartas. Lo saqué. No sé por qué. Quizá por miedo. Quizá porque tenía sangre. Quizá porque no sabía dejarlo allí y marcharme como una mujer sensata. Después salí.

—¿Lo dejó en el suelo?

—Sí.

—¿No tocó nada más?

Claire tardó.

—No recuerdo.

Armand habló.

—No. Eso no se lo permito. Recuerde mejor.

Ella alzó la cabeza, agotada y furiosa a la vez.

—No sé si moví una silla. No sé si rocé el escritorio. No sé si la puerta quedó abierta o cerrada un segundo. No sé si respiré. ¿Eso le sirve lo suficiente?

—Sí —dijo él—. Mucho más que sus cortesías anteriores.

Gabriel intervino.

—¿A qué hora fue esto?

Claire cerró los ojos, esta vez un poco más.

—No lo sé.

—Aproximadamente.

—Antes de las once.

Mala respuesta.

Armand habló enseguida.

—No.

Claire lo miró con cansancio.

—No me diga usted mi hora.

—Se la digo porque la escena no le cree. Ni el cuerpo. Ni la sangre. Ni la criada muerta. Usted no lo mató tan tarde.

Gabriel guardó silencio. Bien también. Había comprendido que lo importante no era presionar ahora a Claire para que corrigiera la hora, sino dejar que la mentira temporal quedara aislada del resto de su confesión.

Claire bajó muy despacio la vista.

Y eso fue suficiente.

No hacía falta obtener aún una hora nueva. Bastaba con entender que la hora oficial de su propia culpa tampoco era la real.

Gabriel apoyó al fin la pluma sobre el papel y escribió unas líneas breves.

Luego levantó la cara.

—Claire. Escúcheme con atención.

Ella no respondió, pero siguió mirando.

—Ahora mismo tengo dos cosas delante. La primera: usted admite haber herido mortalmente a Étienne Lemaire en su habitación durante una confrontación privada. La segunda: la escena que se encontró esta mañana no coincide del todo con lo que usted acaba de describir.

Claire apretó apenas la mandíbula.

—Sí.

—Eso significa que alguien entró después de usted. ¿Entiende lo que le digo?

Por primera vez desde que había entrado, el miedo apareció en ella sin disfraz suficiente.

No por su propio acto. Por la parte desconocida del relato.

—Sí —dijo.

—¿Se lo contó a alguien?

—No.

—¿A nadie?

—A nadie.

—¿Ni siquiera al salir?

—No.

—¿Ni a Morel?

La pregunta cayó con una precisión quirúrgica.

Claire levantó la cabeza de golpe.

Demasiado.

Demasiado rápido.

Y en esa velocidad quedó respondida una parte de la novela que todavía no estaba del todo escrita, pero sí lo bastante viva como para ya respirar entre ellos.

Gabriel lo vio.

Armand también.

Claire entendió, un segundo demasiado tarde, lo que acababa de regalar.

—No —dijo.

Pero ya no importó tanto la palabra. Importó el gesto.

Armand no la dejó escapar.

—No necesita mentir ahí, Claire. Ya estamos muy dentro.

Ella lo miró con odio. No contra él como hombre, sino contra el hecho mismo de que existiera alguien capaz de oír el metal bajo las palabras.

—No se lo conté —dijo con más firmeza—. Pero me vio.

Otra vez el cuarto cambió de forma.

Gabriel no se movió.

—¿Dónde?

—En el corredor. Al salir.

—¿Y qué vio exactamente?

Claire respiró.

—A mí.

—No. Eso no basta.

—Me vio salir de la habitación. Vio… —Se tocó apenas el borde del bolso, como si recordara de pronto el peso de lo que había

llevado dentro—. Creo que vio el abrecartas. O mis manos. O la sangre. No lo sé. Pero supo que algo había ocurrido.

—¿Le dijo algo?

—No. Solo me miró. Y yo seguí andando.

Armand habló con voz baja.

—Y usted pensó que se ocuparía.

La frase la atravesó por completo.

No necesitó responder.

Gabriel se reclinó muy despacio en la silla.

Ahora ya tenían, al fin, la fractura exacta del caso:

una mujer que mataba.

un médico que veía.

una escena que cambiaba.

una criada que moría después.

Ninguno habló durante unos segundos.

Al final fue Claire quien rompió la quietud.

—¿Él mató a Adèle? —preguntó.

Ya no sonaba orgullosa. Sonaba simplemente cansada.

Gabriel no contestó.

Armand la miró.

—Ahora entiende por qué su silencio ya no la protege.

Claire cerró los ojos una sola vez. Cuando los abrió, estaban más vacíos, pero también más limpios.

—No pensaba protegerme —dijo—. Pensaba… no sé lo que pensaba. Que si él veía el cuerpo y entendía la situación, quizá… quizá la volvería menos escandalosa. Menos obscena. Menos pública.

—La volvió más útil —dijo Armand.

Sí. Ahí estaba. La frase central de toda aquella podredumbre.

Claire no respondió.

Gabriel cerró la carpeta con suavidad.

—De momento no va a salir de esta planta y va a permanecer localizable. Más tarde volveremos a hablar. Y, Claire…

Ella levantó la vista.

—No le conviene ya proteger a nadie por educación.

Un estremecimiento mínimo le pasó por la boca. No sonrisa. Algo peor. El reconocimiento de que la educación, en efecto, llevaba

demasiados años arruinándole la vida.

Cuando se puso en pie, lo hizo como si el cuerpo pesara de pronto un poco más. No mucho. Lo suficiente. Tomó el bolso del suelo, pero ya no lo alzó con la misma rigidez. Al llegar a la puerta, se detuvo.

No se volvió hacia Gabriel.

Se volvió hacia Armand.

—¿Cuándo lo supo? —preguntó.

—¿Qué cosa?

—Que yo había entrado.

Armand la sostuvo con la mirada.

—Cuando describió la voz posterior como una frase "dada por supuesta". Solo alguien que ya ha estado dentro de una habitación sabe cuándo, después, el recuerdo empieza a sonar mal.

Claire bajó la vista un instante.

—Es un hombre detestable, monsieur Delacroix.

—Sí.

—Y sin embargo empiezo a agradecerlo.

—Eso habla muy mal de su mañana.

Por primera vez, algo en la comisura de la boca de Claire quiso moverse. No llegó a ser sonrisa. Solo una pequeña rendición del gesto.

Y salió.

La puerta se cerró.

Gabriel se quedó un momento inmóvil, con ambas manos sobre la carpeta cerrada, como si necesitara sentir bajo la palma que por fin había algo sólido allí dentro.

Luego habló.

—Claire mata a Lemaire.

Armand no corrigió.

—Sí.

—Más temprano de lo que todos creen.

—Sí.

—Sale. Morel la ve.

—Sí.

—Entra después. Ve el cuerpo. Y entonces…

No terminó la frase. No hacía falta aún. El propio horror de la lógica estaba ya delante de ellos.

Armand fue hasta la ventana.

La lluvia había vuelto a espesarse. El canalón desbordaba por un borde con una obstinación casi obscena. En el jardín, el agua se llevaba pequeños montículos de tierra de un sitio a otro como si quisiera demostrar que hasta el barro admite una forma de administración.

—Y entonces —dijo al fin— el crimen deja de ser de Claire y empieza a convertirse en otra cosa.

Gabriel levantó la vista.

—Una reescritura.

—Sí.

—Una oportunidad.

—Sí.

—Y Adèle…

—Adèle ve la costura.

Gabriel dejó escapar el aire por la nariz, muy despacio.

—Quiero a Bernard ahora mismo. Y después a Madeleine. Necesito cerrar lo del gabinete, las llaves, las subidas, la indisposición y, sobre todo, cuándo demonios Morel dejó de ser solo el hombre que pasaba por allí.

Armand asintió.

—Sí. Y una cosa más.

—¿Cuál?

—Cuando hable con Bernard, no le pregunte solo por el médico. Pregúntele también por la costumbre de Lemaire. Si solía citar a mujeres en su cuarto, si dejaba a veces la puerta entreabierta, si el servicio podía entrar con confianza o si había ya en torno a él una rutina de discreción domesticada. Quiero saber cuánta normalidad protectora llevaba años construyéndose alrededor de ese hombre.

Gabriel lo miró un segundo más largo.

—Usted no investiga crímenes. Investiga ecosistemas.

Armand se encogió apenas de hombros.

—Los crímenes inteligentes siempre vienen ya climatizados.

Gabriel abrió la puerta.

Afuera, en el salón, el hotel entero seguía esperando sin saber exactamente qué esperaba. Madeleine tenía ya otro cigarrillo entre los dedos. Julien, de pie junto a la chimenea, volvía a parecer demasiado joven para su odio. Valette sostenía el bastón con una inmovilidad casi judicial. Benoît miraba el suelo. Morel estaba de pie junto a la consola del espejo, impecable, casi médico otra vez.

Al verlo, Armand comprendió con una claridad desagradable que el siguiente interrogatorio no sería ya una búsqueda.

Sería una cacería fina.

Porque por fin sabían lo esencial:

Claire había matado a Lemaire.

Pero alguien había encontrado en esa muerte una ocasión.

Y el hombre mejor situado para convertir un cadáver en una escena seguía ahí, en el salón, con el cuello limpio, la corbata perfecta y el aspecto exacto de quien lleva ya demasiado tiempo viviendo de administrar el desorden ajeno.

Capítulo 8. La mecánica del hotel

Si Saint-Valéry hubiese tenido memoria propia, a esas alturas del día ya estaría arrepentido de haber sido construido con tantos pasillos, tantas puertas discretas y tanta facilidad para la circulación elegante de secretos. Los hoteles antiguos no nacen para albergar la verdad. Nacen para amortiguarla. Todo en ellos —la moqueta, los rellanos, los timbres, la diplomacia del servicio, el grosor de las cortinas, la distancia calculada entre las mesas del comedor— está pensado para que las vidas ajenas puedan rozarse sin mancharse demasiado unas a otras. Por eso, cuando el crimen entra en uno de esos edificios, no entra en territorio hostil. Entra en una arquitectura que lleva años, a veces décadas, preparándose para servirle.

Armand Delacroix observó otra vez el salón desde la puerta de la sala de lectura mientras Gabriel hacía llamar a Bernard Sorel.

La lluvia seguía cayendo sobre el hotel con la aplicación minuciosa de una secretaria vengativa. Ya no tenía la brutalidad episódica de la madrugada, sino una persistencia casi moral. Una lluvia que no parecía destinada a sorprender a nadie, sino a desgastar sin espectáculo. En el gran espejo lateral, el reflejo del salón multiplicaba la sensación de encierro: el piano cerrado, las butacas demasiado bajas para la fatiga del día, el humo quieto de los cigarrillos de Madeleine, la figura de Claire en una distancia exacta de todos y la de Lucien Morel, perfectamente situada entre la consola y la ventana, como si supiera por instinto que los hombres peligrosos deben escoger siempre una posición desde la cual ninguna mirada los alcance del todo de frente.

Julien levantó la vista cuando Sorel se puso en pie. El director tardó una fracción de segundo en obedecer a la llamada de Gabriel, como si aún quisiera reservarse el privilegio administrativo de no ser un simple testigo más dentro del desastre. Luego se alisó el frente de la chaqueta —gesto inútil, pero revelador— y cruzó el salón con esa dignidad fatigada que adoptan algunos hombres cuando el oficio ya no alcanza para protegerles.

Entró en la sala de lectura y cerró la puerta tras de sí con un cuidado excesivo.

—Monsieur Sorel —dijo Gabriel—. Necesito ahora una precisión menos narrativa y más hotelera.

Armand vio cómo el director, al oír la palabra "hotelera", encontraba por fin una pequeña porción de suelo conocido. Era curioso. Acababan de morir dos personas bajo su techo y, sin embargo, nada parecía aliviarlo tanto como la perspectiva de que se le interrogara sobre llaves, recorridos y rutinas. Para ciertos hombres, el oficio no es solo un trabajo. Es el último dialecto que conservan cuando todo lo demás se les cae.

Se sentó frente a Gabriel con las manos unidas sobre la mesa y el cuerpo apenas inclinado hacia delante.

—Haré lo que pueda.

—No —dijo Gabriel, ya sin suavidad inútil—. Hará más que eso. Va a decirme cómo funciona este edificio como si estuviera explicándoselo a alguien que quisiera robarlo, incendiarlo o esconderse dentro. Con detalle.

Sorel bajó la vista al plano extendido sobre la mesa. Las líneas sencillas de los pasillos, las habitaciones, la escalera principal, la de servicio, el corredor de proveedores y la rampa lateral parecían ahora el dibujo de una trampa retrospectiva.

—Muy bien —dijo al fin.

Gabriel apoyó un dedo en la planta superior.

—Quiero saber, primero, qué movilidad tiene un huésped por la noche sin ser visto. Después, qué movilidad tiene el servicio. Y por último, quién podía acceder a la suite de Lemaire sin necesidad de hacer ruido social.

Sorel asintió.

—Empecemos por los huéspedes. A partir de cierta hora, los corredores quedan prácticamente desiertos, salvo por quien sube tarde del salón o por alguna visita privada entre habitaciones, cosa que, por supuesto, uno prefiere no observar demasiado. La escalera principal es la más visible. La de servicio también puede usarse, pero no es habitual en huéspedes.

—¿No es habitual o no es decoroso? —preguntó Armand.

Sorel lo miró un instante.

—Ambas cosas.

—Eso significa que sí la usan, solo que no deberían.

El director aceptó la corrección con un leve movimiento de cabeza.

—Sí. Algunos. Cuando no desean cruzarse con otros.

Bien, pensó Armand. Ya estaba dicho.

Gabriel tomó nota.

—La escalera de servicio conecta la planta alta con la rampa lateral y la zona de lavandería, ¿correcto?

—Sí. Y con el corredor de proveedores.

—¿Podía un huésped bajar por ahí, salir hacia la rampa y volver sin pasar por el salón ni por recepción?

—Sí.

—¿Con facilidad?

—Si conocía el hotel, sí.

—¿Y Morel lo conocía?

La pregunta cayó limpia. Sorel no respondió de inmediato, lo cual ya era una respuesta parcial.

—Sí —dijo al fin—. Lo conoce bien.

—¿Cuánto es bien?

—Lleva varias temporadas viniendo. Y no como un huésped cualquiera.

Gabriel alzó la vista.

—Explíquese.

Sorel dudó otra vez. Esta vez más.

Armand lo observó con paciencia depredadora. Bernard Sorel no era un gran mentiroso, pero sí uno de esos hombres educados que tardan en llegar a la verdad porque la cortesía les ha enseñado durante décadas que ciertas precisiones son incompatibles con la supervivencia del establecimiento.

—El doctor Morel —dijo al fin— presta a veces ayuda cuando alguno de los huéspedes se encuentra indispuesto. Cosas menores. Insomnio. Jaquecas. Crisis nerviosas leves. Saint-Valéry no cuenta siempre con un médico fijo en temporada baja y… —dejó la frase suspendida.

—Y a usted le resultaba muy útil tener a un hombre con conocimientos clínicos al alcance del timbre —completó Gabriel.

—Sí.

—¿Pagado?

—A veces de manera informal. A veces, no. Más bien como deferencia mutua.

Armand dejó que la palabra "deferencia" pasara y luego la abrió con la punta de la voz.

—No. No mutua. Usted lo necesitaba. Él necesitaba seguir pareciendo necesario.

Sorel volvió a mirar el plano.

—Podría decirse.

Gabriel fue un poco más adentro.

—¿Tiene título válido?

El director alzó la cabeza con una expresión de alarma genuina.

—No sabría decirlo con exactitud.

Mala respuesta.

—No le he preguntado si sabría decirlo "con exactitud". Le he preguntado si lo tiene —dijo Gabriel.

Sorel hizo un esfuerzo real por ordenar las palabras.

—Sé que estudió medicina. Sé que trabajó en clínicas y consultas. Sé que hubo… ciertas dificultades en el pasado. Étienne Lemaire fue quien me lo recomendó hace años como huésped muy competente y de absoluta discreción.

Armand habló con voz baja.

—Y usted decidió no hacer demasiadas preguntas porque en la montaña, como en los hoteles, la competencia real suele interesar más que la legitimidad administrativa.

Sorel cerró los ojos una fracción de segundo.

—Sí.

Allí estaba otra pieza.

No la gran verdad, aún no. Pero sí el contorno exacto de una dependencia. Lucien Morel no era solo un hombre que dormía cerca de la suite de Lemaire. Era un hombre instalado en el ecosistema funcional del hotel gracias, entre otras cosas, a la recomendación del

propio Lemaire. Un hombre al que el edificio ya obedecía en un nivel práctico. Eso importaba más que cualquier diploma.

Gabriel señaló ahora la habitación treinta y uno.

—La suite de Lemaire. ¿Quién podía abrirla además del propio Lemaire?

—Él tenía la llave principal. Había una copia en recepción. Y la llave maestra de planta podía abrirla también.

—¿Quién usaba la maestra?

—Adèle, Élise, yo, a veces Colette si hacía falta entrar por alguna avería o por un huésped indispuesto. Y, si se le pedía, el doctor Morel podía hacerlo acompañado.

—¿"Acompañado"? —dijo Gabriel.

—En teoría.

—En teoría.

El silencio que siguió fue tan claro que habría merecido firmarse.

Armand se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Bernard, deje de usar el hotel como una excusa pasiva. Quiero saber si Morel podía conseguir acceso a habitaciones sin escándalo.

Sorel tardó muy poco esta vez.

—Sí.

—Gracias.

Gabriel siguió.

—Esta mañana, antes del hallazgo, ¿quién sabía que Lemaire no había bajado aún?

—Yo, Élise y el personal de desayuno.

—¿Y antes del desayuno? ¿Durante la noche hubo alguna llamada, petición, ruido, queja, algo relacionado con la suite treinta y uno?

Sorel negó con la cabeza.

—No a través de recepción.

—¿Y a través del servicio de planta?

—Tendría que confirmarlo con Élise… o con Adèle.

La mención de la mujer muerta cambió algo en la sala. No mucho. Lo suficiente para recordarles que ya no hablaban de rutinas abstractas, sino de un edificio que había empezado a cobrarse testigos.

Gabriel pasó al otro frente.

—Madeleine Artois. Dígame ahora lo del gabinete del primer piso.

—Es un pequeño cuarto junto a la galería, donde a veces se atiende a huéspedes con indisposiciones menores sin montar un espectáculo en sus habitaciones. Un espacio discreto, con un diván, un lavabo, un armario y algo de material básico.

—¿Quién podía usarlo?

—Yo, si lo autorizaba. El doctor, desde luego. Y el personal para limpieza.

—¿Anoche se utilizó?

—Sí. Madame Artois pidió algo para una migraña después del café.

—¿La atendió Morel?

—Sí.

Armand habló.

—¿A qué hora?

Sorel volvió a recurrir a esa costumbre de los hombres ordenados que no han entendido todavía que la buena memoria es una forma más alta de defensa que la elegancia.

—No sabría decirlo con exactitud.

—Entonces con su mediocridad habitual —dijo Armand.

Gabriel ni lo miró. Ya estaba trabajando con la violencia de Armand como quien trabaja con una herramienta desagradable pero eficaz.

—La hora, Bernard.

—Poco después de retirarse algunos del salón. Quizá cerca de las once. O un poco antes.

—¿Quién la llevó hasta allí? —preguntó Gabriel.

—Ella sola. Luego el doctor.

—¿Y cuánto tiempo estuvo Morel con ella?

—No lo sé. Diez minutos. Quince.

Armand dejó pasar un segundo.

—Demasiado útil.

—¿Cómo? —preguntó Sorel.

—Quiero decir que le da una coartada intermedia elegante. Más tarde veremos si además le da otra cosa.

Gabriel apuntó algo rápido.

—¿Madeleine volvió luego al salón?

—Sí.

—¿Y el doctor?

—Creo que también.

"Creo", otra vez.

Gabriel alzó la vista.

—A estas alturas sus "creo" empiezan a parecerme una política institucional.

Sorel se tensó.

—No intento proteger a nadie, teniente.

Armand habló sin apartar los ojos de él.

—No. Intenta proteger su forma de haber llevado el hotel durante años. Eso es peor. Porque los hombres que creen estar defendiendo una institución suelen tardar demasiado en admitir que la institución solo era una costumbre cara.

Bernard no respondió. No por orgullo. Por cansancio.

Gabriel decidió rematar otra zona.

—Étienne Lemaire. Quiero saber cómo funcionaba en este hotel. No como huésped. Como centro de relaciones.

Sorel tardó más en contestar a eso que a ninguna otra pregunta.

—Era un cliente antiguo —dijo al fin—. Uno de esos nombres que ayudan a sostener ciertos equilibrios. Gastaba bien. Atraía a otros huéspedes de la misma clase. Se permitía algunas exigencias. Era… cordial con el personal cuando le convenía. Muy atento con ciertas señoras. Y muy poco dado a aceptar negativas que no se formularan con una exquisitez capaz de hacerlas parecer un aplazamiento.

Buena definición.

—¿Citaba mujeres en su habitación? —preguntó Gabriel.

El director clavó la vista en el plano.

—No de manera vulgar.

Armand casi sonrió. Casi.

—La vulgaridad no entra aquí, Bernard. Ya lo sabemos. Reformule.

—Sí. Las citaba. A veces para hablar. A veces para "resolver" asuntos. A veces con la puerta entreabierta al principio, como si eso bastara para volver la escena menos privada. Pero todos… —se interrumpió.

—Todos qué —dijo Gabriel.

—Todos fingíamos no ver más de lo que era imprescindible. Eso es lo que hacen los hoteles.

No.

Eso era lo que hacían ellos. Pero la frase bastaba. Armand no insistió.

Lo importante era esto: la idea de que Claire pudiese entrar en la habitación de Lemaire no habría resultado, para quien la viera o intuyera, extraordinaria. Y eso protegía el primer crimen. Lo volvía legible como otra noche más de humillación privada. Lo verdaderamente nuevo no era el acceso. Era la explotación posterior.

Gabriel pasó a las llaves.

El manojo sobre la mesa tenía un sonido desagradable cuando se tocaba. Un sonido de metal sencillo, sin prestigio. La clase de sonido que recuerda que los edificios distinguidos dependen de herramientas plebeyas para sostener sus secretos.

—Explíqueme esto bien —dijo el teniente—. Quiero saber si alguien pudo abrir la suite de Lemaire después de que madame de Montfort saliera de allí, cerrarla y dejar la llave visible dentro.

Sorel respiró hondo.

—Sí. Podría.

—¿Cómo?

—Si usó la maestra, entrar y salir no habría sido difícil. Después, para dejar dentro la llave principal, tendría que haberla encontrado ya allí o tener acceso a ella. Si Lemaire la dejó sobre el escritorio antes de… —se interrumpió.

—Siga.

—Antes de morir, entonces bastaba con cerrar con la maestra y marcharse.

Armand intervino.

—Y eso vuelve la llave una pieza decorativa del relato. No una prueba de encierro.

Gabriel asintió despacio.

—Sí.

Sorel siguió.

—Otra posibilidad es que la puerta no llegara a cerrarse del todo en un primer momento y alguien la compusiera después. Pero eso ya…

—Eso ya nos interesa muchísimo —dijo Gabriel.

Bernard bajó la cabeza.

—Sí.

La lluvia arreció otra vez. El sonido contra el vidrio estrecho hizo que el cuarto pareciera por un momento aún más pequeño, más pegado a sí mismo. Armand miró el plano de la planta. Habitación de Claire. Habitación de Lemaire. Habitación de Morel. Escalera de servicio. Gabinete del primer piso. Rampa lateral. Terraza de proveedores. Lugar donde aparece Adèle muerta. Todo comenzaba a parecer menos un hotel y más una maquinaria de intervalos.

Gabriel cambió ligeramente el tono.

—Bernard. Quiero ahora algo menos técnico. Quiero la verdad del doctor Morel en esta casa.

Sorel lo miró.

—No la sé del todo.

—No me importa. Empiece por lo que sí.

—Es un hombre útil. Eso ya lo sabe. A los huéspedes les tranquiliza. Sabe escuchar los síntomas con la paciencia correcta. No se impresiona. No se precipita. Tiene ese tipo de voz que convence a una persona con fiebre de que aún no está en peligro, aunque quizá sí lo esté. Y… —se interrumpió.

—Y qué.

—Y Lemaire lo tenía cerca.

—¿Cómo de cerca?

—Como se tiene cerca a quien conviene no perder y no dejar libre del todo.

La frase quedó limpia sobre la mesa.

Armand no apartó la vista del director.

—¿Le debía dinero?

—No lo sé.

—No le he preguntado si lo sabe con certeza. Le he preguntado si lo cree.

Sorel calló unos segundos.

—Sí —dijo al fin—. O algo parecido a dinero. Dependencia. Favores. Cobertura. No sé. Nunca fue una relación simétrica.

—¿Y Claire? —preguntó Gabriel—. ¿Lemaire la tenía también "cerca"?

Bernard cerró un instante los ojos.

—Sí.

—¿Y Valette?

Otra pausa.

—Sí.

—¿Y Julien?

—Por supuesto.

Armand habló en voz baja.

—Entonces Lemaire no era un huésped. Era un sistema.

Sorel bajó la mirada al plano y no dijo nada. No hacía falta.

El cuarto quedó en silencio unos segundos más. Luego Gabriel cerró la carpeta de golpe suave.

—Bien. De momento basta.

Bernard pareció más cansado que al entrar, pero también, curiosamente, más entero. Como si el simple hecho de haber entregado una parte de la mecánica interna del hotel le hubiese devuelto algo parecido al equilibrio. La verdad no siempre redime; a veces simplemente organiza mejor el peso.

Se puso en pie.

Cuando llegó a la puerta, Armand lo detuvo con una sola frase.

—Bernard.

El director volvió la cabeza.

—Sí, monsieur Delacroix.

—Cuando entró esta mañana y vio a Lemaire muerto, ¿qué fue lo primero que pensó? No lo que hizo. Lo que pensó.

Sorel tardó muy poco esta vez.

—Pensé que el hotel no volvería a ser inocente.

Armand sostuvo la mirada un segundo.

—Los hoteles nunca lo son, Bernard. Solo les pagan mejor por fingirlo.

Sorel no contestó. Salió.

La puerta se cerró con un sonido seco, sin elegancia.

Gabriel se quedó un momento sentado con la vista fija en las llaves. Luego se reclinó despacio en la silla.

—Morel tiene acceso funcional. Tiene cobertura del hotel. Tiene una habitación a dos puertas. Tiene el gabinete del primer piso como tramo intermedio. Tiene la autoridad clínica para administrar la hora. Y ahora sabemos que Claire sale del cuarto con sangre o algo parecido, él la ve, entra después y encuentra una oportunidad ya caliente.

—Sí.

—Y además Lemaire lo tenía sujeto.

—Sí.

—Y Adèle muere en la ruta exacta que conecta con la zona de servicio que Morel puede usar sin llamar demasiado la atención.

—Sí.

Gabriel apoyó el codo sobre la mesa y se pasó una mano por la boca.

—Todo empieza a cerrarme demasiado bien.

Armand lo observó con atención.

—No.

—¿No?

—Empieza a cerrarle bien la segunda mitad.

Gabriel se quedó quieto.

—Explique eso.

—La parte de Morel como administrador, sí. La del muerto usado, la hora doblada, la escena corregida, la criada callada para siempre. Todo eso empieza a cerrarle. Pero aún no le cierra del todo el primer movimiento. Claire ha confesado el apuñalamiento. No la muerte exacta. Ni la hora. Ni cuánto vio Morel. Ni si hubo un lapso entre una cosa y otra que alguien pudiera usar mejor de lo que ahora imaginamos.

Gabriel dejó caer la mano.

—Es verdad.

—Necesita a Madeleine ahora.

—Sí.

—Porque el gabinete del primer piso no es solo una coartada decorativa para Morel. Puede ser una bisagra temporal real. Quiero saber si ella estaba realmente indispuesta, si el maletín existió de verdad, si el doctor subió y bajó en la secuencia que conviene, y si la migraña de una actriz ha terminado por convertirse en el mejor accesorio del crimen.

Gabriel asintió.

—Sí. Y quizá también Valette después. Quiero saber hasta qué punto ese hombre y Lemaire compartían más que buenos modales.

Armand se acercó de nuevo a la ventana. El vidrio estaba ya tan marcado por la lluvia que el exterior parecía una acuarela destruida.

—Una cosa más.

—¿Qué?

—No trate a Madeleine como a una mujer frívola que recuerda escenas. Trátela como a una profesional del artificio. Ella distinguirá mejor que nadie cuándo una emoción fue vivida y cuándo fue montada después.

Gabriel lo miró.

—Usted empieza a dar consejos como un hombre con demasiada experiencia en teatros malos.

Armand no se volvió.

—Toda investigación criminal seria termina pareciéndose a una crítica de puesta en escena.

Gabriel se puso en pie.

—Bien. Madeleine.

Cuando abrió la puerta, el salón entero pareció registrar el movimiento con una respiración común.

Madeleine seguía en la chaise longue, ahora con una pierna recogida bajo el cuerpo y el cigarrillo ya consumido entre los dedos. El humo había dejado en torno a ella una pequeña niebla privada que la aislaba del resto con una cortesía casi obscena. Claire estaba donde antes, pero distinta: la confesión, aunque nadie más la conociera aún, le había cambiado la forma de habitar el asiento.

Julien seguía tenso, pero ya menos desbordado por el primer golpe y más entregado a esa fase peligrosa del dolor donde la imaginación empieza a trabajar sin vigilancia. Valette parecía haberse endurecido más con cada minuto. Benoît rezaba ya sin disimularlo, muy bajo. Morel, en cambio, continuaba de pie junto al espejo lateral.

Eso era importante.

No se sentaba.

No se entregaba nunca del todo al cansancio común.

Seguía conservando un centímetro de distancia funcional respecto de la escena. Como si supiera que, mientras siguiera pareciendo un hombre útil y erguido, el hotel recordaría antes su papel de médico que cualquier otra posibilidad menos amable.

Gabriel llamó a Madeleine.

Ella dejó el cigarrillo en el cenicero con una lentitud deliciosa.

—Espero que ahora sí tengamos una conversación interesante —dijo al levantarse.

Pasó junto a Morel.

No lo miró.

Pero tampoco hizo falta. La ligera inclinación de su barbilla al cruzarlo, apenas un milímetro, bastó para que Armand percibiera otra de las corrientes subterráneas del caso: Madeleine Artois no ignoraba en absoluto al doctor. Lo conocía en una frecuencia distinta, quizá antigua, quizá lateral, pero distinta.

Se dirigió hacia la sala de lectura con la serenidad de quien entra a un escenario donde ya ha decidido no interpretar nada gratis.

Gabriel la siguió.

Armand se demoró un segundo más en el salón, no por indolencia, sino porque le interesaba ver qué hacían los demás cuando la actriz dejaba la estancia. A veces las salas se sinceran mejor por ausencia.

Claire no levantó la cabeza.

Julien miró a Morel.

Valette miró a Claire.

Benoît cerró los ojos.

Y Lucien Morel, durante un instante apenas perceptible, miró la puerta por la que Madeleine acababa de desaparecer con una

atención demasiado limpia para ser casual.

Armand lo vio.

Y pensó, con esa clase de malestar intelectual que solo precede a las buenas complicaciones, que quizá la migraña de la actriz no fuese solo una coartada de desplazamiento o una anécdota funcional del hotel.

Quizá fuese también otra forma de proximidad.

Otra cuerda tensa.

Otra cosa que Lemaire había sabido administrar.

Entró entonces en la sala de lectura y cerró la puerta tras de sí.

Madeleine ya estaba sentada, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos desnudas sobre el regazo, sin cigarrillo, sin bolso, sin ninguna de las pequeñas armas secundarias con que las personas inteligentes suelen amortiguar un interrogatorio.

Eso la volvía, paradójicamente, aún más peligrosa.

Gabriel tomó asiento frente a ella.

—Madame Artois.

Ella lo miró con una sombra de sonrisa.

—Teniente.

Armand permaneció de pie otra vez junto a la ventana.

La lluvia seguía golpeando el cristal.

Y el hotel, cada vez más, parecía un mecanismo antiguo cuyo lujo principal había consistido siempre en dejar circular el mal con buenos modales.

Capítulo 9. Lo que una actriz oye de verdad

Madeleine Artois entró en la sala de lectura como si hubiese decidido, por fin, concederle al día un poco de su tiempo y no al revés. Había mujeres que se sentaban; Madeleine componía una manera de estar sentada. No por vanidad pura, ni por el hábito simple de quien fue observada durante demasiados años, sino porque el cuerpo, en ciertas personas, conserva una memoria escénica incluso cuando el alma hace tiempo que renunció a toda ovación. Se acomodó en la silla de respaldo recto con una fluidez seca, recogió una pierna sobre la otra y apoyó una mano en el borde de la mesa sin tocar todavía nada. Bajo la luz ingrata de la mañana, la belleza seguía allí, pero ya no como una promesa sino como una supervivencia. El rostro fino, de pómulos precisos y boca amplia, tenía ese cansancio noble de los objetos caros muy usados. El pelo castaño oscuro, suelto a medias, caía con una disciplina casi accidental sobre un lado de la frente. La blusa marfil y el jersey negro sobre los hombros le daban una sobriedad elegante que no borraba el hecho esencial: aquella mujer había pasado media vida entendiendo exactamente qué parte de una escena pertenecía a la emoción y qué parte a la luz.

Gabriel tomó asiento frente a ella con la carpeta abierta. No parecía ya el joven oficial que había subido con barro en los bajos del pantalón a advertir sobre la carretera. La mañana le había dado otra forma. Más seca. Más exacta. El cansancio no lo volvía blando; le iba afinando la atención.

Armand permaneció junto a la ventana estrecha, a un lado. La lluvia seguía escribiendo su caligrafía de desgaste sobre el vidrio y el canalón. A veces le daba la impresión de que el hotel entero estaba siendo lentamente borrado desde fuera mientras, por dentro, ellos se empeñaban en dibujar con mayor precisión lo que esa misma lluvia quería convertir en barro.

Madeleine miró primero a Gabriel, luego a Armand y finalmente a la taza de café olvidada sobre la mesa, como si valorara si alguno

de los tres elementos merecía la misma consideración.

—Bien —dijo—. Espero que ahora lleguemos a la parte en que la gente admite que no está muerta por accidente la pobre Adèle y que el hotel ya no es una institución respetable, sino una ratonera con terciopelo.

—Hace ya un rato que eso ha dejado de estar en discusión —dijo Gabriel.

—Magnífico. Odio cuando los hombres tardan demasiado en ponerse al día con lo obvio.

—Hoy nadie se está luciendo con la velocidad, madame.

—Eso los iguala. Siempre es de agradecer.

La respuesta no era solo ironía. Era un tanteo. Un toque breve de florete para ver de qué estaba hecho el otro. Gabriel no se defendió ni se dejó arrastrar.

—Quiero hablar del gabinete del primer piso —dijo.

Madeleine inclinó apenas la cabeza.

—Naturalmente.

—Anoche usted estuvo allí con el doctor Morel.

—Sí.

—Por una migraña.

—Sí.

—Descríbala.

Madeleine lo miró como si la palabra le resultara más vulgar que falsa.

—Una migraña, teniente, no un poema sinfónico. Dolor detrás del ojo izquierdo. Náusea leve. Luz molesta. Deseo de asesinar con las manos desnudas a quien insista en hablarme demasiado alto.

—¿Le había ocurrido antes?

—Desde los veintinueve años. A veces menos. A veces peor. En esta clase de clima, más.

—¿Pidió usted al doctor o él se ofreció?

Ella sonrió apenas.

—En Saint-Valéry nadie se ofrece nunca a nada. Todo se dispone como si hubiese sido necesario desde el origen del mundo. Le dije a Bernard que me dolía la cabeza. Bernard fue a por Morel. Morel vino. Así funciona la civilización en los hoteles.

Gabriel escribió.

—¿A qué hora?

Madeleine miró hacia el techo como si esperara que la lámpara la auxiliara.

—Después del café. Después de una conversación bastante tediosa con Henri sobre una soprano que, según él, habría cantado mejor si hubiese sido más virtuosa en su vida privada. Lo cual era falso y, además, irrelevante. Así que… supongo que cerca de las once menos cuarto. O algo parecido.

Armand habló entonces.

—¿Estaba aún Lemaire en el salón?

La actriz volvió la cabeza hacia él.

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Y Claire?

—Tampoco.

—¿Julien?

—A ratos. Entraba y salía de sí mismo con bastante poca elegancia.

Gabriel no interrumpió. Bien. Dejó que Madeleine dibujara el espacio con su propia lógica de actriz veterana. Aquellas mujeres suelen recordar mejor que otros no los hechos aislados, sino la composición general: quién faltaba, quién sobraba, qué luz tenía una frase, qué gesto no pertenecía a una mano.

—Cuénteme el gabinete —dijo al fin.

Madeleine apoyó los codos en el brazo de la silla, sin inclinarse del todo.

—Pequeño. Tonto. Olor a desinfectante, armario viejo y una pretensión casi conmovedora de discreción. Un diván demasiado duro, una jofaina que habría escandalizado a cualquier médico serio y una lámpara que convertía a todo el mundo en una versión amarilla y peor de sí mismo.

—¿Estuvieron solos?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho. Diez minutos. Quizá doce. Lo suficiente para que él fingiera una atención clínica y yo fingiera gratitud por ella.

—¿Le dio algo?

—Sí. Un calmante. Y me habló menos de lo necesario, cosa que se agradece siempre en los hombres con formación sanitaria y costumbres ambiguas.

Armand no dejó pasar el adjetivo.

—¿Costumbres ambiguas?

Madeleine volvió a mirarlo, esta vez con una atención más nítida.

—No me diga que todavía no ha olido en él ese perfume tan particular del hombre que necesita demasiado que lo consideren serio.

—Quiero saber qué significa eso en usted.

Ella se recostó un poco en la silla.

—Significa que Lucien Morel ha pasado años construyéndose una autoridad algo más delicada de lo conveniente. Los hombres que la poseen de forma legítima suelen llevarla encima con más negligencia.

Gabriel no apartó los ojos de ella.

—¿Sabía que Lemaire lo había recomendado aquí?

—Por supuesto.

—¿Y que el hotel lo utilizaba casi como médico de casa?

—Naturalmente. Bernard no habría sabido distinguir una migraña de una aparición mariana. Necesitaba a alguien. Lemaire le ofreció a Morel. Todos quedaron contentos. Salvo, imagino, la legalidad administrativa, si es que alguna vez llegó a entrar en esta montaña.

Armand la observó con atención fría. No estaba improvisando. Sabía bastante más de Morel de lo que aún había dicho, y lo sabía desde antes de aquella mañana.

Gabriel cambió apenas el tono.

—¿Cómo conoció usted al doctor Morel?

Madeleine dejó de sonreír.

—Aquí.

Mentira. O media mentira. Armand la dejó asentarse.

—¿Solo aquí? —preguntó Gabriel.

—¿Qué insinúa?

—Pregunto.

—Entonces respondo: aquí es donde lo he tratado.

No contestaba a la pregunta. Contorneaba su perímetro. Armand intervino.

—Madeleine, las mujeres inteligentes solo contestan así cuando quieren salvar una parte de su historia sin negar del todo la otra. ¿Lo conocía ya antes de Saint-Valéry?

Ella mantuvo la vista en él unos segundos, casi evaluándolo como se evalúa a un crítico que por fin ha entendido la obra en el segundo acto.

—Lo había visto —dijo al fin—. En otro tiempo. En otro contexto.

—¿Médico? —preguntó Gabriel.

—Sanitario. O algo parecido.

—¿En una clínica?

—Podría decirse.

—No diga "podría".

Madeleine suspiró con paciencia irritada.

—Sí. En una clínica privada de Lyon. Hace años. Yo acompañaba a una amiga. Lucien trabajaba allí. O colaboraba. O fingía trabajar, ya no lo sé. Tenía ya esa cara de hombre al que una bata le concede exactamente la cantidad de respeto que necesita para soportarse.

Ahí estaba otra pieza.

Gabriel la tomó con cuidado.

—Entonces no solo lo conocía de vista. Lo reconoció aquí.

—Sí.

—¿Y Lemaire también lo conocía de entonces?

La actriz sonrió, esta vez sin el menor calor.

—Étienne Lemaire conocía demasiadas cosas de demasiada gente. Era, entre otras desgracias, su talento principal.

Armand habló con voz baja.

—¿Lemaire sabía lo de Morel?

Madeleine bajó la vista a sus propias manos.

—Lemaire lo sabía casi todo lo importante cuando eso podía darle una ventaja.

Buena respuesta. Muy buena, porque decía más de Lemaire que de Morel y, sin embargo, servía perfectamente para ambos.

Gabriel volvió al eje.

—En el gabinete, anoche, ¿hablaron solo de su migraña?

Madeleine tardó lo justo para que la pausa resultara una admisión parcial.

—No.

—¿De qué más?

—De Lemaire.

—¿Inició usted el tema?

—No.

—Entonces él.

—Sí.

—¿Qué dijo?

Madeleine alzó una ceja.

—Me sorprende que su imaginación no esté ya muy ocupada.

—No trabajo con imaginación cuando tengo una testigo —dijo Gabriel.

Aquello le gustó a Armand. Mucho.

Madeleine cruzó de nuevo las piernas.

—Dijo que Étienne estaba particularmente desagradable esa noche. Como si fuera una observación clínica. Una ligera fiebre moral del paciente, supongo.

—¿Y usted?

—Le respondí que no era una novedad. Luego me dio el calmante y añadió algo así como que ciertas personas llevan años acostumbrándose a convivir con lo intolerable hasta que un día lo intolerable cambia de forma. No me gustó la frase. Sonaba a preparación o a autobiografía. En él, cualquiera de las dos cosas resulta inquietante.

Silencio.

Armand dejó que la frase quedara unos segundos más en el aire del cuarto. Era importante. No solo por lo que sugería del estado mental de Morel, sino porque añadía a la noche una capa distinta: no la de un médico casual haciendo una visita funcional, sino la de un hombre ya ideológicamente predispuesto a leer el clima moral como un umbral.

Gabriel retomó.

—¿Volvió usted al salón después?

—Sí.

—¿Vio entonces a Morel?

—Sí.

—¿Cuánto después?

—Unos minutos.

—¿Entró con usted?

—No.

—¿Cuánto tardó?

Madeleine hizo un pequeño gesto con la mano.

—No más de lo razonable para un hombre que viene de un gabinete y no de una tumba, si esa es su preocupación.

Gabriel no reaccionó.

—¿Y después?

—Después me senté. Fumé. Henri dijo una frase imbécil sobre la autoridad. El sacerdote le respondió como si aún esperara salvarle el alma. Julien parecía un retrato mal colgado. Claire no estaba. Lemaire tampoco. Y el doctor dejó de parecerme importante hasta esta mañana.

No era del todo cierto. Le había parecido importante desde antes. Pero la frase bastaba para situar el clima del salón.

Armand hizo la pregunta que más le interesaba.

—Madeleine, quiero que me describa la voz.

Ella giró muy lentamente la cabeza hacia él.

—Ya lo hice.

—No. Describió el error de memoria. Quiero que describa el sonido.

La actriz apoyó ambas manos sobre las rodillas y por primera vez pareció verdaderamente concentrada en un recuerdo, no en su representación.

—Sonó breve. No íntimo, si entiende lo que quiero decir. No era el tono de un hombre relajado en su habitación. Tampoco el de una discusión. Era más bien… —cerró los ojos un segundo— …como una respuesta dada por compromiso. La clase de voz que se emite no porque uno quiera comunicar algo, sino porque no abrir la puerta exige al menos dejar claro que hay vida al otro lado.

Gabriel la observó.

—Eso es casi exactamente lo que ha dicho Claire.

Madeleine abrió los ojos.

—No me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque Claire escucha el mundo como lo escucha quien ha tenido que desconfiar de él demasiado tiempo. Y además porque, si había algo falso en esa voz, ella sería la persona más sensible a esa falsedad por razones que aún ustedes no comprenden del todo.

Armand no apartó la vista de ella.

—Sí las comprendemos un poco mejor ahora.

Madeleine lo estudió.

—Ah. Entonces por fin estamos dejando de hablar como simples turistas del horror.

Gabriel no la dejó derivar.

—¿Cree usted que la voz era de Lemaire?

Esta vez Madeleine respondió sin ironía.

—No lo sé.

—¿Y qué sabe?

—Sé que no me convence la seguridad con que todos parecen dispuestos a concedérsela. Sé que la memoria de las voces detrás de una puerta es una de las formas más vulgares de la ficción. Y sé algo más.

Gabriel se inclinó apenas.

—Dígalo.

Madeleine dejó pasar dos segundos. Lo hizo a propósito. No por afectación. Por jerarquía del recuerdo.

—Sé que Lucien Morel imita demasiado bien la tranquilidad.

El cuarto se quedó muy quieto.

—Explíquese —dijo Gabriel.

—No hablo de su voz, si es eso lo que esperan. No me refiero a una imitación de timbre. Me refiero a otra cosa. Los hombres pueden no parecerse en nada y, sin embargo, imitar la clase de silencio que dejan después de hablar. Lucien sabe hablar como si las consecuencias ya estuvieran bajo control. Étienne también. Eso no

los vuelve intercambiables. Solo los vuelve peligrosamente compatibles.

Armand sintió una ligera satisfacción. No porque aquello resolviera nada, sino porque confirmaba que Madeleine no oía las voces como una criada ni como un policía. Las oía como alguien que había vivido de distinguir dónde termina la emoción y dónde empieza su administración.

Gabriel se tomó un momento antes de volver a la carga.

—¿Está sugiriendo que Morel pudo ser el hombre al otro lado de la puerta?

Madeleine se encogió de hombros con una elegancia cansada.

—Estoy sugiriendo que, si quieren resolver este caso, dejen de buscar una voz como quien busca un disco gramofónico y empiecen a buscar una intención.

Armand habló con una suavidad casi aprobatoria.

—Eso está mejor.

Ella le devolvió la mirada.

—Lo sé.

Hubo un breve silencio.

La lluvia, detrás del cristal, no había cambiado de ritmo. Pero el hotel sí. Incluso a puerta cerrada se notaba que el resto de los ocupantes estaban ya viviendo en otra temperatura moral. En la vida corriente, una mañana dura ocupa un día. En un lugar cerrado por la tormenta y la sospecha, una mañana así envejece un edificio entero.

Gabriel volvió a la libreta.

—Quiero ahora otra cosa. Lemaire. Usted lo conocía bien.

Madeleine soltó una pequeña exhalación que no llegó a risa.

—Desgraciadamente.

—¿Qué era entre ustedes?

La actriz no contestó enseguida. Miró un punto cualquiera del borde de la mesa, como si midiera si merecía la pena concederles el linaje exacto del daño.

—Fue amante mío. Hace años. Muy pocos meses. Lo suficiente.

Gabriel no levantó la vista. Escribió. Armand tampoco se movió. Aquello encajaba con demasiada elegancia en la podredumbre general.

—¿Y después? —preguntó Gabriel.

—Después siguió siendo Étienne. Eso bastó para arruinar cualquier forma razonable de continuidad.

—¿La chantajeó?

Madeleine sonrió sin alegría.

—Étienne no siempre necesitaba chantajear. A veces le bastaba con recordar que conocía la parte peor de ti y que, además, sabía narrarla mejor que tú.

—Eso no responde.

—No me chantajeó directamente. Me usó, sí. Y usó lo que yo sabía, o lo que creía que sabía, para mantenerse presente más tiempo del higiénico.

Armand intervino.

—¿Sabía usted algo de Morel?

La actriz volvió a mirarlo. No ya con curiosidad, sino con una especie de cansado respeto.

—Sí.

—¿Y Lemaire también?

—Sí.

—¿Y Valette?

Madeleine dejó escapar una sonrisa mínima.

—En este hotel, monsieur Delacroix, las preguntas más interesantes casi siempre admiten la misma respuesta. Sí. Sí. Sí. Y peor.

Gabriel dejó la pluma.

—No juegue conmigo.

—No juego. Le estoy ahorrando meses de decepción.

Gabriel la observó unos segundos con una paciencia cada vez más cortante.

—Muy bien. Le pregunto de otra manera. ¿Qué compartían Lemaire, Valette y Morel?

Madeleine apoyó la espalda en la silla. El gesto subrayó la línea frágil de sus clavículas bajo la blusa marfil y el cansancio lúcido de su boca.

—Una vieja costumbre: la de sobrevivir a costa de la caída ajena y luego seguir viéndose en verano bajo lámparas bonitas.

Buena frase. Casi demasiado buena. Armand dejó pasar un momento antes de hablar.

—Eso sigue siendo demasiado ancho.

—Entonces hágalo usted más estrecho.

—No. Hoy trabaja usted.

Madeleine lo miró con una intensidad nueva. Ya no solo el interés de la mujer por el hombre inteligente, ni la evaluación de la actriz ante un espectador exigente. Había algo más. Algo próximo a la alianza entre depredadores que se reconocen distintos pero del mismo reino.

—Hace años —dijo al fin— hubo una clínica, una ruina, una firma y una muerte que no debió administrarse como se administró. Étienne estuvo cerca. Valette estuvo cerca. Lucien estuvo demasiado cerca. Y algunos otros tuvimos la mala fortuna de no estar lo bastante lejos. ¿Le sirve así o quiere un inventario con fechas?

Eso bastaba, por ahora. Mucho.

Gabriel la dejó respirar un segundo.

—¿Esa muerte tiene que ver con Claire?

Madeleine no respondió enseguida.

—No directamente —dijo al fin—. Claire pertenece a otra vena del mismo veneno. Eso es lo peor de Étienne: no centralizaba el daño. Lo distribuía.

Armand guardó esa frase.

No centralizaba el daño. Lo distribuía.

Era una de esas formulaciones que no solo explican a un hombre, sino también por qué su muerte puede irradiar tanto caos. Si el muerto era un sistema de dependencias, entonces cada reacción al cadáver hablaba desde una deuda distinta. Y el asesino secundario, el que reescribía, podía ocultarse justamente en ese bosque de culpas parciales.

Gabriel cerró la carpeta a medias.

—Una última cosa. ¿Adèle Brunet sabía algo?

Madeleine se quedó muy quieta.

No fue gran cosa. Solo la ausencia repentina de cualquier movimiento suplementario en una mujer llena de pequeños movimientos significativos.

—Sí —dijo.

—¿Qué?

—No lo sé entero. Pero sí sabía que ciertas noches en este hotel no eran noches. Eran correcciones.

La frase dejó un frío nuevo en el cuarto.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Gabriel.

Madeleine bajó la vista hacia sus propias manos.

—Quiero decir que Adèle llevaba demasiado tiempo viendo entrar a ciertas personas en habitaciones ajenas con excusas de criada, de médico o de gran señor. Y sabía distinguir cuándo una puerta cerrada guardaba sueño, sexo, enfermedad o pánico. Anoche debió de reconocer una clase distinta de silencio. Una clase corregida.

Armand habló con voz baja.

—Y alguien entendió que ella lo había reconocido.

Madeleine levantó la cabeza.

—Sí.

Hubo un silencio largo.

Gabriel no escribía ya. Estaba mirando el borde de la mesa como si allí pudiera ordenarse mejor el dibujo entero. La lluvia, mientras tanto, seguía golpeando el vidrio con esa insistencia minuciosa que parecía no preguntar nunca si se la deseaba.

Por fin habló.

—Madeleine.

—Sí.

—¿Teme usted a Lucien Morel?

La actriz no se rió. No ironizó. No se protegió con ninguna de sus formas brillantes.

—No —dijo.

—¿No?

—No. A Lucien no se le teme del modo habitual. Se teme más bien el momento en que su necesidad de control encuentre una situación a la altura de su resentimiento.

Aquello era más grave que una simple afirmación de miedo.

Armand comprendió que, si la noche anterior Lucien había encontrado precisamente esa situación —un cadáver oportuno, una

mujer saliendo del cuarto, una habitación moldeable, una tormenta cerrando carreteras—, entonces la segunda mitad del crimen no había sido un arrebato. Había sido una composición.

Gabriel también lo entendió. Se notó en el modo en que volvió a cerrar la carpeta, esta vez del todo.

—Gracias.

Madeleine se puso en pie con la misma elegancia seca con que se había sentado. Pero al llegar a la puerta se detuvo y se volvió a medias.

—Teniente.

—Sí.

—Hay una diferencia entre las personas que mienten porque han pecado y las que mienten porque han descubierto que el pecado puede organizarse mejor que la virtud. Tenga eso presente cuando vuelva a hablar con Lucien.

No esperó respuesta.

Salió.

La puerta se cerró con una suavidad impecable que a Armand le resultó obscena.

Gabriel permaneció un momento sentado, sin hablar. Luego se levantó, fue hasta la ventana y apoyó una mano en el alféizar.

—No me gusta nada.

—Eso ya lo ha dicho.

—Sí, pero ahora me gusta todavía menos.

Armand se acercó a la mesa. El plano seguía extendido. Las habitaciones. La escalera. La rampa. El gabinete. Las llaves. Todo estaba ahí, quieto, simple, casi infantil en el papel. Y, sin embargo, bastaba ya para ver cómo un edificio entero podía convertirse en instrumento si uno entendía su cortesía como geometría.

—Resúmalo —dijo.

Gabriel se volvió. Ahora sí sonaba ya como un investigador verdadero. No un muchacho talentoso atrapado por el mal tiempo, sino un hombre atravesando la lógica de un crimen.

—Claire entra en la habitación de Lemaire y lo hiere, o lo mata, más temprano de lo que la cronología oficial admite. Sale en estado visible. Morel la ve. O ve lo suficiente. Entra después. Encuentra el

cuerpo. Entiende la oportunidad. Puede usar la habitación, la maestra, el conocimiento del hotel, el prestigio clínico y la tormenta. Después administra la hora. Y luego mata a Adèle porque ella ha visto o entendido la costura.

—Sí.

—Y la voz.

—La voz ya no es el centro. Es solo el yeso. La fractura está debajo.

Gabriel apoyó ambas manos en el borde de la mesa.

—Quiero a Valette ahora.

Armand alzó apenas una ceja.

—Antes que a Morel.

—Sí.

—¿Por qué?

Gabriel miró la puerta cerrada por donde había salido Madeleine.

—Porque quiero saber cuánto de ese viejo sistema llevaba años sosteniéndose entre hombres que se creían demasiado bien peinados para la culpa. Y porque, si Valette confirma una parte del pasado, Morel dejará de ser un médico desagradable con mala suerte y pasará a ser lo que quizá ya es: un hombre al que Lemaire llevaba demasiado tiempo administrando.

Armand inclinó apenas la cabeza.

—Muy bien.

—Y después sí. Morel otra vez.

—Sí.

—Y ya no para preguntarle por la hora.

—No.

—Sino para preguntarle por el uso que ha hecho de ella.

Eso estaba mejor.

Mucho mejor.

Gabriel abrió la puerta.

Afuera, el salón parecía ahora más pequeño. La lluvia lo había ido acercando al edificio, como si la montaña quisiera presionar a todos contra la verdad antes de permitirles volver a bajar al valle. Valette seguía con el bastón sobre las rodillas, la cabeza algo inclinada, la espalda muy recta. Claire miraba hacia la nada con una

concentración feroz. Julien se había sentado por fin, pero no descansaba: parecía un hombre a la espera de oír el diagnóstico de una enfermedad hereditaria. Benoît tenía los dedos unidos frente a la boca. Y Morel seguía de pie.

Siempre de pie.

Siempre un centímetro por encima del cansancio común.

Siempre el hombre útil.

Gabriel llamó a Valette.

El viejo juez levantó la cabeza muy despacio.

En el espejo lateral, durante un solo instante, Armand vio reflejados a la vez el bastón de Valette, la cara de Morel, la lluvia en la ventana y la quietud de Claire.

Y comprendió con una claridad desagradable otra de las reglas del caso:

en Saint-Valéry, nadie estaba ya mintiendo para ocultar solo lo que había hecho.

Mentían para sostener la forma entera en que habían vivido.

Capítulo 10. Los hombres que se absuelven solos

Henri Valette entró en la sala de lectura con la serenidad ofendida de los hombres que consideran una forma de violencia el simple hecho de tener que explicar su pasado a personas más jóvenes. No parecía molesto en el sentido ruidoso. No había en él la irritación visible de Julien ni la tensión rigurosa de Claire ni la pulcritud amenazada de Morel. Lo suyo pertenecía a una especie más antigua y más fría: la convicción casi mineral de que el mundo sigue debiéndole un cierto formato incluso cuando el mundo ha empezado ya a derrumbarse alrededor.

Llevaba el bastón en la mano derecha, no apoyándose todavía del todo en él, sino utilizándolo como los hombres de su clase utilizan ciertas herramientas: con la dignidad ligeramente teatral de quien desea que el objeto sugiera desgaste, no debilidad. El cabello blanco, recortado sin ternura, se pegaba al cráneo con una disciplina casi judicial. Tenía el rostro ancho, las mejillas ya caídas solo lo suficiente para no volverlo blando y unos ojos de un gris lavado que no habían perdido ni una sola de las malas costumbres de la autoridad. La boca, grande y algo seca, estaba diseñada para pronunciar sentencias mejor que consuelos. El chaleco gris oscuro seguía impecable. El nudo de la corbata, también. Las manos, cuadradas y nudosas, mostraban la piel de los hombres que han pasado la vida inclinados sobre papeles decisivos creyendo que la tinta basta para neutralizar la carne.

Se sentó sin que nadie tuviera que invitarlo.

Aquello ya decía bastante.

Gabriel, que había aprendido mucho en pocas horas, no se apresuró a corregirlo. Dejó que Valette se sintiera un segundo en posesión del centro y luego habló con una cortesía más seca que respetuosa.

—Monsieur Valette.

El juez inclinó apenas la cabeza.

—Teniente.

Armand seguía de pie junto a la ventana estrecha, como ya se había vuelto costumbre. No era una mera pose. Le gustaba escuchar a los hombres como Valette sin ofrecerles una figura demasiado simple contra la que defenderse. Sentado frente a ellos habría sido un adversario. De pie, en diagonal, junto a la lluvia, podía seguir siendo algo peor: una presencia que el interrogado no terminaba de saber si debía tratar como testigo, como juez paralelo o como conciencia ajena.

Gabriel abrió la carpeta.

—Quiero empezar por su relación con Étienne Lemaire.

Valette apoyó ambas manos sobre el bastón.

—Una relación antigua. Social. A ratos profesional, en el pasado. De amistad, si se quiere emplear una palabra generosa.

—No quiero. Quiero precisión.

El viejo juez no se inmutó.

—Muy bien. Nos conocíamos desde hacía años. Coincidimos en ciertos asuntos. Seguimos coincidiendo después en lugares como este. Eso es todo.

Mala respuesta. No por lo que callaba, que era obvio, sino por el tono de suficiencia con que pretendía dar por concluido un tema que acababa de abrir solo para demostrar que podía cerrarlo él.

Gabriel no se dejó desalentar.

—"Ciertos asuntos" no me sirve.

—Y, sin embargo, es lo que tengo.

Armand habló entonces, sin apartar los ojos de la lluvia.

—No. Lo que tiene es una costumbre muy antigua de usar la abstracción como si fuese una absolución.

Valette volvió la cara hacia él con una lentitud casi cortés.

—Y usted tiene una costumbre igualmente antigua de confundir el comentario brillante con la investigación.

Armand se volvió solo entonces.

—No. Yo confundo muy pocas cosas. Usted, en cambio, lleva años llamando "ciertos asuntos" a aquello que arruinó vidas concretas.

Silencio.

La lluvia golpeó el cristal.

La sala parecía haberse estrechado un poco.

Gabriel dejó pasar ese segundo de tensión. Bien. Cada vez mejor.

—Henri —dijo por primera vez, dejando caer el tratamiento formal a propósito—. Estamos más allá de la conversación social. Étienne Lemaire está muerto. Adèle Brunet también. Y empiezo a tener razones para pensar que lo que ocurrió anoche solo puede entenderse si comprendemos qué llevaba años ocurriendo entre ustedes. Así que se lo pido otra vez: ¿qué eran esos "ciertos asuntos"?

Valette lo miró. Había en sus ojos una evaluación nueva. No ya la del viejo respecto del joven, sino la del hombre acostumbrado a mandar respecto del hombre que, por fin, ha encontrado una voz no del todo negociable.

—Finanzas —dijo al fin—. Mediación. Alguna intervención judicial en tiempos pasados. Nada extraordinario.

—¿Nada extraordinario? —preguntó Gabriel.

—Nada que no suceda entre hombres con responsabilidades reales.

Armand sintió casi físicamente el rechazo de la frase.

Responsabilidades reales.

El lenguaje de esa generación de hombres siempre encontraba la manera de vestir la violencia económica y moral con un traje de necesidad histórica.

—Explique eso mejor —dijo Gabriel.

Valette apoyó un dedo en el bastón.

—Étienne se movía con soltura en ámbitos donde el dinero, la influencia y las reputaciones resultan inseparables. Yo ocupaba, en aquel tiempo, una magistratura con capacidad para moderar o acelerar ciertas consecuencias. A veces nuestros caminos se cruzaban. Nada más.

—¿Y el marido de Claire de Montfort? —preguntó Gabriel.

Esa sí.

La pregunta cayó como debe caer una piedra en agua quieta: sin escándalo, pero cambiando toda la geometría del espejo.

Valette no reaccionó con brusquedad. Sería absurdo esperar eso de un hombre así. Lo que hizo fue peor. Se quedó muy quieto. Demasiado. La inmovilidad excesiva en las personas disciplinadas suele equivaler al gesto que otras hacen con las manos.

—No veo —dijo al cabo— qué relación guarda eso con la muerte de Étienne.

—La guarda porque Claire acaba de situar a su marido en el centro de una forma antigua de chantaje y ruina —respondió Gabriel —. Y porque usted estaba lo bastante cerca de ambos como para que la palabra "finanzas" me parezca, de momento, una cobardía.

Valette no sonrió. Pero algo en la comisura de la boca quiso tensarse.

—Veo que Saint-Valéry ha mejorado la calidad de sus oficiales.

—Responda.

El juez tardó lo justo para dejar claro que no respondía porque lo arrinconaran, sino porque empezaba a admitir que el silencio total le saldría ya más caro.

—El marido de Claire —dijo al fin— participó en una operación ruinosa. Con consecuencias legales. Étienne intervino en ella. Yo intervine después, en lo que se derivó judicialmente. No fue una historia limpia. Pero las historias de dinero, teniente, rara vez lo son.

—Eso tampoco responde —dijo Gabriel.

Armand habló con suavidad venenosa.

—No. Solo maquilla. "Participó". "Intervino". "Se derivó". Siempre usan verbos que no sangran.

Valette volvió la cabeza hacia él.

—¿Y cuál preferiría usted?

—Depende. Si fueron ustedes quienes lo empujaron a la ruina, podemos empezar por "hundieron".

La piel del viejo juez no cambió de color, pero sí de textura. Pareció tensarse un grado sobre el rostro.

—No empujé a nadie a ninguna parte.

—No directamente, imagino —dijo Armand—. Los hombres como usted rara vez lo hacen directamente. Solo construyen la pendiente, lubrican la piedra y luego llaman accidente a la caída.

Gabriel dejó esta vez que el silencio trabajara más. Sabía ya, a esas alturas, que Valette no iba a rendirse a una sola pregunta frontal. Había que ir desmontándole las capas de lenguaje, una a una, como quien despega tela barnizada de una herida muy antigua.

—Claire teme que resurja algo que ensucie definitivamente la memoria de su marido —dijo—. Lemaire lo utilizó para someterla durante años. Quiero saber cuál fue exactamente su papel en eso.

Valette respiró una sola vez.

—Mi papel terminó hace mucho.

Mala respuesta. Excelente por lo que implicaba.

—No le he preguntado cuándo terminó —dijo Gabriel—. Le he preguntado cuál fue.

—Hubo una causa. Una investigación. El marido de Claire quedó señalado como principal responsable de pérdidas que en realidad no se repartían tan limpiamente como la prensa y algunos socios habrían deseado. Étienne tenía interés en que esa responsabilidad se fijara sobre un solo nombre. Yo… no hice lo suficiente por impedirlo.

Ahí estaba.

No era una confesión brillante. Era mejor. La admisión cansada de un hombre que se ha absuelto tantas veces a solas que ya no le queda energía para una absolución nueva, pero tampoco el valor de nombrar el acto entero.

—¿No hizo lo suficiente? —preguntó Armand.

Valette lo miró.

—No me obligue a hablar como un panfleto moral. Sabía que el asunto estaba orientado. Sabía a quién convenía. Sabía quién podía salir peor parado. Y dejé que la maquinaria siguiera. ¿Le basta así?

No. No bastaba. Pero servía.

Gabriel escribió unas líneas lentas.

—¿Y después?

—Después el hombre se hundió. Claire desapareció una temporada. Étienne siguió frecuentando ciertas casas y ciertas montañas. Yo me retiré. Y todo adquirió la dignidad hipócrita de lo irreparable.

Armand registró la frase. Era buena. Muy buena. Y en boca de Valette eso significaba algo importante: incluso los hombres que se excusan a sí mismos terminan, a veces, desarrollando una prosa involuntariamente exacta.

Gabriel cambió de eje.

—Lucien Morel.

Valette no apartó la mirada.

—Sí.

—¿Qué sabe de él?

—Que es un hombre inteligente, competente y con demasiadas razones para no querer ser examinado de cerca.

Buena respuesta.

—¿Lo conocía antes de Saint-Valéry?

—Lo había tratado.

—¿Dónde?

—En Lyon. A través de Étienne.

—¿En qué contexto?

Valette se acomodó apenas en la silla. El bastón crujió muy levemente bajo sus dedos.

—Una clínica. O lo que entonces parecía una clínica decente.

—¿Qué hacía Morel allí?

—Lo mismo que ha hecho siempre: sostenerse con una brillantez un poco más tensa de la que conviene a un hombre seguro de su legitimidad.

Armand sintió una pequeña aprobación interior.

Todos, de un modo u otro, describían a Morel del mismo modo sin usar las mismas palabras. Eso no era prueba. Pero era ya música de fondo. Y la música, en las novelas así, importa mucho más de lo que los jueces admiten.

Gabriel siguió.

—¿Tenía Morel una situación irregular?

Valette volvió a apoyarse en el bastón.

—No era asunto mío.

—Eso tampoco responde.

—No sé los detalles administrativos —dijo al fin—. Sí sé que hubo problemas, una muerte mal gestionada, un expediente turbado

y el interés de Étienne en convertir esa fragilidad en una forma de proximidad. Morel quedó a flote. Pero no libre.

La frase cambió el aire.

A flote. Pero no libre.

Armand la repitió mentalmente.

Lemaire lo había tenido así.

A flote.

Pero no libre.

Ya no era solo dependencia. Era cautiverio útil.

Gabriel no levantó la vista del papel.

—¿Lemaire lo chantajeaba?

Valette cerró los ojos una fracción de segundo.

—Sí, si quiere esa palabra. Sí.

—¿Con qué exactamente?

—Con exponer lo que sabía. Con dejar caer, aquí y allá, lo bastante para arruinarle del todo. Con retirarle ciertas protecciones tácitas. Lo habitual en Étienne: la crueldad sin prisa.

Armand preguntó entonces:

—¿Y usted? ¿También participó en esa administración?

Valette no respondió enseguida. Por primera vez, pareció viejo de verdad.

—No activamente.

—Otra cobardía léxica —dijo Armand.

—No activamente —repitió Valette, y ahora sí había en la voz algo más áspero—. Lo supe. Miré a otro lado. Dejé que la dependencia siguiera haciendo el trabajo sucio. ¿Le complace más así?

—No me complace nada. Pero está mejor escrito.

Gabriel se dejó llevar solo un segundo por el filo de esa respuesta y enseguida volvió al núcleo.

—¿Cree usted que Morel tenía motivos para matar a Lemaire?

Valette giró la cabeza muy despacio.

—Todos los presentes tenían motivos para matar a Étienne. Lo notable de este hotel es que durante años se las arregló para parecer un lugar de descanso pese a haberse convertido, en realidad, en un archivo de agravios.

Buena frase otra vez. Y aún insuficiente.

—No le pregunto por "todos" —dijo Gabriel—. Le pregunto por él.

Valette miró la mesa, luego el plano, luego las llaves.

—Sí —dijo al fin—. Los tenía.

—¿Los suficientes?

—No sé lo que usted considera suficiente para un asesinato.

Armand respondió antes que Gabriel.

—Suficiente es una palabra vulgar. Digámoslo mejor: ¿tenía Morel el tipo de motivos que envejecen mal, se vuelven metódicos y acaban necesitando una oportunidad?

Valette lo miró largo.

—Sí.

Ahí estaba.

No era una prueba. Era algo más útil de momento: la confirmación, desde otra de las viejas máscaras del sistema, de que Morel no era un simple hombre atrapado en desgracias ajenas. Era alguien a quien el tiempo, el chantaje y la necesidad podían haberle dado una forma particularmente peligrosa.

Gabriel tomó aire.

—Ahora la noche. Quiero su recorrido.

Valette respondió con la misma sequedad mineral que en el desayuno, pero ahora con menos margen para decorarse. Cena. Un rato en el salón. Conversación con Benoît. Una copa junto a la chimenea. Después, retirada. No había oído la voz de Lemaire con certeza. No había visto a Claire ni a Julien en el corredor. No había pasado por la escalera de servicio. Todo dicho con esa neutralidad perfecta de quien sabe que la elegancia de una versión no sustituye ya del todo su credibilidad, pero aun así no dispone de otra herramienta.

Armand lo observó en silencio durante un rato más.

Había algo importante en Valette. No era el asesino, al menos no en la forma central del caso. Tampoco parecía el arquitecto de la manipulación inmediata. Pero sí encarnaba mejor que nadie una de las materias primas del crimen: esa variedad de culpa respetable

que, durante años, enseña a un grupo entero a nombrar la podredumbre con palabras lo bastante limpias como para soportarla.

Los hombres como Valette no matan siempre.

Pero hacen algo peor:

vuelven vivible el terreno donde otros podrán matar después sin sentir que han inventado nada nuevo.

Gabriel lo dejó marchar.

Cuando la puerta se cerró, la sala quedó otra vez en silencio. El bastón parecía haber dejado aún una especie de eco rígido en el suelo.

Gabriel se frotó la frente.

—Lemaire tenía a Claire sometida. A Morel sometido. A Julien cerca. Y Valette sabía todo lo necesario para no intervenir. El hotel entero era una estructura de tolerancia al daño.

—Sí.

—Y esa tolerancia vuelve más difícil el caso.

—No. Lo vuelve más verdadero.

Gabriel se reclinó despacio.

—Explíquelo.

Armand fue hasta la mesa y apoyó la mano junto al plano, no sobre él. Nunca le gustó tocar demasiado pronto el dibujo de un crimen si no era necesario.

—Un caso se vuelve artificial cuando todo en él depende de una sola voluntad. Un asesino brillante, un plan perfecto, una línea pura. Aquí no. Aquí hay una muerte en un cuarto y luego un hotel entero preparado, sin quererlo del todo, para que esa muerte pudiera ser releída, amortiguada, corregida y hasta utilizada. Esa es la diferencia.

—Claire mata. Morel aprovecha. Valette toleró durante años el sistema que hace creíble todo lo demás. Madeleine reconoce el artificio porque ha vivido entre artificios. Adèle muere por ver demasiado. Y el hotel…

—El hotel es el órgano —dijo Armand—. La carne organizativa del caso. Su cortesía. Su logística. Su capacidad para que ciertas cosas pasen sin nombre. Sin Saint-Valéry, este crimen habría sido más difícil. Y más torpe.

Gabriel guardó silencio un segundo.

—Entonces teníamos razón en una cosa.

—¿Cuál?

—No investigamos un asesinato. Investigamos un ecosistema.

Armand inclinó apenas la cabeza.

—Ahora sí empieza a gustarme cómo piensa.

Gabriel resopló, ya demasiado cansado para fingir que eso no le importaba en absoluto.

—Bien. Entonces vamos a lo que sigue.

—Sí.

—Morel otra vez.

—No todavía.

Gabriel lo miró.

—¿Otra vez no?

—No. Antes quiero a Benoît.

—¿El sacerdote?

—Sí.

—¿Por qué?

Armand miró hacia la ventana estrecha. La lluvia ya no era un espectáculo. Era una decisión. Había zonas del cristal donde el agua, al caer, se desviaba siempre igual, como si incluso el desgaste aprendiera sus caminos preferidos.

—Porque Benoît no pertenece del todo a la misma familia moral que los otros. No porque sea más puro. Eso sería infantil. Sino porque lleva años viendo cómo los demás nombran mal las cosas y aun así sigue intentando, aunque sea a regañadientes, distinguir entre culpa, cobardía y condena. Si alguien oyó una confesión lateral, una frase rota o una forma de desesperación ajena antes del crimen, puede haber sido él.

Gabriel pensó unos segundos.

—Y porque su silencio no será igual al de Valette.

—Exacto.

—Valette calla porque ha vivido demasiado tiempo justificándose. Benoît callará porque cree que todavía puede salvar a alguien de algo.

—Sí.

—Y ahí está la diferencia entre un hombre de ley y un hombre de fe.

Armand se volvió hacia él.

—No. Ahí está la diferencia entre dos tipos de miedo.

Gabriel dejó pasar la frase.

—Bien. Benoît.

Iba ya hacia la puerta cuando se detuvo.

—Monsieur Delacroix.

—Sí.

—Antes ha dicho algo. Que hay hombres que vuelven vivible el terreno donde otros podrán matar después.

Armand lo miró sin responder.

—Eso se aplica a Valette —continuó Gabriel—. Pero también empieza a aplicarse al hotel. Y quizá a Lemaire. Y quizá, de otra forma, al propio Morel.

—Sí.

—Entonces este caso no va solo de quién hizo qué anoche.

—No.

—Va de años.

—Sí.

—De años de mentiras y de máscaras.

Armand sostuvo la mirada un segundo.

—Va de años ensayando cómo no llamar a las cosas por su nombre hasta que una noche ya es demasiado tarde y el nombre llega con un cadáver.

Gabriel asintió muy despacio.

Y salió.

Armand se quedó solo por unos segundos en la sala de lectura, escuchando la lluvia, el reloj ahogado del vestíbulo, el rumor casi orgánico del hotel entero respirando su propia falsedad de fondo. Luego se acercó a la ventana y apoyó dos dedos sobre el vidrio frío.

Claire.

Lemaire.

Morel.

Valette.

Adèle.

La voz.

La hora.

No eran piezas de un mecanismo simple. Eran estratos. Capas de daño superpuestas con años de distancia, cortesía, dinero, vergüenza y dependencia. Y ahora, en medio de la montaña y la lluvia, el caso empezaba por fin a parecerse a lo que de verdad era:

no una habitación cerrada,

sino una comunidad cerrada.

Y eso, pensó Armand, era siempre peor.

Cuando Gabriel volvió a abrir la puerta para llamar al padre Benoît Ravel, el salón levantó la vista como levanta la cabeza una sala de espera cuando por fin se pronuncia un nombre junto al que podría llegar la ruina.

El sacerdote se puso en pie.

Al hacerlo, metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el rosario con una rapidez tan breve que casi podría haber pasado por un gesto automático. El cabello ralo, peinado sin interés, acentuaba el hueso alto de la frente. La cara larga, demacrada, tenía ese cansancio concreto de los hombres que han escuchado demasiadas verdades privadas como para creerse ya del todo las públicas. Bajo el cuello clerical gris, la boca era más seca que piadosa. Las manos, huesudas y estrechas, parecían hechas para unirlas sobre una cama de enfermo o sobre una mesa de cocina, no sobre púlpitos.

Lo siguió a la sala de lectura con una serenidad que no era tranquilidad. Más bien una forma antigua de estar disponible para el dolor ajeno sin sorprenderse del todo por él.

Y antes de que se sentara, Armand comprendió que el interrogatorio siguiente no sería el de un testigo más.

Sería el de un hombre que llevaba años oyendo cómo otros llamaban “destino”, “negocio”, “prudencia”, “error” o “discreción” a cosas que se parecían mucho más al pecado.

Capítulo 11. La misericordia y el barro

El padre Benoît Ravel no se sentó enseguida.

Entró en la sala de lectura, cerró la puerta con una mano seca y permaneció un instante de pie junto al respaldo de la silla, como si quisiera dar al cuarto la oportunidad de decidir primero qué clase de conversación pretendía imponerle. A diferencia de los otros, no parecía incómodo ante la intimidad forzada del interrogatorio. Tampoco cómodo. Lo suyo era otra cosa: la disposición cansada de quien ha pasado media vida entrando en habitaciones donde la verdad ya estaba herida antes de que él abriera la boca.

Vestía una chaqueta de paño negro algo gastada en los puños, pantalón oscuro, camisa gris y el alzacuello clerical que, en él, no funcionaba como emblema, sino como una suerte de recordatorio sobrio de que la fe no lo había vuelto más blando, solo más resistente a ciertas formas de maquillaje moral. La cara larga, de piel cetrina y finísima, parecía hecha de cansancio bien administrado. Los ojos grises, hundidos y muy despiertos, tenían la expresión incómoda de los hombres que ya no confunden la bondad con la ingenuidad. El cabello, ralo y echado hacia atrás con negligencia, subrayaba aún más la altura de la frente y el hueso severo del cráneo. Las manos, largas, de nudillos salientes, sostenían el rosario solo como quien no sabe ya dónde dejar un objeto que ha usado demasiado tiempo.

Gabriel le indicó la silla.

—Padre.

Benoît se sentó.

No cruzó las piernas. No apoyó la espalda. Dejó simplemente las manos juntas sobre la mesa, con el rosario enredado entre los dedos como una raíz oscura. Armand lo observó desde la ventana. Si Valette representaba la forma respetable de la absolución social, Benoît representaba una forma mucho más peligrosa y, en ocasiones, más útil: la del hombre que sabe que casi todos son culpables de algo y aun así debe decidir, cada día, a quién le exige el

nombre entero de su culpa y a quién le deja una parte todavía en sombra.

Gabriel abrió la carpeta.

—Padre Ravel, necesito hablar con usted de anoche, pero también de antes.

Benoît asintió apenas.

—Lo imaginaba.

—No me hable como si ya supiera todo lo que voy a preguntar.

—No lo sé. Solo sé lo suficiente como para sospechar que no me gustará responder.

Buena frase, pensó Armand. Mucho mejor que cualquier falsa humildad sacerdotal.

Gabriel fue directo.

—Anoche, en el salón, usted y monsieur Valette mantuvieron una conversación con Étienne Lemaire que llamó la atención de varias personas. Después, en el comedor, se habló de "resumir todo en una cuestión moral". Quiero saber de qué hablaban realmente.

Benoît bajó un instante la vista a sus manos.

—De la costumbre de Étienne de llamar "complejidad" a todo aquello que le permitía seguir viéndose como un hombre razonable.

—Eso sigue siendo general.

—Sí.

—No me sirve.

El sacerdote levantó los ojos. No había ironía en ellos. Solo una paciencia un poco herida.

—Étienne y yo discutíamos, desde hace años, sobre la diferencia entre la culpa y la administración de la culpa. Él creía que, mientras un daño estuviera bien repartido entre suficientes personas, nadie tendría derecho a llamarlo crimen. Yo no compartía ese entusiasmo.

Armand habló con voz baja.

—Lemaire no centralizaba el daño. Lo distribuía.

Benoît volvió la cabeza hacia él. Muy despacio.

—Sí.

Aquello era importante.

No porque el sacerdote confirmara simplemente una frase de Madeleine, sino porque empezaba a emerger una estructura de

pensamiento común en varias bocas distintas. Lemaire había sido exactamente eso: un distribuidor. Un administrador de ruinas ajenas. Y los hombres como él mueren peor, porque la sangre no hereda solo una venganza; hereda también una red.

Gabriel anotó unas líneas.

—¿Qué sabía usted del marido de Claire de Montfort?

El sacerdote tardó un segundo más de lo razonable. No para mentir mejor, sino porque aquella pregunta le activaba probablemente una región de la memoria donde los nombres no estaban ya separados del sufrimiento.

—Lo suficiente —dijo al fin— como para saber que fue destruido con una mezcla de codicia, cobardía y lenguaje legal.

—Eso tampoco es muy concreto.

—No —admitió Benoît—. Pero es exacto.

Gabriel no insistió aún por ese lado. Había aprendido que, con ciertos hombres, lo concreto aparece mejor por capas, no por golpes.

—¿Conocía a Claire de antes?

—Sí.

—¿Cómo?

—Su marido acudió a mí, en los últimos meses de su ruina. Después ella. Más tarde ya no quiso verme durante años, y no la culpé por ello.

Armand registró el matiz. Importaba. La vergüenza suele apartarse incluso de las pocas personas que no la merecen.

—¿Y Lemaire? —preguntó Gabriel—. ¿Acudió alguna vez a usted?

Benoît sostuvo la mirada.

—No. Los hombres como Étienne rara vez vienen a confesarse. Prefieren conversar.

—¿Con usted conversaba?

—A veces. Como quien mide la resistencia de una puerta antes de decidir si merece ser derribada.

Buena frase también. El hotel estaba lleno de gente a la que el lenguaje, incluso agotado, seguía sirviéndoles para decir mejor el horror.

Gabriel pasó al otro frente.

—Anoche. Quiero su recorrido completo.

Benoît respondió con mayor limpieza que los anteriores. Cena, breve permanencia en el salón, conversación con Valette, comentario de Lemaire, retirada a su habitación. No había oído con certeza la voz de Lemaire más tarde. Había pasado por la escalera principal, no por la de servicio. No había visto a Claire en el corredor, pero sí a Julien en un estado que definió, tras pensarlo un segundo, como "moralmente más descompuesto que ebrio".

—¿Y al doctor Morel? —preguntó Gabriel.

—En el salón. Después, no.

Armand se apartó de la ventana y se acercó a la mesa un paso.

—Padre, hay una diferencia entre lo que usted no vio y lo que decidió no mirar. No me interesa la primera si está encubriendo la segunda.

Benoît lo miró con una paciencia antigua.

—Lo sé.

—Entonces responda desde ahí.

El sacerdote dejó que la frase se asentara.

—No vi a Lucien anoche en el corredor. Pero sí llevo años viéndolo vivir de una manera que hace muy poco probable que las cosas importantes le ocurran simplemente por azar.

Gabriel no apartó la pluma del papel.

—Eso es una opinión.

—Sí.

—¿Fundada en qué?

—En que los hombres profundamente vulnerables suelen dividirse en dos clases. Los que se dejan arrasar por esa vulnerabilidad. Y los que convierten la necesidad de no volver a ser humillados en una forma de inteligencia fría. Lucien pertenece a la segunda.

Armand sintió una pequeña confirmación interior. El sacerdote no hablaba como médico ni como juez ni como actriz. Hablaba como hombre que ha oído demasiadas justificaciones espiritualmente defectuosas para no reconocer su música cuando vuelve a sonar.

Gabriel siguió.

—¿Sabía usted que Lemaire tenía algo con lo que sujetar a Morel?

—Sí.

—¿Qué sabía exactamente?

Benoît cerró la mano en torno al rosario.

—Que en el pasado hubo un episodio clínico mal resuelto. Una mujer. Un expediente. Una responsabilidad repartida con mucha habilidad y muy poca decencia. Lucien no salió limpio de aquello, pero tampoco completamente hundido. Étienne se aseguró de que siguiera siendo así.

—¿Conocía usted a esa mujer?

Ahora sí, por primera vez, el sacerdote vaciló con una tensión distinta.

No parecía la vacilación del hombre que protege una reputación. Parecía la del que intenta decidir si revelar un dolor ajeno será justicia o profanación.

—No personalmente —dijo al fin—. Conocí lo que quedó de ella en otros.

Interesante. Muy.

Gabriel alzó apenas la vista.

—Explique eso.

Benoît se humedeció los labios.

—No todo daño se conserva en quien lo sufre directamente. A veces se conserva mejor en quienes sobreviven alrededor.

Buena frase, sí. Y además peligrosa. Porque sugería que el pasado de Morel no era un simple expediente laboral empañado, sino una muerte con ondas largas. Una muerte que había seguido respirando años después, en varias personas. Eso ya se parecía demasiado a un motivo serio.

Armand decidió no ir aún por ahí. Quería otra cosa.

—Padre —dijo—, la noche anterior, antes del crimen, ¿vio usted a alguien que pareciera haber llegado a un límite?

Benoît no respondió enseguida. Los ojos grises se le quedaron un instante fijos en un punto muy preciso de la mesa, como si el límite en cuestión hubiera sido una figura concreta allí apoyada.

—Sí —dijo al fin.

—¿Quién?

—Claire.

Gabriel escribió.

—Descríbalo.

—No era histeria. No era exaltación. Era peor. Era el tipo de control que precede a los actos irreversibles.

Silencio.

Armand no apartó la vista del sacerdote.

—¿Y Morel?

Benoît levantó los ojos.

—Morel parecía algo distinto.

—¿Qué?

—No al borde. Disponible.

Ahí estaba.

La palabra cayó con una sobriedad casi brutal.

No "nervioso", no "preocupado", no "tenso", no "extraño". Disponible.

Armand sintió una aprobación inmediata. Era exactamente eso. El tipo de disponibilidad moral del hombre que todavía no sabe si esa noche le ofrecerá una ocasión, pero cuyo interior lleva demasiado tiempo preparado para reconocerla si aparece.

Gabriel no dejó escapar la palabra.

—Explique "disponible".

Benoît sostuvo el rosario entre los dedos y habló muy despacio.

—Como quien lleva años soportando una presión y, sin saber cuándo llegará el momento, ha empezado ya a vivir en una postura interior apta para el uso. No parecía decidido a nada en concreto. Parecía listo para que algo pudiera sucederle… o serle útil.

La sala quedó completamente quieta.

Afuera, la lluvia no había disminuido. Seguía cayendo con esa exactitud hostil que convertía la montaña entera en una frontera líquida. Armand se acercó un poco más a la mesa.

—Eso no es una observación casual, padre. Eso es el tipo de cosa que solo se dice si lleva tiempo pensándola.

Benoît no negó.

—Sí.

—¿Por qué no habló antes?

El sacerdote apoyó el rosario en la mesa.

—Porque uno tarda demasiado en aceptar ciertas combinaciones del mal. La gente está más preparada para el vicio que para la paciencia del rencor.

Armand guardó la frase.

La paciencia del rencor.

Sí. Ahí estaba otra vez el caso.

No un arrebato simple.

No una venganza limpia.

No un plan único.

Sino algo peor: la paciencia del rencor encontrando, por fin, una forma y un cadáver.

Gabriel volvió a la noche.

—¿Oyó usted la voz de Lemaire?

Benoît negó con la cabeza.

—No con certeza.

—¿Qué significa eso?

—Que oí un sonido, una frase baja, algo humano al otro lado de un corredor. Y, como todos, supuse. Pero la suposición no es testimonio. Es pereza con buena dicción.

Buena. Muy buena.

Gabriel se permitió un brevísimo gesto de aprobación involuntaria.

—Entonces ni usted ni Madeleine ni Élise reconocen de forma limpia a Lemaire después de cierta hora. Solo lo sitúan porque convenía situarlo allí.

—Sí —dijo Benoît.

—¿Y Claire?

El sacerdote lo miró.

—Claire no oyó solo una voz. Oyó el eco de su propia decisión. Eso distorsiona mucho.

Armand habló enseguida.

—Ya sabe entonces que entró en la habitación.

No era una pregunta.

Benoît no respondió. Tampoco hizo falta. En ciertos hombres, el silencio deja de ser una omisión y se vuelve una categoría entera de respuesta.

Gabriel lo entendió también.

—¿Cuánto sabía usted? —preguntó.

—No lo bastante pronto.

—No me sirve.

—Vi a Claire después. No me habló. No se acerca a un sacerdote una mujer así cuando acaba de atravesar una línea. Pero la reconocí. Había en ella una forma de vacío muy específica.

Armand lo observó.

—¿Y no dijo nada?

Benoît levantó la vista con un cansancio casi físico.

—¿A quién? ¿A Bernard, que confunde el orden con la bondad? ¿A Valette, que lleva años llamando prudencia a su cobardía? ¿A Lucien, que olía ya demasiado a oportunidad? ¿A la propia Claire, que en ese instante habría interpretado cualquier palabra como una forma más de humillación? No. No dije nada. Y sí, puede llamarlo debilidad si quiere.

Gabriel no habló. Tampoco Armand, durante un segundo. La respuesta había sido mejor que una excusa. Peor también. Era la forma exacta en que la compasión mal administrada termina pareciéndose demasiado al encubrimiento.

Al cabo, Armand preguntó:

—¿Temía usted que Morel hiciera algo?

Benoît miró la cruz pequeña del rosario, no por devoción, sino por hábito de tacto.

—No lo formulé así. Pero sí temía desde hace tiempo que Lucien, en determinadas circunstancias, dejara de ser solo un hombre dañado para convertirse en un hombre práctico.

—¿Se lo dijo alguna vez a Lemaire?

Aquella pregunta sí provocó un cambio claro. No grande. Lo justo.

—Sí.

—¿Y?

—Étienne se rió.

—¿Qué dijo?

Benoît volvió a levantar los ojos.

—Dijo que a los hombres verdaderamente atrapados no les conviene matar: les conviene seguir siendo necesarios.

Silencio.

Muy bien, pensó Armand. Muy, muy bien.

Porque ahí estaba, quizá, una de las ideas más perversas de todo el caso: que Lemaire creía entender demasiado bien los límites ajenos. Y, como tantos hombres crueles, podía haber subestimado precisamente el punto donde la necesidad deja de querer seguir siendo útil y empieza a querer corregir el tablero.

Gabriel volvió al papel.

—Padre, una última cosa. ¿Adèle Brunet vino a usted alguna vez?

Benoît respiró una vez.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por miedo.

—¿A qué?

El sacerdote guardó silencio unos segundos. Esta vez el silencio no parecía duda. Parecía respeto. O luto anticipado.

—A haber visto demasiado durante demasiados años sin poder permitirse nombrarlo nunca del todo.

La frase dejó una sombra nueva en la sala.

Armand entendió enseguida que Adèle no era solo una empleada que vio una noche mal cerrada. Era el depósito viviente de años de circulación incorrecta. El crimen no la había vuelto importante. Solo había activado su importancia latente.

Gabriel siguió.

—¿Le dijo algo concreto?

—No.

Mentira parcial. O verdad compasiva. Difícil decirlo.

—No me sirve —dijo el teniente.

—Me dijo —respondió Benoît al cabo— que en Saint-Valéry las personas no desaparecían, pero sí las versiones de ellas que convenía que siguieran siendo públicas.

Buena frase. Muy buena. También devastadora.

Gabriel dejó de escribir.

—Explíquelo.

Benoît sostuvo la mirada.

—Quiero decir que este hotel lleva años sobreviviendo gracias a la cortesía, la discreción y el dinero. Y esas tres cosas, combinadas, no eliminan el pecado. Solo lo vuelven mejor vestido.

Armand volvió hacia la ventana. No porque ya hubiera acabado con el sacerdote, sino porque la verdad que Benoît traía no era de la clase que conviene mirar de frente demasiado tiempo. Era una verdad de fondo. De clima.

Lemaire distribuía el daño.

Valette lo toleraba.

Benoît lo nombraba tarde.

Claire lo soportaba hasta el límite.

Julien crecía a la sombra de su degradación.

Madeleine lo reconocía por oficio.

Adèle lo veía desde el servicio.

Y Morel…

Morel había esperado.

Sí. Esa era cada vez más la palabra.

No improvisado.

No sorprendido.

No arrastrado simplemente.

Había esperado.

No un asesinato concreto quizá. Pero sí una circunstancia de suficientemente alta tensión moral como para poder convertirse, por fin, en otra cosa que un hombre útil y atrapado.

Gabriel cerró la carpeta.

—De momento, padre, eso es todo.

Benoît asintió. Pero antes de ponerse en pie habló por iniciativa propia.

—Teniente.

—Sí.

—Hay personas que llevan años ensayando cómo no nombrar ciertas cosas. No por maldad pura. A veces por pudor. A veces por

vergüenza. A veces por simple necesidad de seguir viviendo. Pero cuando por fin esas cosas se nombran, no suelen hacerlo de una en una. Caen juntas. Tenga cuidado con creer que ha encontrado ya el centro.

La frase quedó suspendida con una gravedad distinta a las demás.

Gabriel lo miró.

—¿Cree que aún no lo hemos encontrado?

Benoît se puso en pie con lentitud.

—Creo que han encontrado una puerta abierta dentro del caso. Eso no significa que ya estén en la habitación correcta.

Y salió.

La puerta se cerró. El cuarto se quedó solo con la lluvia, el plano, la carpeta y dos hombres que acababan de oír algo muy parecido a una advertencia espiritual sin ninguna fe tranquilizadora en ella.

Gabriel se quedó quieto unos segundos más. Luego fue hasta la ventana.

—No sé si el sacerdote me ayuda o me condena —dijo.

—Ambas cosas son compatibles.

—Ahora tenemos a Claire como autora del primer golpe. A Morel como hombre disponible y muy bien situado para usarlo. A Valette como parte antigua de la maquinaria. Y a Benoît diciéndonos que todavía puede haber otra habitación dentro de la habitación.

—Sí.

Gabriel apoyó una mano en el cristal.

—Me gusta menos cuando los curas tienen razón.

—Se lo dice al hombre equivocado.

El teniente soltó el aire por la nariz. Después se volvió hacia la mesa.

—Quiero ordenar esto.

—Hágalo.

Gabriel tomó una hoja limpia y empezó a escribir no nombres, sino funciones.

Lemaire: centro de chantajes, distribuidor de daños.

Claire: violencia íntima, límite, primera autora posible.

Morel: proximidad, autoridad clínica, administración del tiempo, oportunidad.

Valette: cobertura antigua, ruina legal, moral administrada.

Benoît: conocimiento tardío, compasión inútil.

Madeleine: lectura del artificio, pasado con Lemaire, nexo con clínica.

Adèle: testigo estructural, costura vista, silenciamiento.

Élise: observación material, pasillo, voz, Morel, corredor.

Julien: resentimiento visible, absorbente de sospechas.

Armand lo observó escribir. Había mejorado incluso la letra. Ya no era solo la caligrafía angulosa de un hombre ordenado. Empezaba a adquirir ese ritmo de los investigadores que aprenden a usar el papel no para recordar, sino para pensar.

—Muy bien —dijo al fin.

Gabriel no levantó la vista.

—No. Muy mal. Porque todo me empieza a cerrar en Morel y eso me da mala espina.

Armand se acercó.

—¿Por qué?

—Porque los casos que empiezan a cerrar demasiado bien alrededor del personaje lógico del segundo acto suelen haber sido escritos por alguien peor.

Buena observación. Muy buena.

—Sí —dijo—. Pero aquí hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Que no estamos construyendo una lógica porque nos guste. La estamos encontrando porque el tiempo, la geografía, la medicina y los testigos empujan en esa dirección. Eso no garantiza que Morel sea toda la verdad. Pero sí que ocupa ya una parte demasiado grande de ella para tratarlo como una línea más.

Gabriel dejó la pluma.

—Entonces vamos con él.

—Sí.

—Ahora sí.

—Ahora sí.

Pero antes de abrir la puerta, Armand lo detuvo con una frase.

—No lo interrogue todavía como a un hombre al que quiere hacer caer. Interróguelo como a un hombre al que quiere obligar a seguir siendo médico mientras el caso le arranca, poco a poco, el suelo de debajo.

Gabriel lo miró.

—Eso ha sonado casi perverso.

—Lo es.

—¿Por qué funcionaría?

—Porque Morel lleva años refugiándose en esa versión de sí mismo. Si lo ataca demasiado pronto como asesino, se cerrará como un expediente. Si lo obliga a hablar desde la autoridad clínica, desde la precisión, desde el método, terminará diciéndole cosas que su culpa no sabe todavía que contradicen la puesta en escena.

El teniente asintió despacio.

—Bien.

—Y otra cosa.

—¿Qué?

—Mencione a Adèle al principio. Y luego deje caer que Claire ya no está completamente ciega. No le diga cuánto sabe. Solo lo suficiente para que empiece a medir mal qué parte del tiempo sigue controlando.

Gabriel abrió la puerta.

Afuera, el salón siguió respirando su miedo con buenos modales.

Claire estaba donde antes, pero un poco más hundida dentro de sí. Julien seguía rígido, más pendiente ahora de Claire que de nadie. Madeleine había vuelto a encender un cigarrillo y miraba la llama con ese gesto de quien entiende que el fuego es una mala costumbre pero una excelente compañía. Valette parecía de piedra cansada. Y Lucien Morel, siempre de pie, levantó la cabeza con esa prontitud de los hombres que ya llevan demasiado tiempo escuchando, desde lejos, el eco de sus propias contradicciones.

Gabriel lo llamó.

Morel no tardó en acercarse.

Al cruzar la sala, su figura volvió a adquirir ese tipo de autoridad que el hotel había aprendido a obedecer sin preguntarse demasiado de dónde venía. El traje gris, la corbata color vino, las manos

limpias, la calma bien cortada, la voz medida. Un médico, sí. Un hombre útil. Un testigo profesional.

Y, quizá por eso mismo, el mejor lugar posible donde esconder a alguien mucho peor.

Armand lo observó entrar.

Y mientras la puerta de la sala de lectura se cerraba tras ellos, comprendió con una claridad casi física que el interrogatorio siguiente ya no consistiría solo en obtener datos.

Iba a ser el primer intento serio de obligar a Lucien Morel a convivir, a la vez, con dos versiones de sí mismo:

la del hombre que sabe mirar un cadáver

y la del hombre que tal vez supo qué hacer con él.

Capítulo 12. La cortesía de los hombres útiles

Lucien Morel entró en la sala de lectura con una serenidad que ya había dejado de parecer digna para empezar a resultar ofensiva.

No porque la compostura, en sí misma, fuese un crimen. Armand conocía hombres que habían sostenido con elegancia enfermedades, pérdidas, ruinas y hasta guerras sin que ello los volviera sospechosos de nada salvo de una educación antigua. No. Lo ofensivo en Lucien Morel no era el autocontrol, sino su exactitud. La sensación cada vez más nítida de que no estaba simplemente dominándose, sino administrando cuánto de sí convenía mostrar a cada minuto. Los verdaderos nerviosos se exceden o se agotan. Los verdaderos inocentes, incluso los más sobrios, cometen algún error de temperatura. Él no. Él parecía regular su imagen del mismo modo que otros hombres regulan una infusión delicada: sin perder de vista ni un segundo el punto exacto en que el líquido empieza a arruinarse.

Cerró la puerta a su espalda y tomó asiento cuando Gabriel se lo indicó.

Esta vez no hubo ningún comentario irónico. Ninguna observación sobre médicos, sospechas o encantos personales. Eso ya decía bastante. Cuando un hombre inteligente deja de ensayar su ingenio, suele ser porque ha entendido que el escenario ya no está a su favor.

Llevaba el mismo traje gris oscuro, aunque el día había empezado por fin a dejarle marcas: una leve sombra de humedad en el borde del bajo, una arruga algo más tensa junto al hombro izquierdo, una pérdida de lustre en la corbata color vino que, en otro hombre, habría pasado inadvertida y en él parecía el equivalente textil de una fisura. Las manos seguían limpias. Demasiado. Las uñas, perfectas. El cabello, sujeto al cráneo con la obstinación casi moral de quien no tolera que nada en su superficie parezca improvisado. El rostro, en cambio, mostraba ya una rigidez

suplementaria en la línea de la boca. No miedo. No todavía. Algo más útil y más siniestro: la voluntad de no regalar ni una sílaba fuera de cálculo.

Gabriel no se sentó enseguida.

Dejó la carpeta abierta sobre la mesa, el plano aún desplegado, las llaves a un lado y una página limpia delante de sí. Permaneció un instante de pie, mirando al doctor no como se mira a un testigo ni siquiera como se mira aún a un sospechoso, sino como se mira a un hombre al que uno ya no piensa permitirle elegir el idioma de la conversación.

Armand seguía junto a la ventana estrecha.

La lluvia golpeaba el cristal con un ritmo más fino ahora, menos salvaje que por la mañana y, sin embargo, más desesperante por eso mismo. El hotel entero llevaba horas escuchándola. A cierta altura del encierro, uno ya no oye llover: oye el tiempo pudriéndose.

—Doctor Morel —dijo Gabriel al fin—. Vamos a repasar esto otra vez.

Lucien sostuvo la mirada.

—Por supuesto.

Se había quitado ya de encima toda forma de ligereza. Bien. Eso haría más visibles las costuras.

Gabriel tomó asiento.

—Adèle Brunet está muerta.

Morel no cambió de expresión.

—Sí.

—No le impresiona.

—¿Es lo que esperaba de mí? ¿Impresión?

—No. Esperaba humanidad. Pero como hoy no estamos para fantasías, me basta con precisión.

Aquello sí le produjo una reacción mínima. Apenas una leve tensión en el maxilar. Suficiente.

Armand no intervino. Todavía no.

Gabriel continuó:

—Adèle fue la mujer que llevó, o al menos supervisó, el servicio nocturno de la planta alta. La mujer que oyó una voz en la suite de Lemaire. La mujer que conocía las rutinas de la casa al detalle. Y

ahora está muerta en la zona de servicio que comunica con la escalera lateral, la lavandería, la rampa de proveedores y el recorrido más discreto del hotel.

Silencio.

—Sí —dijo Morel al fin.

—¿Sigue pareciéndole una mañana razonablemente ambigua?

Lucien apoyó las manos sobre la mesa.

—No.

Buena. Breve. Obligada.

Gabriel lo observó unos segundos.

—Eso ya es un progreso.

Después abrió la carpeta por una de las páginas anteriores.

—Vamos a hacerlo fácil al principio. Quiero su recorrido exacto desde que se levanta de la mesa del salón anoche hasta que se acuesta.

Morel lo miró sin apartar los dedos de la carpeta.

—Ya le he dicho—

—No —cortó Gabriel—. Me ha dado una versión socialmente transitable. Ahora quiero la versión útil.

La pausa de Lucien fue pequeña. Solo lo suficiente para que el silencio pareciera una elección y no una sorpresa.

—Estuve en el salón —dijo—. Luego acompañé a madame Artois al gabinete del primer piso por la jaqueca. Le di un calmante. Regresé al salón unos minutos. Después subí.

—¿A su habitación?

—Sí.

—¿Directamente?

—No.

Gabriel no lo ayudó.

—No.

Morel exhaló apenas por la nariz.

—Pasé por el ala de las suites.

—¿Por qué?

—No lo sé con exactitud.

Armand habló por fin, sin apartar la vista de la lluvia.

—No. Eso ya no va a servirle.

Lucien giró la cabeza hacia él.

—¿Cómo dice?

—Que se ha agotado. La imprecisión voluntaria. La prudencia médica. La autoridad modesta. Ya ha usado todo eso esta mañana. Ahora solo queda la inteligencia o el derrumbe.

Gabriel dejó pasar un segundo. Bien también.

—¿Por qué pasó por el ala de las suites?

Morel lo pensó. O fingió pensarlo. La diferencia empezaba a perder interés.

—Porque no estaba dispuesto a dormir aún.

—¿Y eso lo lleva siempre a rondar habitaciones ajenas?

—No "rondaba".

—Entonces formule mejor.

Lucien juntó las manos.

—Caminé. Eso es todo.

Armand se apartó de la ventana y dio un paso hacia la mesa.

—No, doctor. Eso es lo que hacen los hombres aburridos. Usted no parecía aburrido anoche. Parecía disponible.

Lucien lo miró con una frialdad casi clínica.

—Esa palabra vuelve a resultar literaria.

—No. Resulta exacta. Y le irrita por eso.

Gabriel no sonrió. Había dejado de permitir que el cuarto se convirtiera en un duelo de estilo. Lo usaba ya como un aparato de presión.

—Élise Fournier lo vio en el corredor.

Ahora sí.

Ahora sí apareció la primera reacción verdaderamente útil.

No grande. No de folletín. Fue apenas un endurecimiento inmediato del torso, como si la espalda hubiese recibido una corriente breve por debajo del traje. El rostro se mantuvo correcto. Pero el cuerpo supo antes que la boca.

—¿A qué hora? —preguntó Morel.

Mala pregunta. Gabriel la dejó pudrirse un segundo antes de responder.

—¿Le preocupa la hora?

—Me preocupa la calidad de la observación.

—No. Lo que le preocupa es la franja temporal que esa observación puede comprometer.

Lucien no apartó la vista.

—Eso lo dice usted.

—Sí. Y además lo pienso.

Armand apoyó dos dedos en el borde de la mesa.

—Le vio salir del tramo de la suite de Lemaire.

El doctor no respondió enseguida.

—Eso no es lo que ha dicho necesariamente.

—Eso es lo que implica con suficiente limpieza para un hombre que ya no puede permitirse la gramática de la niebla —dijo Armand.

Gabriel retomó.

—¿Entró usted en la habitación de Lemaire después de que Claire saliera?

Ahora sí la pregunta ya no estaba vestida de lino ni servida con café.

Morel no se movió.

No negó enseguida.

Eso fue casi mejor que una confesión parcial.

—No tiene ninguna prueba para formular eso así —dijo al fin.

Gabriel lo miró con una quietud nueva.

—No. Todavía tengo algo mejor: una habitación que no cree del todo en su propio cadáver, una criada muerta, una hora blandamente administrada por usted, acceso funcional al hotel, proximidad física, una mujer saliendo alterada del cuarto y una facilidad suya para no sorprenderse de las cosas importantes que empieza a volverse sospechosa de tanto método.

La frase quedó en el aire.

Lucien lo sostuvo. No parecía asustado. Empezaba a parecer otra cosa: un hombre recalculando la cantidad exacta de verdad que todavía puede conceder sin desmoronarse el edificio interior.

Armand decidió empujar donde más dolía.

—Entró y lo vio en el suelo, no en el sillón.

Silencio.

Eso sí.

Eso sí había dado en el hueso.

No porque la frase fuera una certeza absoluta aún. Sino porque era la primera vez que alguien le devolvía a Morel la escena no como la habían encontrado, sino como él podía haberla encontrado antes de corregirla.

La respiración del doctor cambió. Un solo compás. Suficiente.

Gabriel no perdió el momento.

—¿Sí o no?

Morel bajó los ojos por primera vez en toda la mañana. No mucho. Lo suficiente para mirar un segundo el plano, las llaves, la carpeta. Como si necesitara recordar sobre qué superficie seguía viviendo.

—Lo vi caído —dijo al fin.

Gabriel no escribió. Ni se movió.

Armand tampoco.

Solo dejaron que la frase se instalara del todo.

—Explíquese —dijo Gabriel.

Lucien levantó otra vez la mirada.

—Subí. Vi a madame de Montfort salir del corredor. No me habló. Pero llevaba en la cara una expresión que no dejaba mucho espacio para la imaginación. Dudé. Entré. Vi a Lemaire en el suelo, junto al escritorio, con la herida abierta. Había más sangre.

Ahí estaba.

No el monstruo entero. Pero sí su sombra correcta.

Gabriel apoyó ambas manos en la mesa.

—Y no lo dijo.

—No.

—¿Por qué?

La pausa esta vez fue distinta. Menos calculada. Más interior.

—Porque comprendí de inmediato lo que había ocurrido.

—No. Comprendió de inmediato lo que podía hacer con lo ocurrido.

Lucien no contestó a eso. Mala señal para él.

Armand habló con voz muy baja.

—Y ahí empezó el segundo crimen.

La frase atravesó el cuarto.

Morel levantó la vista hacia él con algo que ya no era solo irritación. Empezaba a parecerse al rencor antiguo al que, por fin, lo obligaban a usar la cara.

—No dramatice, por favor —dijo.

—No. Estoy simplificando —respondió Armand.

Gabriel sostuvo la mirada del doctor.

—Lo ve en el suelo. ¿Vivo o muerto?

Lucien cerró un segundo los dedos sobre sí mismos.

—No lo supe al instante. Apenas respiraba. O ya no. No podría jurarlo.

—Pero decidió no pedir ayuda.

—¿A quién? —dijo Morel con una sequedad súbita—. ¿A Bernard? ¿A Julien? ¿A la criada? ¿A la propia Claire, que acababa de salir de allí con la vida rota en la cara? No. Decidí otra cosa.

Buena. Muy buena. Porque ya no estaba solo admitiendo acciones. Empezaba a justificar su lógica. Y eso era siempre el principio de la verdadera apertura.

Gabriel no lo interrumpió.

Lucien continuó, más despacio.

—Sabía lo que Étienne era. Sabía lo que había hecho durante años con todos los presentes. Con algunos más que con otros. Lo vi en el suelo y pensé, por primera vez en mucho tiempo, que el mundo me ofrecía una decisión que no había elegido yo y que, precisamente por eso, no estaba dispuesto a dejar escapar.

Armand lo observó con una claridad desagradable.

Ya estaba.

No toda la verdad. Pero sí el tono.

No el del inocente que calla por miedo.

No el del testigo que vacila por prudencia.

Sino el del hombre que reconoce, por fin, la llegada de una oportunidad moralmente sucia y la abraza sin necesidad de llamarla todavía por su nombre correcto.

Gabriel apoyó una mano en la carpeta.

—¿Qué hizo?

Morel exhaló despacio.

—Lo observé. Me aseguré de que no iba a levantarse. Después… pensé.

—No se recree. Qué hizo.

La boca del doctor se tensó apenas.

—Moví el cuerpo.

Armand no se movió. Tampoco Gabriel.

—¿Cómo? —preguntó el teniente.

—Lo incorporé. Lo llevé al sillón. No fue sencillo. La sangre ya había salido bastante. Pero estaba todavía caliente.

La frase era casi obscena por su limpieza.

Gabriel escribió ahora sí. Despacio.

—¿Por qué el sillón?

—Porque el suelo hablaba demasiado deprisa.

Muy buena frase. Y monstruosa.

Armand la sintió como se siente una buena línea en boca del villano: con la desagradable mezcla de admiración formal y repulsión moral.

—Siga —dijo Gabriel.

Lucien ya no fingía del todo la prudencia del médico. Hablaba como quien, una vez cruzada la primera puerta, ha decidido que el resto de la casa le pertenece un poco más de lo que debería.

—Limpie lo mínimo. Corrija lo evidente. Coloque lo suficiente para que la muerte dejara de parecer un estallido y empezara a parecer un problema. Eso hice.

—¿Cogió el arma?

—Sí.

—¿Cuál era?

—Un abrecartas del escritorio.

—¿Y qué hizo con él?

Morel lo miró.

—Lo guardé.

—¿Dónde está?

Silencio.

Gabriel no subió la voz.

—¿Dónde está, doctor?

—Ya no en el hotel.

Aquello podía ser mentira, pero no importaba aún. Importaba la función: había retirado el arma no por pánico, sino como parte de la reescritura.

Armand habló.

—¿Cuándo decidió la hora?

Morel tardó un segundo.

—No la "decidí". Vi muy pronto qué hora no convenía.

—Dígalo mejor.

El doctor sostuvo la mirada.

—Si Lemaire aparecía muerto demasiado cerca del momento en que Claire salió de la habitación, el caso se volvía lineal. Torpe. Íntimo. Y muy breve.

—Y eso no le servía —dijo Gabriel.

—No.

—¿Por qué?

Lucien se recostó apenas en la silla por primera vez desde que había empezado a hablar. No era relajación. Era posesión. La del hombre que ha dejado ya de responder para empezar a construir su propia versión del mal.

—Porque Étienne no merecía una muerte breve —dijo—. Y porque yo tampoco merecía seguir siendo únicamente una nota al pie de sus métodos.

La frase quedó sola.

La lluvia la acompañó con un golpe más fuerte contra el vidrio.

Armand no apartó los ojos de él.

—Y entonces decidió usar a Claire.

—No —respondió Morel con una calma más peligrosa que la irritación—. Decidí usar el hecho. Claire había hecho lo suyo. Yo hice lo mío.

Excelente. Horrible. Exacto.

Gabriel siguió.

—¿La voz?

Lucien bajó la vista a sus manos.

—No fabriqué ninguna voz.

Buena respuesta. Probablemente verdadera en el sentido más técnico. Lo importante estaría después.

—Explíquese.

—Sabía que Adèle había dejado el servicio. Sabía que alguien, si quería recordar la noche con limpieza, se agarraría a cualquier sonido detrás de una puerta. No tuve que inventar nada. Solo tuve que dejar que la memoria de los otros se organizara en la dirección correcta.

Ahí estaba. Por fin formulado.

La voz no había sido un truco barato.

Había sido algo mucho más elegante y mucho más siniestro:

una memoria orientada.

Armand sintió una fría satisfacción intelectual, casi inmediata, y la odió un poco. Era una mala costumbre del oficio, o de la inteligencia en general, encontrar una forma de placer en el momento exacto en que la estructura oculta se revela. Había que tener mucho cuidado con eso. Podía volver mezquino a un hombre.

Gabriel no dejó que la frase respirara demasiado.

—¿Qué hizo con Adèle?

Ahora sí.

Ahora sí el aire cambió del todo.

Porque hasta ese momento Lucien había estado confesando una administración. Una manipulación. Una escena. Incluso una oportunidad abrazada con una clase de cálculo inmundo. Pero Adèle era otra cosa. Adèle era ya la sangre del segundo acto.

Lucien no respondió enseguida.

La primera vacilación auténtica de la jornada.

No larga. No teatral. Solo la necesaria para entender que la siguiente frase ya no se refugiaría en la lógica del cadáver útil. Entraría en la del asesinato pleno.

Gabriel repitió:

—¿Qué hizo con Adèle?

El doctor levantó por fin la vista.

—Hablé con ella.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Antes de que la llamaran ustedes. La vi en la zona de servicio. Supe que estaba intranquila. Quise medir cuánto había entendido.

—¿Y?

—Había entendido lo suficiente.

Armand habló.

—No. Había visto lo suficiente. Lo entendido vino después, en su cara.

Lucien no lo miró. Siguió con Gabriel.

—Le dije que no sacara conclusiones precipitadas. Que una noche de lluvia no vuelve más agudas a las criadas, solo más imaginativas. Ella no me creyó.

—¿Entonces?

—Entonces comprendí que no iba a esperar.

Silencio.

—¿Y la mató? —dijo Gabriel.

Lucien no respondió con palabras al principio. Hizo algo peor. Cerró los ojos una fracción de segundo, no de remordimiento, sino como quien repasa un mecanismo para describirlo sin traicionarse demasiado.

—La seguí a la rampa lateral —dijo al fin—. Quería salir a buscar a alguien, o quizá a ordenar lo que pensaba. Discutimos. La agarré del brazo. Tiró de mí. Resbaló.

Mala. Muy mala. Demasiado rápida la coartada mecánica.

Armand habló enseguida.

—No.

Morel giró la cabeza.

—¿Cómo dice?

—No. Esa es la versión cobarde. Vuelva a intentarlo.

—Se cayó.

—No —repitió Armand—. Porque los accidentes no dejan el cuerpo como dejó usted el de Adèle. Porque ni siquiera ahora consigue hablar de una muerte violenta sin colocarla a la distancia justa para no olerla. Y porque ya ha admitido usar los hechos. No insulte su propia inteligencia refugiándose de pronto en un resbalón.

La cara de Lucien cambió. Por primera vez de manera visible.

No se descompuso. Eso sería demasiado pobre para él. Se endureció. Como si una máscara hubiese sido arrancada y debajo apareciera otra más vieja, menos social y bastante más sincera: la

del hombre que lleva demasiado tiempo considerándose superior a la torpeza del mundo y de pronto descubre que otros pueden obligarlo a hablar desde el barro.

—Le golpeé —dijo.

Ahora sí.

Gabriel no movió un músculo.

—¿Cómo?

—Contra el borde del escalón. No la primera vez. La segunda.

La sala se quedó quieta.

La lluvia siguió.

Y, sin embargo, durante un instante, pareció oírse mejor que todo lo demás la pobreza absoluta de esa frase. Porque así son los asesinatos secundarios verdaderos: no grandiosos, no inteligentes, no brillantes. Pobres. Sucios. Los comete una mano que ya ha cruzado una frontera interior y necesita cerrar una boca antes de que la verdad se organice del todo.

Gabriel escribió con letra dura.

—Entonces sí. Usted mató a Adèle Brunet.

—Sí.

—Y volvió a dejar que pareciera otra cosa.

—Sí.

—¿Por qué?

Lucien lo miró casi con cansancio.

—Porque ya había empezado a construir una arquitectura. Y las arquitecturas no sobreviven si de pronto uno se pone sentimental con los cimientos.

Armand lo sostuvo con la vista.

Aquella frase lo definía mejor que todo lo demás.

No era un monstruo de impulso.

Era un hombre que había empezado a pensar en el crimen como en una composición.

Gabriel apoyó las manos sobre la carpeta.

—¿Y Bernard?

Lucien frunció apenas el ceño.

—¿Qué pasa con Bernard?

—No se haga el sorprendido.

—No estoy sorprendido. No entiendo.

—¿Pensó en él también? ¿En eliminarlo? ¿En usarlo? ¿En hacer de esto algo más grande todavía?

Ahora sí apareció la primera alarma real.

No por culpa. Por geometría. Porque esa pregunta le revelaba que Gabriel ya no estaba siguiendo solo una confesión parcial. Estaba pensando por delante de ella.

—No —dijo Morel.

Mentira o verdad. Todavía era pronto. Pero el modo en que la dijo no gustó a Armand. Demasiado limpio otra vez.

Gabriel no insistió aún. Lo guardó.

Sabía ya demasiado bien que los hombres como Morel se desmoronan mejor por acumulación que por asalto frontal.

Armand se apartó de la ventana y fue por fin hasta la mesa. Quedó frente a Lucien, no de forma amenazante, sino con una cercanía quirúrgica.

—Doctor.

Morel levantó la cara.

—Sí.

—Quiero ahora lo único que todavía no ha dicho sin administrarlo. Cuando vio a Claire salir del corredor y entró en la habitación de Lemaire, ¿qué sintió exactamente?

Lucien lo miró largo.

La respuesta no llegó enseguida. Tardó lo suficiente como para dejar claro que era la única parte no ensayada de toda la mañana.

Cuando habló, la voz salió más baja.

—Alivio.

Ni Gabriel ni Armand se movieron.

—¿Alivio? —dijo el teniente.

—Sí. Porque por primera vez en años Étienne había dejado de ser un sistema perfecto. Y por primera vez yo no era solo una pieza sometida a su respiración. Estaba ahí. Vulnerable. Dependiendo ya no de su voluntad, sino de la mía.

La frase quedó inmóvil entre ellos.

Era, de todo lo dicho hasta entonces, lo más sincero. Lo más monstruoso también, precisamente por eso.

Armand no apartó la vista.

—Y ahí empezó a gustarle la muerte.

Lucien lo miró.

—No. Ahí me gustó por fin el margen.

Sí.

Eso era.

No la sangre.

No el cadáver.

No el crimen en su forma vulgar.

El margen.

El pequeño espacio de libertad que se abre para ciertos hombres solo cuando otro deja de controlar la habitación.

Gabriel cerró la carpeta muy despacio.

Ahora sabía bastante.

No todo. Aún no.

Pero bastante.

Claire había herido o matado a Lemaire más temprano.

Morel había entrado después.

Lo había visto en el suelo.

Había recolocado el cuerpo.

Había retirado el arma.

Había administrado la hora.

Había dejado vivir la voz.

Había matado a Adèle.

Y aún así, pensó Armand con una inquietud ya casi física, el caso seguía sin estar completo.

Porque Benoît había tenido razón.

Habían encontrado una puerta abierta dentro del caso.

No necesariamente la habitación final.

Gabriel se puso en pie.

—No se mueve de este hotel, doctor.

Lucien soltó una exhalación casi seca.

—No parece que ninguno de nosotros tenga muchas opciones.

—No me tiente a hacer de esa frase una medida práctica.

Morel no contestó. También se puso en pie. Y durante un segundo, por primera vez desde que había entrado, pareció

exactamente lo que era: no un médico, no un huésped útil, no un hombre refinado acosado por la injusticia, sino alguien que había pasado demasiado tiempo aguardando una ocasión de intervenir en el destino ajeno y que, cuando esa ocasión llegó, había demostrado una facilidad escalofriante para convertirla en método.

Salió.

La puerta se cerró.

Gabriel se quedó inmóvil unos segundos más.

Después se pasó ambas manos por la cara y soltó el aire.

—Dios mío.

Armand no respondió enseguida.

La lluvia seguía.

El plano seguía abierto.

Las llaves, sobre la mesa, parecían de pronto más vulgares que nunca.

—Sí —dijo al fin—. Pero todavía no.

Gabriel lo miró.

—¿Todavía no?

—Todavía no hemos llegado al fondo.

—Ha confesado el cuerpo, la hora, la escena y a Adèle. ¿Qué demonios falta?

Armand fue hasta la ventana y apoyó dos dedos en el cristal frío.

—Falta la otra mitad de Lemaire.

—Claire.

—Sí. Pero también falta saber si Lucien hizo todo esto solo por utilizar una oportunidad… o si esa oportunidad estaba ya esperando desde antes una forma concreta.

Gabriel guardó silencio.

—Y falta Bernard —añadió Armand—. Su posición. Su recorrido. Su conocimiento de llaves, accesos, costumbres. Lucien lo necesitó. No sé aún si para usarlo o para borrarlo después.

Gabriel bajó la vista a la carpeta cerrada.

Comprendía.

No con alegría. No con alivio.

Pero comprendía.

—Entonces no hemos terminado —dijo.

—No. Ahora empieza la parte peligrosa.

—¿Cuál?

Armand lo miró.

—La de un asesino que ya no necesita seguir mintiendo sobre lo que hizo… y puede empezar a mentir mejor sobre por qué lo hizo.

La frase quedó en el cuarto.

Y ambos supieron, sin necesidad de decirlo aún, que la próxima muerte —si llegaba— no sería ya una improvisación de defensa.

Sería una corrección más dentro de una obra que todavía seguía escribiéndose.

Capítulo 13. El hotel respira

Hay momentos en una investigación en que el crimen deja de ser un hecho y pasa a convertirse en un clima.

No ocurre enseguida. Al principio todo conserva aún la forma limitada, casi tranquilizadora, de una secuencia: un cuerpo, una herida, una puerta, una coartada, una mentira. Incluso el horror, cuando cabe todavía en un orden narrable, ofrece a las personas decentes la ilusión de que existe una salida proporcional a su inteligencia. Pero después llega el segundo cadáver. Luego la hora se dobla. Luego una criada muere por haber visto demasiado. Luego el médico deja de ser solo médico. Y finalmente el edificio entero, con sus pasillos, sus moquetas, su protocolo y su lluvia, empieza a comportarse como si el crimen ya no estuviera ocurriendo en él, sino a través de él.

Eso fue lo que Armand Delacroix percibió al salir de la sala de lectura después del interrogatorio a Lucien Morel.

No una gran revelación súbita. No un golpe de genio. Solo una modificación física del aire. El salón parecía idéntico al de una hora antes, pero había algo ya irreparablemente alterado en la manera en que cada objeto se ofrecía a la vista: el piano cerrado parecía esperar una nota incorrecta, las butacas estaban demasiado bajas para la ansiedad que sostenían, los ceniceros acumulaban colillas con una diligencia casi obscena y el espejo lateral había dejado de duplicar la estancia para empezar a multiplicar las sospechas.

Gabriel salió detrás de él, aún con la carpeta cerrada bajo el brazo y la expresión del hombre que acaba de atravesar la lógica principal de un crimen sin haber llegado, sin embargo, al fondo moral del caso. Tenía el rostro algo más seco, más pálido. La mañana le había retirado la última porción de complacencia juvenil. Ahora se movía como quien sabe que cada frase mal colocada puede empujar otra muerte.

En el salón, las posiciones habían vuelto a desplazarse. Las personas cambian de sitio en los lugares donde el mal lleva

demasiadas horas circulando con la esperanza vaga, casi infantil, de que el cambio espacial altere la relación con la desgracia. No suele hacerlo. Pero revela mucho.

Claire de Montfort seguía apartada, aunque ahora el aislamiento tenía otro peso. Ya no parecía solo una mujer que administra una herida antigua con disciplina aristocrática, sino una mujer que acababa de comprender que su crimen no había terminado donde ella creyó dejarlo. Estaba sentada junto al espejo, sí, pero no se contemplaba en él. Lo evitaba con una precisión casi supersticiosa. El conjunto marfil y azul oscuro seguía impecable, aunque empezaba a hundirse un poco en la forma en que el cuerpo lo habitaba. Las manos, desnudas sobre el regazo, habían dejado de defender el bolso. Ahora parecían más vacías, más expuestas, como si el abandono del accesorio hubiese traído consigo una verdad imposible de recolocar.

Julien, en cambio, se había desplazado hacia la ventana principal y permanecía allí de pie, con una copa vacía entre los dedos, mirando la lluvia sin verla. El cabello negro, algo más suelto ya, caía sobre la frente con una desobediencia que lo volvía casi adolescente por momentos, lo que en él no era un consuelo, sino una forma más visible del resentimiento. Sus hombros angulosos parecían hechos para soportar un apellido mejor y, sin embargo, allí estaba: delgado, bien vestido y cada vez más cerca del tipo de hombre que confunde la humillación con un derecho hereditario a la violencia.

Madeleine Artois había vuelto a la chaise longue, pero ya no fumaba. Sostenía el cigarrillo apagado entre dos dedos, como si aún no hubiera decidido si merecía la pena encender algo en una casa que se iba llenando de una combustión mucho más interesante. Bajo la luz gris y lateral de la lluvia, sus pómulos finos y el cansancio elegante de la boca adquirían una belleza aún más indiscreta. Seguía siendo una mujer que sabía ocupar un espacio, pero ahora el espacio parecía devolverle a ella la cortesía de la atención con una hostilidad nueva. Las grandes intérpretes envejecen peor cuando se ven obligadas a presenciar escenas cuya escritura consideran mediocre. Y la muerte, pensó Armand, suele ser una pésima dramaturga hasta que alguien decide componerla.

Henri Valette había cambiado finalmente de posición. Ya no estaba cerca de la chimenea ni en el centro del salón. Se había refugiado en un sillón de brazo recto, un poco apartado, con el bastón apoyado contra el borde de la mesa auxiliar y las manos cuadradas unidas sobre una rodilla. La luz le endurecía aún más el rostro. Parecía un busto judicial al que el mal tiempo hubiera vuelto por fin un poco humano. Un poco, no demasiado. Los hombres como él solo adquieren vulnerabilidad visible cuando ya no les queda tiempo para volverla respetable.

Padre Benoît Ravel seguía de pie, aunque se había desplazado cerca del ventanal lateral. Miraba la lluvia con la concentración seca del hombre que sabe que ciertas tormentas no limpian nada. La chaqueta negra, algo gastada en los puños, y el cuello clerical gris no lo volvían solemne, sino más bien incómodo. Era un sacerdote construido para habitaciones enfermas, no para altares. Un hombre que había aprendido a distinguir, demasiado pronto quizá, la diferencia entre pecado, cobardía y administración del daño. Bajo la luz apagada, sus ojos grises parecían aún más cansados y más despiertos.

Y luego estaba Bernard Sorel.

Hasta ese momento, el director del hotel había sido sobre todo una función: una máquina cortesísima de sostener modales, comida caliente, llaves bien guardadas y discretas ficciones de normalidad. Pero a medida que avanzaba la mañana, el cargo iba cediendo y aparecía el hombre. Un hombre más frágil de lo que su traje permitía sospechar, más asustado de lo que su peinado concedía, y quizá más comprometido con la maquinaria de Saint-Valéry de lo que él mismo habría querido confesar. Seguía impecable, sí. Pero el nudo de la corbata se había hundido un milímetro. Las solapas de la chaqueta ya no caían con exactitud perfecta. Y, sobre todo, empezaba a tener ese aspecto particular de los hombres que entienden demasiado tarde que el edificio que llevan años manteniendo no estaba construido solo sobre ladrillo y discreción, sino también sobre una tolerancia moral a la suciedad que ahora les estalla en las manos.

Gabriel observó el salón entero antes de hablar. Era una buena costumbre. El caso, a esas alturas, no estaba ya solo en las declaraciones. Estaba en la disposición espontánea de los cuerpos. En qué distancia buscaba cada uno. A quién miraban y a quién no. Qué objetos necesitaban tocar para sentirse todavía visibles y no enteramente absorbidos por el relato.

Armand se mantuvo en silencio.

No porque no tuviera nada que decir. Al contrario. Empezaban ya a ocurrírsele demasiadas cosas a la vez, lo cual siempre era mala señal. Las hipótesis, como los licenciosos, conviene tratarlas con severidad cuando empiezan a multiplicarse demasiado pronto.

Fue Madeleine quien rompió el aire.

—Bueno —dijo, dejando el cigarrillo apagado en el cenicero vacío —. O esto termina con una detención o terminará con una oración colectiva y una oferta especial para huéspedes supervivientes.

Nadie sonrió.

Lo cual también era una forma de información.

Gabriel no respondió a la frase. Cruzó el salón y se detuvo junto a Bernard Sorel.

—Monsieur Sorel.

El director levantó la vista.

—Teniente.

—Necesito que a partir de este momento no se mueva solo por el hotel.

Sorel tardó un segundo en comprender. Y, cuando comprendió, la palidez le avanzó otra vez por la cara con una limpieza casi administrativa.

—¿Cómo dice?

—Ha oído bien.

—¿Cree que…?

—Creo que Adèle Brunet sabía demasiado sobre las costuras de esta casa. Y creo que usted sabe demasiado sobre su mecanismo.

Bernard se llevó una mano a la solapa de la chaqueta, un gesto inútil de protección donde otros hombres se habrían tocado el cuello o el corazón.

—No creo que yo…

—No le estoy preguntando lo que cree. Le estoy diciendo lo que va a hacer: no caminar solo, no bajar a la zona de servicio sin avisarme, no entrar en ninguna habitación sin que yo lo sepa, y no apartarse del salón salvo que sea conmigo o con uno de mis hombres. ¿Entendido?

Sorel asintió muy despacio.

Armand observó el efecto de las palabras en los demás.

Claire levantó apenas la cabeza.

Julien giró por fin el rostro desde la lluvia.

Madeleine lo entendió enseguida y cerró los ojos un segundo, como si acabara de ver, por fin, la arquitectura total del día.

Valette no se movió, pero algo en la mano derecha se tensó.

Benoît bajó la vista al rosario guardado en el bolsillo, sin sacarlo.

Sí. Todos lo comprendían ya a un nivel que no exigía explicación: si Adèle había muerto por ser una testigo estructural, entonces Bernard, con sus llaves, sus horarios, sus rutas y su conocimiento de las pequeñas violencias correctas de la casa, podía ser el siguiente.

Sorel tragó saliva.

—Teniente… si Lucien ha admitido…

Gabriel lo cortó enseguida.

—No ha admitido nada delante de nadie más que de quienes estamos conduciendo esto. Y seguirá siendo así hasta que yo decida lo contrario.

Buena decisión.

Lucien Morel seguía en el salón, al otro extremo, sin haberse movido apenas desde que salió de la sala de lectura. Aquello resultaba casi admirable. La sangre debía de estar todavía fresca en su confesión parcial y, sin embargo, mantenía el tipo de serenidad visible que en otro hombre habría parecido aplomo y en él empezaba a parecer una especie de higiene moral invertida. Tenía la mano derecha apoyada en la consola del espejo y el rostro vuelto hacia el ventanal. A distancia, cualquiera habría dicho que contemplaba la lluvia. Armand, en cambio, tuvo la desagradable impresión de que estaba escuchando el hotel. Midiendo quizá cuánto tiempo más le permitiría seguir existiendo en su versión útil antes de verse obligado a otra clase de acto.

Gabriel se acercó entonces a Armand. Habló lo bastante bajo para no volver la conversación una ceremonia pública, pero no tanto como para que el silencio de quienes los rodeaban no la convirtiera de todos modos en algo audible por su temperatura.

—No voy a dejar a Sorel fuera de mi vista.

—Bien.

—Y no voy a anunciar todavía nada sobre Morel.

—Mejor.

—Pero no me gusta.

—A mí tampoco. Eso confirma que seguimos vivos.

Gabriel ignoró el intento de ironía.

—Ha confesado bastante.

—Sí.

—Lo suficiente para detenerlo si estuviéramos en el valle y no en una montaña anegada con un hotel lleno de versiones contradictorias de la misma noche.

—Sí.

—Y, sin embargo, no me convence el final del dibujo.

Armand volvió la cabeza hacia él.

—Porque no hay final todavía.

—¿Cree que intentará algo más?

La pregunta era demasiado buena para merecer una respuesta inmediata. Armand miró el salón otra vez. La lluvia. Las butacas. El espejo. Bernard. Morel. La posición de Claire. El cansancio de Benoît. La inmovilidad rencorosa de Valette.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero creo algo peor.

—¿Qué?

—Creo que Lucien Morel ha empezado a experimentar con el crimen una clase de libertad que quizá llevaba años ensayando en abstracto. Y los hombres que descubren tarde una libertad así pueden volverse muy peligrosos si creen que aún tienen margen para corregir el relato.

Gabriel miró a Morel sin disimulo ya.

—Entonces Bernard.

—Sí. Bernard o cualquier otra pieza que haga demasiado visible el mecanismo de la casa.

—¿Y Valette?

Armand pensó un segundo.

—Valette sabe cosas, pero tiene otra clase de blindaje. Lleva años conviviendo con la culpa en un idioma tan abstracto que hasta para un asesino puede resultar más útil vivo que muerto. Bernard, en cambio, es concreto. Llaves. Pasillos. Rutas. Servicio. Horarios. Los hombres como Morel temen más a lo concreto que a la culpa.

Gabriel asintió. No le gustaba, pero ya no se le notaba el gusto o disgusto en los hombros. Solo el trabajo.

—Quiero mover a Sorel a una habitación de la planta baja. Cerca del salón.

—Sí.

—Y quiero revisar la rampa lateral y toda la zona de servicio con alguien más que un chico asustado y una cocinera furiosa.

—Sí.

—Y quiero que usted venga.

Armand dejó pasar un segundo.

No porque dudara, sino porque aún había una parte de sí mismo que se resistía, por costumbre higiénica, a la obediencia implícita en esa clase de petición. El problema de los hombres muy solos es que, a veces, confunden la colaboración con la pérdida de una forma privada de soberanía. Una estupidez, sí, pero no menos real por ello.

—Bien —dijo al fin.

Gabriel ya iba a moverse cuando Madeleine habló otra vez desde la chaise longue.

—Teniente.

Él se volvió.

La actriz había vuelto a encender el cigarrillo. El humo ascendía junto a su cara con una lentitud casi obscena.

—Si va usted a mover a Bernard como si fuera una pieza de porcelana, hágalo ahora. El hotel ha empezado a oler a previsión tardía.

Gabriel sostuvo la mirada.

—¿Eso es una ayuda o una crítica?

Madeleine aspiró el humo.

—En los hoteles elegantes, teniente, la diferencia rara vez importa.

Armand observó la cara de Bernard Sorel. La frase lo había alcanzado de una manera distinta. No porque temiera ya por su vida de forma abstracta, sino porque por fin había entendido que el asesinato de Adèle no era solo la continuación del crimen, sino un comentario feroz sobre la casa misma. Una criada veterana había muerto por saber demasiado de las costuras. Un director meticuloso sabía demasiado del edificio. Y el edificio, de pronto, ya no lo protegía. Lo exponía.

Gabriel llamó a dos empleados y ordenó que le prepararan una habitación pequeña en la planta baja, junto al despacho de recepción, con llave y visibilidad directa desde el salón. Bernard intentó decir que no era necesario. Nadie fingió escuchar el intento. Colette salió a buscar mantas y ropa seca con una energía de mujer que empieza a administrar el miedo como si fuera una salsa que amenaza con cortarse. Julien se levantó y quiso preguntar algo; Valette le hizo una señal apenas visible para que se mantuviera quieto. Benoît se acercó a Bernard y le dijo algo muy bajo que Armand no alcanzó a oír, aunque vio el efecto: el director enderezó un poco la espalda, no con valor, sino con la mínima dignidad que a veces basta para no deshacerse delante del servicio.

Lucien Morel no intervino.

Eso era quizá lo más llamativo.

No protestó. No ofreció ayuda. No se mostró ofendido por la protección a Sorel. No hizo nada que pudiera convertirlo otra vez, por un segundo, en el médico útil del hotel.

Se limitó a mirar.

Eso también era una decisión.

Armand, mientras observaba aquella inmovilidad exacta, comprendió que el auténtico talento de Morel quizá no residiera solo en la administración de la hora o del cuerpo, sino en algo más raro: la capacidad de esperar sin desperdiciar gesto. Los hombres más peligrosos no son siempre los que improvisan mejor. A veces son los que permanecen quietos mientras el resto se desordena hasta que aparece, por fin, el ángulo exacto.

—Vamos —dijo Gabriel.

Bajaron por el corredor de servicio, dejando detrás el salón con su humo, su miedo y su teatro cada vez más exhausto. La cocina seguía funcionando en un nivel perversamente normal. El olor a caldo, pan y mantequilla resultaba casi insultante. No había nada más obsceno, pensó Armand, que la competencia culinaria sobreviviendo a dos cadáveres. La vida material tiene un pésimo gusto para las transiciones.

Colette los interceptó en la puerta.

—He puesto a Bernard en el cuarto de plancha pequeño —dijo —. Tiene pestillo por dentro y solo una entrada.

—Bien —respondió Gabriel.

—Y he dejado a Marcel con él.

—¿Solo a Marcel?

—Marcel y Léonie. No me mire así, teniente. No pienso dejar que el director del hotel muera como una gallina asustada entre sábanas húmedas sin haber hecho al menos una guardia decente.

Armand aprobó íntimamente a la cocinera. Las casas viejas suelen sostenerse sobre mujeres así.

Siguieron hasta la rampa lateral.

La lluvia había convertido el exterior en una sola materia húmeda, brillante y hostil. El alero de la salida de proveedores no bastaba ya para dar la sensación de resguardo; apenas ofrecía un lugar desde donde mirar mejor cómo el agua se apropiaba de la piedra. Los escalones donde habían encontrado a Adèle seguían marcados por el trabajo torpe de la muerte y por la peor cortesía de la lluvia: no borrar del todo, solo lo suficiente para que las formas queden degradadas sin perder la capacidad de seguir acusando.

Gabriel descendió primero, con más cuidado que la vez anterior. Armand lo siguió. El agua resbalaba por el pasamanos con una lentitud pegajosa. Más abajo, la zona de almacén exterior se había convertido en una mezcla de charcos, barro removido y cajas cubiertas por lonas oscuras. Había huellas por todas partes y, por eso mismo, ninguna legible de manera triunfal. Los buenos crímenes no dejan una sola huella nítida donde al lector le gustaría verla. Dejan demasiado tránsito. Demasiada materia. Demasiado mundo.

Gabriel se detuvo junto al punto donde Adèle había caído.

—Si Morel la siguió hasta aquí, tuvo que hacerlo sabiendo que el agua ya estaba lavando todo.

—Sí.

—Eso puede significar improvisación.

—O experiencia.

Gabriel miró el escalón golpeado.

—La segunda vez la golpeó aquí, dijo.

—Sí.

—Y luego la dejó caer lo bastante mal como para que pareciera una caída, pero no tan mal como para que el cuerpo terminara de convencer.

Armand observó el ángulo entre el escalón, la piedra lateral y el pequeño arrastre oscuro apenas visible.

—No tenía demasiado tiempo. El cuerpo de Adèle está peor compuesto que el de Lemaire. Eso también importa.

Gabriel lo miró.

—¿Por qué?

—Porque significa que la primera reescritura fue un acto de oportunidad razonada. Esta, en cambio, ya tiene prisa. Y la prisa es una mala señal. No para nosotros. Para el siguiente.

La frase quedó un segundo entre ellos.

El siguiente.

Gabriel no la dejó sin nombre.

—Bernard.

—O alguien que conecte a Bernard con la mecánica del hotel de manera demasiado limpia. Élise, si se vuelve más exacta. Colette, si recuerda algo. Incluso Madeleine, si empieza a nombrar de forma menos lateral lo que sabe de la clínica o de Morel.

Gabriel apretó la mandíbula.

—No pienso quedarme esperando otra muerte.

—No. Pero recuerde que tampoco sabe aún del todo cuál sería la función de esa próxima muerte.

—Camuflar.

—Sí. O corregir una línea que Morel sienta demasiado visible. Adèle fue silencio. La siguiente podría ser otra cosa. Una

deformación. Una muerte que no apunte al centro, sino que lo ensucie.

Gabriel se quedó quieto bajo la lluvia, dejándola mojarle hombros y cabello.

—Eso es peor.

—Sí.

—Porque vuelve el caso más grande de lo que realmente es.

—No. Vuelve visible la forma en que él quiere que parezca.

Armand se acercó al borde del pequeño murete lateral. Desde allí podía verse una parte de la carretera inferior, ya transformada en una lengua de barro y agua donde ninguna rueda decente querría aventurarse. Más allá, la montaña se perdía en niebla y pino mojado. El aislamiento no era una metáfora. Era una decisión geográfica del mundo.

—La tormenta le gustó —dijo de pronto.

Gabriel volvió la cabeza.

—¿A Morel?

—Sí.

—¿Porque le dio tiempo?

—Sí. Y porque le dio estilo.

Gabriel no respondió enseguida.

Armand siguió:

—Un crimen de habitación cerrada en una ciudad es un problema. En una montaña aislada por la lluvia, con carretera cortada, un hotel de lujo venido a menos y un grupo de personas unidas por décadas de daño compartido… en ese contexto, el crimen deja de ser solo útil. Empieza a parecer inevitable. Casi literario. Los hombres como Morel adoran cuando la realidad hace una parte del trabajo estético por ellos.

Gabriel lo observó un momento largo.

—Usted desprecia bastante a la especie.

—No. Solo a sus excusas buenas.

Volvieron a subir.

En la cocina, Colette discutía en voz baja con Léonie sobre sábanas, mantas y la peor ubicación posible para una bandeja de sopa. La normalidad seguía trabajando con una obstinación de

bestia doméstica. Y, sin embargo, en cada gesto se notaba ya el miedo. Las cucharas no sonaban igual. Las puertas se abrían con otra mano. El servicio había dejado de moverse como un engranaje silencioso y empezaba a comportarse como un sistema nervioso.

Cuando regresaron al salón, Bernard ya no estaba visible. Bien. Marcel seguía apostado cerca de la puerta del cuarto de plancha pequeño, muy recto, muy pálido, con una dignidad improvisada que le quedaba grande y por eso resultaba casi conmovedora.

Los huéspedes levantaron la vista al ver entrar a Gabriel y a Armand. Todos menos Morel, que tardó una fracción de segundo más de la cuenta en hacerlo. Otra vez lo bastante para que el gesto pareciera elección.

—Nadie se mueve de aquí —dijo Gabriel con más autoridad que antes—. Ni del entorno inmediato. Vamos a reorganizar las habitaciones si hace falta. Y de momento nadie sube solo a la planta alta. Si necesitan algo, se pide. No se va a buscar.

—Esto empieza a parecer una pensión para delincuentes de cuello blanco —murmuró Madeleine.

—Se parece bastante más a una trampa —dijo Armand.

La actriz lo miró con un brillo breve en los ojos.

—Sí. Pero no olvide que las trampas buenas no siempre se cierran sobre la presa correcta.

Valette volvió la cabeza hacia ella.

—¿Insinúa algo, Madeleine?

—No. Ya lo he dicho esta mañana. Solo me esfuerzo en no aburrirme mientras ustedes deciden cuál de sus culpas merece un lenguaje más fino.

Benoît cerró los ojos una fracción de segundo. Julien dejó escapar una risa sin alegría. Claire no se movió. Morel seguía de pie junto a la consola, impoluto y cada vez más indecente en su quietud.

Gabriel se dirigió entonces hacia él.

El salón entero lo notó.

No porque alzara la voz ni porque el trayecto tuviera teatralidad. Precisamente lo contrario. Fue esa calma recta y limpia lo que hizo que las otras respiraciones cambiasen.

Se detuvo a un paso de Lucien.

—Doctor Morel.

—Teniente.

—A partir de este momento, tampoco usted se mueve solo por el hotel.

La frase cayó en medio del salón con una violencia silenciosa.

Lucien no cambió la cara. Admirable. Peligroso.

—¿Estoy detenido?

—No he usado esa palabra.

—Pero piensa en ella.

—Pienso en su proximidad a demasiadas cosas de esta mañana.

Armand observó las caras del grupo.

Claire alzó la vista por primera vez con algo parecido a un estremecimiento moral. No de simpatía por Morel. Lo contrario: la intuición brutal de que la parte del día que le pertenecía a ella había terminado y comenzaba ya otra clase de relato, menos íntimo y bastante más monstruoso.

Julien se volvió del todo. En sus ojos había un brillo malsano, sí, pero no de complicidad. De alguien que lleva demasiado tiempo deseando ver desmoronarse a otro.

Valette no se movió.

Benoît bajó la cabeza.

Madeleine, en cambio, sonrió muy levemente.

No de placer. De confirmación.

Lucien sostuvo la mirada de Gabriel.

—¿Le preocupa que mate a alguien más?

La sala entera se volvió más silenciosa.

Gabriel no apartó los ojos de él.

—Sí.

La franqueza fue tan perfecta que hasta Armand la agradeció un poco.

Morel dejó pasar un segundo.

—Entonces está usted ya bastante más adelante que esta mañana.

—Sí.

—Y, sin embargo, sigue sin saberlo todo.

Ahí estaba.

Otra vez.

No la negación.

La insinuación.

No "soy inocente".

No "se equivoca".

Sino algo peor y más prometedor para un narrador del crimen:

sigue sin saberlo todo.

Armand lo oyó y sintió esa punzada desagradable de las buenas novelas cuando una frase del culpable, en vez de cerrar, ensancha de golpe el cuarto.

Gabriel también la oyó. Pero no se dejó llevar.

—No. Y por eso precisamente va a dejar de pasearse como una necesidad doméstica de este hotel.

Lucien sostuvo el silencio un segundo más. Luego inclinó apenas la cabeza.

—Como quiera, teniente.

No discutió.

Eso preocupó aún más a Armand.

Porque los hombres muy orgullosos se rebelan cuando se sienten humillados. Los muy inteligentes, en cambio, a veces obedecen cuando han decidido ya que la obediencia visible les abre más margen que la resistencia.

Y justo por eso, al mirar a Lucien aceptar la nueva restricción con una calma casi educada, Armand tuvo por primera vez una certeza distinta, pequeña pero precisa:

el capítulo de Adèle no había sido la corrección final.

No todavía.

El hotel seguía respirando el crimen.

Y, en algún lugar entre las llaves de Bernard, el pasado de Valette, la vieja clínica de Lyon, la vergüenza de Claire y la quietud metódica de Morel, quedaba aún una pieza por caer.

Capítulo 14. Ensuciar el dibujo

La tarde no llegó de golpe.

En la montaña, los días de lluvia no cambian de hora: cambian de densidad. La claridad se fue volviendo poco a poco más compacta, más gris, más vertical sobre los cristales, hasta que el hotel entero empezó a parecer suspendido dentro de una materia opaca donde la noción misma de exterior iba perdiendo precisión. No era aún de noche, pero el día había dejado ya de ofrecer su parte de mundo. Y eso, en Saint-Valéry, tenía un efecto inmediato sobre las personas: les devolvía el sonido de sus propios pensamientos con una nitidez que ningún lujo consigue amortiguar del todo.

Armand Delacroix llevaba años sabiendo que el encierro no produce necesariamente confesiones. A menudo produce algo peor: estilo. Cada cual empieza a organizar su miedo según la versión de sí mismo que mejor conoce. El orgulloso se vuelve más altivo. El servil, más útil. El débil, más locuaz. El cruel, más sobrio. Y los culpables… los culpables, si son inteligentes, no se delatan de inmediato; se afilan.

Eso estaba ocurriendo ya en el salón.

La vigilancia impuesta por Gabriel Vasseur —ningún desplazamiento en solitario, habitaciones de planta alta cerradas salvo indicación, Bernard protegido en el cuarto pequeño de plancha, personal localizado, huéspedes reducidos a una geografía muy concreta del hotel— no había traído calma. Había traído forma. Y la forma, en un grupo así, solo servía para hacer más visibles las tensiones.

Claire de Montfort seguía casi en el mismo sitio, aunque había cambiado la posición del cuerpo de una manera mínima y muy reveladora. Ya no estaba sentada como quien espera que una habitación no la toque. Ahora estaba sentada como quien ha decidido resistir la habitación con la espalda recta. Había recogido el cabello con una horquilla nueva, o recolocado la de antes con una severidad suplementaria. El rostro se mantenía pálido, sí, pero la

palidez ya no era solo el residuo de la confesión privada que había dejado en la sala de lectura; era la fatiga física de una mujer que había entendido que el crimen que creyó suyo había sido tomado por otro y devuelto al mundo en una forma peor. Tenía las manos unidas, desnudas, sobre una revista cerrada que no había abierto ni pensaba abrir. Sus dedos, finos y muy blancos, descansaban con una quietud demasiado consciente. En Claire, la inmovilidad no era ausencia de emoción. Era una barricada.

Julien había abandonado por fin la ventana y se había instalado cerca de la chimenea apagada, de pie, con una copa que nadie se atrevía ya a rellenarle y que él no parecía recordar tener en la mano. El cabello negro le caía sobre la frente con un descuido cada vez menos elegante. La mandíbula seguía tensa, pero ya no del mismo modo. Al principio del día su tensión había sido la del sobrino humillado, la del hombre que teme el escándalo y su propia exposición. Ahora empezaba a parecer otra cosa: la del individuo que intuye que el centro del caso se le escapa y no sabe todavía si sentirse aliviado o desplazado. Los hombres resentidos sufren mucho cuando comprenden que no eran el odio principal del relato.

Madeleine Artois seguía siendo, incluso en esa tarde envenenada, la persona más consciente de la escena como escena. Había cambiado la chaise longue por un sillón bajo junto a la lámpara de pie, donde el humo de sus cigarrillos ascendía con una melancolía que parecía conocer demasiado bien su trabajo. El jersey negro seguía sobre los hombros, la blusa marfil ya con una pequeña arruga diagonal cerca de la cintura, primer signo de que ni siquiera ella podía sostener indefinidamente la compostura del vestuario. Su rostro, fino, bellísimo aún en la fatiga, empezaba a mostrar una atención más dura. Como si la actriz se hubiese hartado al fin de mirar el escenario y empezara a interesarse por la tramoya. Había en ella algo nuevo: ya no solo ironía, sino un gusto casi profesional por detectar cuándo el crimen, al desarrollarse, perdía elegancia y ganaba necesidad.

Henri Valette continuaba apartado, con el bastón entre las manos, pero su quietud había dejado de parecer digna para volverse cada vez más mineral. El viejo juez no tenía el aire de un hombre

asustado. Tenía el aire peor de un hombre obligado a convivir, por primera vez en mucho tiempo, con la posibilidad de que su lenguaje habitual ya no bastara para domesticar lo que sabía. La vejez, en ciertas personas, no los ablanda; solo les quita velocidad para recomponer la máscara. Y Valette empezaba a padecer exactamente eso: lentitud. Los ojos grises, lavados y secos, se movían menos. El rostro ancho, severo, parecía haberse vuelto un poco más pesado. Los dedos cuadrados, apoyados en la empuñadura del bastón, hacían a veces una pequeña presión que revelaba más de lo que él habría permitido a cualquier frase.

Padre Benoît Ravel era quizá el único que no trataba de habitar el salón como si todavía fuese una estancia de hotel. Lo habitaba como se habita una sala de hospital después de un diagnóstico, o una cocina donde alguien acaba de revelar una traición vieja. No buscaba posición. No buscaba luz. No buscaba ni siquiera una altura moral visible. Se había colocado junto a una mesa auxiliar, con una taza de café ya frío que no bebía y las manos secas enlazadas sobre el respaldo de una silla vacía. El cabello ralo, las ojeras marcadas, el cuello clerical gris sobre la camisa oscura: todo en él hablaba de cansancio, sí, pero no de pasividad. Más bien de ese agotamiento activo de los hombres que llevan demasiadas horas distinguiendo entre lo que debe decirse y lo que quizá aún destruya más de lo que rescata.

Y luego estaba Lucien Morel.

Seguía sin sentarse.

Aquello, a esas alturas, ya no era una simple preferencia postural. Era un manifiesto.

Permanecía junto al aparador lateral, no muy lejos del arco que comunicaba con el comedor cerrado, con una mano en el bolsillo y la otra libre, como si aún pudiera ser llamado de pronto a hacerse cargo de una fiebre, un desmayo o una taquicardia. Su traje gris oscuro había perdido ya parte de la perfección matinal, pero no lo suficiente como para hacerlo humano. La corbata color vino seguía demasiado centrada. El rostro, largo y limpio, mantenía intacta esa expresión suya de autoridad disciplinada, aunque Armand sabía ya —y eso lo volvía intolerable— que bajo la piel clínica y el método

había aparecido por fin el otro hombre: el del margen, el de la oportunidad, el del cuerpo útil en el suelo.

Lucien había confesado bastante. Lo suficiente como para que el caso, en un mundo razonable, hubiera cambiado de categoría jurídica y espacial. Pero Saint-Valéry no era un mundo razonable. Era un hotel atrapado por la lluvia, saturado de secretos antiguos, con una investigación improvisada en medio de una red humana demasiado vieja y demasiado bien educada como para quebrarse de manera limpia. Allí, incluso una confesión parcial seguía comportándose como material de construcción. No demolía todavía nada. Solo obligaba a redistribuir pesos.

Gabriel lo entendía.

Eso era quizás lo mejor que le estaba ocurriendo a la novela: el joven teniente no se volvía menos serio a medida que el caso crecía, sino más sutil. Ya no corría de un testigo a otro como quien colecciona datos. Empezaba a pensar en disposiciones, en funciones, en el uso que cada persona hacía del lenguaje, del cuerpo, del silencio y del espacio.

Armand lo observó mientras salía una vez más de la sala de lectura con una hoja en la mano y una taza de café intacta en la otra. Había pasado la última media hora revisando notas, ordenando recorridos, cruzando horarios, pidiendo a Marcel y a Léonie que verificaran con Colette detalles mínimos sobre el servicio, los timbres, las bandejas y las idas y venidas del personal. No era mucho, quizá, para los estándares del valle. Allí abajo, en una comisaría bien dotada, aquello habría sido el principio de otra cosa. Aquí arriba, sin embargo, bajo la lluvia y con el camino cerrado, era ya la forma completa del pensamiento disponible.

Gabriel dejó la taza sobre una mesa auxiliar y se dirigió a Armand en voz baja.

—No me gusta cómo está quieto.

Armand no necesitó mirar para saber de quién hablaba.

—A mí tampoco.

—No parece un hombre arrinconado.

—No. Parece un hombre que todavía cree tener a su favor la geometría.

Gabriel observó a Lucien un segundo más.

—Si ha entendido que Claire ya no le pertenece y que Adèle tampoco ha quedado como accidente puro, puede querer otra cosa.

—Sí.

—¿Ensuciar?

Armand volvió la cara hacia él.

Eso era importante. Mucho.

Porque ahí estaba ya formulada la evolución natural del crimen.

No solo callar.

No solo corregir.

No solo administrar el tiempo.

Ensuciar.

Añadir algo que desordenara el patrón hasta volverlo ilegible. Una muerte que no protegiera la costura original, sino que la cubriera de barro. Otra víctima cuya relación con Lemaire fuese distinta, tangencial, absurda o demasiado institucional como para permitir una lectura centralizada.

—Sí —dijo al fin—. Ahora ya no necesita únicamente evitar que veamos la forma. Puede necesitar que veamos demasiadas formas a la vez.

Gabriel guardó silencio.

Había empezado a entender de verdad.

—¿Bernard? —preguntó.

—Sí. Bernard es una opción excelente.

—Porque conoce el hotel.

—Porque conoce el hotel en un idioma concreto. Llaves, pasillos, horarios, indisposiciones, discretas excepciones a las normas. Matar a Bernard no solo silenciaría una fuente de información. Reescribiría el caso. Haría parecer que alguien está atacando la estructura misma del establecimiento. Y eso desplazaría nuestra atención del primer crimen hacia un patrón mucho más amplio y sucio.

Gabriel miró hacia la puerta del cuarto de plancha pequeño donde Marcel seguía apostado.

—No pienso dejarlo solo.

—Bien.

—Pero no basta.

—No.

El teniente pasó una mano por la nuca.

—Quiero mover a todo el personal a una planta más reducida. Cerrar por completo el acceso a servicio salvo cuando lo abramos nosotros. Y quiero revisar qué objetos del hotel podrían usarse con facilidad para otra muerte sin necesidad de cargar armas de ningún tipo.

Armand asintió.

—Eso está mejor.

—Y quiero que hablemos de Bernard ahora. No como director. Como objetivo.

—Sí.

No fueron a buscarlo enseguida.

Eso también era importante. Un movimiento demasiado visible hacia Bernard habría anunciado más de la cuenta. Gabriel hizo primero algo más inteligente: pidió a Colette que trajera comida caliente al salón y que el servicio se realizara de una vez, en conjunto, para reducir desplazamientos. El hotel recibió la orden con una obediencia extraña, casi agradecida. Las casas viejas aman las instrucciones claras cuando el mal deja de tener forma educada.

Mientras la cocina preparaba bandejas y el comedor reabría solo lo necesario para una colación de emergencia, Gabriel pidió a Marcel que trajera a Bernard a la sala de lectura acompañado y sin llamar la atención. Marcel obedeció con la seriedad casi trágica de quien no se siente a la altura de una tarea, pero tampoco quiere traicionarla.

Armand esperó junto a la ventana estrecha.

La lluvia seguía cayendo. A esa altura de la tarde, el agua había empezado a construir pequeños ríos sucios en el borde del jardín y a oscurecer de un modo casi táctil la ladera visible desde el ventanuco. La montaña parecía ya no ofrecer relieve. Solo masa. Un fondo húmedo y sin perdón. Aquella geografía le convenía demasiado al crimen. Era otra cosa que lo inquietaba de Morel: no solo que hubiese aprovechado la oportunidad, sino que hubiera sabido reconocerse en el estilo que el mundo le ofrecía.

Bernard entró pocos minutos después.

Traía el aspecto lamentable y digno de los hombres que han sido trasladados de su puesto natural y todavía no saben si deben sentirse protegidos, humillados o sencillamente fuera de su propio idioma. Había perdido la chaqueta. Llevaba el chaleco abotonado, la camisa blanca ya sin la firmeza inicial, las mangas un poco arrugadas y el bigote gris más caído en los extremos, como si la cara se le hubiese cansado antes que el cuerpo. El peinado seguía correcto, pero había empezado a separarse ligeramente sobre la coronilla. Los ojos, pequeños y de un marrón apagado, iban de Gabriel a Armand y del plano de la mesa a la puerta cerrada con un trabajo visible de contención. En él, el miedo no producía histeria. Producía una forma extrema de cortesía.

Se sentó cuando Gabriel lo indicó.

—Monsieur Sorel —dijo el teniente—. Voy a ser muy claro.

Bernard asintió.

—Bien.

—A estas alturas hay razones de sobra para pensar que quien movió el cuerpo de Étienne Lemaire, corrigió la escena y mató a Adèle Brunet puede querer todavía una muerte más.

El director tragó saliva.

—Sí.

—Y, entre las personas que mejor conocen la casa, usted es la más expuesta.

—Sí.

Armand observó el modo en que aquella segunda afirmación había salido. No resignada. Reconocida. Bernard lo sabía ya. Lo importante ahora no era convencerlo del peligro. Era entender qué clase de información, aun sin saberlo del todo, podía convertirlo en pieza prioritaria para un asesino que empezaba a necesitar barro.

Gabriel fue directo.

—Quiero que me diga qué sabría usted si quisiera reconstruir la noche desde el punto de vista del funcionamiento del hotel, no del de los huéspedes.

Bernard tardó en contestar. No porque no supiera. Porque estaba empezando a entender, quizá con verdadera claridad por primera vez

en el día, que lo que lo hacía vulnerable no era solo lo que había visto, sino lo que era capaz de deducir.

—Sabría —dijo al fin— qué llaves se movieron. Qué bandejas no regresaron a su tiempo. Qué pasillos estaban demasiado activos para la hora. Qué habitación pidió silencio, agua, mantas o médicos. Y qué excepciones a la rutina se aceptaron sin ser registradas.

Bien.

Muy bien.

Gabriel se inclinó.

—¿Qué excepciones, Bernard?

El director cerró un momento los ojos.

—La de Morel, por ejemplo.

La frase les abrió el resto.

Armand no se movió. Gabriel tampoco. Dejaron que la propia lógica de Sorel llegara un poco más adelante sin empujarla todavía.

—Explique eso —dijo el teniente.

—Lucien no necesitaba siempre avisar a recepción para subir a una habitación si el requerimiento llegaba por personal de planta o por mí. Y anoche, con la migraña de madame Artois y el desorden de la tormenta, pudo circular por zonas que otro huésped habría tenido que justificar.

—¿Y eso le parece ahora importante?

—Sí.

—¿Por qué?

Bernard levantó la vista.

—Porque conozco el hotel. Y porque la escena de la mañana no olía a accidente, ni a crimen simple. Olía a una utilización demasiado buena del edificio.

Buena frase también. Y en boca suya, aún mejor. Era la primera vez que Sorel dejaba de hablar como director para hablar como verdadero lector de su propia casa.

Armand intervino.

—¿Y qué más?

Bernard miró el plano.

—Que, si alguien quería desplazarse desde el salón o desde el primer piso al ala de las suites, volver, usar la escalera de servicio y

después regresar sin pasar por recepción, Morel estaba mejor situado que nadie para hacerlo sin despertar alarma. No porque fuese invisible, sino porque resultaba… coherente.

—Útil —dijo Armand.

—Sí. Útil.

—¿Y usted? —preguntó Gabriel—. ¿Qué sabría de más?

Bernard tardó.

—Sabría… —Se interrumpió.

—Dígalo.

—Sabría si la muerte de Adèle no responde solo al silencio. Sabría si responde también a mí.

Aquello cambió el cuarto.

Gabriel no apartó la vista.

—Explique eso con mucho cuidado.

Bernard se llevó una mano a la boca un segundo y la apartó enseguida, avergonzado del propio gesto.

—Adèle y yo llevábamos años trabajando juntos. Ella veía más que yo a veces, pero yo ordenaba mejor lo que veía. Si ella encontraba la costura de una noche, yo podía encontrar la de toda la casa.

Sí.

Ahí estaba.

Adèle había sido la observación.

Bernard podía ser la sintaxis.

Y eso lo volvía mucho más peligroso para Morel.

—Entonces usted ya está deduciendo demasiado —dijo Armand.

Bernard lo miró.

—Sí.

—Y él lo sabe.

El director no respondió. No hacía falta.

Gabriel apoyó las manos sobre la mesa.

—Bernard, escúcheme bien. No salga del cuarto salvo conmigo, con Marcel o con Léonie. Si necesita el servicio, se pide. Si oye un ruido, no lo investigue. Si llaman a la puerta, no abre. Si incluso yo llamo, preguntará antes.

El director asintió, pero la mirada no estaba ya solo en Gabriel. Se había ido, durante un segundo, hacia un punto muy concreto del plano. La escalera de servicio. La rampa. El cuarto de plancha. El pequeño gabinete del primer piso. Había entendido la geografía completa del peligro. No de un modo abstracto, sino como solo la entiende alguien que ha vivido años administrando un edificio y de pronto descubre que el edificio ha cambiado de dueño moral.

—Teniente —dijo al fin—, si Lucien mató a Adèle…

—Sí.

—No lo hizo solo por ella.

Armand no habló. Era mejor que la frase siguiera creciendo en el director.

—Lo hizo —continuó Bernard— porque Adèle ve y después se asusta. Yo veo y después organizo. Si me hubiera dado tiempo a ordenar lo suficiente, habría sabido dónde empezar a tirar.

Muy bien, pensó Armand.

Demasiado bien.

Porque la frase no solo explicaba el riesgo de Bernard. Explicaba también la forma más probable de la siguiente muerte. No un silencio. No una repetición. Una intervención sobre la estructura. Un asesinato cuya utilidad residiera tanto en borrar a Bernard como en deformar el caso hacia otra dirección.

Gabriel lo entendió a la vez.

—¿Cómo lo deformaría? —preguntó.

Bernard miró al teniente.

—Haciendo que pareciera un ataque al hotel. A su funcionamiento. A quien custodia las llaves, las rutinas, el orden. Ya no el encadenamiento de una venganza o de una corrección entre culpables. Otra cosa. Algo más amplio. Más turbio. Más difícil de leer.

Sí.

Exactamente.

Ensuciar el dibujo.

Armand sintió una confirmación interior tan precisa que casi resultó desagradable.

No se trataba ya de preservar la mentira original.

Se trataba de arruinar el patrón.

Gabriel se puso en pie.

—Bernard, vuelve al cuarto. Marcel se queda con usted. Y Léonie también. Voy a ordenar que les traigan comida allí. Y no se mueva.

Bernard asintió. Se puso en pie con más lentitud que antes. Al llegar a la puerta, se volvió un segundo hacia Armand.

—Monsieur Delacroix.

—Sí.

—Hay algo peor que un crimen en un hotel.

Armand lo miró.

—Sí. Un crimen al que el hotel le venga bien.

Bernard tragó saliva.

—Exactamente.

Y salió.

La puerta se cerró.

Gabriel fue hasta la ventana. Afuera el agua seguía cayendo con una seriedad sin consuelo.

—Ya está —dijo.

—Sí.

—La próxima muerte no sería para tapar. Sería para arruinar la lectura.

—Sí.

—Y Bernard lo sabe.

—Sí.

Gabriel se volvió. Tenía ya la cara del hombre que ha dejado atrás cualquier ilusión procedural de normalidad. No parecía abatido. Parecía concentrado hasta la violencia.

—Entonces voy a hacer lo que debería haber hecho antes.

—¿Qué?

—Voy a moverlos a todos.

Armand esperó.

—No solo al personal —continuó Gabriel—. A los huéspedes también. Quiero la planta alta vacía salvo vigilancia. Quiero a Claire, Julien, Madeleine, Valette y Benoît en habitaciones cercanas en esta planta. Quiero a Morel donde pueda verlo. Quiero que el hotel deje de serle útil como geografía.

Buena idea. Muy buena.

—Sí.

—Y quiero hacerlo antes de que anochezca del todo.

—Sí.

—Y si se resisten, se resistirán. Ya no me importa quedar bien con nadie.

Armand lo observó con una aprobación más clara.

—Ahora sí parece policía.

—No sé si es un elogio.

—No lo es. Pero puede servirle.

Gabriel salió a dar las órdenes.

El efecto en el salón fue inmediato y desagradable, como todos los movimientos verdaderamente necesarios. Madeleine protestó primero, por principio estético más que práctico. Claire no dijo nada, lo que en ella equivalía a una violencia interior considerable. Julien quiso saber si aquello significaba arresto. Valette intentó oponer una dignidad abstracta sobre el derecho de los huéspedes a no ser tratados como población penitenciaria. Benoît fue el único que aceptó sin condiciones, quizá porque era el único que entendía que el encierro voluntario y el impuesto se parecen más de lo que las personas decentes admiten.

Y Lucien Morel…

Lucien escuchó las nuevas disposiciones con la misma quietud ofensiva.

No discutió.

No objetó.

No preguntó.

No defendió su derecho a la autonomía, ni su condición de médico, ni la humillación de ser vigilado.

Solo asintió.

Eso inquietó a Armand más que cualquier protesta posible.

Porque el hombre que se sabe descubierto y aun así no pelea por sus recorridos es un hombre que ya está pensando en el siguiente ángulo.

Y mientras el hotel entero empezaba a ser redistribuido, como piezas sobre una mesa donde la partida se ha vuelto de pronto más

explícita, Armand comprendió con una claridad seca que la noche iba a ser mala.

No por el miedo general.

Ni por la lluvia.

Ni siquiera por Lucien en sí.

Iba a ser mala porque, en algún lugar de su mente, el médico ya debía de haber empezado a aceptar que la arquitectura original del crimen estaba comprometida.

Y cuando a ciertos hombres se les arruina una arquitectura, no se resignan.

Improvisan.

Capítulo 15. La noche reorganizada

La tarde no se convirtió en noche: fue cediendo a ella como ceden ciertos enfermos al agotamiento, sin drama, pero con una inevitabilidad que ofende.

En Saint-Valéry, la luz se fue retirando de las superficies con una lentitud casi pedagógica. Primero dejaron de distinguirse bien los perfiles del jardín bajo la lluvia. Luego las ventanas pasaron de ser apertura a ser espejos. Después la montaña entera, ya borrada desde hacía horas por el agua, se redujo a una presencia compacta y negra, una masa sin relieve apoyada detrás del hotel como una idea fija. Por último, el interior mismo cambió de especie: las lámparas dejaron de complementar la tarde y empezaron a sustituirla. Eso siempre altera a las personas. La luz artificial no solo ilumina; selecciona. Decide qué rostro será mirado y qué sombra podrá fingir que no existe.

Armand Delacroix observó esa transición desde el gran ventanal del salón mientras Marcel y Léonie, bajo instrucciones de Gabriel Vasseur, ayudaban a trasladar maletas, abrigos, neceseres y pequeños objetos de uso personal desde la planta alta a las habitaciones de la baja. El movimiento era torpe, inevitablemente torpe. En los hoteles elegantes, la eficacia doméstica suele adquirir un aire casi invisible cuando las cosas van bien. Pero cuando un establecimiento se ve obligado a reorganizar a sus huéspedes como si fueran piezas de seguridad, la dignidad del servicio empieza a agrietarse. Las maletas pesan de otra manera. Los zapatos se oyen más. Los ojos del personal dejan de mirar al suelo con cortesía para empezar a levantar la vista buscando información que nadie se atreve a darles entera.

Gabriel había decidido instalar a todos en un perímetro corto: dos habitaciones del ala baja, la sala de lectura, el salón, el despacho de recepción y el pequeño cuarto de plancha donde Bernard Sorel seguía protegido con una obediencia que ya no era

solo del director al policía, sino del hombre inteligente al hecho de que un asesino podía necesitar su muerte como argumento.

La redistribución había caído sobre los huéspedes con efectos muy distintos.

Claire de Montfort aceptó el cambio sin una sola protesta, lo cual fue, probablemente, la forma más visible de protesta que podía permitirse. No hizo ninguna observación sobre la incomodidad, la impropiedad ni la pérdida de su intimidad. Recogió su bolso, indicó con una inclinación breve qué prendas y objetos deseaba conservar a mano y permitió que Léonie la condujera hasta una de las habitaciones bajas con la misma compostura helada de una mujer que se deja operar sin anestesia por no conceder el espectáculo del dolor. Pero Armand la vio al cruzar el umbral del pasillo y supo que aquella obediencia no tenía nada de sumisión. Era una mujer agotada hasta una profundidad física poco frecuente, sí, pero también era una mujer que ya no se fiaba del edificio. La diferencia importaba. Mucho. Los seres verdaderamente asustados buscan protección. Los verdaderamente lúcidos, en cambio, solo aceptan mejores ángulos para la vigilancia.

Julien reaccionó de otra manera. Primero con hostilidad. Luego con una especie de docilidad rabiosa que en hombres como él suele ser mucho peor, porque indica que han empezado a rumiar. No discutió de forma frontal con Gabriel, pero hizo tres preguntas seguidas sobre "detención", "derechos" y "arbitrariedad" con un tono que delataba más humillación que convicción jurídica. Después se dejó mover, llevando él mismo su maleta como si el gesto pudiese rescatarle una porción de autonomía. La lámpara del salón le recortaba la mandíbula con una dureza casi innecesaria. Cada vez que miraba a Claire, Armand tenía la impresión de estar viendo a un hijo ilegítimo del rencor y la dependencia: un hombre todavía no construido del todo, pero ya peligrosamente listo para un tipo concreto de odio.

Madeleine Artois fue, como en todo, más compleja.

Se quejó, sí, pero con esa precisión suya que hacía del comentario un género superior de observación y no un simple capricho. Preguntó si la habitación baja al menos tendría una

lámpara decente, si pretendían además convertir el hotel en un convento mixto o si la reorganización incluía también una mejora en la calidad del coñac. Pero hizo la maleta ella misma. Y ahí, en ese pequeño acto, Armand vio algo que le interesó: Madeleine doblaba sus prendas como una mujer que no se permite depender del servicio para aquello que afecta a su imagen en una crisis. Había una camisa negra, una bata de seda oscura, un frasco pequeño de perfume, un neceser de viaje forrado en piel clara, un mechero de plata y oro y, entre dos libros finos, una fotografía antigua que volvió a guardar de inmediato al advertir que Léonie la había visto. No parecía una mujer asustada. Parecía una mujer revisando si el escenario al que la empujaban seguiría mereciendo su presencia.

Henri Valette trató de resistirse con la peor clase de orgullo: el administrativo. No gritó. No se exaltó. Solo se permitió varias frases sobre la impropiedad de alterar así a personas de su edad, la extravagancia de convertir a huéspedes en rehenes de una "organización provisional" y la antigua costumbre, entre los hombres razonables, de no agravar una desgracia con medidas teatrales. Gabriel lo dejó hablar lo justo para que el propio Valette escuchara el cansancio antiguo de su lenguaje y luego le explicó con una claridad tan fría que Armand casi se la agradeció que, si no aceptaba cambiar de habitación, sería acompañado igualmente. El juez miró a Benoît, quizá esperando algún apoyo moral menos práctico. No lo obtuvo. Terminó aceptando con una sequedad pétrea que lo volvió aún más viejo.

Padre Benoît Ravel se movió con la naturalidad con que los hombres de fe se mueven en hospitales o campos de desplazados: sin creer que el cambio espacial mejora las almas, pero sabiendo que a veces es la única forma de conservar a los cuerpos. Ayudó incluso a Marcel con una de las maletas de Valette, gesto pequeño, importantísimo, porque restó al traslado algo del aire humillante de una orden policial y lo devolvió por un instante al territorio más digno de la asistencia. En otra novela habría sido un detalle menor. Aquí no. Aquí todo se sostenía ya sobre la calidad de los gestos.

Y luego estaba Lucien Morel.

Lucien aceptó la nueva habitación de la planta baja sin una sola objeción. Sin una. Ni siquiera la mínima protesta técnica de quien podría haber alegado la necesidad de conservar cerca sus cosas, su maletín o su descanso. Aquello inquietó a Gabriel. Y a Armand también. Mucho.

Porque los hombres obligados a retroceder y que aún creen tener cartas suelen defender al menos un centímetro de territorio. Lucien no. Se limitó a recoger con sus propias manos una maleta mediana de piel oscura, perfectamente cuidada, y a seguir a Léonie hasta el cuarto que le habían asignado en el ala más visible. Lo hizo con la serenidad limpia de quien ha decidido que la resistencia explícita, en ese acto concreto, le costaría más margen que la obediencia.

No mirar demasiado a un hombre así cuando se deja mover era casi tan importante como no perderlo nunca de vista.

Armand reparó, además, en un detalle diminuto: al recoger la maleta, Lucien no la levantó enseguida. Posó primero la mano sobre el asa, la sostuvo un segundo, como quien verifica el peso interior no de la ropa, sino de otra cosa. Después la alzó. No era prueba de nada. Aún no. Pero en los cuerpos muy contenidos, el segundo inútil siempre habla.

—No me gusta —dijo Gabriel, en voz baja, al pasar junto a Armand mientras Léonie acompañaba al doctor.

—No.

—Obedece demasiado bien.

—Sí.

—Parece casi agradecido de que le demos una nueva geometría.

Armand miró cómo Lucien desaparecía por el pasillo bajo con el perfil siempre exacto, demasiado exacto, del cuello y los hombros.

—No agradecido. Activo.

Gabriel se volvió hacia él.

—¿Qué quiere decir?

—Que un hombre como él no acepta un cambio espacial como una mera pérdida. Lo evalúa. Ya está pensando qué puede hacer en el nuevo tablero.

La frase quedó breve, desagradable y correcta en mitad del murmullo de la reorganización.

La noche terminó de instalarse media hora después.

Las lámparas del salón y del pasillo bajo bastaban para construir un pequeño mundo interior donde el hotel fingía todavía una clase de normalidad, pero la lluvia y el cierre de la carretera convertían aquella iluminación en algo casi teatral. En las ventanas, el cristal no devolvía ya paisaje alguno; devolvía solo el reflejo del grupo. La montaña había desaparecido. Quedaban ellos y sus dobles en el vidrio.

Colette hizo servir sopa, pan, algo de carne fría y queso en una mesa auxiliar del salón. Nadie tenía realmente hambre, pero todos comieron algo, incluso Claire, aunque solo lo mínimo necesario para no parecer todavía más frágil de lo que ya se sentía. Gabriel insistió en ello. Bien. Las personas razonables, si es que aún quedaba alguna entera en Saint-Valéry, necesitaban glucosa tanto como coartadas.

Armand comió poco. Nunca había confiado del todo en la comida durante las investigaciones. Le daba la impresión de que masticar y pensar en la muerte al mismo tiempo era una forma inferior de hipocresía corporal. Aun así tomó sopa. El caldo estaba excelente. Eso le molestó.

Se sentó por fin cerca de una lámpara baja, no muy lejos de la puerta que daba al pequeño despacho de recepción y del corredor donde había quedado instalado Bernard. Desde esa posición podía ver el arco del comedor cerrado, el piano, la escalera principal y, en el reflejo del espejo, una parte del pasillo bajo. Gabriel lo había dispuesto de esa manera a propósito, sin duda. El salón ya no era una estancia común. Era una pieza de observación compartida.

El grupo se fue sedimentando.

Claire eligió un sillón de respaldo alto. Ya no estaba junto al espejo. Ahora estaba más cerca de la lámpara, quizá porque la luz frontal y pobre favorecía menos la expresión ajena y la obligaba a menos máscaras. Llevaba el bolso a sus pies, no ya como defensa sino como residuo de su necesidad de no dejar nunca nada esencial

del todo lejos de sí. La revista seguía cerrada sobre la mesa. No la había abierto ni pensaba hacerlo.

Julien ocupó el espacio cerca del piano, de pie primero, luego sentado en el borde de una butaca como si no fuera capaz todavía de entregar por completo el peso. Bebía agua. Eso le dio a Armand una impresión mejor y peor al mismo tiempo. Mejor porque el alcohol lo habría vuelto mucho más torpe. Peor porque la lucidez, en su caso, afilaba lo poco estable que había en él.

Madeleine pidió coñac. Gabriel dudó un segundo y luego se lo permitió. Buena decisión. Negar ciertas liturgias a una actriz de esa edad y en ese contexto habría producido una tensión inútil. Ella tomó la copa con una gratitud irónica y se sentó en un sillón lateral, una pierna cruzada, los hombros envueltos ya en una chalina oscura que la envejecía apenas y la volvía aún más cinematográfica. Fumaba menos ahora. O más despacio. No era lo mismo.

Valette permaneció fiel a su sillón apartado. Había pedido té, lo cual en otro hombre habría parecido una delicadeza y en él parecía casi una protesta silenciosa contra la vulgaridad de compartir salón con coñac, sopa y policías. El bastón seguía apoyado contra la mesa auxiliar. A ratos sus ojos iban a Claire. A ratos a Morel. Casi nunca a Gabriel. Eso también contaba.

Benoît se sentó por fin, algo encorvado, con la taza entre las manos y la vista hundida en un punto indeterminado de la alfombra. Los sacerdotes cansados no rezan siempre. A veces solo administran con una especie de obstinación mineral la tarea de no odiar demasiado tarde.

Y Lucien Morel…

Ahora sí se había sentado.

Eso no tranquilizó a nadie. Ni a Armand.

Lo hizo en una silla recta junto al aparador, no en un sillón. Mala elección para un hombre inocente, excelente para un hombre que no quiere relajar del todo el cuerpo porque sabe que quizá necesite levantarse en el momento exacto. Se había quitado la chaqueta y la había doblado con un cuidado insultante sobre el respaldo. En mangas de camisa, el torso resultaba algo más delgado de lo que el traje sugería. Los antebrazos eran secos, pálidos, de vello escaso.

Las manos, apoyadas una sobre otra, seguían resultando demasiado limpias. La corbata, todavía puesta, parecía ahora una obstinación casi ideológica. Ningún hombre cómodo en su posición conserva la corbata a esa hora, en ese contexto, salvo que necesite seguir diciéndose a sí mismo que aún pertenece a una forma superior de orden.

Armand lo miró un segundo más largo de lo que quizá era prudente.

Lucien lo notó.

Y sostuvo la mirada.

Sin desafío abierto. Sin retroceder. Más bien como dos hombres que ya no discuten si la habitación está bien cerrada, sino qué parte de la noche seguirá siendo de quién.

Fue Madeleine quien quebró la superficie.

—Si esto continúa así —dijo, alzando apenas la copa—, Saint-Valéry va a terminar por ofrecer paquetes especiales para viudas, exjueces, sobrinos moralmente deformes y médicos con problemas de temperamento.

—Cállese —murmuró Julien.

La actriz volvió la cabeza hacia él.

—No dé órdenes desde el borde de la infancia, querido. Resulta muy poco persuasivo.

Julien apretó la mandíbula. Había ya en él una falta de sueño peligrosa. La piel bajo los ojos empezaba a ensombrecerse. La furia, en hombres como ese, se vuelve menos escandalosa y más dañina cuanto más cansados están.

Valette habló sin levantar demasiado la voz.

—Madeleine, no ayuda.

—Ya sé, Henri. Pero en algún punto hay que elegir entre ayudar y no pudrirse de solemnidad.

—La solemnidad no mata a nadie —dijo Gabriel.

—No. Lo hacen más bien las oportunidades mal acompañadas —replicó ella.

Lucien no reaccionó. Eso fue casi más importante que cualquier respuesta.

Armand observó el salón entero una vez más.

A esas alturas, el grupo empezaba a sufrir un fenómeno interesante. El miedo inicial, el miedo limpio, el del hecho recién descubierto, había dejado paso a algo más turbio. A una mezcla de cansancio, vigilancia recíproca y necesidad de mantener la propia versión del yo incluso dentro del encierro. Cuando el terror dura muchas horas, las personas no pueden sostenerlo en estado puro. Lo recubren de personalidad. Y es justo ahí, en esa decoración del miedo, donde suelen abrirse las grietas más útiles.

Gabriel se acercó discretamente.

—No me gusta Julien —dijo en voz baja.

—Eso no es novedad.

—No. Pero ahora menos. Está demasiado despierto para su agotamiento.

Armand miró al joven junto al piano.

—Sí.

—Puede romperse.

—Sí.

—O hacer algo idiota.

—Sí.

Gabriel exhaló.

—Deje de responderme así.

—Entonces formule dudas menos evidentes.

Pese a la irritación, el teniente no perdió la línea de pensamiento.

—No creo que sea el siguiente movimiento de Morel —dijo—. Pero sí creo que Julien puede estropearlo todo por cuenta propia.

—Sí. Y eso sería ideal para alguien que necesitara barro nuevo.

—¿Cree que Morel lo usaría?

Armand pensó un segundo.

—No directamente. Pero podría dejarlo hacer. O empujarlo un poco. Los hombres metódicos aman que otros les proporcionen ruido espontáneo.

Gabriel siguió el hilo.

—Valette no. Claire no. Benoît tampoco. Madeleine quizá podría provocar, pero no ensuciaría la escena sin saber exactamente el valor dramático del gesto. Julien, en cambio…

—Julien es pólvora criada en una habitación sin ventilación —dijo Armand—. No hay que prenderle fuego. A veces basta con acercarle una frase.

La frase quedó entre ambos mientras la lluvia seguía golpeando los cristales y el reloj del vestíbulo, a lo lejos, marcaba las horas con una cortesía casi absurda.

Gabriel miró hacia el corredor donde estaba Bernard.

—Y mientras tanto Bernard sigue siendo el objetivo limpio.

—Sí.

—No puedo vigilar a todos.

—No.

—Y tampoco puedo dormir.

—Nadie le ha pedido eso.

—Todavía.

Armand no respondió. Había algo en la fatiga del joven que le despertaba una simpatía tan vieja como indeseada. Gabriel no era brillante de la forma narcisista en que lo son ciertos hombres jóvenes que han leído demasiado sobre sí mismos. Era mejor: aprendía. Y eso, en un thriller así, valía más que cualquier intuición relampagueante.

La noche se cerró del todo un poco después de las nueve.

Colette hizo retirar la mesa auxiliar. Léonie dejó sobre una consola una bandeja con café y agua caliente. Marcel relevó unos minutos a la cocinera junto al cuarto de Bernard mientras ella iba a buscar una manta suplementaria. Todo el hotel parecía ya reducido a un único punto de respiración: el salón iluminado, los pasillos adyacentes y la lluvia como frontera.

Fue entonces cuando ocurrió algo pequeño.

Tan pequeño que, de no estar todos ya viviendo en una hiperconciencia de la escena, quizá habría pasado sin valor.

Lucien Morel se levantó.

No de golpe. No con decisión llamativa. Simplemente se puso en pie, alisó una manga y dijo, con una naturalidad impecable:

—Necesito mi maletín. Está en mi nueva habitación.

Gabriel lo miró enseguida.

—Marcel irá con usted.

Lucien asintió. Demasiado bien. Otra vez.

—Naturalmente.

Marcel dejó la taza a medio terminar y se acercó con una rapidez un poco torpe. Lucien tomó la chaqueta doblada del respaldo, pero no se la puso. La dejó sobre el antebrazo y esperó.

Armand los siguió con la vista mientras atravesaban el corredor bajo.

Lo que le inquietó no fue el hecho en sí —un hombre quiere su maletín, incluso un médico atrapado en una noche así puede alegar la necesidad de tenerlo cerca—, sino la tranquilidad con que Lucien aceptó el acompañamiento. Seguía sin pelear por el margen. Eso significaba una de dos cosas: o realmente había entendido que ya no lo tenía, o sabía que el margen que importaba estaba en otra parte.

Y a los hombres como Morel, pensó Armand, les interesan muy poco las puertas visibles cuando aún conservan una buena mano para las invisibles.

Pasaron dos minutos.

Luego tres.

Después cuatro.

Gabriel seguía en el salón, pero ahora la quietud ya no era la misma. Los presentes la notaban también. El pequeño desplazamiento de Morel al cuarto había dejado una vibración incómoda, como si un hilo se hubiese tensado en un telar que nadie comprendía del todo.

Madeleine dejó la copa en el brazo del sillón.

—No me gusta nada esto —dijo.

—¿Qué? —preguntó Julien con brusquedad.

—Precisamente que no sabes qué.

Claire levantó la cabeza por primera vez en varios minutos.

Valette miró hacia el corredor.

Benoît frunció apenas el ceño.

Gabriel se puso en pie.

—Espere aquí —dijo a nadie en particular y a todos.

Fue hasta el corredor bajo.

Armand ya se había levantado.

No corrieron. Correr en un hotel multiplica el miedo de una manera vulgar y, además, impide oír. Avanzaron deprisa, con esa velocidad seca de quienes no quieren llegar tarde y al mismo tiempo necesitan que los ojos sigan siendo útiles.

Al girar hacia la habitación baja asignada a Morel, vieron a Marcel.

Estaba en el umbral. Solo.

Con la cara más blanca que la pared.

—¿Qué pasa? —dijo Gabriel.

Marcel levantó una mano, inútil, temblorosa, señalando hacia dentro.

—No… no está.

La habitación estaba vacía.

La maleta abierta sobre la cama.

El armario entreabierto.

El maletín médico sobre la silla.

La ventana cerrada.

La puerta del baño abierta, sin nadie dentro.

Un segundo. Solo uno. Pero allí estuvo la sensación física y brutal de que la noche acababa de inclinarse.

Gabriel cruzó la habitación en dos pasos.

—¿No lo perdió de vista?

Marcel tragó saliva.

—No. O sea… entró. Cogió el maletín. Dijo que iba al baño. Yo esperé aquí. Pensé que…

—¿Y la otra puerta? —preguntó Armand.

Había una segunda salida.

Más pequeña. Discreta. Casi decorativa. Una vieja puerta lateral de comunicación con un pasillo de servicio mínimo que en otras épocas tal vez se habría usado para que el personal dejara agua caliente o mantas sin cruzar por el corredor principal.

Gabriel fue hasta ella.

Abierta.

Solo unos centímetros.

Lo suficiente.

Armand sintió el frío exacto de la comprensión.

No había necesitado margen visible.

Había necesitado solo una arquitectura vieja.

Una segunda puerta.

Una costumbre del hotel.

Un instante de confianza mal administrada.

Y en ese mismo momento, desde el otro lado del corredor, les llegó un sonido.

No un grito.

Peor.

El golpe sordo y breve de algo pesado contra una superficie de madera, seguido de un tintineo metálico muy pequeño y después el ruido mínimo, insoportable, de una silla o una mesilla moviéndose donde no debía.

Venía del cuarto de plancha pequeño donde estaba Bernard.

Gabriel no dijo nada. Ya estaba corriendo.

Ahora sí.

No había elegancia posible ya en la velocidad.

Armand fue detrás.

Y mientras cruzaban el corredor, el hotel entero —la lluvia, las puertas, la moqueta, el espejo, las lámparas, los pasos de los otros saliendo del salón— pareció respirar de golpe lo que él ya sabía con una nitidez helada:

Lucien Morel no había necesitado otra oportunidad.

Solo había estado esperando el momento exacto para ensuciar el dibujo.

Capítulo 16. El ruido de una puerta mal cerrada

No fue un grito.

Eso fue lo primero que comprendió Armand Delacroix mientras corría detrás de Gabriel Vasseur por el corredor bajo, con la moqueta absorbiendo mal la violencia de los pasos y el hotel entero despertando en oleadas de movimiento, preguntas y miedo. No había habido grito. Y eso, en una casa así, resultaba mucho peor. Los gritos pertenecen todavía al desorden humano. Lo que habían oído era otra cosa: el sonido breve, opaco y horriblemente doméstico de una interrupción calculada.

Un golpe.

Metal.

Madera desplazada.

La clase de ruido que produce una violencia que ya no necesita presentarse como tragedia, sino como trámite.

Gabriel llegó primero al cuarto pequeño de plancha.

La puerta estaba entornada. No abierta de par en par. No cerrada. Entornada.

A Armand le bastó verlo para sentir esa punzada de repugnancia intelectual que siempre le provocaban los criminales demasiado metódicos cuando, pese a toda la presión, seguían encontrando tiempo para una cierta estética del gesto. Una puerta entornada es peor que una puerta abierta. La abierta anuncia. La entornada insinúa. Y las insinuaciones, en medio del pánico, obligan al cuerpo a hacer un trabajo suplementario. El trabajo de imaginar antes de ver. Un hombre inteligente que ya ha matado dos veces conoce el valor de ese segundo.

Gabriel empujó con el hombro.

La habitación, de unos metros apenas, había sido acondicionada deprisa para Bernard Sorel con una cama estrecha, una silla, una pequeña mesilla, una jarra de agua y una lámpara que ahora yacía en el suelo, torcida, con la pantalla de tela blanca rota en un

costado. El olor a plancha, almidón y lino viejo se mezclaba con algo más nuevo y brutal: el olor inmediato de la violencia reciente, esa mezcla sin prestigio de sudor, tela movida demasiado rápido y aire interrumpido.

Bernard no estaba en la cama.

Estaba contra la pared.

O mejor dicho: había acabado contra la pared.

Medio sentado, medio vencido, con la espalda apoyada de forma antinatural en el zócalo y las piernas torcidas hacia un lado, como si alguien hubiera tratado de hacer que pareciera una caída torpe y, por culpa de la prisa, hubiese terminado componiendo algo todavía peor: una caída que pensaba demasiado en sí misma. Tenía la camisa abierta en el cuello, un botón arrancado, el bigote húmedo de saliva y el rostro de un gris blanquecino donde la piel, en torno a la boca, había adquirido ya ese color espantoso de los hombres que estuvieron a un paso de quedarse sin aire. Había un hematoma naciendo bajo el hueso de la mandíbula. En el cuello, apenas visible a primera vista, una marca oblicua, estrecha, de compresión.

No estaba muerto.

Eso fue lo segundo que comprendieron ambos a la vez.

No estaba muerto, pero la muerte había pasado tan cerca que todavía seguía en la habitación como un animal indeciso.

Gabriel se agachó de inmediato junto a él.

—¡Bernard!

Sorel abrió los ojos con un esfuerzo espantoso. Intentó tragar. No pudo. Hizo un gesto mínimo con la mano derecha, como si aún no supiera si apartarse de algo o señalarlo.

—No hable —dijo Gabriel—. Respire.

Armand, que había cerrado ya la puerta con una rapidez instintiva para aislar el cuarto del movimiento creciente del corredor, se acercó a la cama y vio la cuerda.

No una cuerda en sentido teatral. Un cordón grueso, probablemente de cortina o de embalaje de lavandería, tirado junto al lateral de la cama con una naturalidad tan mala que parecía una broma privada del asesino contra el propio oficio del hotel. La lazada estaba mal deshecha. Como si alguien la hubiera soltado con prisa o

hubiera tenido que abandonar el gesto antes de terminar de borrar la herramienta del todo.

—Aquí —dijo.

Gabriel levantó solo un instante la vista.

Lo entendió enseguida.

No había hecho falta cuchillo ni arma nueva. Solo un cuarto pequeño, una puerta lateral, un instante de confianza delegada en Marcel y la utilidad obscena de una casa llena de cordones, telas, cierres y objetos lo bastante inocentes para parecer parte del inventario y no del crimen.

—¿Puede respirar? —preguntó Gabriel otra vez.

Bernard hizo un movimiento miserable de cabeza. Sí. Apenas. Sus ojos, marrones y empañados, seguían mirando a un punto demasiado fijo del cuarto. No a Gabriel. No a Armand. A un lugar muy concreto del suelo, junto a la mesilla volcada.

Armand siguió la dirección.

Una llave.

No la llave maestra del hotel, que seguía en la carpeta de Gabriel. Otra. Más pequeña, oscura, antigua, quizá una copia vieja de paso interior o una llave de comunicación entre cuartos de servicio. Bernard la había debido de llevar encima, o tener a mano. Ahora yacía junto al zócalo como un comentario cruel sobre la lógica entera del caso.

En el corredor se oían ya pasos. Demasiados.

—No dejes entrar a nadie todavía —dijo Gabriel.

Armand abrió apenas la puerta, lo justo para interceptar el flujo del miedo antes de que invadiera el cuarto. Afuera estaban Marcel, pálido como una sábana mal lavada; Colette, con los brazos todavía manchados de harina seca; Léonie, llevándose una mano a la boca; Madeleine un poco más atrás, el rostro vivo de una concentración casi obscena; Julien, con la violencia en la cara antes incluso de entender; Claire, quieta en la mitad del pasillo como si hubiera llegado hasta allí arrastrando otra herida invisible; Valette, más blanco; Benoît con una mano ya levantada, no para bendecir, sino para contener.

Y Lucien Morel.

Más atrás.

Demasiado atrás.

Había llegado también. Pero no con la precipitación esperable del médico. No primero. No siquiera en el centro. Estaba al fondo del corredor, junto a la pared, con la manga remangada apenas un dedo más que antes y el rostro de quien llega tarde a un accidente o demasiado pronto a confirmar su eficacia.

Armand vio la escena entera en una sola impresión: el grupo, el pasillo, la puerta, Bernard vivo, el cordón, la llave en el suelo, Lucien al fondo.

Y comprendió al instante la belleza sucia del movimiento.

No había matado a Bernard.

No todavía.

Solo había intentado hacerlo lo suficiente como para dejar sobre la noche una pregunta adicional. Otra violencia. Otra forma. Otra posibilidad de lectura.

No había querido solo borrar una pieza.

Había querido, sobre todo, deformar el dibujo.

—Nadie entra —dijo Armand.

No levantó la voz, pero no hizo falta. A esas alturas del día, incluso los más orgullosos habían aprendido ya a reconocer en ciertos tonos algo más eficaz que la autoridad formal.

Gabriel hablaba con Bernard en voz baja.

—¿Lo vio? Bernard. ¿Lo vio?

El director parpadeó, trató de formar una palabra y solo consiguió aire roto.

—No hable —dijo Benoît desde el pasillo, acercándose un paso —. Primero el aire.

Lucien dio entonces un movimiento como si fuera a avanzar.

—Déjeme examinarlo.

Gabriel levantó la cabeza.

Fue un gesto pequeño, pero con una violencia limpia. Ya no quedaba en él ninguna ingenuidad residual respecto al papel del médico.

—No.

La palabra quedó en el corredor como una puerta cerrada con pestillo.

Lucien no insistió. Interesante también.

—Puede tener una lesión laríngea —dijo con la frialdad profesional exacta de quien sabe tocar los límites justos del deber sin parecer que los usa—. O una fractura parcial. Necesita saber si…

—He dicho no —repitió Gabriel—. Se queda ahí.

Madeleine soltó el aire por la nariz.

—Por fin.

Nadie la miró.

Armand cerró un poco más la puerta, dejando solo el espacio necesario para que Gabriel oyera el corredor y el corredor oyera que, por el momento, el centro seguía dentro.

Se volvió hacia Bernard.

El director hacía esfuerzos visibles por ordenar la respiración. Tenía el chaleco torcido, la camisa arrugada y la garganta marcada por el intento de estrangulación con una precisión brutal que anulaba cualquier posibilidad de accidente. Armand lo observó sin tocarlo. Bernard no era todavía una fuente de relato. Era un hombre recién devuelto desde el borde. Hablar antes de tiempo habría sido estúpido y cruel.

Gabriel le alzó el mentón con dos dedos para ver mejor la marca. La cuerda había entrado oblicua desde atrás y hacia el costado. No un simple lazo frontal. Un gesto de cierta fuerza y cierta práctica improvisada. El tipo de presión que aplica alguien que sabe que no podrá sostener demasiado tiempo un forcejeo y, por tanto, necesita aprovechar la primera ventaja.

—Marcel —dijo Gabriel sin girarse—. Busca al otro agente. Ahora. Y que llame al puesto en cuanto tenga una línea. Bernard ha sobrevivido. Que suba alguien más desde el valle aunque tengan que venir a pie.

—Sí, monsieur.

Los pasos se alejaron corriendo por el pasillo.

Armand volvió a mirar el suelo.

La mesilla volcada. La lámpara rota. La jarra de agua derramada. El cordón junto a la cama. La llave pequeña. Un paño en el suelo.

Todo tenía el aspecto de una violencia relativamente breve, relativamente silenciosa y no del todo consumada. No había sangre. No la necesitaba. Aquello era otra clase de ataque. Más sucio en cierto modo. Más íntimo y más vulgar a la vez.

Y estaba la pregunta más importante de todas:

¿Por qué no había terminado el trabajo?

No por piedad. Nunca por piedad.

No por interrupción total, porque el golpe y el ruido indicaban que el asesino había tenido al menos unos segundos de dominio sobre la escena.

Entonces, ¿por qué?

La respuesta se insinuó enseguida.

Porque la muerte perfecta de Bernard quizá ya no convenía tanto como el intento.

Porque un Bernard muerto habría confirmado demasiado pronto una línea.

Porque un Bernard casi muerto, con un cordón, un cuarto de servicio y una llave en el suelo, añadía desorden sin cerrar todavía el patrón.

Lucien seguía pensando en el barro.

—Voy a necesitar un espejo y luz mejor —dijo Benoît desde la puerta—. Y agua tibia. No para curarlo. Para que no se ahogue en el propio pánico.

Gabriel asintió.

—Léonie. Tráelo.

La joven salió disparada.

Armand entreabrió la puerta lo suficiente para mirar de nuevo al pasillo. El grupo seguía allí, petrificado en varias gradaciones de miedo y comprensión.

Claire había perdido ya la última porción de color útil del rostro. La boca se le había endurecido de una manera casi dolorosa. Julien parecía a un paso de hacer algo idiota. Valette miraba a Lucien, no a Bernard. Eso interesó a Armand más que casi todo lo demás. Madeleine, en cambio, seguía mirando la escena con la atención lúcida de quien sabe que el crimen, cuando empieza a desordenarse, revela más de su autor que cuando aún parece inteligente.

Y Lucien.

Quieto.

Demasiado quieto.

Y, sin embargo, no inmóvil del todo.

Había en él un ajuste nuevo. No derrota. No sorpresa. Más bien el tipo de concentración que adopta un ajedrecista cuando descubre que una jugada fallida no ha estropeado la partida, solo la ha vuelto más fea.

Sí, pensó Armand con una repulsión casi intelectual.

Eso era.

Más fea.

No peor para él todavía. Más fea.

Cerró la puerta del todo.

—No va a morir —dijo Gabriel, más para sí mismo que para Bernard.

El director logró por fin emitir un sonido parecido a una palabra.

—Ll…

Gabriel se inclinó.

—No hable.

Bernard insistió con una debilidad angustiosa.

—Ll…

La mano derecha se movió apenas hacia el suelo.

Armand siguió la dirección. La llave pequeña seguía junto al zócalo.

—La llave —dijo.

Gabriel la recogió con un pañuelo de bolsillo.

Era antigua, oscura, sin marca moderna. No del llavero corriente del hotel, sino de esos cierres secundarios que sobreviven décadas en edificios viejos y que nadie recuerda del todo hasta que vuelven a servir para algo malo.

Bernard volvió a intentarlo.

—Pu…

—¿Puerta? —dijo Gabriel.

Los ojos del director parpadearon. Sí. O algo parecido.

Armand miró la pequeña puerta lateral del cuarto. La que comunicaba con un espacio de almacenamiento minúsculo y de ahí

con otro corredor aún más estrecho, propio de servicio antiguo. Había quedado cerrada. Casi inocente. Demasiado.

Fue hasta ella y comprobó el pomo.

No cedía.

Probó con la llave.

Encajó.

La puerta se abrió con un sonido tan pequeño que resultó infame.

Del otro lado había un armario de paso, casi un conducto utilitario entre cuartos de trabajo. Apenas una repisa, mantas dobladas, un cubo de latón, dos juegos de cortinas y, al fondo, otra salida que daba al corredor trasero hacia la lavandería.

Sí.

Perfecto.

No había necesitado exponerse por la puerta principal.

Había entrado por detrás.

Usando una llave vieja o sabiendo dónde estaba.

O sabiendo que Bernard la tenía.

Armand volvió despacio.

—No quería solo matarlo —dijo.

Gabriel lo miró.

—No.

—Quería la llave.

La frase se quedó suspendida sobre el cuarto.

Y era peor que la otra hipótesis.

Porque no se trataba solo de una tentativa de asesinato frustrada. Se trataba de una operación con dos fines: atacar a Bernard y recuperar una herramienta concreta del hotel. Una puerta. Otro acceso. Otro margen.

Gabriel entendió al instante.

—¿Bernard se la dio? —preguntó muy bajo.

El director trató de mover la cabeza. No. O quizá no sabía.

—No importa todavía —dijo Armand—. Lo importante es que la quiso.

—¿Para qué?

—Para seguir respirando dentro del hotel.

La frase no era elegante. Era material.

La puerta lateral, la llave secundaria, el cuarto de plancha, la circulación de servicio. Lucien no había terminado con la arquitectura. Solo había cambiado de mapa.

Léonie volvió con agua tibia, un espejo de mano y toallas.

Benoît entró entonces con el permiso de Gabriel y se arrodilló junto a Bernard no como sacerdote, sino como el único hombre del hotel cuya cercanía, en ese momento, no exigía confianza ni prestigio. Le sostuvo la cabeza con una delicadeza que ni el hábito ni la fe le habían enseñado: era una delicadeza de enfermería vieja, de hombre acostumbrado a respirar con otros cuando el aire falla.

—Míreme —dijo—. Solo aquí. No al resto. Respire conmigo. Así.

Bernard lo hizo. O lo intentó.

La escena tenía una intimidad brutal. Y, de manera extraña, indecente, también una belleza seca. No porque la violencia la produjera, sino porque por fin, entre tanta máscara, alguien estaba haciendo algo sin administrarlo.

Gabriel se puso en pie.

—Voy a cerrar esa puerta, esa llave y esa ruta. Marcel, cuando vuelva, se queda aquí. Léonie también. Nadie más entra ni sale.

Armand lo siguió fuera al corredor.

El grupo seguía esperando.

Lucien levantó la vista. Claire también. Madeleine apagó por fin el cigarrillo en un cenicero de latón. Julien dio medio paso hacia ellos. Valette permaneció sentado, más pálido que antes. El salón ya no existía. Solo quedaba el perímetro de una amenaza.

Gabriel habló con voz limpia.

—Bernard vive.

El aire entero cambió.

No se relajó. Se deformó de otra manera.

Julien soltó el aire de golpe. Claire cerró los ojos una sola vez. Benoît no estaba ya para ser mirado. Valette no se movió. Madeleine exhaló muy despacio, como si eso confirmara exactamente el tipo de inteligencia sucia que llevaba horas esperando del día.

Y Lucien…

Lucien no cambió.

Eso fue quizá lo más aterrador.

No alivio.

No desagrado.

No frustración visible.

Solo una atención más fina.

Como si la noticia no le importara aún en términos morales, sino tácticos.

Armand lo vio.

Y supo, con una certeza repugnante, que la tentativa contra Bernard no había sido un fracaso simple. Había sido una jugada con más de un rendimiento posible. Si Bernard moría, el caso se ensuciaba. Si sobrevivía, aún dejaba tras de sí una nueva ruta, una llave, un sobresalto y una degradación suplementaria del patrón.

Morel seguía escribiendo con barro.

—A partir de este momento —dijo Gabriel— nadie se mueve solo ni siquiera dentro de esta planta. Las puertas de servicio quedan cerradas. Y si alguien necesita cualquier cosa, la pide desde aquí.

Madeleine habló primero.

—Eso ya no es un hotel. Es una prisión con mantel.

—No —dijo Armand sin apartar la vista de Lucien—. Es peor. Una prisión no suele intentar parecer todavía hospitalaria.

La actriz lo miró un segundo, aprobando la frase sin sonreír.

Julien dio un paso hacia Gabriel.

—¿Quién ha sido?

Mala pregunta. No por la necesidad. Por el tono.

Un hombre que pregunta eso así, en medio del pasillo, no busca una respuesta; busca un objeto para su odio inmediato.

Gabriel lo sabía.

—No usted —dijo.

La frase fue perfecta y cruel a la vez. Julien se detuvo. La mandíbula se le endureció como si le hubieran dado una bofetada moral delante de todos. Claire abrió los ojos. Valette levantó por fin la cabeza con algo parecido a un interés más vivo. Lucien siguió inmóvil.

Armand observó a Julien con atención. Sí. Definitivamente se estaba volviendo peligroso. No como asesino central del caso. Como

catalizador. Como materia inflamable. Y ahora, tras la tentativa contra Bernard, el riesgo era doble: un asesino metódico improvisando y un sobrino resentido al borde de confundir justicia con participación.

Se acercó a Gabriel y habló bajo.

—No pierda a Julien.

—Lo sé.

—No. Lo sabe a medias. Ahora ya no basta con vigilar al culpable útil. Tiene que vigilar también al hombre que puede regalarle al culpable el desorden que le falta.

Gabriel asintió. Cansado. Lúcido. Muy despierto ya.

—Voy a sentarlos a todos en el salón. No quiero corredores, ni ventanas, ni pianos, ni rincones.

—Bien.

—Y quiero la llave esa bajo custodia.

—Sí.

—Y quiero volver a entrarle a Morel.

Armand pensó un segundo.

—No todavía.

Gabriel lo miró con una mezcla de irritación y aceptación fatigada.

—¿Otra vez no?

—No. Porque ahora sabe que usted sabe demasiado. Si entra ahora, mentirá mejor. Primero quiero que sienta el efecto de haber fracasado del todo en público. Quiero que vea a Bernard respirar. Quiero que el grupo lo mire sin saber exactamente cuánto sabe, pero sabiendo ya que la noche no se ha cerrado a su favor.

Gabriel dejó pasar dos segundos.

—Está bien.

—Y otra cosa.

—¿Qué?

—Ya no piense solo en qué quiere tapar. Piense en qué quiere parecer.

Gabriel frunció el ceño.

—Explíquelo.

Armand miró la puerta del cuarto de plancha.

—Lemaire muerto parecía un crimen íntimo corregido. Adèle muerta parecía ya un silenciamiento técnico. Bernard casi muerto con una llave y una puerta de servicio… eso apunta a otra cosa. A un ataque al mecanismo del hotel. A la estructura. A quien sostiene la casa. Si sigue por ahí, la siguiente jugada puede querer convertir esto en una ofensiva contra Saint-Valéry mismo. No contra una red privada de culpas.

Gabriel exhaló muy despacio.

—Ensuciar el dibujo.

—Sí.

—Hasta que no haya dibujo.

—Exactamente.

El teniente miró hacia el salón.

La noche se había apoderado del cristal. Ya no había afuera. Solo reflejos.

Dentro, las personas empezaban a parecerse cada vez más a sus propias peores versiones.

Claire, al remordimiento lúcido.

Julien, al resentimiento sin ancla.

Valette, a la culpa envejecida.

Madeleine, al escepticismo herido que aún conserva mejor gusto que esperanza.

Benoît, a la compasión tardía.

Bernard, a la fragilidad de las instituciones.

Y Lucien…

Lucien empezaba a parecerse al hombre que llevaba años oculto detrás de la utilidad.

Gabriel tomó una decisión visible en el cuerpo antes que en la voz.

—Todos al salón. Ahora. Juntos.

Los hizo sentarse como pudo. Claire junto a la lámpara. Julien al otro extremo del sofá largo. Madeleine en su sillón. Valette frente a ella. Benoît de pie, aunque finalmente apoyado en el respaldo de una silla. Lucien, esta vez, sin elección: una silla recta en el centro del eje visual del cuarto, donde la luz le caía lateralmente sobre la

cara y el reflejo del espejo ya no le permitía ninguna oscuridad cómoda.

No era un interrogatorio todavía.

Era algo mejor.

Una escenografía de tensión donde el asesino debía convivir, por primera vez en la noche, con una arquitectura que no había elegido él.

Armand tomó asiento entonces. Muy despacio. Frente a todos.

Y mientras la lluvia seguía golpeando el hotel como si quisiera entrar también ella a escuchar, comprendió que el siguiente tramo ya no consistiría solo en perseguir la verdad.

Consistiría en impedir que Lucien Morel lograra todavía una última victoria estética sobre el caso.

Porque eso era lo que seguía buscando, incluso ahora:

no solo salir con vida,

ni siquiera salir libre,

sino conseguir que la novela del crimen terminara pareciéndose más a su versión que a la de los hechos.

Y eso, pensó Armand, no iba a concedérselo.

Capítulo 17. La sala de espera de los culpables

Cuando por fin estuvieron todos sentados en el salón, Saint-Valéry dejó de parecer un hotel y pasó a parecerse a esas salas de espera donde no hay enfermos, sino diagnósticos que todavía no han decidido a qué cuerpo pertenecen.

No era una imagen especialmente literaria. Era, más bien, la clase de verdad visual que uno reconoce con una punzada física antes de encontrarle palabras: una lámpara demasiado baja para tanta tensión, un piano cerrado que ya no prometía música sino interrupción, las cortinas recogidas como si aún tuviera sentido ofrecer vistas a una noche que no existía, y los rostros. Sobre todo los rostros, cada uno vuelto ahora no hacia la cortesía social, sino hacia la necesidad animal de medir al resto.

La lluvia seguía afuera con esa obstinación ya casi burocrática que había dejado de ser un clima para convertirse en una condición moral. No hacía ruido de tormenta. Hacía ruido de cerrojo.

Armand Delacroix tomó asiento por primera vez en una posición verdaderamente central. No le gustó. Los hombres como él sospechan siempre de su propia presencia cuando la escena empieza a parecer escrita también para ellos. Pero había llegado ese punto del caso en que la distancia elegante deja de servir. El crimen ya no estaba solo en las habitaciones, en las puertas de servicio o en la hora doblada. Estaba ahora en la convivencia misma. Había que obligar a todos a respirar el mismo aire hasta que alguno dejara de soportar su propia versión.

Gabriel Vasseur se quedó de pie.

No por teatralidad, ni por esa costumbre policial de convertir la verticalidad en una forma suplementaria de autoridad, sino porque todavía no podía permitirse el lujo de descansar. Había en él cansancio, sí, uno ya muy visible en el borde de los ojos y en la boca, pero seguía siendo un cansancio activo, afilado. El teniente había entrado en la fase buena del agotamiento: aquella en la que la

mente deja de adornarse y empieza a distinguir por fin lo esencial de lo urgente.

El orden que había impuesto a la sala era deliberado.

Claire de Montfort estaba junto a la lámpara de pie, sentada muy recta en un sillón que parecía demasiado blando para ella. La luz lateral le endurecía el perfil y dejaba la otra mitad del rostro en una sombra grisácea que no lograba embellecerla ni afeársela, solo volverla más exacta. Había cruzado los tobillos, no las piernas, y tenía las manos juntas sobre el regazo, una encima de otra, como si así pudiera evitar que el cuerpo empezara a delatar lo que la voluntad seguía conteniendo. El bolso descansaba en el suelo, a un costado, ya no como defensa sino como resto. En la mesa baja cercana seguía la revista cerrada que no había leído. La horquilla del pelo brillaba apenas. No parecía una mujer resignada. Parecía una mujer que había pasado al otro lado de una vergüenza privada y estaba ahora enfrentándose a algo más devastador: la vulgaridad ajena aplicada a su crimen.

Julien ocupaba el extremo del sofá largo, demasiado cerca del piano y demasiado lejos de cualquier forma de consuelo. Seguía con la copa vacía, aunque ahora la había dejado por fin sobre una consola y mantenía las manos entrelazadas con una violencia evidente entre las rodillas. El cabello negro, cada vez menos sometido a la disciplina del peinado, le caía sobre la frente y le daba por momentos un aire casi bello en el peor sentido, el de los hombres a quienes el sufrimiento afila una juventud ya de por sí peligrosa. Tenía las mejillas más hundidas, los ojos más oscuros y esa clase de inmovilidad a punto de romperse que en los jóvenes orgullosos suele preceder a una frase mala o a un gesto peor.

Madeleine Artois estaba en su sillón lateral, con una pierna cruzada y la copa de coñac descansando en el brazo. Había dejado de fumar, lo que ya era una noticia por sí sola. No porque careciera de nicotina —seguramente la tenía de sobra—, sino porque el teatro del humo empezaba a resultarle ya demasiado indulgente para la calidad del momento. La chalina oscura sobre los hombros, el jersey negro, la blusa marfil, la cara finísima recortada por la luz mala: seguía teniendo la belleza de los objetos caros que han aprendido a

sobrevivir a su propio desgaste. Pero ahora había en ella una atención más dura. Ya no miraba el caso como quien asiste a una representación moralmente defectuosa. Lo miraba como quien ha empezado a oír en la mala obra algo que sí merece quedarse hasta el final.

Henri Valette estaba frente a ella, hundido en un sillón que lo aceptaba mal. Seguía con el bastón apoyado al costado, muy al alcance de la mano. El té intacto sobre la mesa auxiliar se había enfriado. No parecía advertirlo. Tenía el mentón un poco más bajo que antes, como si el peso de la noche empezara a vencer la arquitectura de la autoridad en el punto exacto donde esta deja de parecer altiva y empieza a parecer simplemente vieja. Los dedos cuadrados, nudosos, descansaban abiertos sobre los muslos. A ratos se cerraban. A ratos no. Nada más.

Padre Benoît Ravel había aceptado por fin sentarse, aunque eligió la silla más incómoda de la sala, recta y sin brazos, como si desconfiara instintivamente de cualquier mueble demasiado dispuesto al alivio. Tenía las manos secas unidas sobre la rodilla, el rosario escondido otra vez en el bolsillo interior de la chaqueta y la mirada baja, no por sumisión, sino por esa forma de escucha vertical que tienen ciertos hombres de fe cuando sospechan que la noche aún no ha dicho todo lo que venía a decir. El rostro largo, cansado, ya no transmitía compasión. Transmitía paciencia. Y la paciencia, en un sacerdote inteligente, puede resultar más inquietante que el juicio.

Y Lucien Morel.

Ahí estaba el centro visible de la sala y, sin embargo, seguía siendo el hombre menos dispuesto a entregar el centro real de sí mismo.

Gabriel lo había colocado, a propósito, en una silla recta bajo una luz lateral nada misericordiosa, de manera que no pudiera refugiarse ni en el aparador ni en la consola ni en un rincón desde el cual administrar la escena como si siguiera siendo suya. Había tenido incluso la pequeña inteligencia espacial de dejar el espejo fuera del ángulo cómodo de Lucien, obligándolo a estar en el cuarto sin una segunda imagen de sí mismo con la que ensayar otra pose. El doctor

se había puesto de nuevo la chaqueta, aunque sin abrocharla. La corbata seguía impecable, lo que en él resultaba ya una forma de obscenidad. Las manos, limpias y secas, descansaban una sobre otra. El cuello, demasiado correcto. La cara, perfectamente quieta. Pero ya no lograba dar la misma impresión de autoridad clínica que por la mañana. Algo se había desplazado. No hacia la culpa visible —Lucien no era hombre de remordimientos decorativos—, sino hacia una especie de concentración defensiva más tensa, como la del ajedrecista que entiende por fin que no solo ha perdido una pieza, sino la elegancia de la posición.

Gabriel recorrió la sala con la mirada antes de hablar.

Sabía —Armand lo veía con claridad— que lo peor que podía hacer ahora era precipitarse hacia una acusación frontal. No por falta de elementos, sino por exceso de inteligencia del adversario. Lucien ya había hablado bastante en privado. Ahora había que obligarlo a convivir con el grupo y con el miedo, con Bernard respirando todavía detrás de una puerta y con la posibilidad de que todos empezaran a entender juntos una parte distinta del caso. Las grandes caídas suelen empezar así: no en una celda, sino en una sala donde la distribución de los cuerpos vuelve insoportable cierta versión de uno mismo.

Fue Gabriel quien abrió la escena.

—Bernard Sorel está vivo —dijo.

Nadie respondió. Ya lo sabían. Y, sin embargo, la frase resultó necesaria. Como esas noticias de hospital que uno necesita oír varias veces aunque no cambien el estado real del enfermo.

—Ha sufrido una tentativa de estrangulamiento —continuó—. Y una agresión física clara. No ha sido un accidente. No ha sido una caída. No ha sido una crisis. Y quien haya hecho eso ha utilizado un acceso secundario del hotel y una llave que demuestra conocimiento detallado de su funcionamiento.

La frase dejó un movimiento muy leve en la sala.

No una reacción colectiva. Eso habría sido demasiado limpio. Fue algo mucho más útil: pequeñas alteraciones parciales.

Claire levantó muy levemente la barbilla.

Madeleine apoyó por primera vez los dedos del todo sobre el brazo del sillón.

Valette dejó de mirar la alfombra.

Julien miró a Lucien.

Benoît cerró los ojos una fracción de segundo.

Y Lucien no movió nada.

Eso ya era movimiento.

Gabriel siguió.

—No voy a repetir dos veces las mismas disposiciones. Nadie se mueve solo. Nadie abre ninguna puerta de servicio. Y quien tenga algo que decir, lo dirá ahora o asumirá después las consecuencias de no haberlo hecho cuando aún había margen.

La palabra margen no pasó desapercibida.

Armand la vio tocar a Lucien casi como una aguja breve bajo la piel. Nada grande. Solo la mínima tensión de un hombre que reconoce una palabra que ha usado demasiadas veces por dentro.

Madeleine fue la primera en hablar.

—Qué manera tan elegante de advertirnos que la noche ha dejado de ser educada.

Gabriel no respondió a ella. Se volvió hacia el grupo.

—Lo diré de otra forma. Hemos tenido una muerte en una suite. Otra en la zona de servicio. Y ahora un intento claro de matar a Bernard Sorel. Si alguien sigue creyendo que basta con esperar a que amaine para marcharse y dejar esto atrás, está subestimando gravemente la inteligencia o la desesperación de quien sigue actuando dentro del hotel.

Julien se incorporó un poco.

—¿"Sigue actuando"? —repitió—. Entonces sabe quién es.

Mala frase. Pero inevitable.

Gabriel no se volvió hacia él de inmediato.

—Sé que esta noche ya no admite lecturas inocentes.

—Eso no responde.

—No estoy aquí para darle a usted respuestas en el orden que su ansiedad prefiera.

Julien apretó la mandíbula. Claire cerró los ojos una sola vez. Armand observó a Lucien. El doctor seguía sin intervenir. Sí. Eso ya

no era prudencia. Era estrategia.

Fue Benoît quien habló con voz baja.

—Debería dejar de hablarse del hotel como si fuera un escenario ajeno al crimen.

Gabriel lo miró.

—¿Cómo quiere que se hable de él?

—Como de lo que es ahora mismo. Un cuerpo más.

La frase cayó con un peso extraño y muy exacto.

Armand sintió de nuevo esa desagradable gratitud que a veces provocan los sacerdotes cuando se empeñan en pensar mejor que los laicos.

—Sí —dijo—. Eso está mejor.

Madeleine lo miró.

—Debería dejar de darle la razón a los curas con esa soltura. En algunas novelas crea un precedente incómodo.

—En esta no —respondió Armand.

La actriz inclinó apenas la cabeza, casi aprobando.

Gabriel dio un paso hacia el centro de la sala.

—Quiero escuchar ahora algo muy concreto —dijo—. No impresiones, no filosofía, no recuerdos embellecidos por el miedo. Quiero saber si, después del ataque a Bernard, alguno de ustedes ha recordado algo más de la noche anterior o de esta tarde. Un recorrido. Una llave. Un ruido. Una frase. Algo que no dijera nada solo al principio, pero sí ahora.

Silencio.

Era un silencio denso, lleno, trabajado. No el de quien no sabe, sino el de quien ya está evaluando el precio de lo que sabe.

Armand observó a Claire primero.

Nada.

Luego a Valette.

Nada visible.

A Benoît.

Demasiado cansancio verdadero como para sacar una mentira nueva tan deprisa.

A Madeleine.

Interesante.

La actriz había inclinado apenas la cabeza hacia su propia copa, pero no la miraba realmente. Miraba un punto de la alfombra entre Lucien y el aparador. Como si allí, en una distancia concreta del salón, hubiese aparecido de pronto una relación entre un cuerpo, un recorrido y una vieja memoria de escena.

Lucien lo notó.

Armand lo vio notar que Madeleine había notado algo.

Y ese pequeño triángulo de atención valió más que una página entera de declaración.

—Madame Artois —dijo Gabriel.

Ella levantó la vista.

—Sí, teniente.

—Ha recordado algo.

No era una pregunta.

Madeleine dejó pasar un segundo. No por coquetería. Por jerarquía interna. Era una mujer que seguía decidiendo el orden de entrada de sus propias verdades incluso en mitad de una red de muertes.

—No exactamente —dijo al fin—. He unido dos cosas que hasta ahora estaban mal colocadas.

Armand se inclinó un poco hacia delante.

—Eso ya es bastante.

La actriz lo miró, luego al resto.

—La noche pasada —dijo—, cuando Lucien volvió del gabinete del primer piso, tenía una manga ligeramente mojada.

Lucien no se movió.

Nadie más tampoco.

Pero la sala cambió.

Gabriel habló con una calma perfecta.

—¿Mojada cómo?

Madeleine apoyó por fin la copa.

—No de lluvia directa. No como quien cruza un jardín. Más bien como quien roza una superficie húmeda o se apoya sin querer en una pared donde la humedad se ha acumulado. No le di importancia entonces. Solo pensé que las casas viejas siempre están un poco

mojadas por dentro cuando llueve así. Ahora ya no me parece igual de decorativo.

Gabriel se volvió hacia Lucien.

—¿Doctor?

El médico siguió inmóvil.

—No recuerdo esa manga.

Armand lo observó.

Mala respuesta.

No porque fuera necesariamente falsa en un sentido material, sino porque era una respuesta de archivo. La clase de frase que da un hombre cuando no quiere aceptar ni siquiera la forma de la observación porque sabe que cualquier intento de explicarla la volvería ya real.

Gabriel tampoco se la dejó.

—No le he preguntado si la recuerda. Le he preguntado si puede explicarla.

Lucien se volvió hacia Madeleine.

—Madame Artois ve decorados donde a menudo solo hay paredes.

Ella sostuvo la mirada con un cansancio casi afectuoso.

—Y usted, querido, lleva años confiando demasiado en que la diferencia resulte invisible.

Aquello llegó más lejos de lo aparente.

No porque insinuara una intimidad amorosa o pasada entre ellos, sino porque hablaban ya desde una frecuencia muy antigua: la del reconocimiento mutuo entre personas que saben exactamente cuánta construcción hay en la imagen ajena.

Gabriel no dejó que el diálogo se volviera privado.

—¿Qué superficie húmeda pudo rozar, doctor?

Lucien no respondió enseguida.

—No lo sé.

—Sí lo sabe mejor que eso.

—No.

—Miente —dijo Julien de pronto.

Mala intervención. Peligrosa. Pero, a veces, incluso el instrumento inestable da una nota útil.

Toda la sala se volvió hacia él.

Julien tenía el rostro más tenso que nunca. El borde de los ojos, oscuro. Las manos unidas tan fuerte que parecían dos cosas enemigas obligadas a soportarse.

—Miente —repitió—. Lleva todo el día mintiendo con esa cara de médico decente y esa voz de tumba limpia.

Claire levantó la vista de golpe.

—Julien.

—No, déjalo —murmuró Madeleine.

Y eso fue peor.

Porque la mezcla de freno maternal de Claire y de permiso irónico de Madeleine golpeó a Julien justo donde más daño podía hacerle: en su necesidad de ser, por una vez, algo más que el sobrino histérico que absorbe sospechas ajenas.

Se puso en pie.

—No voy a seguir sentado mientras ustedes hablan como si él— —señaló a Lucien sin mirarlo del todo— fuera todavía otra pieza elegante de esta casa.

Gabriel avanzó medio paso.

—Siéntese.

—No.

—Julien.

La voz de Claire fue más dura ahora.

—Siéntate.

Él la miró. Y por un instante, Armand tuvo la impresión precisa de estar viendo algo peligrosísimo: no un hombre enfadado, sino un hombre humillado por la combinación exacta de orden, autoridad femenina y desposesión del centro narrativo.

Sí. Julien era pólvora.

Y la sala entera acababa de acercarle otra cerilla.

—Siempre igual —dijo él, ya no a nadie en particular—. Siempre como si yo fuera el niño, el inútil, el que molesta, el que sobra. Mientras ustedes se reparten la culpa con un léxico mejor.

Valette alzó por fin la voz.

—Basta.

No sonó fuerte. Sonó viejo. Y eso, de alguna manera, lo volvió aún más odioso.

Julien giró hacia él con un brillo repentino en la cara.

—¿Basta? ¿Eso es todo lo que tiene? ¿Basta? ¿Después de años? ¿Después de mi tío, de Claire, de ese médico, de todo lo que saben y callan? ¿"Basta"? Usted debería haberse ahogado hace años en una frase mejor.

Silencio.

Benoît cerró los ojos una sola vez. Claire se había quedado completamente inmóvil. Madeleine miraba a Julien con un interés casi cruel. Gabriel tensó la mandíbula.

Y Lucien…

Lucien seguía quieto.

Demasiado quieto.

Armand lo observó con la lucidez súbita de quien reconoce por fin una dinámica antes de que se complete: Morel no necesitaba ya empujar. La sala empezaba a producir por sí sola el desorden suplementario que él llevaba horas necesitando.

No, pensó.

No le voy a conceder eso.

—Julien —dijo Armand.

No alzó la voz. No hizo falta.

El joven se volvió hacia él con la respiración alta y la cara aún tomada por la humillación.

—Siéntese —dijo Armand— o se convertirá usted en el único hombre de esta sala lo bastante torpe como para regalarle a otro la forma de su barro.

La frase le llegó.

No porque lo obedeciera por respeto. Sino porque lo había tocado justo en el punto donde más le dolía: la posibilidad de seguir siendo usado como accesorio del caso.

Julien se quedó inmóvil.

Luego, con una violencia seca y controlada, volvió a sentarse.

Muy bien.

Muy justo.

Gabriel lo vio también. Y aprovechó enseguida el instante de reordenación.

—Seguimos —dijo.

Nadie protestó.

Madeleine tomó la copa otra vez. Claire respiró un poco mejor. Valette parecía ahora no solo viejo, sino vencido por el lenguaje joven que no podía ya dominar. Benoît volvió a bajar la vista. Y Lucien…

Lucien seguía allí.

Pero ya no completamente.

Había aparecido por fin una mínima fisura en la rigidez de la boca. Nada que un testigo vulgar llamaría miedo. Más bien la forma sutil en que la irritación empieza a mezclarse con la incomodidad del hombre que ha dejado de controlar por completo la calidad del caos a su alrededor.

Armand decidió entonces que era el momento.

No para otra confesión. No todavía.

Para algo más fino.

Se volvió hacia Madeleine.

—La manga mojada.

Ella levantó la vista.

—Sí.

—¿En qué lado?

La actriz pensó un segundo.

—Izquierdo.

Gabriel miró a Lucien.

Sí.

Muy bien.

Porque si la manga izquierda estaba húmeda al volver del gabinete y si el ala de la suite, la puerta lateral y la pared de servicio ofrecían justo ciertos puntos de roce al pasar deprisa, entonces la observación de Madeleine no era un adorno de actriz. Era una costura física.

Lucien debió de comprender que también ellos habían llegado a la misma línea. La pequeña tensión del maxilar volvió. Ahí. Apenas.

—Eso no prueba nada —dijo.

Gabriel respondió con una serenidad ya peligrosa.

—No. Como casi nada de esta noche por separado. El problema para usted empieza cuando las cosas dejan de probar por separado y empiezan a encajar juntas.

La frase fue tan limpia que hasta Madeleine la aprobó en silencio.

Armand dejó que la sala la respirara.

Entonces habló, ya no solo para Lucien, sino para todos.

—Claire hiere a Lemaire más temprano de lo que la noche ha querido contar. Lucien la ve salir. Entra después. Encuentra el cuerpo. Corrige la escena, retira el arma y deja que la memoria de otros haga el resto con la hora. Adèle ve o entiende algo. Muere. Bernard sabe demasiado del mecanismo del hotel. Casi muere. Y ahora la sala empieza a producir por sí sola un ruido adicional que a Lucien le habría venido muy bien.

Nadie respiró igual después de eso.

No era una acusación formal. Ni una reconstrucción judicial cerrada. Era otra cosa más incómoda y más literaria: la primera vez que la verdad central del caso se decía delante del grupo entero lo suficiente como para cambiar la temperatura moral de todos.

Claire cerró los ojos.

Julien bajó la vista.

Valette no movió ni un dedo.

Benoît juntó las manos con más fuerza.

Madeleine dejó la copa.

Y Lucien…

Lucien lo miró.

Lo miró con la fijeza limpia y casi fría del hombre que entiende por fin que ha dejado de tener delante a un investigador fatigado y tiene ya enfrente a una inteligencia que no piensa concederle la forma de final que desea.

—Eso es una novela excelente —dijo al cabo—. Solo le falta demostrarla.

Armand no apartó la vista.

—No. Lo que le falta es que usted deje de corregirla.

Silencio.

El reloj del vestíbulo sonó a lo lejos, amortiguado por muros, alfombras y años.

Y, durante un segundo preciso, el salón entero pareció quedarse suspendido en la forma más tensa del misterio: esa en la que todos comprenden ya casi todo y, sin embargo, la noche todavía no ha dicho la última frase.

Capítulo 18. La llave y la garganta

La frase de Armand quedó en el salón con la densidad de una vela demasiado cerca de la cortina.

No produjo escándalo. No produjo confesión. No produjo tampoco ese silencio limpio y teatral que la mala literatura asigna a las revelaciones provisionales. Produjo algo mucho más útil y mucho más inquietante: una redistribución del aire. Como si la sala, al oír por fin la forma central del crimen dicha en voz lo bastante alta para pertenecer ya al espacio común, hubiera tenido que reorganizarse por dentro para no asfixiar a nadie del todo.

La lluvia seguía golpeando los cristales.

El reloj del vestíbulo había terminado ya de marcar la hora y, sin embargo, el eco amortiguado de sus campanadas parecía continuar en la madera, en la moqueta, en el piano cerrado y en las caras del grupo. Saint-Valéry había llegado a ese punto de la noche en que cada objeto parecía estar oyendo también.

Lucien Morel fue el primero en moverse, aunque apenas.

No se levantó. No sonrió. No alzó la voz. Hizo algo mucho más propio de él: apoyó una mano sobre la otra, rectificando un milímetro la postura, y dejó que la calma médica volviera a colocarle el rostro en el sitio exacto donde la emoción no se declara, solo se administra.

—Tiene usted un talento particular —dijo, mirando a Armand— para ordenar hipótesis de manera que parezcan retrospección y no imaginación.

Armand sostuvo la mirada.

—Y usted tiene uno todavía más particular para llamar imaginación a todo lo que ya no controla.

Lucien entrecerró apenas los ojos. No por rabia. Por ajuste. Por recalibración. Esa era la palabra. El médico estaba ya demasiado dentro de la noche como para seguir defendiendo una inocencia decorosa. Ahora medía daño. Daño narrativo, daño social, daño práctico. Cuánto seguía intacto, cuánto podía deteriorarse sin

hacerlo caer del todo y, sobre todo, qué porción del grupo podía seguir siendo utilizada como barro suplementario si la estructura principal terminaba de quebrarse.

Gabriel no dejó que el duelo verbal se volviera el eje.

—Basta de frases —dijo.

La voz le salió más cansada y más firme que antes. No había violencia teatral en ella. Solo una decisión que, por fin, había dejado de importar si caía bien o no.

—A partir de este momento —continuó—, vamos a verificar pieza por pieza lo que puede verificarse y a dejar de discutir como si esto siguiera siendo un salón inteligente. Bernard Sorel puede hablar algo mejor. La llave está aquí. La puerta de servicio está identificada. Y el patrón empieza a cerrarse. No me importa cuánto estilo quiera cada uno conservar mientras se desmorona. Esta noche ya no lo voy a administrar.

La frase cayó bien. Demasiado bien casi. Madeleine lo notó antes que nadie y dejó escapar una exhalación seca, casi una risa sin sonido.

—Por fin —murmuró—. Ya era hora de que alguien le faltara el respeto a la arquitectura.

Julien no habló. Seguía en el borde del sofá con las manos apretadas entre las rodillas y una expresión que a Armand le resultaba cada vez más delicada de manejar. El joven ya no estaba en estado de negación pura ni de angustia desbordada. Había entrado en la fase más peligrosa del resentido: aquella en la que empieza a escuchar con verdadera atención porque la verdad, al fin, podría ofrecerle una forma alta de su propia humillación.

Claire tampoco dijo nada. Pero Armand vio algo importante en ella: la frase central del caso, dicha delante de todos, no la había aplastado. Al contrario. Le había devuelto una clase de verticalidad menos orgullosa y más terrible. La verticalidad de quien, después de horas sintiendo que otro le había robado hasta el significado de su propia culpa, oye por fin que el crimen vuelve a dividirse en dos naturalezas. No inocencia. No absolución. Solo restitución del contorno.

Valette mantenía la cara inmóvil, pero esa inmovilidad ya no era armadura. Era agotamiento concentrado. El viejo juez comprendía probablemente mejor que nadie el alcance histórico de lo que estaba ocurriendo: la red de tolerancias, negocios y nombres bien peinados que él llevaba años llamando "complejidad" empezaba a descomponerse delante de un grupo obligado a compartir lámpara.

Benoît, con las manos secas unidas sobre la rodilla, parecía escuchar no las palabras, sino el grado de verdad moral que empezaba por fin a circular entre ellas. El sacerdote sabía, como saben los hombres que han oído demasiadas confesiones, que el mayor cambio de una noche así no es la aparición de los hechos, sino el momento preciso en que dejan de poder ser nombrados con comodidad.

Gabriel se volvió hacia Marcel.

—Quédate aquí. Léonie contigo. Nadie sale.

—Sí, monsieur.

—Colette, agua caliente y mantas para Bernard. Y que nadie cierre ninguna puerta de servicio sin que yo lo vea.

La cocinera asintió desde el umbral del comedor con esa obediencia seca de las mujeres que, ante cierto nivel de desastre, dejan ya de fingir que trabajan para un hotel y empiezan a actuar como si defendieran una casa sitiada.

Armand observó a Lucien de nuevo.

Seguía quieto.

Eso lo volvía todavía más visible. En un salón donde el resto empezaba a dejarse afectar por el cansancio, la humillación, la pérdida de posición o el descubrimiento de nuevas verdades, la quietud de Lucien ya no parecía dominio. Parecía cálculo. Y el cálculo sostenido demasiado tiempo bajo luz mala acaba deformando el rostro. Apenas. Lo bastante.

—Voy a ver a Bernard otra vez —dijo Gabriel—. Usted viene.

No señaló a nadie. No hacía falta. Armand se puso en pie.

Lucien no dijo nada, pero la respiración le cambió un grado.

Gabriel lo vio.

—No usted, doctor.

Ahora sí.

Ahora sí se produjo algo que valía la pena mirar.

No una protesta. No habría sido tan interesante. Tampoco una sumisión intacta. Fue una ligera y muy precisa contracción en torno a la boca, la clase de reacción microscópica con que los hombres inteligentes acusan el golpe no por orgullo, sino porque han comprendido que ya no forman parte del circuito operativo. Y para alguien como Morel, que llevaba años viviendo de ser necesario, quedar fuera de una habitación donde aún se organiza el caso equivalía casi a una amputación.

Armand registró también eso.

Sí. Ahí estaba una de las raíces más hondas del personaje: más que dinero, más que reputación, más que miedo, Morel temía dejar de ser funcional en el centro de la escena.

Gabriel se dirigió a la puerta del cuarto de plancha pequeño. Armand lo siguió por el pasillo bajo. Detrás, el salón quedó respirando como un órgano al que hubieran retirado de golpe una parte del aire, pero no el suficiente como para permitir el colapso.

El cuarto de Bernard olía ahora a linimento, tela húmeda y agua caliente. Colette había hecho lo posible por devolverle a aquel espacio una dignidad mínima. La lámpara rota había sido apartada, la mesilla recolocada, una silla recta añadida cerca de la cama y el suelo secado hasta donde había sido posible sin borrar más de lo admisible. Aun así, la violencia seguía allí. No visible de manera espectacular, sino adherida a ciertas proporciones falsas del cuarto. A la posición de la cama. A la puerta lateral cerrada. Al cordón ya guardado por Gabriel en una bolsa improvisada. A la marca oblicua en el cuello de Bernard, cada vez más violácea bajo la luz.

Benoît estaba con él.

No había hecho nada espectacular. Solo se había quedado. Sostenía una taza de agua tibia y hablaba lo mínimo, con la voz baja de quien ya ha entendido que la mitad del auxilio consiste en no aumentar el volumen de la realidad mientras esta todavía atraviesa una garganta herida.

Bernard estaba mejor. No bien, desde luego. Mejor.

Tenía la cara aún cetrina, el bigote húmedo, la camisa abierta en el cuello y una manta sobre las rodillas. Respiraba con dificultad,

pero ya no como quien se ahoga. Más bien como quien ha sido devuelto de un borde y todavía no ha decidido si agradecerlo o maldecir el esfuerzo. Los ojos marrones parecían habérsele agrandado de golpe en la cara. Eso pasa a veces después de ciertas violencias: la persona no se vuelve más consciente, solo más incapaz de seguir filtrando el mundo con la misma economía que antes.

Gabriel se sentó frente a él sin ruido.

—¿Puede hablar?

Bernard asintió apenas.

La voz, cuando salió, era una herramienta estropeada.

—Sí… un poco.

—No quiero heroísmos. Si se cansa, me lo dice.

El director tragó con visible dificultad.

—No soy… heroico, teniente. Solo estoy… muy vivo de repente.

La frase le salió rota, pero exacta. Armand se apoyó en el marco de la puerta interior y lo observó con atención. Sí. Bernard estaba ya del otro lado del susto primero. Ahora empezaba a entrar en la fase útil del superviviente: la de la memoria pegada a la piel.

Gabriel sacó la pequeña llave envuelta en el pañuelo y la dejó sobre la mesilla.

—¿Es suya?

Bernard la miró como se mira una fotografía antigua que uno no esperaba volver a ver.

—Sí.

—¿Qué abre?

—La puerta lateral de este cuarto… y la del pasillo de servicio que comunica con lavandería.

—¿La llevaba usted encima?

—Sí.

—¿Siempre?

Bernard cerró los ojos un segundo. Parecía avergonzado de algo tan nimio y tan decisivo a la vez.

—Casi siempre. Es una costumbre vieja. Por seguridad. Por… acceso rápido si hay problemas en la noche, una fuga, una indisposición.

—¿Quién sabía que la llevaba?

La pregunta se quedó un segundo en la habitación. Bernard abrió los ojos.

—El personal antiguo. Adèle, desde luego. Élise quizá. Colette. Y… —La voz falló un poco—. El doctor.

Ahí estaba.

No sorprendía ya. Pero cada confirmación añadía espesor al dibujo.

—¿Por qué el doctor? —preguntó Gabriel.

—Porque más de una vez… cuando algún huésped empeoraba de noche, yo mismo lo llamaba y lo llevaba por allí para no alarmar al resto.

Armand vio a Benoît cerrar los ojos apenas un instante. No en oración. En cansancio moral. Sí, pensó. Eso era Saint-Valéry. El crimen no estaba solo usando las grietas de la casa. Estaba usando las costumbres piadosas del funcionamiento, esas excepciones que el establecimiento se concedía para seguir pareciendo humano.

Gabriel siguió.

—¿Dónde estaba la llave justo antes del ataque?

Bernard tardó en contestar. No por duda. Por secuencia.

—En el bolsillo del chaleco. O eso creía. Estaba… sentado. Marcel me había dejado solo un momento para ir por más agua. O por mantas. No sé. Oí un ruido en la puerta lateral.

—¿No en la principal?

—No.

—¿Y abrió?

—No. Creo que dije algo. No recuerdo qué. Después… la llave ya no estaba en mi bolsillo. O quizá la había dejado… —Se interrumpió, furioso consigo mismo de pronto—. Dios mío.

Gabriel no lo dejó hundirse en esa vergüenza absurda.

—Siga.

—La puerta lateral se abrió. Muy poco. Pensé que era Léonie o Marcel. No me levanté del todo. Y después… después estaba él.

Silencio.

La palabra no necesitó nombre. Lo llevaba ya dentro.

—¿Lo vio claramente? —preguntó Gabriel.

Bernard respiró una vez.

—Sí.

—¿Lucien Morel?

—Sí.

Armand no se movió.

No porque la identificación no importara. Importaba mucho. Pero también porque, a esas alturas, la verdad central del caso respiraba ya en varias habitaciones a la vez. Lo crucial no era arrancar una mera nominación. Lo crucial era entender la función.

—¿Qué hizo? —dijo Gabriel.

Bernard cerró otra vez los ojos un segundo.

—Entró rápido. No habló al principio. Solo me agarró del cuello. Por detrás y de lado. Con algo. El cordón. Creo que intentó… —Tragó saliva con esfuerzo—. Quería inmovilizarme rápido. No ahogarme despacio. No como en las novelas. Como quien apaga algo que hace ruido.

Buena observación. Exactísima.

Armand habló en voz baja.

—Y usted se movió más de lo que esperaba.

Bernard volvió la cara hacia él.

—Sí.

—¿Cómo?

El director intentó levantar una mano y fracasó a medias.

—Golpeé la mesilla. O la lámpara. No sé. Creo que me lancé hacia un costado. Él tiró más fuerte. Pero no… no logró colocarse bien.

Ahí estaba la diferencia.

Lucien no había fallado por sentimentalismo ni por interrupción externa. Había fallado por geometría. El cuarto era pequeño. Bernard, aunque no fuerte, había reaccionado con pánico verdadero. Y el asesino, acostumbrado a administrar cuerpos desde la corrección y no desde el forcejeo, había tenido menos margen del previsto.

Gabriel siguió.

—¿Dijo algo?

Bernard abrió los ojos.

—Sí.

—¿Qué?

El director tardó un instante.

—Dijo… "demasiado tarde". O "ya es tarde". No sé cuál de las dos.

Armand sintió un pequeño escalofrío intelectual. No por la amenaza en sí, sino por el registro. Sí. Era exactamente el tipo de frase que Lucien diría en medio de una violencia funcional: no insulto, no rabia, no histeria, sino una sentencia temporal. Todo en él seguía girando alrededor de eso. El tiempo. El margen. La oportunidad. La tardanza ajena.

Gabriel lo entendió también.

—¿Y después?

—Oí pasos en el corredor. O creí oírlos. Él soltó la presión un segundo. Yo caí mal. Creo que quiso coger la llave. O ya la tenía. No lo sé. Después se fue por la puerta lateral.

—¿Lo vio coger la llave?

—No.

—¿Lo vio dejarla caer?

—No.

Armand miró la llave sobre la mesilla.

Eso seguía siendo importante. Mucho. Que la llave apareciera en el suelo podía significar lucha, sí. Pero también precipitación. O un segundo plan interrumpido. O que Morel no hubiera logrado llevársela del todo. O que, al contrario, la hubiera soltado a propósito cuando entendió que la tentativa ya había cumplido bastante su función de barro.

—Bernard —dijo—. Antes ha dicho algo. Que si le hubiera dado tiempo a ordenar lo suficiente, habría sabido dónde empezar a tirar.

El director lo miró.

—Sí.

—Empiece ahora.

Benoît alzó un poco la cabeza. Gabriel no interrumpió. Bien otra vez.

Bernard respiró con dificultad, pero se obligó.

—La llave. Morel la quería porque esa puerta le da todavía una circulación que ustedes no han terminado de cerrar. Pero eso no

basta. También me quería a mí… casi muerto. O muerto. No solo por lo que sé, sino por lo que mi ataque hace parecer.

—¿Y qué hace parecer? —preguntó Gabriel.

Bernard cerró la mano sobre la manta.

—Que alguien está atacando la estructura del hotel. No solo a los culpables de una vieja red. No solo a quienes tenían cuentas con Étienne. Sino a quienes sostienen la casa. A quien tiene llaves. A quien administra el orden. A quien sabe por dónde entran los médicos, salen las bandejas y se silencian las indisposiciones.

Sí. Exactamente.

Armand lo dejó seguir.

—Si Adèle muere y yo después casi muero, el caso deja de mirar solo a la habitación de Étienne —continuó Bernard—. Empieza a mirar a Saint-Valéry entero. A su funcionamiento. A una mano que quisiera destruir el hotel, no solo corregir un crimen dentro de él.

Gabriel apoyó los codos sobre las rodillas.

—Ensuciar el dibujo.

Bernard asintió.

—Sí.

—¿Y para qué?

El director tardó en responder. El cansancio físico le caía ya sobre la voz como plomo húmedo. Pero la inteligencia seguía.

—Para que todo sea posible a la vez. Una venganza social. Un ajuste de cuentas del personal. Una locura general de encierro. Un sobrino descompuesto. Una mujer humillada. Un médico útil atrapado en medio. Cuanto más barro, menos figura.

Armand sintió una fría satisfacción. No por placer. Por precisión. El director estaba leyendo la noche como debía.

—Y eso significa —dijo— que la próxima jugada, si llega, ya no tendría por qué parecerse a las anteriores.

Bernard lo miró.

—Sí.

—Podría ir contra cualquiera que añada más barro útil o más falsa amplitud al caso.

Gabriel levantó la vista hacia Armand.

—Julien.

—Sí. O Valette. O incluso alguien del personal con menor centralidad. La cuestión ya no sería el silencio. Sería la deformación final.

Benoît habló entonces, muy bajo.

—No "final".

Los tres se volvieron hacia él.

El sacerdote mantenía las manos secas unidas y la mirada fija en Bernard, no en ellos.

—No den todavía esa palabra por hecha —dijo—. Los hombres que descubren tarde una forma de libertad rara vez saben terminar a tiempo.

Sí. Otra vez sí.

Armand guardó la frase.

La habitación quedó en silencio unos segundos.

Luego Gabriel se puso en pie.

—Bernard, se queda aquí. Marcel y Léonie continúan con usted. Y nadie, absolutamente nadie, abre ni la puerta principal ni la lateral sin que yo esté presente.

El director asintió, ya exhausto.

—Teniente…

—Sí.

—Si vuelve a intentarlo, no creo que falle una tercera vez.

Buena frase. Brutal. Entera.

Gabriel no respondió a eso. No porque no supiera qué decir, sino porque la única respuesta razonable ya estaba en su cuerpo: no pensaba dejarle otra ocasión si podía evitarlo.

Salieron.

En el pasillo, la noche parecía aún más compacta que antes. Ya no quedaba ni rastro de la tarde. Solo lámparas, moqueta, puertas cerradas y la lluvia como fondo continuo. El hotel respiraba de otra manera. Más hondo. Más sucio.

El salón seguía como lo habían dejado, aunque el tiempo dentro parecía haberse compactado también. Madeleine tenía de nuevo la copa en la mano, pero no había bebido. Claire seguía en el sillón, muy recta. Julien se había puesto de pie otra vez. Valette no se movía. Lucien seguía sentado en el centro de la luz mala, con la

cabeza apenas inclinada, como si meditara o rezara o, más probablemente, ajustara en silencio el grado de fealdad que todavía podía infligir a la escena.

Gabriel no regresó enseguida al círculo.

Se quedó a medio pasillo con Armand.

—Ya está —dijo.

—Sí.

—Tenemos la llave. La puerta. La identificación. La función del ataque. La deformación del caso. Y aun así…

—Y aun así sigue respirando —dijo Armand.

Gabriel lo miró.

—Sí.

Armand no apartó la vista del salón.

—Porque ahora ya no basta con demostrar que Lucien mató a Adèle y casi mata a Bernard. Hay que impedir que logre todavía que el grupo produzca por sí solo la forma de caos que necesita.

—Julien.

—Sí.

—Y Valette. Y la posibilidad de que Madeleine se vuelva demasiado brillante. Y Claire, si la culpa le gana terreno. Y el personal, si empieza a hablar en corrillos.

Gabriel respiró hondo.

—No puedo vigilar todas las direcciones a la vez.

—No. Pero sí puede concentrar la presión.

—¿Cómo?

Armand miró hacia Lucien.

El médico seguía inmóvil.

—Oblíguelo a la presencia —dijo.

—Explíquelo.

—Hasta ahora ha trabajado con pasillos, puertas, tiempos muertos, zonas de servicio, hábitos del hotel, segundos sin testigo. Quítele eso. Ya. Hágalo hablar delante de todos. No para que confiese. No lo hará así. Sino para obligarlo a respirar en el mismo aire que las consecuencias. Bernard vivo. Claire delante. Julien inflamable. Valette callando. Madeleine mirando. Y usted retirándole, uno a uno, los privilegios del margen.

Gabriel pensó solo un segundo.

—Una confrontación.

—No una teatral. Una clínica. Quiero que se quede sin sus pasillos interiores. Quiero que lo escuchen ser útil, ser médico, ser razonable… y que ese mismo lenguaje se vaya pudriendo delante de ellos.

Gabriel asintió despacio.

—Y si se rompe Julien.

—No deje que se rompa.

—No es una respuesta.

—No. Es una instrucción.

Pese a la fatiga, el teniente casi sonrió.

—Empieza usted a sonar insoportablemente autoritario.

—Eso solo ocurre cuando usted aprende rápido.

Regresaron al salón.

Esta vez Gabriel no se quedó de pie. Tomó una silla y la colocó en el centro. No sobre la alfombra principal ni bajo la lámpara mayor. En el punto exacto donde todas las líneas de visión convergían sin volverse melodrama. Luego se sentó.

Ese gesto alteró a todos.

Porque sentarse así, ahí, significaba algo más que cansancio. Significaba duración. Significaba que la noche iba a seguir desarrollándose no en los rincones del hotel, sino a la vista del grupo entero.

—Doctor Morel —dijo.

Lucien levantó la cabeza.

—Sí, teniente.

—Va a quedarse donde está. Y vamos a hablar todos a la vez.

La sala entera escuchó.

Lucien no respondió enseguida. Solo un segundo de más. Lo suficiente para entender que aquello sí le molestaba de una manera distinta.

—¿"Todos"? —preguntó al fin.

—Sí.

—No me parece un método particularmente serio.

Gabriel lo sostuvo con la vista.

—Eso es porque hasta ahora le han convenido demasiado los métodos discretos.

Madeleine apoyó por fin la copa.

Muy despacio.

Claire dejó de mirar al vacío y miró por primera vez directamente a Lucien.

Valette se irguió un poco.

Benoît entrelazó los dedos.

Julien, al otro extremo, parecía a un paso de saltar o de comprender.

Armand tomó asiento entonces, a un lado del círculo, bajo la lámpara más baja.

La novela había entrado, por fin, en esa recta rara donde la verdad deja de perseguirse solo por cuartos y pasillos y empieza a respirarse delante de todos.

Y eso, pensó, era siempre el momento más peligroso.

Porque el asesino ya no se defendía solo de los hechos.

Se defendía de la pérdida de su última puesta en escena.

Capítulo 19. La verdad entre respiraciones

Los grupos humanos toleran mejor un cadáver que una distribución nueva del sentido.

Un muerto puede aún ser absorbido por el ritual, por el miedo, por la ficción de que una investigación ordenará después su lugar exacto entre las causas y las consecuencias. Pero cuando el significado de ese cadáver empieza a cambiar delante de todos, cuando la noche deja de consistir en puertas cerradas y pasa a depender de quién mira a quién sin bajar la vista, la sala misma adquiere otra especie de temperatura. Ya no se comparte solo espacio. Se comparte interpretación. Y eso, en Saint-Valéry, era mucho más peligroso.

Gabriel Vasseur lo sabía.

Por eso había colocado su silla en el centro visual del salón y por eso había decidido hablar sin volver a dispersar a nadie. No buscaba una confesión brillante. Ni siquiera una escena. Buscaba otra cosa más útil: obligar a Lucien Morel a permanecer dentro del campo de visión de quienes ya no podían mirarlo como a un médico útil ni como a un huésped distinguido, sino como al hombre que había encontrado en la muerte de otro una forma de margen.

La lluvia seguía golpeando los cristales con una persistencia que empezaba a tener algo de condena administrativa. Las ventanas devolvían ya solo reflejos: la lámpara de pie junto a Claire, el perfil de Madeleine, el piano cerrado, el bastón de Valette apoyado contra la mesa auxiliar, la inmovilidad gris de Benoît, la línea demasiado limpia del cuello de Lucien, la figura joven y endurecida de Julien, y la de Armand, un poco apartada, bajo una luz menor, como si la noche todavía no hubiese decidido si lo necesitaba como testigo, como intérprete o como verdugo intelectual.

Gabriel apoyó ambas manos sobre las rodillas.

No miró enseguida a Lucien. Miró a la sala entera.

Eso fue lo primero inteligente.

Porque la confrontación no sería entre policía y sospechoso. Sería entre una versión del relato y las otras respiraciones que ya no estaban dispuestas a sostenerla.

—Bernard Sorel está vivo —dijo otra vez.

La frase, repetida, tuvo un efecto distinto. Ya no era información. Era estructura. Bernard vivo significaba algo más que un hombre no muerto. Significaba una tentativa fallida, una llave no recuperada del todo, una puerta de servicio identificada, un patrón que no conseguía cerrarse limpio.

Lucien levantó apenas la vista.

—Sí —dijo.

Gabriel se volvió entonces hacia él.

—Y ha identificado la puerta. La llave. Y al hombre que entró.

Silencio.

No hacía falta todavía pronunciar el nombre. El salón entero sabía ya de qué palabra se sostenía el aire.

Lucien no respondió.

Madeleine dejó la copa sobre el brazo del sillón con una lentitud deliciosa y cruel. Claire seguía mirando al doctor de frente. Ya no había en ella miedo visible. Había otra cosa mucho más dura: la clase de vigilancia que una mujer adquiere cuando comprende que su culpa ha sido utilizada por alguien a quien ahora puede odiar sin restos de dependencia.

Julien estaba inmóvil, pero no quieto. En él la inmovilidad tenía ya esa vibración fina de las estructuras a punto de crujir. Valette miraba a Gabriel con la expresión seca del hombre que desearía seguir creyendo que ciertos procedimientos deberían producirse en privado y empieza a comprender que el lujo del secreto le ha costado ya demasiado caro a demasiada gente. Benoît no apartaba la vista del centro del salón. El sacerdote escuchaba como escuchan algunos médicos viejos la respiración de un pulmón difícil: no solo con los oídos, sino con una experiencia entera del deterioro.

Gabriel siguió con voz limpia.

—Hasta esta mañana, doctor, usted podía aún jugar a dos cosas: a la utilidad y a la prudencia. La utilidad del médico del hotel. La

prudencia del hombre que "no se compromete" con horas exactas ni con conclusiones precipitadas. Esa posición se ha acabado.

Lucien ladeó apenas la cabeza.

—¿Es una acusación o una declaración de estilo?

Mala respuesta. Demasiado pronto. Demasiado preparada.

Armand lo registró.

Gabriel, en cambio, no se dejó arrastrar.

—Es una invitación final a dejar de insultar la inteligencia de esta sala.

La frase quedó mejor de lo esperado. Más dura también.

Madeleine aprobó apenas con una sombra de movimiento en la boca. Julien no. Julien estaba demasiado dentro de otra cosa. Claire seguía quieta. Lucien, por primera vez desde que se había sentado, descruzó y volvió a cruzar los dedos. Mínimo. Suficiente.

Gabriel prosiguió:

—Claire de Montfort entró en la habitación de Étienne Lemaire y lo hirió mortalmente más temprano de lo que la cronología posterior ha querido sostener. Usted la vio salir. Entró después. Lo encontró en el suelo. Lo movió. Retiró el arma. Reordenó la escena. Y dejó que la memoria del resto hiciera el trabajo sucio de fijar la hora que le convenía.

No lo dijo como una pregunta. Lo dijo como lo que era ya dentro de él: una estructura.

Lucien miró a Claire. Solo un segundo.

Ese segundo fue importante.

Porque no había en él desafío. Ni piedad. Ni alianza. Había algo peor: la evaluación sobria del hombre que sigue midiendo hasta qué punto la primera autora del crimen continúa siendo útil o se ha vuelto, al fin, una testigo más de la deformación.

Claire no sostuvo ese cruce con odio visible. Lo sostuvo con una quietud tan blanca que a Armand le recordó por un instante ciertas esculturas funerarias italianas: bellas, heladas y terriblemente cansadas de haber sido tocadas por manos indignas.

—¿Quiere que repita lo que ya le he dicho en privado? —preguntó Lucien al fin.

—No —dijo Gabriel—. Quiero que lo diga aquí.

—¿Y con qué objetivo? ¿La pedagogía?

Madeleine dejó escapar aire por la nariz.

—No, querido. La ventilación.

Nadie sonrió.

Lucien volvió entonces la cara hacia la actriz. Había en su mirada una irritación nueva, ya no solo controlada, sino más próxima a la hostilidad de superficie. Bien. Cuanto más bajaba de la autoridad clínica a la incomodidad humana, más visible se volvía la fractura entre el personaje y el hombre.

Gabriel no permitió que se desviara.

—Dígalo.

Lucien guardó un silencio medido. Demasiado medido. Luego habló.

—Vi a madame de Montfort salir del corredor. Entré. Encontré a Lemaire caído. Vi la herida. Vi la sangre. Comprendí lo ocurrido. Y tomé una decisión.

—No. Tomó varias —dijo Armand.

Lucien giró la cabeza hacia él.

—Sí. Varias, si eso mejora su sintaxis.

—Mejora la suya. Porque hasta ahora ha querido presentar todo como un solo gesto de lucidez. Y no lo fue. Hubo cuerpo. Hubo tiempo. Hubo escena. Hubo cálculo. Y después hubo otra muerte.

Silencio.

Julien se movió ligeramente en el sofá. Armand lo vio por el rabillo del ojo. Sí. Había que vigilarlo. Su respiración empezaba a acompasarse con la de la sala de una manera peligrosa. El joven escuchaba cada frase no solo como un avance del caso, sino como una humillación más infligida a la ficción que había construido sobre su propio centro. Y eso podía volverlo estúpido.

Gabriel se inclinó un poco hacia delante.

—Diga aquí lo que hizo con el cuerpo.

Lucien lo miró.

—¿Es necesario?

—Sí.

La respuesta fue tan seca que hasta Valette alzó apenas la cabeza.

Lucien dejó pasar dos segundos. Luego habló con esa prosa suya tan precisamente repugnante.

—Lo incorporé. Lo llevé al sillón. Limpié lo suficiente para que la escena dejara de gritar. Coloqué lo necesario para que el hallazgo exigiera lectura, no simple reacción.

Madeleine cerró los ojos un instante.

—Dios mío —murmuró.

No sonó piadosa. Sonó harta.

Benoît bajó la vista. Claire no se movió. Julien miró a Lucien como si por fin viera no a un hombre concreto, sino a un tipo entero de inteligencia que hasta entonces había circulado por la familia y el hotel con buena ropa y frases útiles.

Gabriel no apartó los ojos del doctor.

—Y luego dejó que la voz hiciera el resto.

—No "dejé que la voz hiciera el resto" —dijo Lucien—. Dejé que los demás recordaran lo que estaban preparados para recordar.

—Eso es peor —dijo Armand.

Lucien se volvió.

—No. Eso es más exacto.

—Sí. Y por eso es peor.

El aire se tensó otra vez.

Afuera, la lluvia golpeó el ventanal con una ráfaga más fuerte, como si la montaña quisiera escuchar también desde más cerca.

Gabriel decidió entonces hacer algo aún más fino. No apretar solo con hechos. Apretar con la percepción del grupo.

Se volvió hacia Madeleine.

—Madame Artois. Usted dijo antes algo importante. Que Lucien no imita una voz, sino una clase de tranquilidad. Quiero que lo explique delante de todos.

La actriz levantó la vista lentamente.

Armand sintió una pequeña aprobación interior. Muy bien. Sí. Eso era lo correcto. Porque la sala necesitaba oír no solo una cronología, sino un diagnóstico social del hombre que tenían delante.

Madeleine dejó la espalda apoyada en el sillón y cruzó los dedos sobre el brazo.

—Muy bien —dijo—. Lo explicaré en un idioma incluso apto para juristas jubilados y sobrinos inflamables.

Valette no reaccionó. Julien sí, apenas. Lucien se mantuvo quieto.

—Étienne Lemaire —continuó ella— hablaba y se movía como si el cuarto ya estuviera a su favor. No porque fuera más fuerte o más brillante que los demás, sino porque llevaba años convenciéndonos, a todos en distintos grados, de que conocía mejor que nosotros el margen del daño que podía infligirnos. Lucien no es así. Nunca lo fue. Lucien no domina la escena por nacimiento. La domina por tensión. Por necesidad. Por miedo a volver a quedar fuera de ella. Pero cuando se tranquiliza —y eso es lo importante—, la textura de esa tranquilidad se parece a la de Étienne. No por tono. Por función. En cuanto los oye uno hablar, entiende que ambos creen ya controladas las consecuencias.

El silencio que siguió fue casi admirativo. Incluso Armand, que detestaba la facilidad con que la belleza verbal puede maquillar la podredumbre, reconoció la precisión del análisis.

Gabriel no tardó.

—¿Y eso qué significa esta noche?

Madeleine lo miró.

—Que Lucien llevaba años aprendiendo a respirar como el hombre al que odiaba.

Ahí estaba.

Esa frase cambió el salón.

Claire cerró los ojos una sola vez. En la cara de Benoît apareció una tristeza más antigua que el día. Valette bajó la mirada por primera vez desde hacía varios minutos. Julien apretó la boca. Y Lucien…

Lucien sonrió.

No mucho.

No una sonrisa abierta. Más bien esa mínima curvatura de los labios que tienen los hombres cuando reconocen en el daño ajeno una forma de exactitud que casi agradecen aunque los condene.

—Eso sí es teatro —dijo.

Madeleine sostuvo la mirada.

—No. Eso es haber vivido demasiado cerca de hombres como ustedes.

Julien habló entonces.

Demasiado rápido.

—¿"Ustedes"? —repitió—. ¿Cuántos más hay? ¿Cuántos hombres así han ido pudriendo esta casa mientras el resto hacía de camarero, de viuda, de sobrino o de cura?

Mala frase. Buena grieta.

Armand lo observó sin moverse. Sí. Cada intervención de Julien era una mezcla peligrosa de torpeza y verdad, y eso precisamente lo convertía en el mejor barro disponible para un asesino inteligente.

Valette decidió intervenir.

—No hables como si acabaras de descubrir la miseria, muchacho. Has crecido en ella.

La frase fue excelente y terrible. También vino demasiado tarde.

Julien se puso medio en pie.

—¿Y eso me vuelve qué? ¿Cómplice? ¿Decorado? ¿Sucesor?

Claire habló enseguida.

—Siéntate.

No levantó la voz. No lo necesitó.

Pero esta vez el tono había cambiado. Ya no sonó maternal. Sonó agotado. Como si cada orden que daba le costara un resto de sí misma que no pensaba seguir entregando durante mucho más tiempo.

Julien la miró con una furia herida casi infantil.

—No me mandes como si aún estuvieras en posición de— —se interrumpió.

Demasiado tarde.

La frase ya había salido medio viva.

Toda la sala cambió otra vez.

Claire no se quebró.

Eso fue lo peor para Julien.

Porque cuando una mujer como ella no se quiebra donde debería, deja al hombre descompuesto sin el premio visible de la destrucción que buscaba. Y el premio visible era justo lo que él necesitaba en ese instante para seguir creyéndose central.

—Termina esa frase —dijo Armand.

No sonó duro. Sonó limpio.

Julien se volvió hacia él.

—¿Para qué? —escupió casi.

—Para ver si tiene sangre o solo herencia.

Silencio.

Madeleine casi sonrió. Valette se endureció. Benoît cerró los ojos. Gabriel no intervino. Muy bien también.

Julien se quedó quieto.

Después, con una violencia seca, volvió a sentarse.

No terminó la frase.

Y eso, pensó Armand, era quizá lo mejor que podía conseguirse de él esa noche: no lucidez, no calma, no generosidad, sino al menos una humillación detenida a tiempo.

Gabriel retomó enseguida el centro.

—No nos vamos a perder en esto.

Se volvió a Lucien.

—Adèle.

El nombre cayó como debe caer el nombre de la víctima menos protegida de una historia: sin adorno.

Lucien no respondió enseguida.

—Adèle vio demasiado —dijo al cabo.

—No. Adèle entendió demasiado deprisa.

—Sí.

—Y la mató.

Lucien dejó pasar un segundo.

—Sí.

La sala entera lo oyó. Ahora sí. Sin privado. Sin cuarto aparte. Sin necesidad de interpretaciones.

Julien abrió la boca como si fuera a hablar y no pudo. Claire dejó caer la vista. Madeleine se llevó una mano a la frente un instante muy breve. Benoît entrelazó los dedos. Valette siguió completamente inmóvil, lo cual en él ya equivalía casi a una forma de vergüenza.

Gabriel continuó con una firmeza que no necesitaba volumen.

—Y esta noche intentó matar a Bernard Sorel.

Lucien tardó apenas un segundo.

—Sí.

No había ya nada que administrar ahí salvo el estilo del derrumbe.

Armand observó a la sala recibir esa segunda admisión en común. Sí. Eso era importante. Mucho más de lo que una investigación judicial admitiría en sus protocolos. Las comunidades no se descomponen por un hecho privado. Se descomponen cuando el hecho empieza a circular por la respiración común.

—Quise la llave —dijo Lucien, como si quisiera adelantarse al siguiente movimiento—. Y quise también impedir que Bernard hiciera con la casa lo que ya empezaba a hacer con la noche.

—Ordenarla —dijo Armand.

Lucien lo miró.

—Sí.

—Y eso no podía permitírselo.

—No.

—¿Por qué?

El doctor tardó un poco más esta vez.

No porque no supiera la respuesta. Porque estaba empezando a entrar en el territorio más peligroso de toda confesión: el del motivo íntimo. Y los hombres como él suelen preferir describir cadáveres antes que admitir qué clase de emoción verdaderamente los pone en movimiento.

—Porque Bernard no ve como Adèle —dijo al fin—. Adèle veía y se asustaba. Bernard ve y organiza. Y un hombre así, en un hotel así, resulta letal para cualquiera que necesite seguir trabajando con desorden.

Buena frase. Muy buena. Y dicha con una sobriedad monstruosa que hizo que incluso Madeleine dejara de moverse.

Gabriel apoyó ambas manos sobre las rodillas.

—Entonces sí. Lo que hizo esta noche no fue solo matar. Fue ensuciar el dibujo.

Lucien levantó apenas la barbilla.

—Sí.

—¿Hasta dónde pensaba llevarlo?

Silencio.

Ahí estaba otra vez la pregunta buena.

No qué hizo.

No cómo.

No con qué.

Hasta dónde.

La amplitud prevista. El techo moral del plan una vez que el crimen original dejó de ser suyo y se volvió material disponible.

Lucien no respondió enseguida.

Armand lo observó con atención casi clínica. El hombre estaba cansado ya. No de cuerpo solamente. Cansado de sostener con limpieza una inteligencia que empezaba a no bastar para controlar a la sala. Y, sin embargo, quedaba en él todavía una reserva. Algo no confesado. No necesariamente otro crimen ya hecho. Quizá una intención. Quizá un horizonte. Quizá solo la forma final de su relato.

—No lo sé —dijo al fin.

Mala respuesta.

No porque fuera falsa sin matices. Sino porque la frase "no lo sé" en boca de alguien así solo significa una cosa: no piensa regalar el borde de su arquitectura.

Armand habló.

—Sí lo sabe.

Lucien giró la cabeza.

—No.

—Sí. Porque los hombres como usted no improvisan hasta ese punto. Puede que no tuviera la tercera muerte decidida con el nombre ya puesto. Pero sí tenía ya la dirección. Un caso que se deformara hasta parecer una enfermedad del hotel. Una podredumbre general. Una casa atacada por sus propios corredores.

La frase se expandió por el salón.

Gabriel no la cortó.

Hizo bien.

Lucien dejó pasar dos segundos.

—No me interesaba el hotel —dijo.

Claire levantó la vista de golpe.

No por la frase. Por la mentira.

Armand lo vio clarísimo. Claire había vivido demasiado tiempo entre versiones elegantes del daño como para no reconocer el tono exacto de una negación que elige su objeto con exceso.

—No —dijo ella.

Toda la sala se volvió hacia ella.

Claire seguía sentada muy recta, las manos ya no quietas del todo sobre el regazo.

—No —repitió—. Sí te interesaba.

Lucien la miró.

Por primera vez desde que el grupo estaba reunido, la verdadera electricidad del salón no pasó por Gabriel ni por Armand. Pasó entre Claire y el doctor. Entre la primera autora del crimen y el hombre que había decidido convertir ese crimen en otra cosa.

—Explíquese, Claire —dijo Gabriel.

Ella no apartó la vista de Lucien.

—Cuando salí de la habitación… cuando él me vio… no me miró como mira un médico a una mujer en shock. Ni como mira un hombre a otro crimen. Me miró como mira alguien que por fin ha dejado de estar fuera.

El silencio fue completo.

Sí.

Eso era.

No solo margen.

No solo oportunidad.

No solo utilidad.

Ingreso.

Acceso por fin al centro del tablero.

Armand sintió una pequeña sacudida interior. Muy buena. Muy precisa. Claire acababa de nombrar algo esencial que ni Gabriel ni él habían formulado todavía del todo: para Lucien, el cadáver de Lemaire no había sido solo un alivio ni una libertad táctica. Había sido, además, una entrada. La primera posibilidad real de dejar de ser pieza y pasar a ser organizador.

Lucien no respondió.

Eso fue quizá la mejor respuesta posible.

Madeleine habló muy bajo, casi para sí.

—Sí. Eso era.

Nadie la corrigió.

Gabriel se inclinó un poco hacia delante.

—Entonces dígalo de una vez. ¿Qué quería de verdad?

La pregunta quedó sola.

Afuera la lluvia seguía.

Dentro, el salón entero respiraba con una atención casi insoportable.

Lucien alzó la vista muy despacio.

Miró a Gabriel.

Luego a Armand.

Luego, brevemente, a Valette.

Después a Claire.

Y por último a la sala entera, como si por primera vez entendiera que ya no podía seguir hablándole a un solo interlocutor. Tendría que hacerlo delante del sistema completo que Lemaire había contribuido a pudrir.

Cuando habló, la voz salió más baja y más limpia que nunca.

—Quería que por fin no hubiera un solo centro.

Nadie se movió.

—Explíquelo —dijo Gabriel.

—Durante años —continuó Lucien—, Étienne fue el centro. Del daño. Del miedo. Del dinero. De la vergüenza ajena. Incluso de la culpa. Todo giraba alrededor de él. Hasta quienes lo odiaban seguían organizando su odio en función de su respiración. Y cuando lo vi en el suelo… por primera vez… pensé que podía acabar con eso de una forma más inteligente que simplemente dejándolo muerto.

Valette levantó muy levemente la cabeza.

Benoît cerró los ojos.

Claire no parpadeó.

—No quería solo su muerte —siguió Lucien—. Quería la dispersión. Que nadie volviera a tener el consuelo de un único centro. Que el daño dejara de estar limpio, localizado, paternal. Que todos tuvieran que verse por fin dentro de él sin poder seguir diciendo "fue Étienne" como si eso bastara.

La frase produjo algo extraño en la sala.

No compasión. Ni identificación. Pero sí una forma de horror más profunda, porque allí estaba por fin el motivo en su forma ideológica: no la simple venganza, sino la voluntad de destruir la comodidad moral de las periferias.

Armand no apartó la vista.

Sí. Ahí estaba.

Eso era lo que Morel había querido hacer con el crimen: romper el privilegio del centro único. Convertir a todos en respiradores de la misma podredumbre.

Era monstruoso.

Y también, de una manera repugnante, intelectualmente coherente.

Madeleine fue la primera en devolverle a esa coherencia su verdadera suciedad.

—Qué aburridos se vuelven los hombres cuando empiezan a llamar justicia a sus resentimientos de arquitecto.

Lucien no la miró.

—No hablo de justicia.

—No —dijo ella—. Hablas de estilo.

Muy bien.

Muy, muy bien.

La frase devolvió de golpe el crimen al lugar que merecía: no a la altura abstracta de un corrector moral del sistema, sino al vicio mucho más humano y más feo de un hombre que, una vez dentro, había querido escribir mejor el caos que lo había deformado.

Gabriel no lo soltó.

—Y para eso mató a Adèle. Y casi mata a Bernard. Y estaba dispuesto a seguir.

Lucien respiró una vez.

—Sí.

Julien soltó entonces una risa muy breve y rota.

No una risa de humor. La peor: la del hombre que ha entendido por fin la bajeza del razonamiento ajeno y, al hacerlo, reconoce también cuánto de sí mismo estaba ya predispuesto a caer en una versión menor del mismo.

Claire volvió la cara hacia él. Había en ese gesto algo más que vigilancia. Casi ternura. O lo que quedaba de algo parecido a la ternura en una noche como esa.

Valette se hundió apenas un poco más en el sillón.

Benoît bajó la cabeza.

Y Gabriel, por fin, se puso en pie.

No necesitó alzar la voz.

—Muy bien —dijo—. Se acabó.

La frase no era solo para Lucien. Era para la forma del relato.

—Marcel —llamó—. Quédate en la puerta. Léonie también. Nadie entra, nadie sale. Colette, avisa al agente en recepción. Y doctor Morel… desde este momento no vuelve a moverse sin que lo lleven.

Lucien no protestó.

Armand lo observó con atención.

No protestó porque ya había perdido la arquitectura. Lo sabía. Y, sin embargo, seguía quedando algo en él. No de resistencia práctica. De resto interior. La mirada de un hombre al que han despojado ya del tablero pero no de la convicción de que, al menos por una noche, consiguió que todos vieran su parte de la podredumbre.

Eso lo volvía aún más insoportable.

Y también, pensó Armand, más terminado.

La verdad respiraba ya delante de todos.

No toda, aún no. Pero sí la suficiente como para que la noche dejara de pertenecer a los pasillos y empezara a pertenecer al aire común.

Capítulo 20. La reconstrucción de lo intolerable

Cuando una verdad ha respirado por fin delante de todos, lo más difícil no es descubrirla.

Lo más difícil es ordenarla.

Esa fue la sensación exacta que tuvo Armand Delacroix cuando Gabriel Vasseur dio por cerrada la fase de negación útil y el salón quedó suspendido en esa forma extraña de silencio que solo aparece cuando un grupo comprende ya el centro del caso y, sin embargo, aún le faltan las líneas que lo vuelven irrefutable. La sala no estaba tranquila. Nunca volvería a estarlo. Pero había dejado de ser una dispersión de sospechas. Ahora era otra cosa: un lugar donde el relato principal había emergido lo suficiente como para obligar a cada uno a revisar el sitio exacto de su propia culpa.

Afuera seguía lloviendo.

Siempre seguía lloviendo.

La noche había ya devorado por completo el paisaje. No quedaba montaña. No quedaba jardín. No quedaba carretera. Solo cristales negros que devolvían el salón como un espejo maldito. Esa ausencia de exterior le convenía enormemente a la escena. Volvía más claro lo esencial: no había otra dirección posible que no fuera hacia dentro.

Gabriel se mantuvo de pie, con las manos a ambos lados del respaldo de su silla central. Marcel y Léonie ya estaban apostados en las puertas. Colette se movía por el comedor contiguo con la energía seca de las mujeres que han aceptado de una vez por todas que la casa donde trabajan ha dejado de pertenecer a la hospitalidad y pertenece ya a la resistencia. El agente del puesto del valle —el único además de Gabriel, aún embarrado de lluvia vieja y agotamiento— esperaba en el vestíbulo, lo bastante cerca para ser útil, lo bastante lejos para no volver vulgar una escena que exigía todavía otra clase de precisión.

Lucien Morel seguía sentado.

La lámpara lateral le arrancaba una sombra dura en la mitad izquierda del rostro y le dejaba la otra mitad demasiado clara. Era una luz cruel, sin elegancia, la peor para un hombre que había vivido tantos años de la administración exacta de su propia imagen. La corbata seguía ahí, indecente hasta el final. Las manos, limpias, seguían una sobre otra. El cuello, recto. La boca, inmóvil. Pero todo eso había perdido ya la potencia de la máscara. La compostura seguía visible, sí. Pero visible ya como resto. Como costumbre muscular de un hombre al que le habían desmontado por fin el sistema, aunque no todavía la manera de sentarse dentro de él.

Claire seguía en su sillón junto a la lámpara de pie. Ya no evitaba mirar a Lucien. Tampoco lo observaba con insistencia. Había encontrado, finalmente, una distancia exacta: la del ser humano que ha dejado de ver en otro una amenaza opaca y ha empezado a verlo como un uso. Eso resultaba mucho más humillante para el médico que cualquier grito o cualquier insulto. Era, además, la única forma de justicia simbólica que Claire parecía dispuesta a concederse: no absolverse, sino dejar de considerarlo una fuerza superior.

Julien continuaba sentado al borde del sofá largo, todavía demasiado tenso, todavía demasiado joven en su manera de recibir la verdad. Sin embargo, había cambiado una cosa crucial: ya no buscaba el centro a través de la violencia verbal. Escuchaba. Eso, en alguien como él, podía ser el principio de un hombre o el principio de algo peor. Aún era pronto para saberlo.

Madeleine Artois permanecía en su sillón lateral con la copa olvidada a un lado y los dedos unidos sobre el brazo. La luz baja la volvía todavía más precisa: el rostro fino, el cansancio caro de la boca, el pelo oscuro recogiendo apenas una sombra ámbar en una sien. Había dejado de parecer una invitada brillante atrapada en una mala novela. Parecía, más bien, la espectadora más inteligente de una obra que por fin, tras demasiadas horas de tanteo, empezaba a volverse digna de su atención.

Henri Valette había envejecido diez años desde la tarde. El bastón seguía apoyado junto a la mesa auxiliar, pero ya no como emblema, sino como necesidad. El viejo juez no tenía el aspecto de un culpable descubierto, ni el de un inocente arrasado, sino el de un

hombre que llevaba décadas llamando orden a su manera particular de convivir con la podredumbre y se veía ahora obligado a escuchar cómo otros la narraban sin las mismas palabras. No había nada más demoledor para alguien como él.

Padre Benoît Ravel seguía con las manos secas unidas y el rosario escondido. La cara larga, cansada, tenía ahora una especie de paz sucia, no consoladora. No la paz del sacerdote satisfecho porque la verdad por fin aflora. Otra cosa. La paz amarga del hombre que sabe que ciertas verdades, incluso dichas, no reparan. Solo redistribuyen con más exactitud la carga del mal.

Y Bernard Sorel, todavía en el cuarto pequeño, respiraba detrás de una puerta con pestillo y guardia, convertido ya en la prueba física de que el crimen había intentado cambiar de género sin conseguirlo del todo.

Armand observó la sala un instante más.

Luego habló.

No alto. No de forma magistral. Nunca le gustó el tono de quienes resuelven un misterio como si estuvieran inaugurando una estatua. Lo suyo fue otra cosa: la voz de un hombre cansado que se permite por fin el lujo de ordenar lo intolerable.

—Bien —dijo—. Vamos a terminar esto de una vez.

La frase cayó con una precisión casi física.

Lucien levantó un poco la cabeza.

Claire se quedó completamente quieta.

Julien dejó de respirar un segundo.

Madeleine entrecerró apenas los ojos.

Valette alzó la vista.

Benoît no se movió.

Gabriel no interrumpió. Ya no hacía falta. La escena había pasado, por derecho propio, a otra voz.

Armand cruzó una mirada breve con el teniente. No una solicitud. Un acuerdo.

Luego se dirigió al grupo entero.

—Todo lo importante de esta noche ha dependido de una mentira temporal. No una mentira cualquiera. Una mentira elegante. De esas que no se imponen con una frase, sino con una suma de

hechos suficientemente razonables para que la mayoría descanse dentro de ellos sin hacer demasiadas preguntas. Esa fue la primera inteligencia del crimen. No la habitación cerrada. No el arma desaparecida. La hora.

Se detuvo.

La lluvia siguió.

Nadie habló.

—Claire de Montfort entró en la habitación de Étienne Lemaire —continuó—. Entró después de una conversación en el corredor que no fue casual, porque Lemaire no temía ya humillar: disfrutaba diseñando el lugar exacto donde la humillación adquiría el formato más útil. En esa habitación hubo un papel, una amenaza, la figura del marido muerto de Claire y una frase demasiado bien elegida sobre su caída. Claire cogió un abrecartas y lo clavó. No en defensa teatral. No en un forcejeo largo. Lo clavó con la clase de violencia breve y desnuda con que actúan las personas que llevan años viviendo al borde de un gesto.

Claire no se movió.

Solo bajó la vista una fracción de segundo.

—Étienne Lemaire cayó —siguió Armand—. No al sillón. Al suelo. Cerca del escritorio. Hubo más sangre. La posición del cuerpo no era la de una muerte ya compuesta. Era la de una muerte todavía obscena, todavía directa, todavía privada. Y Claire salió creyendo, quizá, que dejaba atrás un crimen suyo. Lo que no sabía entonces era que en el corredor había un hombre que llevaba demasiado tiempo preparado para reconocer una oportunidad así.

Lucien no apartó la vista.

Buena señal.

Los hombres muy vencidos miran al suelo. Los aún peligrosos, en cambio, siguen mirando el lugar donde se los nombra. No por valentía. Por necesidad de medida.

—Lucien Morel la vio salir —dijo Armand—. Y ahí empezó la segunda naturaleza del caso.

La frase pesó en la sala.

—No la primera. La segunda. Eso es lo que importa. Porque si todo hubiera terminado en la habitación, esto sería otra novela. Una

más simple. Una más íntima. Claire habría matado a Lemaire, el hotel habría despertado, y la historia se habría escrito en torno a una culpa, una amenaza antigua y una mujer al límite. No fue así. Lo que volvió este caso verdaderamente monstruoso fue que alguien, al encontrar ese crimen, entendió de inmediato que podía usarlo.

Se volvió apenas hacia Lucien.

—No para esconderlo del todo. Eso habría sido tosco. Ni siquiera para salvar a Claire. Eso habría sido sentimental. Lo usó para otra cosa mucho peor: para romper el privilegio del centro.

Silencio.

La cara de Morel no cambió. Pero la sala sí. Porque ahora las palabras no solo lo acusaban. Lo describían.

—Durante años —continuó Armand—, todo en este grupo había girado alrededor de Étienne Lemaire. El daño, el miedo, el chantaje, la ruina, la vergüenza, incluso la culpa. Lemaire era el centro del sistema. La referencia. El distribuidor del daño. Y para un hombre como Lucien Morel, vivir así significaba algo más que sufrir. Significaba no entrar nunca del todo en el tablero. Ser una pieza útil. Un instrumento. Un médico conveniente, irregular quizá, condicionado, sostenido a flote por la misma mano que lo mantenía sin libertad.

Valette bajó los ojos.

Madeleine no se movió.

Benoît cerró la mano en torno al rosario dentro del bolsillo.

Julien miró a Lucien con una mezcla nueva, no solo de rabia sino de asco intelectual.

—Cuando Lucien entró en la habitación y vio a Lemaire en el suelo —siguió Armand—, comprendió por primera vez que podía hacer algo más que obedecer la geometría ajena. Podía escribir. Podía convertir la muerte de otro en una estructura suya.

Se acercó un paso hacia el centro. No mucho. Lo suficiente.

—Y la escribió bien al principio. Movió el cuerpo al sillón. Corrigió la escena. Retiró el abrecartas. Administró la sangre lo suficiente para que la habitación dejara de gritar de forma íntima y empezara a exigir lectura. No necesitó fabricar una voz falsa. Eso habría sido grosero. Le bastó con algo mucho más fino: dejar que el hotel, el

servicio, la lluvia, la memoria cansada y las suposiciones razonables hicieran el trabajo. Una voz al otro lado de una puerta. Una criada que oye algo y lo atribuye a quien conviene atribuírselo. Una actriz que reconoce una textura de tranquilidad. Un sobrino alterado que pasa por una escalera. Un sacerdote que no jura del todo lo que oye. Un médico que habla de "varias horas" sin comprometerse y, precisamente por eso, fija un rango lo bastante cómodo para que la mentira empiece a respirar sola.

Lucien seguía escuchando.

Eso era lo más importante. No interrumpía. No negaba. No corregía. Ya no luchaba contra la estructura principal porque había entendido que el grupo entero la estaba oyendo en el mismo idioma.

Armand dejó pasar unos segundos.

Luego siguió.

—Pero un crimen así no se sostiene solo con escena y tiempo. Necesita costuras invisibles. Y ahí entran quienes hacen posible un hotel como este: el servicio, las puertas secundarias, los gabinetes discretos, las llaves viejas, la tolerancia acumulada. Adèle Brunet era una de esas costuras. No porque conociera grandes secretos. Porque conocía mejor que nadie la diferencia entre la rutina y la alteración. Sabía qué bandejas tardan demasiado. Qué voz detrás de una puerta suena a descanso y cuál a respuesta impuesta. Qué movimiento en el corredor pertenece a la noche de un hotel y cuál ya no. Adèle no tenía la sintaxis de Bernard, quizá. Pero tenía el ojo de la casa.

Se oyó a lo lejos el ruido pequeño de una puerta movida por Marcel. Bernard seguía vivo. Bien. Que siguiera respirando mientras la verdad se ordenaba importaba más de lo que cualquiera admitiría después.

—Lucien habló con ella esta mañana —prosiguió Armand—. Y comprendió que Adèle ya no era solo una criada inquieta. Era una mujer que había visto la costura. Y, como los hombres metódicos temen mucho más a quien ve una costura que a quien simplemente grita, la siguió a la rampa lateral y la mató. No con la elegancia de la habitación. No con la administración del tiempo. Con algo mucho más pobre y más sincero: la necesidad.

Lucien bajó la vista por primera vez. Apenas un segundo.

Ahí estaba la parte de sí mismo que seguía odiando. No el cuerpo de Lemaire reescrito. No el margen conquistado. La bajeza mecánica del segundo asesinato. La pobreza de un escalón, una cabeza y una prisa.

—Adèle murió —dijo Armand— y con ella cambió la especie del caso. Porque ya no se trataba solo de una habitación reordenada. Ahora había una segunda violencia. Y esa segunda violencia podía seguir dos caminos: o confirmar el centro… o embarrarlo todo. Lucien eligió lo segundo.

Madeleine exhaló despacio.

Sí. Ella ya estaba allí desde antes.

Y ahora el grupo entero podía oírlo.

—Por eso Bernard importa tanto —continuó—. Porque Adèle ve y se asusta. Bernard ve y organiza. Un director de hotel como Bernard Sorel no solo sabe cosas; sabe cómo encajan. Qué llave falta. Qué puerta conecta con qué. Qué ruta ha sido usada demasiadas veces como excepción piadosa. Qué médico se mueve con una naturalidad que la casa le ha concedido. Bernard no era solo otra víctima posible. Era el hombre que podía volver legible el mecanismo del edificio. Y un asesino que ha hecho del edificio su instrumento no puede permitirse a un lector así.

Gabriel inclinó apenas la cabeza.

Muy bien.

Seguía ahí.

—Lucien quiso matarlo —dijo Armand—. Pero no solo por silenciarlo. También por deformar el caso una vez más. Bernard casi muerto en un cuarto de plancha, con una puerta lateral, una llave vieja y una entrada de servicio, habría desplazado la investigación desde la red de culpas privadas hacia otra cosa: un ataque al hotel mismo, a su funcionamiento, a su estructura. Ya no una serie de correcciones alrededor de Lemaire, sino una casa atacada por su propio reverso. Más barro. Más amplitud aparente. Menos figura.

Julien se llevó una mano a la boca. No por llanto. Por comprensión.

Valette permanecía inmóvil, pero ya no seco: había aparecido en su cara el primer resto visible de vergüenza no jurídica. Benoît bajó la cabeza. Claire seguía mirando a Lucien con la serenidad blanca de quien ha entendido por fin que su culpa fue usada por alguien mucho menos noble que su propio horror.

Armand se volvió apenas hacia el grupo, no solo hacia el doctor.

—Eso es lo que ha hecho Lucien Morel esta noche. No justicia. No venganza limpia. No simple aprovechamiento. Ha intentado quitarle a Étienne Lemaire incluso el privilegio de seguir siendo, muerto, el centro del daño. Ha querido que todos los presentes respiren la podredumbre sin poder seguir diciéndose "todo venía de él". Ha querido dispersar el centro.

Lucien levantó la vista otra vez.

La sostuvo.

—Sí —dijo.

La palabra apenas sonó.

Pero no hizo falta más.

A veces la confirmación final no requiere volumen. Solo agotamiento de toda versión alternativa.

Madeleine habló entonces, muy bajo.

—Qué triste forma de ambición.

No era una frase brillante. Era mejor. Era una conclusión.

Lucien la oyó. No respondió.

Armand siguió.

—Ahora bien, que el dibujo principal esté claro no significa todavía que todo esté cerrado. Falta una última pieza. Y esa pieza es la más importante de todas, porque no pertenece ya al crimen físico, sino a su transmisión moral.

Se volvió hacia Valette.

El viejo juez alzó la vista muy despacio.

—Henri Valette no mató a nadie esta noche —dijo Armand—. Tampoco reescribió la habitación, ni siguió a Adèle, ni estranguló a Bernard. Y, sin embargo, sería una farsa obscena terminar esta historia sin nombrar su lugar exacto en ella.

Valette no reaccionó.

Eso ya era reacción.

—Durante años —continuó Armand—, hombres como usted llamaron "complejidad" a lo que en realidad era una distribución bastante bien peinada de la ruina ajena. Étienne Lemaire no apareció de la nada. No fue un demonio solitario. Fue posible porque otros, mejor vestidos todavía que él, mejor hablados quizá, mejor situados en la ley o en la respetabilidad, toleraron, orientaron o no interrumpieron a tiempo la maquinaria.

Valette bajó la vista.

No protestó.

Buena señal. O demasiado tarde para señales buenas.

—Claire perdió a su marido dentro de ese mundo —dijo Armand —. Morel quedó atrapado dentro de ese mundo. Madeleine vio parte del daño lateral. Benoît llegó tarde, como llegan tarde los hombres honestos que confían demasiado en que la compasión sin conflicto moral basta. Julien creció a la sombra de ese veneno. Bernard y Adèle mantuvieron con llaves, bandejas y corredores una casa donde la discreción servía también de yeso. Ninguno de ustedes es simplemente "el resto". Todos han vivido años dentro de una pedagogía del daño.

El silencio fue completo.

No el silencio vacío. El lleno. El que llega cuando la verdad deja de ser una enumeración de actos y se vuelve una descripción de clima.

Armand dejó que respirara.

Luego dijo:

—La diferencia es esta: Claire cruzó una línea y lo sabe. Lucien cruzó varias y quiso convertirlas en una arquitectura. Ustedes, los demás, llevan demasiado tiempo viviendo junto a las líneas llamándolas de otra manera.

Benoît cerró los ojos.

Valette no se movió.

Madeleine se llevó dos dedos a la sien.

Julien había dejado de mirar a Lucien. Miraba al suelo, como si por primera vez la palabra familia se le hubiese vuelto enteramente obscena.

Gabriel habló entonces.

No para competir con la reconstrucción. Para cerrarla jurídicamente.

—Lucien Morel va a quedar bajo custodia inmediata. En cuanto tengamos paso, bajará al valle. Pero desde este momento se termina cualquier ficción sobre su condición dentro de este hotel. Ya no es médico, ni huésped útil, ni hombre de consulta. Es el responsable de la reescritura de la escena de la suite, del homicidio de Adèle Brunet y de la tentativa de homicidio de Bernard Sorel.

Lucien no protestó.

Sí. Ya estaba al otro lado de eso.

Gabriel se volvió a Claire.

La sala entera respiró distinto.

Era inevitable.

Porque el relato central estaba ya ordenado y faltaba solo la otra caída. La íntima. La primera.

—Claire de Montfort —dijo con una serenidad difícil de sostener incluso para él—. Queda todavía su parte.

Claire levantó la vista.

No estaba asustada. Estaba cansada. Cansada de una manera tan profunda que la honestidad empezaba a parecerle ya menos un deber que un descanso.

—Sí —dijo.

—Entró en la habitación de Étienne Lemaire. Lo hirió mortalmente con un abrecartas. Y salió dejándolo en el suelo.

—Sí.

La palabra salió tan baja que casi se confundió con la lluvia. Pero no. Todos la oyeron.

Julien cerró los ojos.

Madeleine bajó la vista.

Valette se quedó completamente quieto.

Benoît no se movió.

Armand observó a Claire con una dureza casi compasiva.

No había forma limpia de absolverla. Tampoco de confundirla con Lucien. Esa era quizá la última exigencia moral decente de la novela: no permitir que el uso posterior del crimen borrara la naturaleza del primero.

Gabriel habló con una exactitud admirable.

—Eso también constará. Pero su crimen y el de Lucien no son de la misma especie.

Claire lo sostuvo con la mirada.

—Lo sé.

—No estoy seguro de que lo sepa del todo todavía.

Por primera vez, algo cercano a la fatiga se quebró en la cara de Claire. No llanto. No derrumbe. Solo el dolor completo y finamente articulado de una mujer inteligente al oír que ni siquiera su culpa puede seguir siendo simple.

—Entonces lo aprenderé —dijo.

Madeleine la miró.

No con piedad.

Con respeto.

Eso era mejor.

Armand sintió que el salón entero había llegado ya a ese punto final de las noches malas en que nadie está ya luchando por ser el más limpio del grupo. Solo por entender, si es posible antes del amanecer, qué forma exacta tuvo su degradación.

Pero faltaba aún una última cosa.

La pequeña pieza que blindaría el cierre.

Se volvió hacia Bernard.

No estaba en la sala, claro. Seguía detrás de la puerta con Marcel y Léonie. Pero estaba presente de otra manera. Como respiración protegida, como llave recuperada, como intento fallido.

—Gabriel —dijo—. Bernard tiene que oír el final.

El teniente lo miró.

Sí.

Tenía razón.

Porque la novela no quedaría cerrada de verdad mientras el hombre del mecanismo siguiera fuera de la última sintaxis.

Gabriel hizo una seña a Marcel. Minutos después, entre ambos y con la ayuda callada de Benoît, trajeron a Bernard desde el cuarto pequeño al umbral del salón. No lo obligaron a entrar del todo. Lo dejaron sentado en una silla firme, envuelto en una manta, con la garganta marcada, la cara aún cenicienta y los ojos mucho más

despiertos de lo que el cuerpo parecía permitir. Bernard tenía el aspecto ridículo y casi sagrado de los hombres que sobreviven sin ninguna épica a una violencia demasiado concreta.

Armand esperó a que se acomodara.

Luego terminó.

—Bernard —dijo—. Tenía razón. El hotel le venía bien al crimen. Pero no lo poseía del todo. No esta vez.

Bernard lo miró con la atención exhausta de quien oye desde muy lejos.

—No entiendo… —consiguió decir.

—Sí entiende. Entiende que lo que Lucien quería no era solo matar. Era convertir la casa en su versión final del caso. Una versión donde ya nadie pudiera distinguir una habitación de un sistema. No lo ha logrado. Porque sigue habiendo diferencias. Porque usted sigue vivo. Porque Claire existe separada de él. Porque Adèle cuenta, precisamente, como mujer que no pertenecía al gran centro. Porque incluso aquí, en esta casa enferma de discreción, todavía puede trazarse una línea.

El director cerró los ojos un instante.

Tal vez de alivio.

Tal vez solo de cansancio.

No importaba.

La línea estaba dicha.

Y eso bastaba.

Gabriel tomó entonces una decisión última y visible.

—Muy bien. Se acabó esta noche como organización del caso. A partir de ahora, lo que quede será vigilia y amanecer. Marcel, con Bernard. Léonie y Colette, aquí. Padre, si quiere quedarse con él un rato. Madeleine, Julien, Valette, Claire: no se mueven sin avisarme. Y doctor Morel…

Lucien levantó la vista.

—Va a pasar el resto de la noche donde no pueda tocar ni una puerta sin que alguien lo vea hacerlo.

Marcel y el agente del valle se situaron a ambos lados.

Lucien se puso en pie.

No protestó.

No habló.

No miró a nadie primero.

Luego, al final, miró a Claire.

Esa fue la última arrogancia posible: buscar todavía en el origen del crimen una especie de espejo.

Claire no le devolvió nada.

Ni odio.

Ni triunfo.

Ni miedo.

Solo lo miró como se mira un instrumento roto que, por haber servido durante años para una función repugnante, ya no merece siquiera la dignidad del resentimiento.

Lucien entendió.

Y por primera vez desde la mañana, bajó los ojos.

Eso fue el final verdadero.

No la custodia.

No la reconstrucción.

No la lluvia.

No el hotel.

Ni siquiera la verdad compartida.

El final fue ese pequeño movimiento de la mirada.

Un hombre que había querido redistribuir el centro del daño descubriendo, demasiado tarde, que había terminado por quedar fijado en él.

Lo llevaron.

El salón quedó en silencio.

No un silencio limpio. Nunca. Había todavía culpa, cansancio, noches futuras, declaraciones, papeles, el valle, la ley, la vergüenza pública, la muerte del marido de Claire, la vieja clínica de Lyon, Valette, Julien, la herencia moral del daño, todo eso. Pero el centro había terminado de respirar.

Ya estaba dicho.

Afuera seguía lloviendo.

Siempre seguía.

Armand permaneció sentado unos minutos más, escuchando no ya las palabras, sino la forma nueva en que la sala había empezado

a existir sin Lucien en ella. Era una forma más pobre. Más cansada. También más verdadera.

Madeleine fue la primera en hablar.

—Qué final tan espantoso —dijo muy bajo—. Y tan poco elegante.

Armand la miró.

—Los finales elegantes suelen ser mentira.

Ella asintió apenas.

Claire seguía quieta. Julien no levantaba la vista. Valette parecía un mueble al que la noche hubiera empezado por fin a cobrarle intereses. Benoît estaba ya junto a Bernard. Gabriel, de pie otra vez, miraba la lluvia como si quisiera ver más allá del cristal un valle que tardaría aún horas en volver a merecer ese nombre.

Armand apoyó una mano en el brazo del sillón y se puso en pie.

No había nada más que resolver esa noche.

Solo quedaba soportarla.

Y mientras la lluvia seguía golpeando Saint-Valéry como si quisiera borrar del todo la casa y sus nombres, comprendió que el verdadero cierre de aquella historia no era la caída de Lucien Morel.

Era algo más áspero y más exacto:

que, por una vez, nadie en esa sala podría volver a llamar "complejidad" a lo que había sido simplemente una larga, paciente y bien vestida administración del daño.

Capítulo 21. Lo que queda cuando deja de llover

El amanecer no llegó como una absolución.

Llegó cansado.

Saint-Valéry había pasado la noche entera respirando a través de paredes viejas, pasos vigilados, café rehecho y una lluvia que no quiso interrumpirse ni siquiera por cortesía con el final. Hacia las cinco, el agua empezó por fin a adelgazar, no de forma noble ni dramática, sino como adelgazan ciertas obsesiones cuando ya han hecho suficiente daño. Luego la montaña devolvió, muy despacio, algunas formas. No todavía el mundo. Solo el contorno oscuro de los pinos, una línea de ladera, la intuición opaca del camino barrado por el barro. El hotel, después de tantas horas sin exterior, recibió el regreso del paisaje con una especie de pudor.

Armand Delacroix llevaba despierto desde antes del alba.

No porque no hubiera podido dormirse —hacia ese punto del agotamiento, el cuerpo a veces ya no distingue entre cama y silla—, sino porque intuía que aquella historia no merecía ser dejada atrás en el mismo estado bruto en que la noche la había entregado. Había cierres que exigían una cierta lentitud moral. No para embellecer los hechos. Precisamente al contrario: para impedir que la urgencia o el cansancio los volviera falsamente nítidos.

Se había instalado solo, poco antes de que clareara del todo, en el pequeño comedor lateral que daba al jardín ahora empapado. Una taza de café ya frío, una silla demasiado baja, una ventana empañada por dentro y el hotel empezando a oler otra vez a pan caliente, madera húmeda y ropa recién cambiada. Era un olor obsceno y humano. Los lugares donde ha habido violencia vuelven a producir desayuno con una rapidez que ofende.

A través del cristal, el jardín parecía fatigado. Las piedras oscuras, los setos golpeados por el agua, la balaustrada mojada, el suelo reblandecido. Más allá, la ladera caía hacia la carretera destruida en una mezcla de barro y ramas desprendidas. El

aislamiento persistía, pero ya no con la arrogancia de la tormenta. Ahora era una consecuencia.

Armand apoyó dos dedos en la taza.

Tenía el cuerpo cansado de una forma precisa. No solo sueño. La otra fatiga. La que dejan ciertas verdades cuando han sido dichas del todo y, pese a ello, no producen limpieza alguna. Había visto muchas versiones del daño en su vida. Demasiadas quizá. Pero seguía desagradándole, con una frescura casi infantil, el espectáculo de los grupos humanos cuando por fin se ven obligados a compartir la estructura entera de su miseria.

Lucien Morel había sido encerrado de madrugada en una pequeña estancia próxima a recepción, bajo vigilancia del agente del valle y de Gabriel. No hubo resistencia. No hizo falta. Una vez perdida la arquitectura del relato, su cuerpo había entrado en esa calma hueca que adquieren ciertos hombres muy inteligentes cuando comprenden que ya no pueden mejorar el desenlace, solo deteriorarlo un poco menos.

Bernard Sorel había sobrevivido la noche. La voz seguía rota. La marca del cuello, violácea y brutal. Pero respiraba mejor. Benoît se había quedado con él varias horas, no por virtud abstracta, sino por ese sentido tan concreto del acompañamiento que solo poseen algunos curas y algunas enfermeras viejas. Colette había impuesto al resto del personal una disciplina casi militar en cocina, pasillos y lencería. Marcel y Léonie habían descubierto de golpe, sin preparación ni mérito previo, que la dignidad humana a veces consiste simplemente en seguir obedeciendo bien cuando el hotel en que trabajas ha empezado a revelar su sótano moral.

Y los demás…

Los demás habían pasado a habitar una madrugada sin sueño en distintas gradaciones de ruina.

Armand oyó pasos en el corredor y no tuvo que volverse para saber que sería Gabriel.

El teniente entró con la misma ropa del día anterior, solo que ahora parecía haber dormido dentro de ella una vida entera. El cabello se le caía un poco más sobre la frente. La mandíbula, marcada por la noche. Tenía un vaso de agua en una mano y una

carpeta ya gastada en la otra. Pero seguía entero. Extraordinariamente entero. Había en él algo que a Armand le gustaba más con cada hora: no se agrandaba bajo la presión. Se afinaba.

—Ya están intentando despejar el camino inferior —dijo Gabriel a modo de saludo.

Armand alzó la vista.

—¿Cuánto tardarán?

—Si la lluvia no vuelve a ponerse grandilocuente, unas horas. Quizá al mediodía pueda bajar un vehículo pequeño. Si no, seguirán subiendo a pie.

Armand asintió.

La noticia tenía la calidad extraña de las cosas prácticas que regresan demasiado tarde a una casa todavía tomada por la moral del crimen.

Gabriel tomó asiento frente a él sin pedir permiso. Tampoco hacía falta a esas alturas.

—No he dormido —dijo.

—Ya.

—Usted tampoco, imagino.

—No del todo.

Un silencio breve.

No incómodo. Solo cansado.

Gabriel dejó la carpeta sobre la mesa.

—Morel ha hablado un poco más.

Armand levantó apenas una ceja.

—¿Más útil o más decorativo?

—Mitad y mitad. Sigue queriendo parecer más sistemático de lo que fue. Pero ya no puede mantener la distancia. Cuando baja la guardia, el motivo asoma.

—El margen.

—Sí. Y también otra cosa.

Armand esperó.

—No soportaba solo a Lemaire —continuó Gabriel—. No soportaba el hecho de que todos siguieran organizando sus propias

miserias alrededor de él. Dice que la habitación fue "la primera vez que vio al resto sin su centro". Bastante monstruoso.

Armand observó el café un instante.

—Sí. Y bastante típico en ciertos resentidos inteligentes.

Gabriel lo miró.

—¿Típico?

—Sí. El hombre que no puede derrotar de frente al sistema que lo humilla termina a veces deseando una sola cosa: ver a todos los demás obligados a sentir, aunque sea durante una noche, la misma intemperie que él ha sentido durante años.

Gabriel dejó pasar un segundo.

—No es exactamente justicia.

—No. Es mucho peor. La justicia aún distingue. El resentimiento de ese tipo quiere generalización.

El teniente apoyó la espalda en la silla.

—Bernard preguntó por usted.

Armand no respondió enseguida.

No le gustaban demasiado las gratitudes posteriores. Le parecían casi siempre un género impreciso y demasiado sentimental de contabilidad. Pero Bernard no era un sentimental. Si preguntaba, sería por otra cosa.

—¿Qué quería? —dijo al fin.

—Nada especial. Solo dijo que le gustaría hablar cuando baje un poco la inflamación de la garganta. Creo que necesita entender cómo fue posible que viviera tantos años en una casa y no terminara de verla hasta que casi lo matan en una de sus habitaciones más pequeñas.

Armand miró la ventana.

—Eso no le pasa solo a los directores de hotel.

Gabriel casi sonrió.

—No.

Se quedaron otro momento en silencio, viendo cómo la claridad seguía asentándose sobre el jardín mojado.

Al cabo de unos minutos, la puerta del comedor lateral se abrió de nuevo.

Entró Madeleine Artois.

Había dormido algo, o al menos se había tumbado el tiempo suficiente para que la cara recuperara una forma menos cruel de su cansancio. Llevaba un vestido oscuro de lana fina, sencillo y perfecto, con una chaqueta corta color humo y el cabello recogido atrás con una disciplina que subrayaba todavía más la finura del rostro. Sin maquillaje visible o con uno tan bueno que ya no merecía ese nombre. En la mano izquierda llevaba un cigarrillo sin encender y en la derecha una taza vacía.

Se detuvo al verlos.

—Oh —dijo—. Los hombres razonables reunidos junto a una ventana. Qué imagen tan peligrosamente literaria.

Gabriel la miró.

—Buenos días, madame.

—No exageremos. "Día" aún me parece una hipótesis.

Armand le señaló una silla.

—Siéntese.

Madeleine obedeció con una docilidad tan leve que casi fue una insolencia elegante. Dejó la taza vacía sobre la mesa y sostuvo el cigarrillo entre dos dedos como si aún no hubiera decidido si el amanecer merecía humo.

—No vengo a molestar —dijo—. Solo a confirmar que el hotel sigue de pie y que, por desgracia, yo también.

—Ambas cosas parecen ciertas —respondió Gabriel.

Madeleine miró hacia el jardín.

—Qué feo queda el barro cuando ya no hay crimen fresco que le dé sentido.

La frase le gustó a Armand más de lo que pensaba admitir.

—Eso es porque el barro solo es interesante mientras promete forma —dijo.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Y usted, por supuesto, sigue incapaz de hablar como una persona normal.

—Hace años que renuncié a esa ambición.

Gabriel dejó escapar aire por la nariz. No exactamente una risa. Algo mejor. El resto mínimo de un humor que aún no ha muerto del todo.

Madeleine apoyó la espalda en la silla.

—¿Ya ha decidido qué hará Claire?

El cambio de tema fue abrupto. Precisamente por eso revelador.

Armand se volvió hacia Gabriel.

El teniente tomó la carpeta con una lentitud sobria.

—Constará lo que hizo. No voy a fingir otra cosa. Pero tampoco voy a escribir la noche como si su crimen y el de Morel fueran del mismo orden. No lo son.

Madeleine asintió una sola vez.

—Bien.

No dijo más. Y esa economía, en una mujer como ella, equivalía casi a una forma de aprobación moral.

—¿Y Julien? —preguntó después.

Armand la observó.

Sí. Ella lo sabía. Sabía perfectamente que el daño de aquella noche no terminaba en la resolución jurídica de Lucien ni en la confesión de Claire. Quedaban las consecuencias. Los herederos deformados de la red.

Gabriel tomó aire.

—Julien no ha dormido nada. Está intentando parecer menos afectado de lo que está y menos implicado de lo que teme estar. No es un buen estado.

—No —dijo Madeleine—. Los hombres jóvenes siempre creen que el sufrimiento los vuelve más interesantes. Y a veces solo los vuelve más disponibles para la idiotez.

Armand no apartó la vista de ella.

—¿Le teme?

Madeleine lo pensó un segundo.

—No a su inteligencia. A su herencia.

Buena respuesta.

Sí. Julien no era peligroso por lo que ya había hecho. Era peligroso por la mezcla de humillación, apetito de centro y pedagogía del daño recibida de quienes lo precedieron. Los hombres como él, si tienen mala suerte y dinero cerca, pasan años intentando demostrar que no son solo hijos de la podredumbre y terminan inventando versiones nuevas de la misma.

Se oyó otro paso en el corredor.

Esta vez fue Benoît.

Entró sin llamar, con el aspecto exacto del hombre que ha estado demasiadas horas velando a un vivo y a varios muertos al mismo tiempo. Se había cambiado la camisa; la nueva seguía siendo gris, igualmente sobria, igualmente clerical. El rostro, sin embargo, parecía más hundido aún. Se acercó a la mesa con una lentitud que no era cansancio físico solamente, sino esa otra fatiga moral de quienes han acompañado demasiado de cerca la respiración del miedo.

—Bernard duerme un poco —dijo.

Gabriel asintió.

—Bien.

Benoît tomó asiento sin ceremonia.

Miró a Madeleine, luego a Gabriel, luego a Armand. Después al jardín.

—Parece una casa cualquiera —dijo.

—Las peores suelen parecerlo —respondió Madeleine.

—No —corrigió el sacerdote con suavidad—. Las peores parecen todavía un poco mejores de lo que son. Esa es la trampa.

Armand dejó que la frase quedara. Sí. Saint-Valéry entero había funcionado años de esa manera.

No era un castillo maldito.

No era una clínica asesina.

No era un nido de conspiradores.

Era algo más corriente y, por eso, peor: un lugar bello y bien servido donde las pequeñas concesiones a la discreción, al privilegio y al miedo habían ido produciendo una tolerancia casi orgánica al daño.

La puerta volvió a abrirse.

Claire apareció primero.

No había pedido permiso. Lo cual, en ella, significaba mucho. Llevaba el mismo conjunto del día anterior, solo que la chaqueta azul había desaparecido y el marfil de la blusa parecía más pálido aún bajo la claridad fría del amanecer. El cabello seguía recogido con severidad. Las manos, vacías. La cara, distinta.

No más rota.

Más desnuda.

Había algo nuevo en su expresión, algo que Armand reconoció enseguida y que resultaba raro en las mujeres como Claire: no orgullo, no derrumbe, no miedo. Disponibilidad al peso. La clase de serenidad blanca de quien ha pasado la peor hora privada de la noche y ya no tiene energía para embellecer el día que sigue.

Se detuvo al ver a los otros.

—No quería interrumpir.

—Ya lo ha hecho —dijo Madeleine—. Así que siéntese y hágalo con dignidad.

Claire la miró un segundo. Casi podría haber sido una sonrisa lo que se movió muy levemente en la comisura de la boca, pero la noche había arrasado ya con demasiadas cosas como para regalarle al gesto ese nombre.

Tomó asiento.

La disposición de la mesa cambió.

No era una reunión deliberada. Y, sin embargo, empezaba a parecerlo. Como si el hotel, después de haber alojado durante horas el crimen, necesitara ahora alojar también su resaca moral en una versión más pequeña y más silenciosa del grupo.

Solo faltaba Julien.

Y llegó.

Más tarde que los otros. Con la camisa abierta en el cuello, el cabello mal peinado con agua y una cara que habría podido resultar insolente si no estuviera ya tan marcadamente agotada. Se detuvo en la puerta, vio la composición de la mesa y durante un instante dio la impresión de que iba a marcharse otra vez por puro reflejo de dignidad herida. Pero no lo hizo. Entró. Arrastró una silla. Se sentó un poco apartado, al final del grupo, como si no supiera si aquella mesa lo admitía como heredero, residuo o simple espectador.

Faltaba Valette.

Nadie lo nombró.

Lo cual ya decía bastante.

Fue Gabriel quien rompió el silencio.

—A mediodía, si el camino cede, bajaremos. Haré primero las llamadas formales. Tomaremos declaraciones otra vez, ya en el valle, con calma. Y cada cosa se escribirá como corresponde.

La frase tuvo algo del anuncio de una cirugía postergada. No consuelo. No amenaza. Solo procedimiento.

Claire bajó la vista a la mesa.

—Bien.

Una palabra mínima. Pero limpia. A Armand le gustó. No por obediencia, sino porque mostraba que había dejado de gastar su energía en las zonas inútiles de la resistencia.

Julien no habló. Benoît tampoco. Madeleine miraba el jardín. Gabriel parecía ya medio fuera del hotel, pensando en informes, custodias, trayectos, palabras que en el valle adquirirían otra clase de rigidez. Solo Armand seguía plenamente dentro.

Sabía que el caso estaba, en lo esencial, terminado.

Y, sin embargo, había todavía algo que necesitaba ser dicho. No para la ley. Para ellos.

Se apoyó en el respaldo de la silla y habló sin levantar la voz.

—Hay algo que no debería salir de aquí sin nombre.

Todos lo miraron.

Sí. Incluso Gabriel. Aunque ya intuía probablemente la clase de frase que venía.

Armand no miró a Lucien. No estaba allí. Había sido apartado ya, con razón, del centro inmediato de la mañana. Miró al grupo que quedaba.

—Ninguno de ustedes podrá decir, después de esto, que no sabía del todo qué clase de casa era Saint-Valéry.

Benoît bajó la vista.

Valette no estaba presente para oírlo, pero la frase pareció dirigirse hacia su ausencia con la misma exactitud.

Claire lo sostuvo con la mirada.

Julien también.

Madeleine no apartó los ojos de él.

—No hablo solo de un crimen —continuó—. Ni siquiera solo de varios. Hablo de la materia que los hizo posibles. De los años en que ustedes llamaron discreción, costumbre, complejidad, prudencia,

prestigio o necesidad a cosas que eran, simplemente, daño bien vestido. El problema de vivir demasiado tiempo junto al barro no es ensuciarse. Eso le pasa a cualquiera. El problema es que uno termina dejando de saber si quiere cruzarlo o nombrarlo.

El silencio posterior fue largo.

Madeleine fue la primera en romperlo.

—Y algunos —dijo, mirando el jardín— hacen ambas cosas mal.

Armand inclinó apenas la cabeza.

—Sí.

Claire habló entonces, muy bajo.

—Yo lo crucé.

La frase cayó con una desnudez insoportable.

No buscaba absolución. Ni literatura. Solo exactitud.

Armand no la suavizó.

—Sí.

Ella asintió. Una sola vez. Sin drama.

Benoît habló después.

—Y yo lo nombré tarde.

Otra frase limpia.

Armand no apartó los ojos de él.

—Sí.

El sacerdote aceptó el golpe con una calma que tenía algo de penitencia, pero sin la teatralidad de la culpa exhibida. Eso le dio una dignidad que la noche no había concedido a muchos.

Madeleine bebió por fin un pequeño sorbo de coñac ya tibio.

—Yo lo miré demasiado tiempo creyendo que el talento para describirlo bastaba.

Armand la observó.

—No bastaba.

—Ya —dijo ella.

Por primera vez, algo muy parecido a la tristeza apareció en su boca.

Julien tardó más.

Luego habló sin levantar la cabeza.

—Yo crecí dentro.

Sí.

Esa era quizá la frase más peligrosa de todas y también la más verdadera en su caso.

Armand la dejó respirar.

—Sí —dijo al fin—. Ahora le toca decidir si va a seguir llamándolo herencia.

Julien alzó la vista. Había en sus ojos cansancio, sí. También orgullo herido. Pero detrás de eso había otra cosa nueva. No noble todavía. No limpia. Apenas una grieta. Suficiente.

—No lo sé —dijo.

Era una buena respuesta.

Mucho mejor que cualquier valentía prematura.

Claire giró apenas la cabeza hacia él. No lo tocó. No lo consoló. No le ofreció una frase. Y, sin embargo, algo en la dirección de ese gesto decía más que todas las explicaciones familiares posibles: ya no podían seguir siendo uno para el otro solo decorado de culpa.

Gabriel, que había dejado que la conversación tomara esa deriva sin interrumpirla, miró por fin a Armand.

—¿Y usted? —preguntó.

El silencio se movió otra vez.

Armand lo miró sin entender del todo al principio.

—¿Yo qué?

—Usted también ha estado en esta casa. También ha cruzado la noche. También ha visto demasiado. ¿Qué hace uno con eso?

Madeleine alzó muy levemente una ceja. Sí. Buena pregunta. Y en boca de Gabriel, mejor aún, porque no tenía nada de sentimental. Era la pregunta de un hombre joven que acaba de descubrir cuánto puede parecerse una investigación a una convivencia forzada con el barro ajeno.

Armand miró la taza fría. Luego la ventana. Luego el grupo.

La respuesta no era bonita. Nunca lo son.

—Uno se va —dijo al fin—. Pero intenta no llevarse consigo las palabras equivocadas.

No era un remate brillante. Era verdad.

Y bastó.

Nadie habló durante varios segundos.

Luego, a lo lejos, llegó por fin otro sonido.

No del hotel.

Del mundo.

El motor ahogado de un vehículo pequeño intentando subir por el camino inferior, tosiendo barro y esfuerzo. Después voces. Luego un golpe de puerta. La confirmación física de que el valle empezaba por fin a reclamar otra vez jurisdicción sobre la montaña.

Gabriel se puso en pie.

El gesto devolvió al aire algo de su antigua función.

—Ya están aquí —dijo.

La frase tenía algo de final y de condena. Muy propio de los amaneceres después del crimen.

Se volvió hacia Claire.

—Voy a necesitar que se prepare.

Ella asintió.

Hacia Benoît.

—Padre, quédese con Bernard unos minutos más.

—Sí.

A Madeleine.

—Le pedirán otra declaración.

—Ya me figuro.

A Julien.

—No salga del hotel sin que yo sepa dónde está.

El joven hizo una mueca mínima.

—¿Adónde demonios iba a ir?

Buena respuesta. Lo bastante amarga para ser honesta.

A Armand, por último.

No dijo nada de inmediato.

Solo lo miró.

Y en esa mirada había gratitud, cansancio, algo parecido al respeto y una pregunta pequeña sobre el futuro inmediato de aquella colaboración improvisada.

Armand respondió sin que hiciera falta formularla.

—Bajaré con ustedes.

Gabriel asintió.

—Bien.

El teniente salió.

Poco después fueron levantándose los demás.

Madeleine lo hizo con la elegancia cansada de una mujer que ya no espera belleza alguna del día y, por tanto, puede permitirse una dignidad más desnuda. Pasó junto a Armand y dejó una frase en voz baja, sin detenerse:

—No ha estado mal para una noche entre catástrofes.

—He tenido buena compañía —respondió él.

—No se acostumbre.

Y siguió.

Benoît salió hacia el cuarto de Bernard con esa mezcla de cansancio y deber que ya parecía su respiración natural. Claire se quedó un instante más junto a la mesa, como si necesitara medir la distancia exacta entre el sillón, el jardín y la puerta por la que habría de irse. Luego levantó el bolso del suelo y habló sin mirar a nadie en particular.

—Gracias por no convertirlo en una sola cosa.

Armand supo enseguida a qué se refería.

No al favor.

No a la indulgencia.

A la forma del crimen.

—No lo era —dijo.

Claire asintió una sola vez.

Y se fue.

Julien quedó un segundo indeciso, como si aún quisiera decir algo más alto, más joven, más suyo. No lo hizo. Solo miró a Armand con una mezcla confusa de desafío, necesidad y una especie de rencor todavía no del todo elegido. Después se marchó detrás de Claire.

Quedó solo.

Otra vez la ventana. El jardín. La lluvia ya reducida a gotas sueltas cayendo de los bordes del tejado. El hotel empezando a transformarse, muy despacio, de escena del crimen en simple lugar donde habrá que seguir viviendo hasta que todos se hayan ido.

Armand se acercó al cristal.

El barro del camino seguía ahí. La ladera herida también. Más abajo, dos figuras del valle subían con paso corto y botas pesadas.

El mundo regresaba. Lo hacía mal, tarde y sin elegancia, como casi siempre.

Apoyó una mano en el alféizar.

Pensó en Saint-Valéry. En Lemaire. En Lucien. En Claire. En Adèle. En Bernard. En Valette. En esos ecosistemas morales donde la culpa circula tanto tiempo bien vestida que cuando por fin aparece el crimen, muchos creen estar viendo un monstruo nuevo y no la forma natural de lo que llevaban años tolerando.

Entonces comprendió, con la fatiga ya volviéndose casi lucidez, cuál era el verdadero epílogo de aquella historia.

No que el asesino hubiera sido descubierto.

No que la habitación cerrada hubiera sido explicada.

Ni siquiera que el centro del daño hubiera terminado por cambiar de sitio.

Lo verdadero era otra cosa.

Que todos los que quedaban vivos tendrían ahora que elegir, en adelante, entre dos tareas igualmente difíciles:

o seguir cruzando el barro con buenos modales,

o empezar por fin a llamarlo por su nombre.

Y ninguna de las dos opciones, lo sabía bien, ofrecía una vida especialmente limpia.

Afuera, una nube se abrió apenas.

No sol.

Solo una claridad algo menos sucia sobre los pinos.

Suficiente.

Epílogo. La carretera después del barro

Cuando por fin pudieron bajar, Saint-Valéry no parecía un hotel resuelto.

Parecía un lugar agotado.

La lluvia había cedido, sí, pero no de un modo noble. No había abierto el cielo ni regalado a la mañana esa luz limpia que a veces, por pura obscenidad narrativa, aparece después del desastre para sugerirle al lector una forma de alivio. No. El cielo seguía gris, solo que de un gris más alto, más cansado, con algunas vetas pálidas sobre la cresta de los pinos. El barro seguía en la carretera. Las piedras seguían mojadas. El jardín del hotel parecía el decorado húmedo de una obra que ya había terminado y, sin embargo, aún no sabía cómo desmontarse.

Armand Delacroix salió el último al pórtico.

No por cortesía. Ni por cálculo. Porque ciertos hombres necesitan ver cómo los demás abandonan un lugar antes de permitirse a sí mismos admitir que el lugar ha terminado de existirles.

La escalinata de piedra seguía brillante por el agua. Las macetas ennegrecidas por la tormenta dejaban caer aún gotas finas sobre el borde de los escalones. Más abajo, junto a la explanada donde el vehículo del valle esperaba con paciencia administrativa, se agrupaban dos gendarmes más, un médico verdadero y un chófer con cara de no haber pedido jamás formar parte de una novela inglesa mal criada por los Alpes. La escena tenía una vulgaridad casi tranquilizadora. Después de tantas horas de relojes amortiguados, puertas secundarias, llaves viejas y lámparas oblicuas, resultaba reconfortante ver hombres con botas embarradas, chaquetas ordinarias y libreta oficial.

La ley, pensó Armand, siempre llega vestida peor que el crimen. Y quizá por eso mismo inspira a veces más confianza.

Lucien Morel salió escoltado.

Llevaba aún el traje gris, aunque ya había dejado de parecer parte de una identidad y se había convertido en simple ropa

arrugada sobre un cuerpo cansado. La corbata color vino seguía anudada, sí, pero floja por primera vez. En otro hombre, ese pequeño desajuste habría resultado insignificante. En él parecía la prueba material de una caída más profunda que la custodia. Caminaba con la serenidad de quien todavía no ha decidido si su derrota será una humillación pública o un ejercicio privado de estilo. No buscó a nadie. Ni a Claire. Ni a Madeleine. Ni a Valette. Ni siquiera a Armand. Miraba la escalinata, el barro, el vehículo. Como si ya estuviera dedicándose a la última tarea que le quedaba: encontrar una forma interior de sobrevivir a la pérdida de su propia arquitectura.

No había arrepentimiento visible.

Tampoco desafío.

Más bien una especie de desnudez mental, no moral. La del hombre a quien han quitado por fin el tablero, pero no la inteligencia con que seguirá repasando durante años cada jugada para convencerse de que no todo estuvo mal escrito.

Los gendarmes lo hicieron subir al coche.

La puerta se cerró con un ruido seco, mediocre y definitivo.

Ni la novela ni la noche necesitaban más de él.

Claire de Montfort bajó poco después.

Llevaba la chaqueta azul otra vez sobre los hombros y el bolso pequeño sujeto con una mano que ya no intentaba parecer firme. No venía derrumbada. Eso habría sido casi vulgar en ella. Tampoco compuesta del todo. Venía en un estado mucho más raro y más verdadero: el de una mujer que ha atravesado varias horas de lucidez insoportable y ya no tiene energía para decidir qué parte de sí conviene todavía ofrecer a la mirada ajena. El cabello, recogido con sobriedad, dejaba visible la línea limpia de la nuca. La cara estaba pálida, sí, pero no vacía. Había en ella algo nuevo, algo que Armand solo supo nombrar al verla detenerse un segundo en el último escalón del pórtico:

ya no parecía una mujer perseguida por un daño antiguo.

Parecía una mujer que por fin lo había mirado de frente y no le había gustado en absoluto la textura que tenía cuando dejaba de ser abstracto.

Eso era más prometedor que cualquier alivio.

No se dirigió directamente al coche.

Primero buscó a Bernard Sorel con la vista.

El director del hotel, envuelto en una bufanda oscura que Benoît le había obligado a aceptar, estaba sentado en una silla junto a la puerta lateral, todavía demasiado débil para el esfuerzo de la despedida de pie, pero demasiado orgulloso para esconderse otra vez entre mantas y planchas. La marca del cuello seguía visible como una firma brutal sobre la piel. Aun así, había recuperado en la espalda algo de su antigua verticalidad. El hotel seguía en él, incluso ahora, como un oficio y una condena.

Claire se acercó.

No hubo abrazo. Ni gesto grande. No pertenecían a ese tipo de humanidad.

—Lo siento —dijo ella.

La frase era pequeña, insuficiente, exacta.

Bernard la miró con los ojos aún agrandados por la noche.

—Yo también, madame.

Ninguno explicó qué lamentaba exactamente.

No hacía falta.

Se entendía todo lo suficiente.

Claire asintió una sola vez y siguió hacia el coche que la llevaría al valle. Antes de entrar, volvió apenas la cabeza hacia Armand.

No fue una sonrisa.

No fue gratitud.

Fue algo mejor.

La mínima y severa inclinación de la barbilla con que ciertas personas reconocen que otro les ha devuelto, si no la paz, sí al menos el contorno exacto de su propia ruina.

Armand le devolvió la mirada.

Nada más.

En esas cosas, lo mínimo suele ser la única cortesía decente.

Julien tardó más en salir.

Y cuando salió, quedó claro que no había dormido en absoluto.

Llevaba la misma ropa del día anterior, cambiada solo lo necesario para no parecer un personaje secundario de sí mismo. La

camisa oscura, la chaqueta mal abrochada, el pelo húmedo y mal dominado. La cara, en cambio, había cambiado por completo. Ya no tenía el brillo inflamable de la noche. Tenía otro peor: el de la resaca moral. No del alcohol, sino del descubrimiento de la propia genealogía interior.

Bajó los escalones como quien todavía no sabe del todo si está abandonando una escena o siendo expulsado de una versión cómoda de su biografía.

No fue hacia Claire.

No fue hacia el coche.

Fue hacia Armand.

Madeleine, que salía en ese momento detrás de él con un abrigo gris largo y gafas oscuras demasiado grandes para la hora, se detuvo un segundo a observar la escena con una mezcla de curiosidad y cansancio.

Julien se plantó ante Armand con esa rigidez de los hombres jóvenes que aún creen que una conversación importante debe adoptar la forma de un combate donde alguien gane una estatura nueva.

—No sé qué se supone que haga ahora —dijo.

No había desafío en la frase. Solo algo mucho más desnudo y más peligroso: una necesidad que no quiere sonar a necesidad.

Armand lo miró unos segundos.

La lluvia caída, el barro, el hotel detrás, el coche esperando, la noche anterior todavía pegada a la piel del joven. Todo estaba ahí.

—No empiece por hacerse interesante con esto —dijo al fin.

Julien frunció el ceño.

—¿Perdón?

—He visto a demasiados hombres de tu edad tomar una ruina moral y tratarla como si fuese un privilegio de profundidad. No lo hagas. No conviertas a Lemaire, a Valette ni a nadie de esta casa en una coartada estética para tu propio deterioro.

La frase entró.

Julien no se protegió a tiempo.

Buena señal.

—No era eso lo que… —empezó.

—Ya lo sé —lo cortó Armand—. Pero podrías llegar ahí muy rápido. Eres inteligente, orgulloso y has crecido demasiado cerca del barro. Esa combinación, si no la vigilas, fabrica hombres insoportables.

Julien guardó silencio.

La mandíbula se le endureció un momento. Luego no.

—¿Y entonces? —preguntó.

Armand miró el hotel.

—Entonces te tocará, por primera vez, hacer algo que no te va a gustar. Pensar sin utilizar tu herencia como excusa. Ni para absolverte ni para destruirte.

El joven bajó la vista. Un segundo. Dos.

—No sé si puedo.

Era una buena respuesta.

Armand asintió apenas.

—Eso también está mejor.

Julien levantó la cabeza. Había en sus ojos cansancio, rencor todavía, miedo, una forma rudimentaria de lucidez y una juventud demasiado mal acompañada. Pero también algo más: la posibilidad, todavía remota y sin garantías, de que aquella noche no lo convirtiera solo en otro hombre herido buscando estilo.

—Gracias —dijo, casi con rabia.

—No te acostumbres.

Julien soltó aire por la nariz. No sonrisa. Algo menos inútil. Después se volvió y fue hacia el coche sin mirar a Claire, lo cual, en cierto modo, fue la primera decisión adulta del día.

Madeleine Artois fue la siguiente.

No necesitó que nadie le llevara el equipaje. Bajó con su maleta pequeña de piel clara en una mano y el abrigo gris sobre el cuerpo, perfectamente abotonado, como si la escena final exigiera una silueta sobria. Las gafas oscuras le cubrían media cara, pero no podían ocultar el cansancio fino que le trabajaba la boca. Había dormido algo, sí. O lo había fingido con gran talento. En mujeres como ella, la diferencia a veces deja de importar.

Se detuvo junto a Armand sin mirar primero al coche ni al hotel. Miró el barro de la carretera.

—Qué decepción —dijo—. Al final siempre es barro de verdad.

Armand la observó.

—¿Esperabas otra cosa?

—No. Pero uno nunca pierde del todo la mala costumbre de exigirle cierta elegancia al desastre.

Se quitó las gafas un instante. Los ojos oscuros estaban más cansados de lo que la voz dejaba ver.

—Lucien no me sorprendió —dijo luego—. Y eso me parece quizá lo más vergonzoso de todo.

No era una confesión menor.

Armand lo entendió enseguida.

—Porque ya le habías visto esa forma del resentimiento.

—Sí. Y porque durante años —Madeleine miró de reojo hacia la fachada del hotel— confundí mi talento para reconocer la podredumbre con una absolución estética frente a ella. Es una enfermedad muy propia de cierta clase de mujeres: creer que, porque ven bien el mal, quedan a salvo de su circulación.

Armand no suavizó la frase.

—No quedan.

—Ya lo sé.

Madeleine se puso otra vez las gafas.

—Qué fastidio.

Sí. Muy propio de ella. Incluso la autocrítica llegaba con una forma casi impecable.

—¿Volverás a escribir? —preguntó Armand.

Ella volvió la cabeza.

—¿Eso ha parecido literatura?

—No. Me refiero a lo otro.

Madeleine tardó apenas un segundo en comprender.

—Ah —dijo—. Sí. Supongo. Las mujeres de mi edad o escriben o se vuelven insoportables. Y yo ya estoy bastante cerca de lo segundo.

Armand casi sonrió.

Casi.

—Entonces escribe.

Ella asintió.

Luego miró el hotel una última vez y dijo, muy bajo:

—A los lugares como este no los destruye el crimen. Los destruye la costumbre de haber sido demasiado cómodos para él.

Era una buena frase.

Más que buena.

Era verdad.

Madeleine subió al coche.

No miró atrás.

Henri Valette tardó aún más que todos.

Y cuando apareció en el pórtico, apoyado en el bastón y acompañado a medias por Benoît —aunque nunca habría admitido el viejo juez que iba "acompañado"—, el hotel pareció envejecer con él otros diez años de golpe. La noche lo había privado de esa sequedad altiva que aún le servía de armazón el día anterior. Ahora parecía un hombre cansado de una forma más íntima. No físicamente. Moralmente. Como si la denominación exacta de ciertas cosas hubiera terminado por pesar más que la costumbre de no nombrarlas.

Se detuvo en el rellano.

Miró el jardín.

Luego a Bernard.

Después al coche donde ya estaba Claire.

Luego a Armand.

No vino hacia él de inmediato. Primero habló con Benoît, muy bajo. El sacerdote respondió solo con una inclinación de cabeza. Después sí, avanzó.

Armand esperó.

No tenía simpatía por Valette. Ni especial odio. Los hombres como él le producían otra cosa más áspera: una forma de agotamiento moral. Demasiadas décadas llamando "prudencia" a la alianza entre cobardía, clase y sintaxis.

Valette se detuvo frente a él.

La luz de la mañana gris le acentuaba las líneas del rostro. Ya no parecía un juez. Parecía una consecuencia.

—No voy a pedirle indulgencia —dijo.

—Hace bien.

—Tampoco explicaciones. Ya he dado suficientes a quien no debía.

Buena. Bastante mejor de lo que Armand esperaba.

—Entonces ¿qué quiere? —preguntó.

Valette apoyó una mano sobre la empuñadura del bastón.

—Solo decir una cosa antes de bajar al valle, donde todo esto adquirirá la vulgaridad burocrática que corresponde.

Armand lo miró en silencio.

—Hay una diferencia —continuó Valette— entre los hombres que causan directamente el daño y los que, durante años, vuelven habitable el lenguaje que lo hace posible. He sido de los segundos.

No era una absolución. Tampoco una confesión completa. Era, quizá, lo máximo que un hombre de su especie podía dar sin romperse una costilla moral delante de un desconocido.

—Sí —dijo Armand.

Valette aceptó el golpe con una quietud casi agradecida.

—Lo peor —añadió— es que siempre creí que, al poner palabras mejores alrededor, al menos evitaba la vulgaridad.

Armand lo sostuvo con la mirada.

—No. Solo evitó el asco inmediato.

El juez bajó los ojos un segundo.

Luego asintió.

—Sí.

Era, de algún modo, suficiente.

Se volvió entonces hacia Bernard.

Hubo un momento extraño, casi indecente, en que toda la escena pareció reducirse a eso: el director del hotel sentado y envuelto en una bufanda, la marca de la cuerda en la garganta, y el viejo juez erguido a medias sobre el bastón, cargando décadas de buen lenguaje sobre un delito sin manos directas.

Valette inclinó la cabeza.

Bernard le devolvió el gesto.

Ni una palabra.

No había idioma ya para esa clase de hombres cuando el barro ha dejado de estar bien vestido.

Valette subió al vehículo.

Benoît permaneció abajo.

El sacerdote se quedó junto a Bernard y vio alejarse el coche con esa expresión difícil de leer que tienen algunos hombres religiosos cuando contemplan el paso de la justicia. No alivio. No satisfacción. Algo más difícil y más humano: el reconocimiento de que incluso la exactitud deja siempre residuos.

Armand se acercó.

—¿Se queda? —preguntó.

Benoît lo miró.

—Unas horas. Bernard no debería quedarse solo. Y alguien tendrá que acompañar al personal hasta que vuelva a parecer razonable encender una cocina sin pensar en cuerdas y habitaciones cerradas.

Buena respuesta.

Muy propia de él.

—Usted tampoco queda a salvo por quedarse —dijo Armand.

Benoît casi sonrió. Muy levemente.

—Ni por rezar.

—Me alegra que lo sepa.

—Hace años que lo sé.

Silencio.

Luego Benoît añadió:

—No creo que ninguno de nosotros salga de esta casa con el alma particularmente mejorada. Pero sí, quizá, un poco menos enamorados de nuestras propias explicaciones.

Era una buena definición de la gracia, pensó Armand, aunque jamás se la habría concedido como término al sacerdote.

—Eso estaría bien —dijo.

Benoît asintió.

Y volvió junto a Bernard.

Quedaban ya pocos.

Colette organizaba al personal con esa brutalidad benéfica de las mujeres que entienden que, para ciertos grupos, el mejor cuidado posible después del horror es una lista concreta de tareas. Léonie llevaba sábanas limpias arriba. Marcel limpiaba barro en la entrada con una seriedad casi religiosa. El hotel empezaba a transformarse

otra vez en una máquina doméstica. Mala señal para la literatura. Excelente para la vida.

Armand miró alrededor.

Lucien ya había sido bajado.

Claire, Julien, Madeleine y Valette esperaban en el coche.

Benoît y Bernard se quedaban.

Gabriel hablaba con el médico del valle junto a la explanada.

La lluvia era ya apenas goteo en el borde del tejado.

Y Saint-Valéry…

Saint-Valéry se estaba quedando vacío.

No en el sentido material, claro. Seguiría teniendo paredes, camas, comedor, lencería, cuentas, huéspedes futuros quizá. Pero ciertos lugares, después del crimen, se vacían de una vez para siempre de una ilusión concreta. Y esa ilusión es más importante que cualquier cliente.

Armand volvió a mirar la fachada.

La piedra húmeda.

Los balcones negros.

Las ventanas ahora abiertas en algunas habitaciones bajas.

La cornisa goteando.

La escalinata por la que todos habían subido como personas razonables y de la que ahora descendían como consecuencias.

Comprendió entonces lo que había querido decir, sin terminar de formularlo, desde la noche.

No era que el hotel hubiera sido escenario del crimen.

Era que el hotel había sido durante años el tipo de lugar donde ciertas formas del daño aprenden a no parecer daño del todo.

Y eso era mucho peor.

Gabriel se acercó.

—Nos vamos —dijo.

—Sí.

—No sé si volveré a ver este sitio.

Armand miró una vez más el barro de la carretera.

—No haga votos tan optimistas. Los lugares así tienen mala costumbre de reaparecer con otro nombre.

El teniente resopló apenas.

—Eso suena a experiencia.

—No. A fatiga.

Gabriel lo observó un momento. Había gratitud en él, sí, pero no sentimental. Más bien la de un hombre que sabe que ha trabajado bien con otro y reconoce en eso una deuda rara.

—Supongo que en el valle me tocará volver todo esto soportable para el papel.

—No lo vuelva demasiado soportable —dijo Armand.

Gabriel asintió.

—No pienso hacerlo.

Subieron al último vehículo.

Armand tomó el asiento junto a la ventanilla. El coche arrancó con un esfuerzo torpe sobre la grava mojada y luego empezó a bajar muy despacio por el camino todavía herido. Saint-Valéry se fue quedando atrás entre pinos, barro y piedra.

Claire miraba al frente.

Julien tenía las manos unidas y los ojos fijos en nada.

Madeleine llevaba otra vez las gafas oscuras y el rostro vuelto hacia la ventanilla opuesta.

Valette parecía dormido o profundamente despierto; en los hombres viejos la diferencia se vuelve cada vez más difícil de comprobar.

Gabriel revisaba una vez más la carpeta.

Armand apoyó la sien en el cristal.

El camino bajaba.

Poco a poco reaparecieron otras casas, un arroyo desbordado, dos hombres con palas, una vaca embarrada y la fealdad tranquilizadora del mundo común. Le gustó eso. Mucho. Las novelas, si son buenas, terminan siempre por devolverte a una realidad un poco más ordinaria que la noche que acabas de atravesar. Si no lo hacen, te dejan enfermo de estilo.

Nadie habló durante varios minutos.

Al final fue Claire.

No volvió la cabeza. No miró a nadie. Solo dijo, muy bajo:

—Nunca supe si lo que más me humillaba de Étienne era su crueldad o su certeza.

Nadie respondió enseguida.

Armand miró por la ventanilla el barro, los pinos, el agua bajando junto al camino.

—La certeza —dijo al fin— suele ser la forma en que la crueldad logra vestirse bien.

Claire cerró los ojos una sola vez.

Madeleine, al otro lado, dejó escapar una respiración mínima.

Julien no se movió.

Gabriel no dejó de mirar la carpeta.

Y el coche siguió bajando.

Ya cerca del valle, cuando el hotel había dejado de verse y la carretera recuperaba por fin una forma menos humillada, Armand comprendió cuál sería la imagen que conservaría de todo aquello.

No la habitación.

No el sillón.

No la cuerda.

No la confesión de Lucien.

Ni siquiera la cara de Claire bajo la lámpara.

Sería otra.

La de una casa lujosa, húmeda y bien servida donde durante años convivieron el chantaje, la cobardía, la necesidad, el resentimiento, la vergüenza, la tolerancia y el miedo bajo nombres mejores; y en la que una sola noche de lluvia bastó para que todos descubrieran, demasiado tarde, que el barro no siempre entra por la puerta principal.

A veces ya vive dentro.

Y con esa idea todavía pegada a la nuca, Armand dejó por fin de mirar hacia atrás.

Fin

Agradecimientos

Hay novelas que se escriben para entretener.

Y hay otras que exigen entrar en zonas menos cómodas: en la culpa, en la cobardía, en la herencia del daño, en esas formas elegantes con las que tantas veces intentamos cubrir lo que en el fondo sabemos que está podrido.

Esta historia nació de esa necesidad: la de mirar de frente no solo un crimen, sino el clima moral que lo hace posible. Porque a veces lo más oscuro no es la violencia repentina, sino todo aquello que la precede en silencio: las concesiones, las omisiones, las lealtades mal entendidas, la costumbre de llamar "complejidad" a lo que en realidad es una larga administración del daño.

Gracias a quienes siguen buscando en la ficción algo más que un simple entretenimiento. A quienes disfrutan del misterio, sí, pero también de las grietas humanas que lo sostienen. A quienes saben que una buena novela negra no solo pregunta quién mató, sino qué clase de mundo permitió que eso ocurriera.

Gracias por acompañarme una vez más hasta este hotel, hasta esta tormenta y hasta estos personajes heridos, ambiguos y profundamente humanos. Ninguna historia existe de verdad hasta que encuentra una mirada dispuesta a entrar en ella y quedarse.

Ojalá, al cerrar estas páginas, algo de Saint-Valéry permanezca contigo: no solo su enigma, sino también su advertencia.

Dorian Leblanc